AUTORES VARIOS

antigua y moderna
E. DENNÉ
15, Calle de Monsigny
PARIS

N. 4359

EXTRAVAGANTES

LS.C
E967

EXTRAVAGANTES

OPÚSCULOS AMENOS Y CURIOSOS

DE ILUSTRES AUTORES

Diálogos de apacible entretenimiento.
Cartas de Juan de la Sal—Tratado de las Tres Grandes y del Amor.
Los Tres Maridos burlados.
Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa

201123
6/3/26

BARCELONA
BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA
DANIEL CORTEZO Y C.ª, *Ausias March*, 95
1884

Establecimiento tipográfico-editorial de Daniel Cortezo y C.ª

Printed in Spain

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Extravagantes titularon algunos editores á las obras de un autor, no comprendidas en su colección completa, ya por falta de ilación con las principales, ya por su rareza ó brevedad. Por análogas razones damos hoy este tí ulo al presente volumen de opúsculos amenos y curiosos. Puesto que vagaron dispersos hasta ahora, y no guardan relación inmediata entre sí, como de diversos autores, difícil sería acertar con otra denominación general que mejor les sentara.

Tienen, sin embargo, á pesar de su variedad, algunas condiciones comunes, que, como hilos invisibles, los unen y sujetan y hacen de tan diversas cuentas un solo collar: son todos igualmente desconocidos de la generalidad de los lectores, é igualmente raros y curiosísimos por las materias que tratan, y su forma originalísima y genial.

Esta notable singularidad nos ha movido á darles un lugar en nuestra *Biblioteca clásica*. Deseosos de popularizar en ella los grandes modelos de la literatura española, creemos que

no bastan á este objeto las nuevas ediciones de las obras ya famosas, sino que conviene también sacar del olvido todas aquellas que, no por ignoradas valen menos, y á las cuales sólo faltó la sanción del mayor número.

Las que van en este volumen reunen desde luégo la imprescindible condición de ser perfecto dechado del más castizo lenguaje y de esmeradísimo estilo. Las recomienda además su notable originalidad; algunas de ellan particularmente no tienen semejanza alguna con nada de lo que se ha escrito en castellano. De índole jocosa y festiva pueden muy bien presentarse como rara muestra de lo que le era dado al ingenio español, cuando se apartaba del camino trillado y corriente para hacer gala de sus fuerzas con más libertad y holgura.

Difícil es, por ejemplo, dar con algo parecido al *Tratado de las Tres grandes* del doctor Francisco Villalobos, y á las advertencias morales con que acompañó su traducción de la famosa comedia *El Anfitrión,* de Plauto. Escribió estas obras Villalobos en 1515. Célebre en su tiempo, en calidad de médico de Cámara de los reyes Fernando el Católico, Carlos V, el príncipe Felipe, el duque de Gandía, y otros personajes, se distinguió en la Corte por su ingenio agudísimo, y como escritor sencillo, natural y puro. Mezclando los groseros errores de la fisiología y medicina de aquella época, con finísimas observaciones morales, dejó escrita esta serie de artículos en algún concepto parecidos á los de costumbres, esbozo digno de estudio de un género que sólo muchísimo más tarde debía contar en España con insignes cultivadores.

Así también las *Cartas de D. Juan de la Sal*, obispo de Bona, parecen páginas sueltas arrancadas de la historia de las supersticiones vulgares en España. Contienen la relación burlesca, hecha por un testigo ocular, de las farsas y embaucamientos con que tuvo suspenso el ánimo de una población entera un fanático ó loco llamado Fr. Francisco Méndez, perseguido más tarde por la Inquisición. Llenos están sus anales de causas parecidas, pero en ninguna otra como en la presente es dado descender al estudio de tantos pormenores, que resucitan toda una época, pintados con vivo colorido y juzgados con libérrima y segura crítica.

Los *Diálogos de apacible entretenimiento* son menos conocidos todavía. Fué su autor Gaspar Lucas Hidalgo y se hicie-

ron varias ediciones de su obra en los primeros años del siglo XVII. Esta ha sido reputada excelente, de lo mejor que se ha escrito en el género burlesco y festivo, llena de agudezas y cuentos, escritos con suma ligereza y gracia. Un capítulo contiene que nos hemos visto precisados á suprimir, á pesar de su gran mérito literario, porque lo que tal vez se lee con curiosidad en una edición de erudito, no es admisible en una edición popular, que anda en manos de todos.

De la colección de cuentos titulada *Los Cigarrales de Toledo*, que escribió el famoso Tirso de Molina, entresacamos la novelita *Los Tres Maridos Burlados,* en cuyo elogio escribía el señor Hartzenbusch: «.....está discretamente combinada y escrita en un lenguaje tan lleno de amenidad, viveza y soltura, que puede compararse con el del Quijote... no es precisamente original de Tirso, pero en justicia tampoco puede señalársele autor; comprende tres de esos cuentos nacidos entre las tinieblas de la Edad Media y que han pasado de boca en boca hasta que un autor eminente ha echado después mano de ellos y les ha dado nombre. Tirso pudo muy bien haber leído en el *Decamerón* de Bocaccio un lance sustancialmente el mismo que le sucede al celoso Santillana; pero pudo también haberlo leído por tradición, á causa de haberse difundido tales cuentos por toda Europa; de cualquier modo que sea, ello es que si Tirso lo imitó de Bocaccio mejoró notablemente la idea quitándole toda la parte indecente é inmoral que tiene en la colección del novelista italiano, y aventajándole, á mi modo de ver, en el gracejo de la narrativa.»

Va al final la novela histórica, al decir de algunos, *El Abencerraje* y *la hermosa Jarifa,* de Antonio Villegas, de quien apenas se conservan noticias. Conde resumió su argumento con el título de *Anécdota curiosa*, en su *Historia de los árabes en España.* Un insigne crítico la juzgó obra «de un valor muy subido,» y «lindísima,» y nosotros la damos aquí como incomparable modelo de un género que no tuvo entonces, ni tiene ahora quien lo cultivase como merecía.

LOS EDITORES.

DIÁLOGOS

DE

APACIBLE ENTRETENIMIENTO

QUE CONTIENE UNAS CARNESTOLENDAS DE CASTILLA

DIVIDIDO EN LAS TRES NOCHES DEL DOMINGO, LUNES Y MARTES DE ANTRUEJO

COMPUESTO POR

GASPAR LUCAS HIDALGO

VECINO DE LA VILLA DE MADRID

Procura el autor en este libro entretener al letor con varias curiosidades de gusto, materia permitida para recrear penosos cuidados á todo género de gente.

AL LECTOR

Docto consejo y advertencia santa de santos y doctos varones es entreponer el gozo y el recreo á los trabajos del mundo (oficina de afanes y pesadumbres), tan leve, que los hombros de los hombres puedan continuamente soportalla, si no la sobrellevan con rehacer el camino cansado con un poco de gusto y pasatiempo. Trabajos ha de haber, que este siglo no trata en otra mercancía; y pues los ha de haber, también es necesario el alivio para esta carga tan pesada. Y porque por mi cuenta he sacado que el tiempo y las ocasiones tienen tan á su cargo el comunicarnos tanta parte de sus molestias y pesadumbres, y por otra parte se van descuidando en acudir con los alivios, determiné de suplir alguna parte deste descuido, ofreciendo al ánimo fatigado este rato de apacible entretenimiento, que por ser materia de placer, y tratada entre cinco personas de buen gusto, le llamé *Diálogos de apacible entretenimiento.* Confieso que la materia es de pasatiempo, mas no por eso debe ser juzgada por inútil. Porque ¿quién hay que, puesto en el teatro desta vida, no se canse de ver representar sus melancólicas tragedias, sin que entre jornada y jornada le diviertan con el entremés de un placer y honesto pasatiempo? Reciba pues el cuerdo lector este juguete, pues sabe que á su tiempo y en su tanto importan las burlas tanto como las veras. *Vale.*

DIÁLOGO I

DEL SARAO EN EL DOMINGO DE CARNESTOLENDAS EN LA NOCHE

SON INTERLOCUTORES:

El doctor FABRICIO *y* DOÑA PETRONILA, *su mujer;* DON DIEGO *y* DOÑA MARGARITA, *su mujer; y un truhán llamado* CASTAÑEDA

INTRODUCCIÓN AL DIÁLOGO

Finge que Fabricio en su casa, que es en la ciudad de Burgos, está con doña Petronila, su mujer, domingo de Antruejo en la noche; y dice Fabricio:

CAPÍTULO PRIMERO.

En que se da principio á la conversación, y se ponen cuentos que motejan de asno y de necio, y algunos testimonios que se levantan á predicadores.

FABRICIO.—Otras veces habréis oído, señora, aquel proverbio que dice: *Cùm fueris Romæ, romano vivito more.*

D.ª PETRONILA.—No me entiendo con esos latines; pero bien se me entiende que en mi lenguaje suelen decir: «Donde fueres haz como vieres;» pero querría saber por qué lo decís.

FABRICIO.—Dígolo porque, como se nos van metiendo en casa las Carnestolendas, y viene á ser este el año primero que me alcanzan en esta ciudad de Burgos, querría saber de vos, como natural que sois della, el estilo con

Después de todos acostados, llegó un caminante á pedir posada, y abriéronle el mesón con advertencia de que no tenían cama que le dar. Dijo que le diesen de cenar, que él buscaría en algún aposento quien le acogiese á los piés de la cama. Cenó, y como se fuese á los aposentos, acertó lo primero con el aposentillo donde estaban alojados los señores novios; y quiso la suerte que llamó á la puerta al tiempo que, con licencia de la santa madre Iglesia, estaban tomando la posesión de sus cuerpos conyugales. Alborotado el novio, dijo que quién era y qué quería. Y como le dijese que era un pobre forastero que buscaba quien le diese un pedazo de cama por sus dineros, respondió el novio: «Pasa adelante, amigo, que no cabemos más en este aposento, porque estamos muy apretados.»

D.ª Margarita.—Por vida de quien soy, que está el Dotor muy de antruejo, y que el cuentecillo apenas se puede tomar en la boca sino en tiempo tan suyo como el presente; pero pase, que no será solo, especialmente si viniese por acá Castañeda, que los tiene muchos y buenos.

D. Diego.—No dejará de venir, que yo dejé mandado nos le encaminasen acá esta noche.

Fabricio.—Señores, vámonos á la sala y pongan sillas á la lumbre, y á quien no acudiere á nuestra conversación con algo de gusto, quitarémosle la silla y pondrémosle una albarda.

D. Diego.—Parece que va tomando calor el parlatorio, y conforme á lo que acaba de decir el Dotor, se me acuerda un cuento.

Tenía una señora grande ojeriza con un deudo de su marido, porque tenía muy libres y pesadas razones con ella las veces que en su casa entraba. Sucedió que estando en conversación ella y su marido con algunas señoras conocidas, entró el dicho deudo del marido, á quien ella recibió con harto ceño; y como el marido mandase que pusiesen una silla á su pariente, dijo la señora: «Si piensa estar callando, pónganle silla; pero si ha de hablar, pónganle silla y freno.»

CASTAÑEDA.—Por Dios, que deben de estar en esta casa graduando de macho de alquiler algún personaje, pues le mandan poner silla y freno.

D. DIEGO.—Este sin duda es Castañeda.

D.ª MARGARITA.—¿Eres Castañeda?

CASTAÑEDA.—Primero que os responda, me decid si habéis cenado.

D.ª PETRONILA.—Sí.

CASTAÑEDA.—Pues no soy Castañeda, sino soldado de tornillo; quedaos con Dios.

FABRICIO.—No te vayas, loco, aguarda, que no habemos cenado.

CASTAÑEDA.—Pues Castañeda soy. Acordaisos del otro, que habiendo perdido todo el dinero jugando una noche, se fué á un amigo y le preguntó si dormía; y respondiéndole que por qué lo decía, le dijo que si no dormía le prestase algún dinero para probar otro par de manos. Y entonces le respondió: «Pues duermo.» Pues ansí digo yo, que si habéis cenado, no soy Castañeda.

D. DIEGO.—Siéntate aquí, que vienes hecho una sal.

CASTAÑEDA.—Huélgome que reconozcáis que soy una sal, porque cuando me déis de beber no permitáis que me dén gota de agua en el vino, que me desharé como la sal en el agua.

D. DIEGO.—Si hubieras hoy estado en el sermón que yo estuve, no tuvieras tanta codicia de beber regaladamente, porque se dijeron grandes cosas contra las comidas y bebidas destos días.

CASTAÑEDA.—No sé en cual sermón estuvistes; pero en el que yo me hallé se dejó caer del púlpito abajo el predicador una de las ridículas ignorancias que jamás oí.

FABRICIO.—No digas eso, majadero, que por no ser tú capaz de la doctrina del predicador te pareció ignorancia; pero lo cierto debe ser, que nos quieres vender por descuido del predicador alguna imaginación tuya de entretenimiento.

D. Diego.—Veamos, que yo también te ayudaré con otro dicho de púlpito.

Castañeda.—Trayendo á cierto propósito aquella historia de cuando Cristo echó del templo á los que vendían ganados, dijo así el reverendo: «Como vió el Señor que el santo templo estaba profanado de mercancías y tratos bajos, dijo:—Válgaos los diablos por judíos, ¿la casa de Dios hacéis tienda de carnicería?—Y tomando unos cordeles que habían quedado del monumento de la Semana Santa, hizo un látigo y dió tras ellos.»

Fabricio.—No puedo creer que hombre que sube al púlpito diga cosa semejante, sino que los oyentes levantamos mil testimonios falsos á los predicadores.

D.ª Margarita.—No nos fatiguemos ahora en averiguar si lo dijo ó no lo dijo, pues no andamos tanto en busca de verdades, como de chistes que nos entretengan. Prosiga don Diego con el suyo.

D. Diego.—Estaba un predicador tratando del paso de la coluna de Cristo, y dijo ansí: «Viérades aquellos crueles sayones empleando sus fuerzas en el cuerpo delicadísimo del Redentor, y con aquella mansedumbre del cielo á cada azote que recebía, decía:—«Sea por amor de Jesucristo.—»

D.ª Margarita.—Eso se parece á otro que predicaba el día de la Anunciación, y hablando con las mujeres, dijo: «¿Cómo pensáis, señoras, que halló el Angel á la Virgen cuando le vino á dar la embajada? ¿Pensáis que estaba cantando zarabandas y chaconas como vosotras? Estaba noramala rezando de rodillas el rosario de nuestra Señora delante de un santo Crucifijo.»

Fabricio.—También dicen de otro, que como ninguna tentación fuese bastante con el santo Job para que ofendiese á Dios siquiera en una palabra, admirado el diablo de su resistencia, dijo: «Válame la gracia de Dios! ¿que no podré yo con este hombre del diablo que diga contra Dios algo de bueno?»

D.ª PETRONILA.—El mío será algo más á lo de aldea, por los meses que viví en ella antes que me casase.

Habíasele perdido un jumento á un labrador, llamado Orduña, y estando predicando el Cura, fué diciendo en el discurso de su sermón como el amor era una cosa de tanta fuerza, que no había hombre, por valiente que fuese, que no hubiese tenido una puntilla de amor. Salió en mitad de la Iglesia un villano con grande orgullo, y dijo: «Pues aquí estoy yo, que nunca huí enamorado.» Dijo entonces el Cura, volviéndose al dueño del jumento perdido: «¡Hola, Orduña! veis aquí vuestro asno.»

CASTAÑEDA.—Por nuestro Señor, que anduvo elegante el Cura, y que tengo por averiguado que el hombre que, no siendo santo, no tuviere alguna veta de enamorado, que le habían de poner unas aguaderas á cuestas.

FABRICIO.—No cures de exceptar los santos, que si no tuviesen mucho de amor, aunque bien diferente del que aquí vamos tratando, no serían santos, pues el fin de la ley por cuyo cumplimiento son santos es amor de Dios y del prójimo.

CASTAÑEDA.—Teneos, teneos, cuerpo de Dios, Fabricio, que nos vais metiendo en el miércoles de ceniza tres días antes que llegue. Descolgad esos discursos, que los encimáis muy en la cumbre de contemplación, y en la era de ahora no estamos tan dispuestos para cosas devotas, como para cosas de bota; y pues el padre cura del cuento pasado llamó asno al villano que nunca fué enamorado, no dejemos esta materia de motejar de asno, que á mí se me ofrece acerca della un cuentecillo.

Corríanse toros en una ciudad de Castilla, y uno que se escapó del coso vino á meterse en un patio de una casa, donde á la sazón estaban unos caballeros entreteniéndose á los naipes; y como cada cual buscase su acogida, uno dellos, del hábito de Santiago, se guareció debajo de una carreta; y otro amigo suyo, clérigo, se metió lo mejor que pudo debajo de una albarda. Ido el toro se comenzaron á

dar matraca, y dijo el que estaba debajo de la albarda al que estuvo en la carreta, que se maravillaba mucho que siendo caballero de hábito en el pecho y espada en la cinta, se hubiese acobardado debajo de una carreta. Respondióle el Comendador al de la albarda: «Confieso que no fué para defenderme del toro por mis manos; pero aunque estaba tan acobardado como decís, me parece que aunque nos quitara la vida á entrambos el toro, muriera consoladísimo.» Preguntóle el clérigo por qué. Y dijo: «Porque yo muriera en mi hábito de Santiago, y vuesamerced en el suyo.»

Fabricio.—Tanto tiene de agudo como gracioso el señor Comendador. Yo me acuerdo que estando en un grado de un maestro en teología en la universidad de Salamanca, uno de aquellos maestros, como es costumbre, iba galleando á cierto personaje, algo tosco en su talle y aun en sus razones, y hablando con los circunstantes dijo desta suerte: «Sepan vuesas mercedes que el señor Fulano tenía, siendo mozo, una imagen de cuando Cristo entraba en Jerusalén sobre el jumento, y cada día, de rodillas delante desta imagen, decía esta oración:

¡Oh asno que á Dios lleváis,
Ojalá yo fuera vos!
Suplícoos, Señor, me hagáis
Como ese asno en que váis.—
Y dicen que le oyó Dios.»

D. Diego.—Malicioso es el quinto verso de la coplilla.

D.ª Margarita.—Otro más malicioso diré yo en prosa, de una dama que no le parecía mal cierto galán, frío de condición y poco enamoradizo, y para ponerle en ocasión de conseguir el fin de sus deseos, ordenó una merienda en una huerta detrás del río, y cuando iban á pasar el río rogóle la señora que se descalzase y la pasase en hombros. Él lo hizo ansí. Merendaron, y pasóse la tarde sin que entre ellos hubiese cosa conforme á los intentos de la

dama, y para la vuelta hubo de pasar el río la señora en un jumento de aguador; y como se le mojase algo de la ropa y basquiñas en el río, dijo el galán: «¿Cómo se ha mojado vuesamerced la ropa pasando en un asno tan grande, y esta tarde pasándolo yo no se mojó?» Respondió ella con algún enfado: «Ya lo veo que es harto grande este asno; pero si no me mojé esta tarde fué porque es vuesamerced mayor.»

D.ª PETRONILA.—Sentimiento tiene la señora.

D. DIEGO.—Y aun el dicho tiene más de un sentido; y no me espanto, que, en realidad de verdad, es recia cosa tener una persona hechas ya las costas en el deseo, y puesta la mesa de una determinada voluntad, y después al tiempo del convite salirse afuera el convidado, mayormente si acierta á ser mujer la que convida, porque entonces tiene más lugar el corrimiento y afrenta.

CASTAÑEDA.—No piense don Diego paladearnos ahora con devotas contemplaciones para excusarse de referir su cuento, conforme la materia comenzada.

D. DIEGO.—Por vida de Castañeda, que refieras uno por mí, porque no me ocurre.

CASTAÑEDA.—No diré, ansí me salve Dios.

D. DIEGO.—Por amor de mí.

CASTAÑEDA.—Juré mi salvación, y si lo hago no me salvará el Señor.

D. DIEGO.—Sí hará, pues te lo tiene prometido.

CASTAÑEDA.—¿Cuándo?

D. DIEGO.—Cuando dijo: *Homines et jumenta salvabis, Domine.*

FABRICIO.—Bien le habíades pegado á Castañeda, si para ello no os hubiérades aprovechado de palabras de Sagrada Escritura, que por ser tan graves, y nuestra conversación tan de burlas, no lo acertáis en usar dellas; y perdonadme la corrección, que, como mi profesión es de letras, parece que está á mi cargo la defensa dellas.

CASTAÑEDA.—Pues ¿qué dijo don Diego en aquel latín?

FABRICIO.—Eso no es para ti; déjalo para cuyo es.

D. DIEGO.—Maravillome que no entendieses este latín, que siempre los juglares tenéis de latinos un necio *quid*.

CASTAÑEDA.—El *quid* no le conozco, pero el necio bien sé que sois vos.

D. DIEGO.—En paz estamos, tacaño; que si bien te llamé asno, bien me llamaste necio.

D.ª MARGARITA.—No se lo llamó mal un caballero á otro que le vino á visitar á su casa, y haciéndole ofrecimiento del mejor lugar y más honrado asiento de la sala por cumplimiento, no aguardó á que se lo dijesen segunda vez, sino metiéndose en la silla, dijo: «Mejor es ser necio que porfiado.» Respondió: «Es vuesamerced tan acertado en todo, que siempre tuvo lo mejor.»

D. DIEGO.—También se lo llamó picantemente á un regidor desta ciudad aquel famoso Colmenares.

FABRICIO.—¿Quién es ese decidor Colmenares?

D. DIEGO.—Un tabernero muy rico que hubo en esta ciudad, de lindo humor y dichos agudos.

Un cierto regidor, de quien se decia que era hijo y nieto de padres no bautizados, molestaba con instancia á Colmenares para que mudase su taberna á otro barrio, y díjole Colmenares: «Por Dios, que ansí persigue vuesamerced mi taberna, como si en ella se vendiese el vino bautizado; pues por Dios, que en esa materia que es tan honrado mi vino como todo su linaje de vuesamerced.» Viendo el regidor que se picaba, y le picaba el tabernero, quísole poner en razón con mansedumbre, y díjole: «Mirad, señor, que los superiores de la república no podemos dejar de ser más pesados que los demás. Veréis que la cosa más pesada del pueblo son las campanas, y están en lo más alto y superiores á todo; señal que los que somos superiores en la ciudad, hemos de ser los más pesados y molestos.» Respondió Colmenares: «Bien está en el caso el señor Regidor; las campanas en lo más alto no significan eso, sino

que es muy de badajos ser pesados y querer estar sobre los demás.»

D.ª PETRONILA.—Otra vez Colmenares preguntó á un vecino suyo de dónde era natural, y respondióle que era de dentro de un lugar llamado Campana. Y entonces dijo Colmenares: «Si sois de dentro de Campana, no escapáis de ser un badajo.»

FABRICIO.—Ese dicho días há que yo lo oí en unos gallos de Salamanca, que parecieron harto bien.

D. DIEGO.—Por vida del Dotor que nos digáis algo desos gallos, que suelen tener cosas agudas y donosas.

FABRICIO.—Mas antes, si gustáredes, los podremos leer todos, que pienso que los he de tener en el escritorio.

CASTAÑEDA.—Vengan esos gallos; vaya por ellos el Dotor, que aquí lo aguardamos don Diego y yo con este par de gallinas.

FABRICIO.—Estas gallinas no han menester más gallos de los que tienen consigo, y aun sobras tú para otro gallinero. Esperadme, que voy por ellos.

CAPÍTULO II.

Que contiene unos gallos que se dieron en Salamanca en presencia de los reyes.

FABRICIO.—Al primer cajón del escritorio que abrí, me salieron luégo al camino los señores gallos, y vienen aquí con toda su humildad á cantar lo que saben; y porque toda la sal destas cosas consiste en conocer las personas de quien se hace mención, decía yo que tomase don Diego el cartapacio y los vaya leyendo, porque yo vaya declarando, cuando se ofrezca, algunas circunstancias con que se entiendan mejor las cosas que se dicen de unos y de otros.

D. DIEGO.—Venga el cartapacio, que yo leeré para todos;

pero díganos primero el Dotor quién dió estos gallos, y en qué ocasión se dieron.

FABRICIO.—Hízolos y reficiólos un maestro de aquella universidad, en el grado de un maestro carmelita, en que se hallaron presentes sus majestades el rey don Felipe III y la reina doña Margarita, su mujer, con mucha parte de los grandes y señores de título de España, junto con todos los catedráticos y maestros de las escuelas, y grande auditorio de gente docta y curiosa; y ansí va el galleante hablando con los reyes en todo el discurso de los gallos.

D. DIEGO.—Soseguémonos, y atended á ellos.

GALLOS.—Entro en este acto de muy mala gana, porque entro en él á mal de mi grado, supuesto que es mal de mi grado, y generalmente del grado de Salamanca oir y decir los graduados aquí y en semejantes actos lo que no querrían. Dicen acá: «Mal de muchos gozo es;» y si en algún grado se verifica ó puede verificarse este proverbio, es en este grado de Salamanca, cuyos gallos son gozo de todos y mal de muchos, á lo menos de los cuatro que lavamos la lana, y aun de aquellos á quien se la lavamos.

FABRICIO.—(Son siempre cuatro maestros los que se gallean á sí y á otros.)

GALLOS.—Porque siempre es cosa terrible representar un hombre de veras y en hábito de veras, y en lugar de veras cosas de burlas.

Bien sé que ya se cantan chaconas á lo divino, y que han emparentado, aunque sin dispensación y sin necesidad, lo profano y lo sagrado, lo festivo y funeral; pero si á eso nos hubiéramos de atener, pudiéramos también decir, como el maestro Fulano, canónigo desta santa iglesia, que cantando en ella una misa de *requiem* la semana de Pascua, dijo al fin de la misa: *Requiescant in pace, alleluya, alleluya.* Ó como el maestro Fulano, que oyendo un día la muerte de un grande amigo suyo (digo grande respeto de su persona, que no es más de lo que ven, si es que lo veen).

FABRICIO.—Era muy pequeño de cuerpo.

GALLOS.—Embelesándose y pasmándose con la mala nueva, comenzó á santiguarse, y por decir, como solemos: *Requiescant in pace,* dijo, levantando la mano: *Ite misa est.*

También pudiéramos imitar al dotor Fulano.

FABRICIO.—(Este dotor traía siempre un capachete de raso negro en la cabeza, por encubrir la pelambre que le provino de cierta enfermedad.)

GALLOS.—Que entró con insignias de doctor, y juntamente con exenciones de grande y aun con majestad de rey, á besar la mano á sus majestades. Porque entró, estuvo y tornó á salir cubierta la cabeza y sin decir Dios os guarde. Esto digo por la birreta de raso, que siempre trae sobre raso, que es peor que seda sobre seda.

Pudiéramos asimesmo aprobar la pretensión del dotor Fulano.

FABRICIO.—(Este dotor, aunque era casado, traía siempre hábito largo, como eclesiástico.)

GALLOS.—Que pretende ser un ingerto de lego y clérigo, porque como sus majestades no le dieron la mano cuando se la besó la universidad, y no se la dieron pensando era de misa, como lo representa su hábito, hizo testigos para que le tuviesen por sacerdote, pues que los reyes le habían tratado como á tal. Y replicándole que los reyes no pueden hacer á nadie de orden sacro, respondió que bien podían, que por eso era el rey sacra majestad. En fin, él quiere ser clérigo de la iglesia griega, donde juntamente los clérigos son sacerdotes y casados.

El maestro fray Fulano también ayuda á esto, porque siendo religioso, maestro y catedrático, ha dado en pié de sastre, á causa que jamás le verán sentado que no esté la una rodilla sobre la otra, y jugando de la mano derecha, como quien toma liciones de coser.

Pues el maestro Sánchez, digo el retórico, el griego, el hebreo, el músico, el médico y el filósofo, el jurista y el humanista.

Fabricio.—(Este maestro, aunque sabía mucho, tenía peregrinas opiniones en todas estas facultades.)

Gallos.—Tiene una cabeza, que en todas estas ciencias es como Ginebra, en la diversidad de profesiones.

Ejemplos hay hartos, y hartos pudiéramos referir; pero, como quiera que sean, en no yendo el Fa con el Mi es forzoso dar en endiablada. Y ansí, todas estas mezclas de veras y burlas han de ser necesariamente capirotadas y moharrachos. Y por eso no me espanto que á los religiosos tan de veras se les haga tan terrible este acto tan de burlas, que aunque no son burlas de manos, no por eso dejan de ser burlas pesadas.

Con todo eso, tengo por menos tributo pagar este pecho al César y hacer esta tarasca de mí, que sacar el río de su madre y las cosas usadas de sus quicios; porque en esto se puede perder mucho dando un hombre en extremado y singular, y en aquello no se pierde nada, pues pasa por donde pasan los buenos de Toledo.

Dicen los filósofos que ninguna cosa, estando en su centro, puede estar pesada ó liviana, aunque de suyo sea muy pesada ó muy liviana. Y la razón es, porque el estar pesado es propio del que quiere bajar, y el estar liviano es propio del que quiere subir; y como el que está en su centro ni pretende subir ni bajar, no puede estar pesado ni liviano. El centro de los graduados por esta insigne universidad este es, porque aquí están todos á los piés y en los estrados de su majestad, de su natural rey y señor, teniéndole por corona de su profesión y de sus letras, porque no puede haber otra que pueda coronar tan grandes merecimientos. Y el centro de los cuatro maestros que nos hemos de gallear también es este, porque aquí es donde de veras se puede pretender y ganar el favor y la preeminencia. Y ansí, por más que digamos y nos digamos, ni podemos estar pesados ni livianos; ni nadie que tenga entendimiento, por más que le piquemos, podrá decirnos que estamos pesados; y por más que cantemos y nos matraqueemos

podrá decir que estamos livianos. Y si este acto no nos condena á nota de pesados ni de livianos, muy bien le podremos hacer, aunque sea, como suelen decir y ello es ahora, delante del Rey.

Según esto, encomiéndome á Dios y échome á nadar, siquiera para perder el miedo á este pozo, y para ver si puedo hallar pié en este remolino, que tantas cabezas ha tragado. Aunque para decir verdad, no he menester hacer pié en este golfo, que hecho me le han dado y derecho todos mis contrarios; los cuales quizá, á fin de ponerme el suyo sobre el pescuezo, hicieron hincapié en que yo trajese alguno bien glosado para ante sus majestades en este acto, porque dicen tienen gusto en buena poesía. Y excusándome yo con que era muy poco poeta, se prefirieron á darme un pié que recitase aquí con muy buenas glosas, porque no escupiese ante sus majestades otros textos que yo me sabía. Y aunque pudiera recelarme de que aquello no era tanto darme pié como darme traspié, y pudiera decir lo que dijo Virgilio: *Timeo Danaos et dona ferentes,* tengo temor que los presentes y dádivas de los troyanos vienen muy llenos de lazos y estratagemas de enemigos. Con todo eso, por ser de enemigos y el primer consejo, quise acetarle, y puse mi palabra de referirle fielmente en este senado, porque es pié de errar, aunque es pié donde cualquiera puede perder pié, porque es este:

El Rey viene á Salamanca.

Y aunque esto más tiene de cabeza que de pié, pues toca en la cabeza de todos, con todo, me lo dieron por pié, porque sin duda los reyes son los piés por donde los reinos, ó pasan adelante, como los de vuesas majestades, ó vuelven para atrás, como los de nuestros enemigos. Diéronmele también por pié como para sobornarme, dándome á entender que me daban el Rey por el pié, de que me venía no pequeño provecho; aunque también lo harían por

ganar para sí mucha honra, dando á entender á este senado que en la profundidad y inmensidad del Rey nuestro señor hallaban pié los maestros de Salamanca. Pero háganlo por lo que quisieren, que si yo le recebí por pié fué porque de los reyes ni se puede dar ni recebir más de los piés, y esos, como los recibo yo, para besarlos. Y porque con daca el pié y toma el pié no nos despeemos, será bueno comenzar ya las glosas, y será la primera la del maestro fray Fulano, que como vive en mi casa, me la dió primero; y ansí, la tengo yo para recitarla en el primer lugar. Dice pues:

Hace con gran voluntad
fiestas al rey la ciudad;
pero en todo lo criado,
no le hacen fiesta de grado
sino en la universidad.
Y no queda mal pagado,
sino muy remunerado,
el grado de borla blanca,
pues que también muy de grado
el Rey viene á Salamanca.

Sin falta dice muy bien; aunque, á mi parecer, no es tanto esta fiesta de grados como de corona. Porque si miramos á sus majestades, si es que para ello tenemos ojos, hallaremos la mayor corona que ciñe sienes en toda la redondez de la tierra; y si miramos al que se gradúa.....

Fabricio.—(Era un padre carmelita, de buena estatura y mucho pelo en la corona.)

Gallos.—...hallaremos en él una corona tan grande, que parece nido de cigüeña ó cigüeña en su nido; porque el bonete negro con las plumas de la borla blanca que tiene sobre la cabeza, eso parece; y aun él parece campanario viejo de aldea, donde acuden cigüeñas á fabricar sus nidos. Y si miramos á los cuatro que nos damos de las astas, también somos los cuatro coronados que salimos á hacer fiesta de corona.

FABRICIO.—(Dícelo porque todos cuatro galleantes acertaron entonces á ser religiosos.)

GALLOS.—Aunque para el maestro Fulano, mi compañero, y para mí, dado que se llame esta fiesta de corona, no puede á lo menos llamarse de prima tonsura, porque no es esta la primera vez, sino la segunda, que aquí nos han trasquilado á los dos.

FABRICIO.—(Esto dice porque en otro grado antes deste les habían picado á él y á su compañero los otros dos galleantes.)

GALLOS.—Y no me espanto que dos tundidores como el maestro fray Fulano y fray Citano nos diesen dos tundas semejantes. Y porque venga á noticia de todos que, no sólo sabe dar tundas el maestro fray Fulano, sino que también sabe hacer glosas, y muy buenas, quiero referir la que me dió sobre el mismo pié, en la cual va solenizando el nombre de los Cornejos, por ser su apellido, y también del padre que se gradúa:

Brota la universidad,
cual Moisén resplandeciente,
Cornejos de claridad;
él, viendo á Dios frente á frente,
y ella á vuestra majestad.
Y como es luz desigual,
cualquier vista ciega y manca,
si no es de águila real,
y por esto, á ver luz tal,
el Rey viene á Salamanca.

Si no fuera parte, dijéramos había hablado muy bien este testigo, porque sus partes y las de su glosa merecen cualquier encarecimiento; pero ansí no excusó tacharse la comparación que traía de Moisén. Porque, ¿quién dirá en el mundo que la mucha merced que hace su majestad á esta su universidad tan insigne sea ponerle los cuernos, sino antes quitárselos á ella y ponerlos á toda España, pues que toda España puede ya tener celos de tan extraordina-

ria merced y favor? Fuera de qué consultando los libros becerros y registros de la universidad, he hallado que en los grados de los teólogos salmantinos por eso hay gallos, porque no hay toros, y por eso no hay toros, porque no haya cuernos, que dicen muy mal con la borla blanca de honestidad, castidad y perpetua virginidad que traen sobre su cabeza, por la cual están obligados á ser tan castos como maestro Fulano, que es más casto que el rey don Alonso el Casto.

FABRICIO.—(Este maestro era notado de mucho recogimiento y poquísima conversación con ningún género de mujeres.)

GALLOS.—Mayormente, que no hay cosa que tanto repugne á gallos como cuernos, porque todo el pundonor del gallo consiste en no admitir competidor que se los ponga.

Harto quisiera excusar esta censura, porque no dijeran que la daba á fin de desquitarme y desagraviarme de lo que aquí ha contado el maestro que me dió la glosa dicha, diciendo que yo había hecho un propio á Benavente, donde es natural, para traer de allá chistes suyos que decir, como si fuese menester pasar los puertos para cargar las acémilas de chistes y donaires suyos, y no bastase verle solamente la cara para sacar un hombre della más miseria que de un testamento de pobres. Fuera de que, ¿cómo podía yo enviar á Benavente por chistes suyos? pues preguntándole un día muy en puridad que de dónde era, me respondió que, aunque su padre era de Benavente, él no era natural sino de un lugar que llamaban Campana.

FABRICIO.—(Este es el dicho que nos dió motivo para sacar los gallos.)

GALLOS.—Y tornándole yo con alguna admiración á preguntar si era de Campana, me tornó á responder que sin duda era de dentro de Campana; y entonces, aunque no lo merecen sus letras ni su cordura, dije: «Pues ¿qué puede ser de dentro de Campana que no sea badajo? Por ventura

negará el caso, y no me espanta, que á piés juntillas suele negar lo que se vee.» Pidióle un día cierto deudo suyo en Benavente prestado un rocín, y excusóse diciendo que no le tenía en casa, sino muchas leguas de allí. Mas apenas acabó de negarle, cuando el rocín, como desmintiéndole, empezó á relinchar en la caballeriza. Y enfadado el que le pedía, le dijo: «¿Parécele, padre mío, que estaba lejos el rocín?» Mas él, con toda la cólera que tiene, le respondió: «Brava cosa es, que han de dar más crédito á mi rocín que á mi persona.»

Mas porque este rocín no se agüe, enviémosle á pasear, y venga el maestro fray Fulano con su glosa, aunque es lástima haber apercebido para su venida sólo un rocín, pues es persona que había de venir en carroza de cuatro caballos. Mas para delante de sus majestades bien puede venir á pié, mayormente á darnos la glosa dél, que vamos todos glosando, que dice ansí:

Todo va al Rey de su modo,
el indio, el germano, el godo,
el de ajena y propia ley;
que, como todo es del Rey,
al Rey viene á parar todo.
El mundo todo al Rey sale,
y viene con mano franca;
pero porque se señale
que Salamanca más vale,
el Rey viene á Salamanca.

Bien muestra en esta glosa su autor ser gran reconocedor y apreciador de las cosas muy grandes, pues no quiere que Salamanca, su madre y nuestra, vaya al Rey, como va todo el mundo, sino que venga el Rey á Salamanca, porque Salamanca es más que todo el resto de lo criado. Y si lo dice por las piedras muertas y no desbastadas, bien dice en decir que nunca Salamanca fué al Rey, porque de Salamanca ni al Rey ni al reino jamás fué cosa basta ni grosera, ni puede ir. Mas si lo dice por las piedras vivas, labradas en el obrador mayor de esas escuelas, no tiene razón,

porque de sólo Salamanca han ido más sujetos al Rey que de todos los tercios del mundo. Y no nos haría poca merced en llevar más ahora; porque, como Salamanca es pozo de insignes hombres, cuantos más le saca su majestad, más le manan.

Con todo eso, no se le puede negar al dicho maestro que la glosa es digna de su autor y de su cortesía, pues pone todo lo criado á los piés de sus majestades. Y no me espanto de toda esta crianza, porque es tan amigo della, que preguntando un día á una dueña de su madre cuántos años tenía, y respondiéndole ella que cuarenta, se enfadó con ella porque no dijo: «Cuarenta años tengo, mi señor, para servir á vuestra merced.» Que como en todas sus cosas es tan adamado, querría que todos le tratasen adamadamente; que ansí parece que lo piden aquellas sus manos carnositas, blancas, cuajadas y suaves, que llegan de cuando en cuando con las palmas abiertas á regalar y acariciar aquella santa Verónica de su rostro.

Pero, porque la música destas glosas comenzadas vaya á cuatro voces, quise glosar el pié que los tres gallos han glosado, que dicen ansí:

Es de tanta majestad
en letras, armas, nobleza,
religión, esta ciudad,
que no hay cosa, esto es verdad,
que venga con su grandeza.
Grecia sólo armas mantiene,
Italia en letras se estanca,
nada á Salamanca viene;
mas, como todo lo tiene,
el Rey viene á Salamanca.

Contra esta glosa y su verdad nadie puede ir, pues en vuesa majestad está todo tan sobrepujantemente; sólo una cosa no veo en vuesa majestad, y es, que siendo natural al león temer el gallo, y siendo vuesa majestad el león de España, no solamente no le ha temido, sino que á cuatro gallos que aquí estamos nos ha hecho temblar y sudar la

gota tan gorda; y lo mesmo fuera á todo el mundo, si todo el mundo fuera gallos.

Y aunque al principio entré condenando la liga de las veras burlas, y de las cosas preciosas y baladíes, no por eso debe ser condenada, pues la naturaleza la hace tantas veces, mezclando el oro con la escoria, la plata con el estaño, el grano con la paja y el alma con el cuerpo; y ¿qué cosa más baja que los remiendos, y qué cosa más bella que vellos en el jaspe? Y aun el arte hace inumerables matrimonios destos, casando el agua con el vino, el papel con la tinta, y haciendo en sedas, telas y lanas infinitas mezclas, tan vistosas como caras. Y finalmente, dando unas mesmas letras á la palabra de mayores veras y á la de mayores burlas, porque esta palabra *rey*, acentuando en la *e*, significa las mayores veras que son entendidas en la persona de un rey; y esta mesma palabra *rei*, acentuando en la *i*, significa las mayores burlas que se hallan en el reir.

Y hasta la naturaleza quiso hacer otro nudo como este, porque las lágrimas, que tantas veces son efetos y símbolo de tristeza, son otras muchas veces hechura y representación de increíble gozo, conforme á lo que acá se suele decir, que lloramos de risa; y conforme á lo que un poeta dijo, glosando el mesmo pié que se ha glosado:

Ya llaman siglo dorado
á este siglo, porque ha dado
Rey y reina al mundo tales,
que pasan quicios y umbrales
de todo cuanto ha pasado.
Todos de contento lloran,
y á verlos tanto se azoran,
que hasta el zafio el paso atranca,
pues con la Reina que adoran
el Rey viene á Salamanca.

Y lo que más es, que el contento, que tan de ordinario nos da la vida á todos, á muchos se la ha quitado, como se la quitó á Dionisio el tirano, y á Zeuxis, que murió de risa de sólo ver cuán bien había pintado una vieja; y Crisipo

murió también de risa, porque oyó á una mujer que en todo su juicio mandó que diesen unos tragos de vino á un asno para que no le hiciesen mal unas brevas que había comido; y finalmente, conforme lo que dice un poeta, glosando el pié que todos hemos glosado:

Mucho su venida abona
y ensalza á gloria infinita,
el ver que con su persona
nos traiga una Margarita
tan digna de su corona.
Y viendo que en su tusón
tal joya trae tal león,
de gozo el alma se arranca,
pues con tan rico blasón
el Rey viene á Salamanca.

Y arrancada el alma al gallo, no tiene más que cantar. *Explicit.*

CASTAÑEDA.—Por vida de todo el mundo, que les debió de parecer muy bien á los reyes todo esto, porque tienen muy buenas veras y burlas.

D.ª MARGARITA.—Harto buenos son los gallos, pero no se le niegue al mi don Diego sino que los ha leído muy galanamente.

CASTAÑEDA.—Pues ¿qué queríades? ¿No había de leer bien un hombre casado, tan grande como un rollo? Sabed, por eso que decís, que pescaron una muy hermosa trucha en un lugar de cierto señor de título, y parecióles á los alcaldes del pueblo que sería bien presentarla á su señor, que acababa de llegar al pueblo, para lo cual se acordaron de un grande plato pintado que tenía el sacristán, y en él pusieron y llevaron la trucha, y fuése con ellos el sacristán en seguimiento de su plato; y como el Conde se agradase mucho de la trucha, y la estuviese alabando por la mejor que en su vida había visto, pareciéndole al sacristán que se hacía poco caso de su plato, dijo muy sentido: «Pues yo le juro á san Pablo que el plato que no es necio.»

FABRICIO.—Ansí le pareció á mi señora doña Margarita

que no cumpliamos con nuestra obligación si, tratando de loar los gallos de Salamanca, no se trataba de loar el gallo de su merced.

D. Diego.—Con licencia del dotor me los llevaré para que se trasladen en mi casa.

Fabricio.—Pues si entendiera que habíades de codiciar esto, también sacara otro papelillo que tengo de una invención con que los roperos de Salamanca salieron á recebir los reyes; pero por no me desviar otra vez de la lumbre y de la conversación, se quedará para mañana en la noche.

D. Diego.—Aunque me viene á propósito, paréceme que al padre maestro que recitó en Salamanca estos gallos no le pesará de tener á mano una taza de vino aguado para remojar sus buenas razones.

D.ª Petronila.—Ya os entiendo, señor don Diego; muy á propósito viene lo que decís: vos queréis beber, y no me espanto, porque há rato que habláis, y callamos todos.

Fabricio.—Pues á don Diego por relator y á nosotros por oidores, mandad, señora, que nos dén de beber con unas quesadillas en tanto que se pone la mesa.

Castañeda.—No se ha dicho esta noche cosa más aguda que mandar que bebamos.

CAPÍTULO III.

De motejar de borracho, y una matraca que se da á gente de malos gestos.

Fabricio.—Pongan esas quesadillas, y traigan la bota y tazas lavadas. Ea, Castañeda, alcanza dese plato.

Castañeda.—Yo siempre comienzo por la taza y pásome por el plato y torno á rematar con la bebida.

D. Diego.—Eso me parece que es el oficio del pastelero vuelto del revés, porque lo que este hace con el pan lo haces tú con el vino.

CASTAÑEDA.—No entiendo vuestra metafísica.

D. DIEGO.—Quiero decir que los pasteleros ponen las viandas entre pan y pan, y tú las metes entre vino y vino. ¿Entendísteme ahora?

CASTAÑEDA.—Ansí me hubiese á mí entendido Fabricio como yo á vos.

FABRICIO.—¡Hola! dén de beber á Castañeda, que con harta devoción lo pide.

CASTAÑEDA.—Pues mayor devoción tendré en bebiendo.

D.ª PETRONILA.—¿Por qué?

CASTAÑEDA.—Porque cuando el vino sale de bota es bebida muy devota.

FABRICIO.—Mirad que la taza es capaz y que el vinillo es mordaz; tengamos la fiesta en paz.

CASTAÑEDA.—Mas antes me la llenad hasta arriba; que aquellos gallos me tienen rabiando de sed.

D. DIEGO.—Eso fuera si tú los hubieras traído en la boca como yo.

CASTAÑEDA.—Basta que los haya tenido en los oídos.

D. DIEGO.—Pues bebe por los oídos.

CASTAÑEDA.—Basta que beba por la boca; que si el vino es bueno, luégo se subirá á las orejas. Dios sea conmigo; que como no estoy ducho á beber, no querría que me hiciese mal.

D.ª PETRONILA.—¡Oh pobre Castañeda! yo me acuerdo haberle visto con su habla, aunque no con su juicio.

D. DIEGO.—Venga esa taza, y dénme agua; que no me atrevo á llevarlo puro, como Castañeda.

CASTAÑEDA.—Señal que tenéis ruines cascos; y no como los míos, que son cascos de prueba.

D. DIEGO.—Eso juro yo, que son los tuyos de prueba; porque te los habrá probado el vino más de una vez, y á los míos nunca el vino se atrevió á probarlos.

FABRICIO.—Descalabrádote han, Castañeda, porque te sacudió don Diego en los cascos con el vino. La materia es á propósito; pues estamos bebiendo, digamos cada uno su

cuento que pique de borrachera, como lo hizo don Diego; y sea ley que nadie beba sin que primero ofrezca su chiste. Comience don Diego.

D. Diego.—Pláceme, y pienso cumplir con un dicho que le sucedió á este bellaco de Castañeda con el Conde otro día:

Es el Conde hombre de más capacidad en el estómago que otros, de donde proviene que come muy bien y bebe mejor. Ofrecióse que en cierto papel de importancia había de poner el Conde su firma en latín, y púsola desta manera: *Dominus Franciscus de Tal; Comes de tali parte,* etc. Leyó esta firma Castañeda, y dijo: «Mirad, Conde, que no va entera esta firma.» Preguntóle por qué, y dijo: «Porque habéis de decir ansí: *Dominus Franciscus de Tal; Comes et bebes de tal parte,* etc.»

D.ª Margarita.—Dénme de beber; que quiero decir el mío: Hubo un hombre tan fiel y verdadero amigo del vino, que jamás pudo hacer amistad con el agua, no sólo para beberla ni alabarla, pero ni aun para verla ni lavar la taza. Cayó en una grave enfermedad, de que se iba muriendo, y estando muy al cabo, pidió con grandes ansias un jarro de agua; lleváronsele, y como le preguntasen que cómo hacía aquella novedad, pues siempre había sido tan enemigo del agua, respondió: «No es tiempo de enemistades; que es hora de reconciliarse el hombre con sus enemigos.»

D.ª Petronila.—El mío es breve y compendioso.

Castañeda.—Pues bebed breve y compendiosamente; decid.

D.ª Petronila.—Pidió un bebedor que le echasen vino en una taza que tenía en la mano, y el que se lo daba se lo echó vuelta la mano del revés, y díjole: «Perdonad que os lo doy de revés, porque no estoy á mano.» Respondió el bebedor: «Echad; que más quiero vino de revés que agua de Tajo.»

Fabricio.—Aunque no tengo mucha gana de beber, quiero decir el mío: Estábase un hombre querellando de

su mala suerte, porque un hijo solo que tenía no le podía corregir el mucho beber; y ansí, le afrentaba cada día, anocheciendo borracho por las calles, y díjole un vecino suyo: «Vecino, ese mozo os afrenta porque vos mesmo le dais los dineros, y mientras no le faltaren monedas no le faltarán monadas.»

CASTAÑEDA.—Aunque tengo una vez en el estómago, he menester segundar para corregir el rigor de la miel y queso destas quesadillas; y para más merecer, quiero pagar el tributo de mi cuento: Acudían de ordinario á la taberna de Colmenares tres ó cuatro hombres, que gastaban la mayor parte del día y de su caudal en andarse borracheando dentro de la taberna. Un día con sus importunas borracheras enojaron la moza que medía, de modo que se quejó á su amo, diciendo que aquellos hombres la querían comer. Díjoles entonces Colmenares: «Señores, no me comáis la moza; que quedará muy deshonesta.» Preguntó uno dellos que por qué, y respondió: «Porque si la coméis, quedaráse la moza en cueros vivos.»

D.ª MARGARITA.—Extremado es el Colmenares; ya le traigo sobre ojo, porque ordinariamente dice con donaire y artificio.

FABRICIO.—Mandad, señora, que alcen estos platos y tazas, y pongan la mesa.

CASTAÑEDA.—Harto de mejor gana me quedara á cenar con el Dotor y doña Petronila que con el Conde, que me mandó acudiese á la cena; pero si no os habéis de recoger tan presto, volveré después de cena.

D. DIEGO.—Pues cuando vengas te podrás venir por mi casa, y vendrémonos juntos; que nuestro huésped, como es viejo, luégo se empana entre las mantas; pero bien te puedes agora entretener media hora; que el Conde no cena hasta las nueve, y son agora poco más de las ocho.

CASTAÑEDA.—¿Sabéis, Fabricio, lo que estoy considerando de vuestros criados que ponen la mesa?

FABRICIO.—¿Qué te parece dellos?

CASTAÑEDA.—Que por Dios, que tienen muy bellacos gestos y gentil recado de narices; que me acuerdo yo haber visto alquitaras que no son tan cumplidas de nariz como vuestra gente. Por vida del Dotor, que me digáis en qué almoneda de diablos hicistes esta compra. No lo digo por alabarlos; mas por nuestro Señor, que si yo fuera inquisidor, que os los vedara, como se prohiben á otros los familiares de redomilla.

D.ª PETRONILA.—Parece que te han puesto buenas ganas de matraquear mis criados. Por vida de Castañeda, que no pierdas la ocasión, sino que tomes una guitarra, y les digas algo en verso, como sueles.

CASTAÑEDA.—Venga una guitarra, y mandad que parezcan todos aquí, si no es que sea menester un exorcista que se lo mande á fuerza de conjuros.

D.ª PETRONILA.—¡Hola! entrad todos aquí delante de Castañeda.

CASTAÑEDA.—Como quien soy, que me los estoy mirando venir, y no parece sino que hacemos cerco como hechiceros, pero digámosles con la guitarra:

Decidme, señor Fabricio,
ansí Dios os dé mil dones,
¿quién metió estos mascarones
en vuestra casa y servicio?
Concertadme estos vocablos;
que yo no entiendo de vos
que podéis servir á Dios,
sirviéndoos á vos los diablos.
Y vos, Petronila triste,
cuando os llevan en la silla
esta infernal gentecilla,
¿cómo no dais en el chiste?
Que os gritan de los establos,
sin haceros perjuicio:
«¡Hola, mujer de Fabricio,
que te llevan cuatro diablos!»
Mal debió de bautizarse
esta posada, señora,
pues con aquestos agora

ha venido á endemoniarse.
Los pintores aprendices,
cuando empiezan á pintar,
suelen los rostros sacar
como estos, y sus narices.
Dicen que son extremados
en cantar estos señores;
nunca vi diablos cantores,
sino son vuestros criados.
Mas tenéos por avisada;
que si los mandáis cantar,
bien podrán música dar,
pero ella será endiablada.
Y con aquel antifaz
de infernales querubines,
si se danzan matachines,
no habrán menester disfraz.
Con vosotros quiero hablar,
vasallos del rey de Fez,
y por ser primera vez,
me comienzo á santiguar.
Muy abominables brujos,
dichoso y afortunado
quien no queda espiritado
mirando vuestros dibujos.
De los médicos me espanto
no os lleven á sus ciudades
á sanar enfermedades
que se curan con espanto.
Pienso ordenar una caza
famosa de montería,
y con grande gritería
correros por esa plaza.
Que temo vuestros testuces;
y ansi, iremos con venablos;
pero no, que contra diablos
mejores son unas cruces.
El portentoso nublado
que descargó dende el cielo
tantos diablos en el suelo,
sin duda que no ha cesado.
Que los primeros caídos
son viejos, vosotros no;
y ansi, os pienso llamar yo
demonios recién llovidos.
No hayáis miedo que me empache
en poneros dijecicos
colgados en los pechicos,
de tasugo ni azabache.

Que vuestra hermosura rara
os hace en cualquier enojo
seguros de mal de ojo,
pero no de mal de cara.
Y aunque tiemblo de miraros
esas caras de enemigos,
á fuer de buenos amigos,
un consejo quiero daros.
No os juntéis á algún retablo
de san Miguel sin dragón,
porque luégo habrá cuestión
quién ha de quedar por diablo.
Ruego á Dios crucificado
que extienda su brazo fuerte,
y á la hora de mi muerte
os aparte de mi lado.
Cese ya de entretenerse
mi voz en vituperaros;
que ya temo el enojaros.
Fugite, partes adversæ.
Baste, baste lo que os hablo;
que ya he menester alivio
de cruz de santo Toribio.
Diablos, quedáos con el diablo.

Con todo eso, aunque no son ángeles de luz, mandad que enciendan una hacha y me acompañe alguno dellos hasta en casa del Conde, y esperadme después de cenar; que yo vengo luégo, y de acarreo traeré á don Diego y su ninfa.

D. Diego.—Pues no te detengas, que nos hallarás acostados.

Castañeda.—Si estuviéredes acostados, habréme de desnudar y acomodarme con vosotros.

D. Diego.—Saco mi blanca; allá te avendrás con doña Margarita y su madre.

Castañeda.—¿Sabéis qué haré? Tomaré la hija y dejaré la madre, por quitarme de pesadumbres.

D.ª Margarita.—Por mi salud, que es bien convenible el buen Castañeda. Tenía un devoto canónigo en su despensilla algunos regalos de comer, y un criado suyo deter-

minó de hacerle salto al canónigo; descerrojó la despensa, y cogióle unos hermosos perniles y solomos, y no curó de llevar unas lenguas de puerco que estaban con lo demás, porque estaban ya pasadas y dañadas. Apenas salió de la despensa, cuando su amo le cogió con el hurto en las manos; y como vió que se llevaba los perniles y lomos y no dejaba más de las lenguas, le dijo: «Desvergonzado, pues te llevabas los perniles y lomos, ¿por qué no llevabas lo demás?» Respondióle él: «Señor, por quitarme de malas lenguas.»

CASTAÑEDA.—El cuento es bueno, pero ¿á qué propósito?

D.ª MARGARITA.—Porque dices que tomarías la hija y dejarías la madre, por quitarte de ruidos.

CASTAÑEDA.—Como sois Margarita, y las tales tienen por madre á la tierra, parecióme que escogía bien en dejar la seca y fría tierra, cuales son las viejas, y tomar la preciosa Margarita, cuales son las damas como vos. Quédese este negocio aquí, y si habemos de volver en cenando, vámonos de aqui. Adios.

CAPÍTULO IV.

Que contiene chistes que motejan de cristiano nuevo, y una historia fantástica.

FABRICIO.—Á la puerta llaman, señora; decid que sepan quién es.

D.ª PETRONILA.—Por ventura será don Diego y su mujer, que los prometió restituir Castañeda en cenando.

CASTAÑEDA.—Hola, Fabricio, mandad que venga con una luz uno de esos lacayos de Plutón, porque no se nos pierda una Margarita que traemos aquí don Diego y yo.

D.ª PETRONILA.—La mejor señal de que son ellos es que

viene Castañeda hablando. y creo que vienen á escuras. ¡Hola! llevad luces y abrid la puerta de la calle.

D. Diego.—Sea paz en esta casa.

Fabricio.—Sí será, pues viene gente de paz á ella. Ansí como sentí el bullicio á la puerta, conocí ser vuestras mercedes. Pero doña Petronila lo conoció cuando oyó hablar al hermano Castañeda.

Castañeda.—¡Brava hazaña por Dios, conocer á un hombre en oyéndole hablar! Estaban dos clérigos muy metidos en conversación de astrología, tratando de las señales de agua que se mostraban en el cielo. Uno decía que el tener la luna cerco era señal de agua; otro, que el salir el sol muy claro en la madrugada era señal de agua. Salió un oficial que estaba cosiendo junto á ellos, y dijo: «No se quiebren la cabeza, que la mayor señal de agua es cuando no hay dineros para vino.» Ansí que, la más cierta señal de que veníamos fué habernos oído hablar; digo que sois el diablo, y preciara más tener vuestro ingenio que un dolor de costado.

D.ª Margarita.—Vamos á la chimenea, que vengo hecha un carámbano, de frío.

D.ª Petronila.—Sospechosa cosa es tener tanto frio después de cena, si damos crédito al refrán que dice que el judío después de comer há frío.

D.ª Margarita.—Ese refrán no dice la judía, sino el judío, y ansí, no me comprehende.

Castañeda.—Por Dios, que á esa cuenta que viene don Diego traspasado de frío.

Fabricio.—Á fe de Dios, señor don Diego, que á no tener bien probada vuestra intención, que esta vez que os habían pegado de lleno.

D. Diego.—Bien me lo llamaste, tacaño; pero mejor se lo llamó Colmenares al dotor Gómez y su mujer, de quien se decía que tenían ciertas gotillas de sangre del patriarca Jacob. Estos enviaron á la taberna de Colmenares por un poco de vino para una necesidad de estómago. Envióse,

y como no les contentase el vino, enviáronle á decir con un criado que mirase noramala qué vino enviaba allí para una necesidad. Respondió Colmenares: «Decid á vuestros amos que no es tan malo el vino; que en otra mayor necesidad se lo dieron ellos peor á Jesucristo.»

D.ª Petronila.—Otro dijo en la misma materia Colmenares algo más bachiller que no ese. Llegóse Colmenares á comprar una ropilla en casa de un ropero que tenía la ejecutoria de su limpieza en la iglesia; y estándola concertando, dijo: «Hagamos barato, señor, pues somos todos de un oficio.» Preguntóle el ropero, diciendo: «Siendo vos tabernero y yo ropero, ¿cómo decís que somos de un oficio?» Respondió Colmenares: «Ambos vendemos ropa, sino que la vuestra abriga por de fuera y la mía por de dentro.» Dijo el ropero: «Ansí es, pero vos no podéis quitar la ropa que vendéis, si una vez se arropa el que la compra; mas yo bien puedo desnudar á quien la hubiera vestido.» Añadió Colmenares: «Y aun jugarla á los dados porque no se divida.»

Fabricio.—También tenía Colmenares sus agudezas, aunque tabernero; pero no es mucho las tenga, que goza de los mejores sorbos de vino que entran en su tienda. Pues una moza de fregar, dadas las once de la noche, sacó el servicio de sus amos á la calle, y por quitarse de ruidos, vacióle á la puerta de un vecino que hacía y vendía esteras de esparto y de paja (oficio que comunmente se halla entre dicípulos del Alcorán), y como por el mal olor viniese á noticia del hombre el desacato de la moza, salió muy enojado, diciendo: «¡Oh bellaca fregona, nunca otro eches en tierra de cristianos!» Dijo la moza: «Por eso le vacié yo á vuestra puerta.»

D.ª Margarita.—En fe de mujer de bien, que merece esa moza cualquier buen casamiento; y ansí la pienso juntar con un hombre que dijo otro dicho tan donoso y tan agudo como ese. Un mozo de un mercader muy rico (de quien decían que cuando se bautizó sabía ya andar y ha-

blar) iba cada día con un jumento por agua á un pilón ó pila donde estaba la fuente; y como viese un hidalgo que el jumento se iba derecho á la fuente sin que le guiasen, dijo que se espantaba que un asno tuviese tanta habilidad. Respondióle un bellacón que estaba con él que no se maravillase, porque en casa del tamborilero todos son bailadores. Preguntándole el otro que por qué lo decía, respondió: «Porque en casa dese mercader hasta los asnos se van por su pié á la pila.»

D. Diego.—Otro morisco muy rico estaba fatigado de una grave enfermedad, y mandó llamar un médico no menos gracioso en dichos que docto en medicina; y como le visitase, ordenó que le hiciesen un baño de piernas y cabeza. Viniendo otro día á visitarle, le preguntó que cómo le había ido con el lavatorio, y respondiéronle que no le había hecho. Encargó mucho que le hiciesen; y finalmente, como á la tercera visita preguntase del lavatorio, y le dijesen que el enfermo no gustaba de recebirle, y ansí no se le habían dado, dijo el médico: «Señores, desengañen á este hombre, y díganle que lo que se le ordena no es más de un lavatorio contra modorra, y que le juro á Dios y á esta cruz que no es bautismo; que bien lo puede recebir.»

Castañeda.—Por Dios que habéis traído excelentes cuentos en esta materia. Acuérdome que cuando se hizo aquella insigne procesión en el recebimiento del brazo santo de san Benito en Valladolid, hicieron los roperos en el Ochavo (que llaman) un grande y hermoso arco triunfal; y cierto poeta fisgón y mordaz, por motejallos de cristianos nuevos (como si no conociésemos entre ellos gente muy honrada y de muy buena sangre), puso en el dicho arco, de letra bien crecida, esta copla:

Todos los deste cuartel,
con regocijo infinito,
hacen arco á san Benito
porque Dios les libre dél.

D. Diego.—Tanto tiene de buena como de maliciosa la coplilla.

Castañeda.—¿Pasóse ya el frío que teníades, Margarita?

D.ª Margarita.—¿Por qué lo dices, loco?

Castañeda.—Porque estáis muy apartada; llegáos más á la chimenea, y tendréis más calor.

D.ª Margarita.—Si yo me caliento desde aquí, ¿para qué me tengo de acercar?

Fabricio.—Ansí respondió un hidalgo desta ciudad á otro con quien había tenido palabras de pesadumbre, y antes que se pasase el día encontró el uno dellos al otro, que iba á caballo á cierta jornadilla, y como no se le hubiese pasado la cólera al de á pié, dijo: «¿Vos sois? Apeáos de ahí, que juro á Dios que yo os haga conocer que sois un ruín hombre.» El otro, que tenía poca gana de apearse, y menos de reñir, le dijo: «Si yo me lo conozco á caballo, ¿para qué me tengo de apear?»

Castañeda.—Con todo eso, llegáos más á conversación, porque oigáis mejor un papel que cogí de la faltriquera al Conde esta noche; y porque me pareció ingenioso, quise haceros parcioneros dél.

D.ª Petronila.—¡Oh! buena pascua te rape los ojos, que soy perdida por novedades. ¿De qué trata?

Castañeda.—Un estudiante de Salamanca, que fué paje de la Condesa, se le envió por el estafeta ayer sábado, y leyéronle allí sobre mesa, y no pareció mal. Lleguen un candelero, y estad atentos.

«En la ciudad de Nolay, setenta leguas más abajo de »nuestros antípodas, cuya vecindad, refiere el autor de »*Los Sueños*, en su introducción canónica, ser un millón y »quinientos mil vecinos, á cuarenta y cinco días del mes »de febrero del año segundo antes de la creación del mun»do, estando todos en posesión de la dulce paz, sin enemi»go que los inquietase, peste que los enfermase ni pobreza »que los afligiese, á las doce de la noche, cuando todos

»pagaban á sus cuerpos la inexcusable deuda del reposo y »descanso, se comenzaron á oir unas tan extraordinarias y »portentosas voces de cosa más que humana, que, alboro»tados todos sin poder tomar tino á los vestidos, medio »desnudos y del todo turbados, se fueron juntando en la »plaza de la ciudad, sin poder averiguar qué novedad traía »consigo aquel espanto; porque sólo conocieron que aquel »ruido y vocería salía de un valle cerca de la ciudad, que »llamaban el Valle Solitario.

»Tomaron consejo con los sacerdotes y sabios de lo que »se debía hacer en ocasión tan apretada, los cuales, confu»sos y sin rastro de noticia de la novedad presente, rin»diéndose á la ignorancia, tomaron resolución que todo el »pueblo levantase sus oraciones á los dioses, y postrados »en tierra, pidiesen su favor y conocimiento de lo que ha»bían de hacer para acertar á servirlos en aquella sazón.

»Hiciéronlo ansí, y después de dos horas de exclamacio»nes al cielo, comienza á levantarse un alborotado torbelli»no que, metiéndose entre las nubes, despedazando unas »y juntando otras, al són de muchos y espantosos truenos »y relámpagos, fué derribando hacia donde estaba la con»fusa gente una espesísima nube, que en llegando casi so»bre las cabezas dellos, se abrió con un infernal relámpago, »y de en medio della se oyó una voz clara y distinta, que »dijo estas palabras:—*Parturiet vallis: et nascetur mira»bilis Gigas;* Parirá el valle, y nacerá un admirable gi»gante.—Algo se alentaron con esta luz y conocimiento de »que aquellas voces eran dolores del admirable parto que »se esperaba en el valle desierto.

»El valle ha de parir, y no menos que un milagroso y »admirable gigante. ¡Cuán diferente parto fué el que tu»vieron los altos y soberbios montes, de quien se dijo:— »*Parturient montes, et nascetur ridiculus mus;* Parirán los »montes, y nacerá un asqueroso y pequeñuelo ratón!— »Retrato vivo de las obras del soberbio y arrogante; que »quien le viere encumbrar sus cosas, blasonar de su naci-

»miento y sangre, calificando sus palabras, imaginaciones »y trazas, pensará que ha de tener el mundo un parto feli»císimo de sus prendas y calidades, y al cabo, al cabo sal»drá con una vaciedad un asqueroso y pequeño ratón, una »bajeza de pensamientos, frialdad de palabras y mengua de »sus obras, que pongan risa y escarnio á todo el mundo.

»Estos son los partos del altivo monte de arrogancia. »Pero el valle, el humilde y abatido en su estimación, muy »diferentes fines prometen sus obras; no paran en ridícu»los y sucios ratones, sino en admirables y portentosos »gigantes; unas obras de mayor cuantía y una grandeza de »hazañas que admire el mundo; que ordinario es, el perro »que mucho ladra con grandes amenazas de que quiere »comer los ojos al que va por la calle, no se atreverá co»gelle siquiera de la capa (proprio de cobardes ser habla»dores y fanfarrones); pero el que sabe hacer presa y en»centar una pierna, no levanta el grito ni hace aspavientos »ni bravezas; estilo proprio de los humildes en sus haza»ñosas empresas. La balanza que tiene peso y gravedad, no »hayáis temor que se levante arriba, antes se abate y hu»milla á lo más bajo del peso. Pero la fanfarrona balanza »que no tiene en sí valor ni peso ¡cómo se levanta y enci»ma, que parece quiere salir del peso y tomar sitio sobre »las esferas de los elementos! Y al cabo ni tiene seso ni »peso.

»En fin, si los montes paren, con un ratoncillo nos quie»ren hacer pago; pero el valle desierto, que está con do»lores de su peregrino parto, un milagroso y extraordina»rio gigante nos promete.

»Acudió pues toda la gente al valle desierto, tan teme»rosa como inorante de lo que había de suceder en este »espantoso parto; y habiendo estado todo el resto de la »noche en espera, al punto que el alegre y claro sol nace »por el espacioso horizonte, nació juntamente de las en»trañas vocingleras del valle desierto un terrible y admi»rable monstro, que por ser digna de ser sabida su compo-

»sición y partes, la pondremos aquí desde el pelo de la »cabeza hasta la punta del pié.

»En cuanto lo primero, este maravilloso monstro tenía, »como tenemos todos, su alma y su cuerpo, sino que era »el alma de cántaro y el cuerpo de gorguera. Este cuerpo »tenía sus partes, su cabeza, ojos y las demás.

»La cabeza de proceso,
»el pelo de teta,
»los cascos de cebolla,
»la frente de escuadrón,
»las cejas de vigüela,
»el un ojo de puente,
»el otro de aguja,
»una oreja de abad,
»otra oreja de zapato,
»un carrillo de pozo,
»otro carrillo de basura,
»la nariz de navío,
»la boca de horno,
»los dientes de sierra,
»la lengua de campana,
»el frenillo de sardesco,
»las muelas de aguzar,
»la barba de ballena,
»el cuello de estudiante,
»la nuez de ballesta,
»el gaznate de bota,
»el tragadero de tarasca,
»los brazos de mar,
»los codos de medir,
»las muñecas de Flandes,
»la una mano de papel,
»la otra de almirez,
»las palmas de dátiles,
»los dedos de segador,
»las coyunturas de negocios,
»las uñas de vaca,
»las yemas de huevo,
»los pechos de vasallo,
»la espalda de carnero,
»las costillas de silla,
»el espinazo de tocino,
»el vientre de tinaja,
»las tripas del rastro,
»la culata de mosquete,

»los muslos de camuza,
»la una pierna de nuez,
»la otra de sábana,
»las rodillas de cocina,
»las espinillas de hortigas,
»el un pié de amigo,
»el otro de copla,
»las plantas de jardín,
»y cubría todo su cuerpo
»la piel de Satanás.

»Al instante de su nacimiento se oyó una voz en el aire, »que dijo el nombre con que habia de ser llamado este »nuevo hijo de la tierra, conviene á saber, el Gigante Ima»ginado, que como nació adulto y de perfeta edad, trataron »luégo de vestille al uso de la tierra, y ansí le vistieron:

»Su camisa de culebra,
»con su cuello de garrafa,
»mangas de cruz
»y puños de espada,
»su jubón de azotes,
»su vaquero de Morrayna,
»sus cañones de artillería,
»sus medias de medir con su liga de cazar pájaros,
»y sus zapatillas de castañeta.

»Habiendo de buscarse compañera que lo mereciese ser »del Gigante Imaginado, como entre los nacidos no fuese »posible hallarse, determinaron los dioses de fabricar de »nuevo una mujer para compañera del gran gigante, to»mando de cada cosa alguna parte, con que vinieron á »perfecionarla. Pusiéronla por nombre y apellido la Impo»sible Doncella, cuya construción admirable es la siguiente:

»Tenía el alma de los difuntos,
»el cuerpo de los ángeles,
»la carne de la muerte,
»los huesos de la lamprea,
»la cabeza del tronco de Holofernes,
»el pelo de la rana,
»el cocote de los asturianos,

»la frente de ganso,
»los sesos de los enfermos del hospital de Zaragoza,
»las cejas de buboso,
»los ojos de topo,
»las orejas de ladrón sin ellas,
»los carrillos de calavera,
»las narices de romo,
»la boca de media mascarilla,
»los dientes de infante de ocho días,
»la lengua de barbo,
»los hocicos de tordo,
»el cuello de olla,
»los brazos de culebra,
»las manos de lombriz,
»los dedos de mula de alquiler,
»las yunturas de elefante,
»el pecho de hidalgo,
»las espaldas del dios Jano,
»el vientre de viernes,
»las piernas de caracol
»y los piés de medalla.

»Esta hermosísima doncella es la que sola mereció ser »mujer y compañía del Gigante Imaginado, con la cual es»taba en el punto de la mayor prosperidad y grandeza que »se puede imaginar; pero de Dios abajo no hay cosa, por »grande que sea, que no tenga alguna higa, algún achaque »que la traiga á la memoria; que no hay bien ni perfeción »en las cosas criadas que no sea prestada y venida de ma»no de las causas supremas, con libertad que tienen de »quitar y poner en lo inferior, como la superior voluntad »dispone. Harto debe el fiero y valiente león á su Hacedor »porque recibió aquella eminencia y fortaleza sobre todos »los otros animales; pero bien lo lasta con una perpetua »cuartana que le hace revenir de su braveza. Séase cuan »grande y poderoso quisiere el entendido y prudente ele»fante, que si se descuida un poco, no faltará un ratoncillo »que le vaya haciendo camino por la trompa adelante has»ta llegar al celebro, y royéndole los sesos, tomar casa de »aposento en el centro de su cabeza, quitándole la brave»za, y la vida con ella. Bien descuidado vivía el Gigante

»Imaginado de todo rastro de adversidad y rendimiento; »pero al mejor y más sabroso punto de su buena andanza »le sobrevino una tan grave dolencia, que no le dejó miem»bro ni hueso sano, porque vino á quedar por toda la »cabeza,

»Calvo como un zamarro,
»lampiño como un tejedor,
»ciego como un lince,
»mudo como mujer,
»sordo como ciervo,
»sin olfato como buitre,
»romo de narices como un sayón,
»descocotado como negro,
»la frente arrugada como un espejo,
»desorejado como un asno,
»desdentado como perro,
»corcobado como un huso,
»cojo como un corzo,
»flaco como una cuba,
»pesado como un volteador,
»contrahecho como Adán,
»feo como Absalón,
»negro como la harina,
»inorante como Salomón;
»mentecato como Aristóteles,
»colérico como Saturno,
»flemático como una centella,
»sanguino como gusano,
»melancólico como el martes de Carnestolendas.

»Movidos á compasión y lástima de la súbita desgracia »y dolencia del Gigante Imaginado, dellos acudieron á »consolar la triste y afligida señora, y dellos á buscar re»medio que lo fuese para tanto mal: y como las principa»les medicinas son las cosas sagradas, acudieron con toda »diligencia á los templos para que se llevasen reliquias de »los sagrarios, por la aplicación de las cuales esperaban »restaurar los males del gran gigante.

»Acudió pues el patriarca Ninguno, con un cofrecico de »espadañas, en que llevaba las llaves del Cervero, el tala-

»barte de la Zona y un puño de tierra del sepulcro del Al-»corán.

»Vino también el arzobispo de Nadie, con una redoma »de cristal, en que llevaba leche de las Siete Cabrillas y »cebellos de Medusa.

»Item, llegó el arcipreste Subicántaro, con una caja la-»brada á lo moláico, y dentro della buena parte del mar »Bermejo, dos dientes del Martirologio y el orinal de Es-»culapio.

»Finalmente, llegó el gran preste de la ciudad, vestido »de pontifical, con una percha en que colgaban la esfera »de Sacrobosco, la falsa rienda del caballo de Troya y la »banderilla de la Giralda.

»Fué tan eficaz el remedio destas devotas reliquias, que »súbitamente recibió el enfermo salud entera; pero, como »el Gigante Imaginado conoció á la Imposible Doncella en »medio de sus mayores indisposiciones, vino á concebir »un infante, que parió al otavo día, tan falto de todos sus »miembros, como se puede presumir de hijo de padre tan »mal dispuesto; y ansí, el dicho infante salió:

»Sin cabeza como la hidria,
»sin ojos como Argos,
»sin nariz como elefante,
»sin garganta como cigüeña,
»sin boca como rana,
»sin barba como todesco,
»sin hombros como ganapán,
»sin barriga como preñada de nueve meses,
»sin brazos y piernas como araña.

»No obstante estos defetos, fué bastante indicio este »nuevo infante para saber que el Gigante Imaginado y la »Imposible Doncella, sus padres, eran para en uno, por »donde se resolvieron de hacer las bodas y casamiento »(que en aquella tierra y en aquellos tiempos primero se »hacía prueba de los novios, como en melones; y si no da-»ban muestras en cierto número de meses que tenían vir-

»tud para dejar sucesores, no se velaban, sino luégo se »apartaban, dándose por buenos; pues que no se perdían »más de las hechuras, y por el daño que había recebido »la novia, la pesaban á leña, y con lo que pesase de leña »quedaban en paz). Llegado pues el solene día de las bo»das, que se celebraron con la grandeza que á tan grandes »príncipes convenía, fueron llamados por convidados todos »los vecinos y moradores de la gran ciudad; acudieron los »vasallos del hondo Plutón, oficiales de Vulcano, la caba»llería del infierno y la inocente infantería del limbo. Pu»sieron sus mesas de escalera con sus manteles de mura»lla, sus panes de oro, y muy bien proveídas de vino sus »botas de camino. Comenzaron con sus limas de herrero, »sus guindas de taberna con los cuescos de vientre. Sir»viéronles muchas y muy buenas aves en sus fuentes de »pierna; porque les dieron á cada uno su perdigón de ar»cabuz, sus capones de ceniza y sus cubiletes de mastre»coral. Fuéronles dando sus ollas de río, sacando primero »sus verduras de lienzo de Flandes y su carnero de huesos »de difuntos; no faltaron palominos de camisa y su arroz »con grasa de escribir. Finalmente, acabaron con sus man»zanas de espada, su turrón de calicanto, sus peladillas de »río, sus peras del olmo y sus cajas de calabazate de pa»red.

»Últimamente, sobremesa se preguntó por fiesta y en»tretenimiento un ingenioso enigma, que pedía se decla»rase que querían sinificar estas palabras: «Habla el novio »como á misa y la novia como en misa.»

»Muchos dieron muchas interpretaciones, dando ningu»na en el clavo y todas en la herradura; y después de ha»berse dado todos por vencidos, salió el gran duque de »Noleviste, y declaró el enigma con toda facilidad, dicien»do que, como el novio tenía la lengua de campana (como »se dijo en su descrición), hablaba como á misa, que es »dando badajadas para que la gente se junte á misa; y »como la novia tenía la lengua de barbo (como se dijo

»arriba), hablaba como en misa; porque el barbo y los »otros peces no tienen lenguas (como lo dice y prueba »Aristóteles), y en misa han de estar las gentes tan en si»lencio como si no tuvieran lenguas; y ansí, la novia, que »tenía la lengua de barbo, que es no tener lengua, hablaba »como en misa, esto es, no hablaba.

»Mandó luégo el gran Gigante Imaginado que todos se »riyesen mucho desto, ó les sacasen prendas, y riyéronse »mucho. Y pasados algunos meses después de las bodas, »se fué acercando la general inundación del mundo y todas »sus cosas, con que tuvieron todas ellas su dichoso prin»cipio, y nuestra historia su deseado fin.»

D.ª Margarita.—Ingenio muestra el papel.

D. Diego.—Con este remate me parece le podemos dar á esta noche del domingo, y tomar la derrota de nuestras posadas.

Castañeda.—¿No jugaréis un poquillo primero que os vais, señor don Diego?

D. Diego.—No quiero jugar más contigo, que no me has pagado nueve reales que me quedaste debiendo la noche de marras.

D.ª Petronila.—¿Por qué no pagas, Castañeda?

Castañeda.—Porque cuando mi padre se murió me dejó muy encargado que siempre fuese el que debía, y no seré yo el que debo si á don Diego le pago la deuda. Vámonos de aquí.

Fabricio.—Hola, tomen hachas. Señores vecinos, mañana tendréis por bien de quedaros á hacer penitencia con nosotros con lo que hubiere.

D. Diego.—Mil años viváis, para que nos hagáis tanta merced; pero será cosa imposible mañana, porque tenemos por convidados á cenar al teniente y su mujer; pero, si gustáredes dello, para el martes recebiremos merced.

D.ª Petronila.—Sea en buena hora; y entre tanto que se llegan mañana vuestros convidados, bien podréis llegaros por acá un rato antes de cena, pues es tan cerca la posada.

D. Diego.—Sí vendremos; adios.

Fabricio.—Anda á buenas noches, Castañeda, y vénte mañana con tiempo.

Castañeda.—Sí vendré, con condición que digáis á doña Petronila que me despida con un abrazo.

D.ª Petronila.—Véte de ahí, loco, que no soy amiga de abrazos de vacío.

Fabricio.—Anda, vete, y no hagas falta.

Castañeda.—¿Cómo podré hacer falta, si no me dejáis jugar con las pelotas de vuestra casa? Quedáos á buenas noches.

DIÁLOGO II

DEL LUNES DE ANTRUEJO EN LA NOCHE

(Son los mesmos interlocutores)

CAPÍTULO I

Donde se moteja de apocado, y se refiere una invención con que se recibieron los reyes en Salamanca.

D. Diego.—¿Está en casa el dotor Fabricio, mi señor?

Fabricio.—Criado de vuestras mercedes; en casa estamos.

D. Diego.—Pues si tienen lumbre encendida, vamos á tomar posesión de la chimenea.

Fabricio.—Lumbre tenemos, aunque le faltaba resplandor; pero agora en presencia de mi señora doña Margarita ya sobra.

D.ª Petronila.—Harto bueno va eso por vida mía, señor Dotor; ya tenemos lumbre en la chimenea, resplandor en doña Margarita y llama en el pecho de Fabricio; nunca entendí que tenía marido tan enamorado.

D.ª Margarita.—Dejáos de celos por vida vuestra, que

son hermanos de la envidia y enemigos de la quietud; vamos á conversación entre tanto que nos avisan de nuestros convidados.

FABRICIO.—Y si vienen estando aquí vuestras mercedes, ¿cómo se ha cumplir con ellos?

D. DIEGO.—Primero que lleguen nos avisarán, y si no nos avisaren, allí los entretendrán los criados en tanto que pasamos allá.

D.ª PETRONILA.—Eso me quiere parecer al otro, que se estaba muriendo su padre en la cama, y salió muy de prisa á buscar una candela para ponerle en la mano, y como encontrase al salir una mujer que le preguntó dónde iba, dijo: «Aquí voy por una candela para mi padre, que se está muriendo; entretenédmele en palabras en tanto que vuelvo.»

FABRICIO.—Por vida de don Diego, que pongáis persona de recado en vuestra casa que os avise; que si viene el teniente y no os hallan en casa, se correrán, y mañana lo sabrá toda la ciudad.

D. DIEGO.—Ya queda eso prevenido; pero acuérdome, por esa advertencia que me dais, de otra que dió una dama á otra su amiga á ese tono.

Una buena vieja que, por habérsele pasado el tiempo de primerías, le empleaba ya en tercerías, tenía por nombre Fulana Cortina, y por eso en su barrio la llamaban la Cortina. Á ésta en cierta conversación la daba matraca cierta persona, de cuyos negocios con un galán habia sido medianera la dicha vieja Cortina. Y viendo una amiga desta señora que la vieja se iba picando poco á poco, volvióse á la dama y díjola: «Por vida vuestra, señora, que dejéis la materia, que se correrá la Cortina, y se descubrirá el retablo de vuestra pasión á toda la vecindad.»

CASTAÑEDA.—Alumbrad esta escalera, señores; que no está la persona para andar á escuras, aunque me centellean tanto los ojos, que me alumbran como ojos de gato. Tengáis muy buenas noches, señores, que yo con buen pié

las he comenzado, porque vengo desde en casa del Conde aquí, reventando de risa de un galán dicho, que dijo el cocinero, enojado con el relojero Zabala, vuestro vecino.

D.ª MARGARITA.—Seas bien venido; siéntate, y cuenta el dicho.

CASTAÑEDA.—Estaba jugando el cocinero, y en acabando el dinero, como quedó picado, pidióle prestado á Zabala el relojero veinte reales, y respondióle que no los tenía. Replicó el cocinero, diciendo: «Por nuestro Señor, que si como sois relojero, fuérades reloj, que no valiérades una blanca.» Preguntáronle por qué, y dijo: «Porque nunca diérades.»

D.ª PETRONILA.—Eso fué llamarle apocado en buen romance; y acuérdome que por otro tal se lo llamó Colmenares al beneficiado Altamira, tan conocido en esta ciudad, ansí por su mucha miseria como por sus pocas narices, que eran tan apocadas como él, porque en efecto era romo dellas. Estaban pues Altamira y Colmenares en buena conversación entre otros vecinos y amigos, y uno de los circunstantes, dándole la vaya al beneficiado sobre lo romo de sus narices, dijo: «Nadie me diga mal del señor beneficiado, que por lo menos podrá alcanzar un beso mejor y con más comodidad que otros, pues no le podrán estorbar las narices.» Dijo Colmenares: «Por bien que dé un beso, dará mejor un abrazo.» Preguntáronle por qué, y dijo: «Porque el buen abrazo ha de ser muy apretado, y no sé yo quién sea más apretado en todo cuanto da que el señor beneficiado.»

D. DIEGO.—En mucha obligación le estamos á Colmenares, que siempre nos acude con chistes de la materia que se trata. Ya sabéis cómo en esta ciudad, un poco apartado de los muros, tenemos un monasterio de la Cartuja, que llamamos todos Miraflores. Pues sabréis que cierto hidalgo deste mesmo apellido (porque también se llamaba Miraflores) era tan notablemente miserable, que un criado suyo trataba de dejarle por irse á servir un tío suyo, fraile

de la Merced; y como pidiese su parecer acerca desto á Colmenares, dijo: «¿De modo que vos queréis dejar á Miraflores por iros con vuestro tío el mercenario?» Y como el mozo le dijese que sí, le replicó: «Pues, amigo, para mí tengo que no lo podéis hacer con buena conciencia.» Preguntóle por qué, y respondió: «Porque saliros de Miraflores y meteros en la Merced es dejar mucha estrecheza por tomar estado menos estrecho, y esto no se puede hacer sin dispensación.»

Fabricio.—Un viejo, tan apretado de bolsa como de sus enfermedades, se resolvió, con parecer de los médicos, de abrirse de ambos lados. Abriéronle, y preguntando un vecino suyo al potrero cómo quedaba el viejo, dijo que si daba la cuerda al tercero día, quedaría bueno, y si no la daba se moriría; replicó el vecino: «Según eso, él se muere sin duda.» Dijo el potrero que por qué, y respondióle: «Porque, por no dar, no dará la cuerda.»

D.ª Margarita.—Allá va el mío. Tenía un don Francisco de Tal mala opinión entre sus amigos que jamás volvía cosa que le prestaban. Y estando viendo jugar á la pelota que venía muy fácil de volverla con la pala, no acertó á volver el jugador, y uno de los amigos dijo: «Cuerpo de Dios, qué pelota os habéis perdido, que la volviera don Francisco, con que jamás vuelve cosa.»

Castañeda.—Quiero rematar la materia, pues la comencé. Salía un caballero muy apocado y muy empeñado á correr la sortija, y para esto pidió á un amigo poeta que le diese alguna invención y letra con que salir; el poeta se la dió, y fué que sacase un vestido de terciopelo negro, y por él sembradas cien muertecicas de chapa de plata cosidas por el vestido, y en las espaldas esta letra:

Una muerte debo á Dios,
mas las ciento que aquí llevo
al platero se las debo.

D. Diego.—Porque decís de invención y letra, acuérdome que el Doctor dijo anoche que tenía no sé qué invención y letras con que los roperos de Salamanca salieron á recebir los reyes. Parezca luégo ante nos la dicha invención so pena de miedo.

Fabricio.—No vivo descuidado, que aquí traigo el papel en el seno, por no faltar á la palabra en que anoche me dejastes empeñado.

Digo pues que á los primeros del mes de julio del año de 1600 entró su majestad del rey nuestro señor, don Felipe III, y la reina doña Margarita, y entre otras fiestas que se hicieron, salieron los roperos de la dicha ciudad con la invención siguiente:

Salieron ciento y tantos hombres en orden de zoiza, tres por hilera. Los de las dos hileras de los lados iban muy bien puestos en el traje de soldados galanes, con sus arcabuces al hombro, con que hacían grande armonía de tiros y estruendo por las calles. Pero los de la hilera de enmedio iban con disfraces diversas figuras, con sus letras conformes á la figura de cada uno, y en todas ellas blasonando la persona del Rey.

Primeramente iban las cuatro partes del mundo, conviene saber: Europa, África, Asia y América. Y es de notar que la poca barba y el mucho atavío que llevaban los muchachos que hacían estas figuras, hacían pensar á la gente que eran verdaderas mujeres. Europa salió en figura de mujer gallarda á lo español, muy enriquecida de joyas de oro y plata al cuello, y en un cofrecico que llevaba en las manos (que ansí suelen pintar esta figura), y en la mano izquierda embrazado un escudo, y en él, de muy clara y crecida letra, este mote:

De su iglesia la bandera
quiso en mí ponella Dios,
y por capitán á vos.

Y antes que pasemos adelante, me acuerdo que pasando esta figura junto á unos villanos que estaban en la calle, uno dellos, que sabía leer, contento con haber leído el primer verso del dicho mote, que decía: *De su iglesia la bandera*, dijo luégo á los compañeros que estaban con él: «Hola, hola; veréis aquí esta mujer, que es la lavandera del Rey.» Díjole uno de los otros: «Calla d'ahí, ¿en qué lo echaste de ver? Y respondió: «¿Pues no lo había de ver, que lo lleva allí puesto de letra tan grande como un asno?»

Luégo venía en segundo lugar la otra figura de África, vestida de mujer á lo tudesco, y en la una mano un manojo de espigas y en la otra este mote:

Paganos me tiranizan;
mas espero desa diestra
que algún día he de ser vuestra.

En viendo esta figura los dichos villanos, dijo uno dellos: «Oh hi de perra, y qué huerte mozota era ésta si no fuera mora.» Dijo otro: «Calla, salvaje; que no es sino turca.» Respondió otro dellos: «Ambos podéis callar; que no es mora ni turca, sino Martinillo, el hijo del ropero, que da recado á mi huéspeda.»

La tercera figura era Asia, y salió vestida al uso griego y un traje desenvuelto, y en la una mano una cazoleta de perfumes y un arco con su aljaba, y en el escudo esta letra:

Sólo un brazo vuestro tengo,
y más estimo este solo
que sus cabellos Apolo.

Seguíase luégo la figura cuarta, que era América, vestida á lo índico y desnudo, y el tocado todo de plumas de papagayos, pavos y otras plumas vistosas, y por la cintura ceñida también de grandes y vistosos plumajes, y en el escudo esta letra:

El medio mundo me llaman,
y serlo entero quisiera,
porque el mundo vuestro fuera.

Un estudiante de los muchos que estaban á la mira destas figuras, ansí como vió esta figura tan llena de vistosos plumajes, dijo: «Por Dios que no parece sino alcagüeta de las Indias, porque toda va emplumada con plumas de allá.»

Luégo entraban otras tres figuras, que son la Guerra, la Victoria y la Paz. Salió la Guerra como mujer briosa, con su peto y espaldar y morrión, una escopeta en el hombro, y en la mano un alfanje desnudo, tinto en sangre, y esta letra:

Mundo rebelde, á Filipo,
ríndete á Filipo luego,
so pena de sangre y fuego.

Iba luégo la Vitoria, también con su peto y espaldar y morrión, en una mano una banderilla, y en la otra una palma y esta letra:

Mueve, Rey, el brazo fuerte;
que, aunque sea contra Marte,
seré siempre de tu parte.

Iba luégo la Paz, de mujer bien compuesta, con una rama de oliva en la una mano, y en la otra una espada mohosa, la punta al suelo, á manera de báculo, y en él este mote:

Buena es la Guerra, y mejor
la Vitoria, y que las dos
la Paz, que reina por vos.

Después destas figuras salía otra de la Justicia, que iba de mujer muy ataviada y hermosa, y en la una mano un peso y en la otra una espada desnuda, la punta al cielo, y con este mote:

Rey, si quieres no se pierda
tu gobierno y majestad,
no se pierda mi amistad.

Un estudiante de buen humor, como vió el buen talle, atavío y cara desta figura, dijo: «Qué grande idiota debía de ser el que dijo: *Justicia, justicia, mas no para mi casa;* que yo le voto á tal, que si él viera esta justicia, que no la echara de su casa; que, en fin, siendo justicia, había de dar á cada uno lo suyo.»

Finalmente, venía por última figura el Gran Turco, vestido como tal, y en la mano un bastón, y á los dos lados dos pajes turquillos, que le llevaban, el uno la lanza y el otro la adarga, y él llevaba en el escudo esta letra:

¡Santo Alá! ¿quién puede serme
tercero para contigo,
si el tercero es mi enemigo?

Remataba toda esta hilera y toda la invención un carro triunfal muy bien adornado, y en lo alto dél iba la ciudad de Salamanca, que era representada de una figura de mujer bien ataviada, en la mano izquierda un libro, señal de las letras y universidad, y en la derecha una espada, en señas de los caballeros de la ciudad, y con esta letra:

Letras y armas, Rey, te ofrezco,
pues gobiernan tus estados
caballeros y letrados.

Como vió una buena vieja esta figura de Salamanca tan levantada en el carro y con la espada desnuda en la mano, al tiempo que pasaba junto á ella hincó la rodilla, y puestas las manos, con grandes sollozos, empieza á decir á voces: «¡Oh Virgen de los Dolores, y qué traspasada lleváis el alma con ese cuchillo de dolor!»

Llevaba finalmente este carro en las cuatro caras que hacía, hacia cuatro partes, otros cuatro motes de donaire, para que la fiesta llevase su granillo de sal.

En la cara de frontero pidieron los roperos que se pusiese una letra en que alabasen su oficio; y púsoles el poeta esta letra:

Á nuestros desnudos padres
de ropa Dios proveyó;
ved si el oficio es de pro.

En la cara trasera llevaba el carro esta letra:

Oh piadosa ropería,
que vistes cuerpos desnudos,
pero por finos escudos!

En la cara de mano izquierda iba esta letra, que hablaba con el Rey:

La voluntad los roperos
te ofrecemos, gran señor;
ropa no, que hace calor.

Finalmente, la cara derecha del carro llevaba esta letra, que también hablaba con el Rey:

La fiesta, Rey, toda es nuestra;
porque, á faltar los roperos,
la ciudad saliera en cueros.

D. Diego.—Pareciera todo esto muy bien; que este género de cosas muy mejores son para vistas que no para referidas; pero con las circunstancias y rapacejos que el Dotor nos ha hecho la fiesta, sabor tiene el papelillo. Y dióme gana de reir la devoción que tomó la vieja con la figura de la espada, que pensó ser de nuestra Señora, mayormente que me trujo á la memoria otra buena vieja que yo conocí, que entrando el Jueves Santo en San Nicolás desta ciudad, alzó los ojos á un Judas que estaba colgado en la iglesia, y tenía á las espaldas una rama de sahúco, para representar que se había ahorcado dél, y como la buena vieja le vió vestido con su alba y estola (que no es

este solo el inconveniente que tray el aplicar vestidos sagrados á cosas que no lo son), y con su ramo atrás, empiézase á enternecer ignorantemente, y puestas las rodillas en tierra, le rezó un *Pater noster* con toda devoción, y levantándose, con un gran suspiro que le oímos todos, dijo: «¡Oh buen Señor, y cuánto padecistes en ese árbol de la veracruz.»

D.ª PETRONILA.—Esa vieja conozco yo muy bien.

CASTAÑEDA.—¿Fué por ventura vuestra alcahueta?

D.ª PETRONILA.—Malos años para ti, que no la conocí por alcahueta, sino por muy buena cristiana, por madre de otro tan grandísimo bellaco como tú, que fué Lopillo, el criado del racionero Escobar, á quien por otro nombre llamábamos el racionero de la melecina.

D.ª MARGARITA.—¿Por qué le llamaban ansí?

D.ª PETRONILA.—Luego ¿no sabéis el cuento de la melecina del racionero? Pues entre tanto que se ofrece otra cosa de mejor entretenimiento, diré lo que pasó de la manera que con mayor limpieza pudiere; porque la materia del cuento casi no la permite.

CAPITULO II.

De la ayuda del racionero, y chistes que motejan de cobarde, y otros diversos.

D.ª PETRONILA.—El licenciado Escobar, racionero que fué de la catedral desta ciudad, era hombre de tan buena alma y de tan mal cuerpo, que siempre le sobraba la devoción y le faltaba la salud. Este tenía un vientre y un mozo muy mal mandados, porque el uno y el otro hacían sus haciendas de muy mala gana y rezongando; aquel á poder de botica, y este á poder de voces. Un día tuvo necesidad, porque había muchos que no hacía de su vientre cosa de provecho, que le recetase el médico una ayuda, y en orde-

nándola, se la encomendaron á Lope (que ansí se llamaba el criado). Trújose de la botica, que valiera más que nunca se hubiera traído, y poniéndola el dicho Lope en un puchero, la arrimó á la lumbre de la cocina. Y es de saber que estaba también á la lumbre otro pucherillo en que se había guardado un poco de caldo para un villano que servía en casa de acarrear con un jumento las cosas necesarias, como leña, carbón y las demás.

Subióse Lope con su amo, que estaba en la cama, entre tanto que el cocimiento se calentaba en la cocina. Á esta sazón llegó el villano del monte con su carga de leña, y descargándola en el corral, se vino derecho á la cocina, á cenar su escudilla de sopas como solía, aunque no le sucedió como solía; porque tomando por los cabezones su medio pan y una gentil escudilla del vasar, vino á la lumbre por su puchero; y como estaba ignorante de la diferencia de los dos pucheros que estaban juntos, entendiendo que todos eran de un manjar, como cartas de flux, trastornó sobre la escudilla de sopas el puchero del cocimiento, como si el médico le hubiera recetado para tomarle por la boca.

Empapó muy bien sus sopas, y con ansias de la hambre montesa que traía, no conoció tan presto lo que hacía ni lo que había de padecer; y ansí, tuvo lugar de engullir tres ó cuatro sopones de los más empapados en el dicho cocimiento (que quien come sopas, siempre comienza por las más remojadas), y con ellos otros tantos tragos del sucio caldo.

Fuéronle poco á poco sus mismas tripas notificando que el dicho caldo no había de haber entrado por aquella puerta, sino por el postigo viejo del señor racionero. Y ansí como el que lleva errado el camino le torna á desandar, saliendo por donde entró, determinó el cocimiento de tornarse á salir por donde había entrado en el vientre del engañado villano. Para lo cual le sobrevino tan grande muchedumbre de arcadas y revoluciones de vientre, que

saliéndose de la cocina al corral, tendido en tierra como sapazo pisado, y crucificado de barriga en el suelo, empieza á salirle por la boca una procesión de sopas boticarias y caldo de redomas con tanto ímpetu, que tras ellos hubiera de arrojar los estantinos. Con esto empezó á tomar bonanza la tempestad, sino que con el cansancio de la tormenta de su vientre ó del tormento de su estómago, tuvo necesidad de quedarse ansí tendido, y descansando por un rato.

Quédese nuestro villano en su reposo, y entre tanto lleguémonos á la cocina, donde ya estaba Lope con su jeringa en mano, que había bajado por el cocimiento, por ser ya hora competente para que su amo recibiese la ayuda de cámara que se había de aposentar en el retrete de sus entrañas.

Viendo pues á la lumbre el puchero solo (bien estaba solo, si no hubiera estado mal acompañado con el otro), acude con su jeringa, y entendiendo que cogía con ella el cocimiento que el médico recetó, cogió el caldo que estaba para cenar el triste leñador. Sube arriba. «Ea, señor, le dice á su amo, que viene la ayuda muy en orden; vuestra merced se ponga en postura, que luégo al punto se proveerá con esta ayuda y la de Dios.» Recibió el devoto racionero la ración de potaje del villano, cosa nueva y nunca oída, que el caldo de vaca y berzas se convierta en caldo de tripas.

Muy satisfecho Lope de su buena diligencia con el enfermo, abrígale en la cama boca abajo, para que hiciese su efeto la falsa ayuda. La cual estaba tan lejos de hacerle, que, como era mejor para asentar el estómago que para levantar demasías de vientre, hizo su asiento y morada en las devotas tripas del preste para siempre jamás.

Estando en este comedio ó en esta comedia, hele aquí donde sube el pobre villano carimacilento, los ojos espantados, sucia la boca y barba, los brazos caídos, cabizbajo y despidiendo sollozos, comienza á manifestalle á su amo,

que estaba muy boca abajo, la fruta con que se había desayunado. Y como por esta fruta y el poco fruto de su vientre conociese el racionero que su ayuda no tenía tanto de ayuda como de estorba, empiézase á levantar una triste música de llantos entre el villano y el racionero, que parecía que celebraban las obsequias de los mal logrados pucheros del caldo, que ya tenían sepultados en los ataúdes de sus barrigas. De lo cual fué tan grande la risa que le dió al bellaco de Lopillo, que no pudiéndolo sufrir su amo, le dijo: «Baste ya la fiesta, baste la fiesta; que eso pasa ya de burla. Póneme aquí ese servicio, y procuraré echar este caldo que tengo en el cuerpo, para que vais luégo á dar de cenar á ese hombre, que está con necesidad.» «Por san Pablo, dijo el villano, que aunque su merced torne á echar el caldo, que se lo puede él cenar, si quisiere, que en mi cuerpo no ha de entrar.» Finalmente, el santo racionero se aplicó al servicio, pero dicen que el pertinaz caldo no quiso venir á su servicio, sino estarse en su merced.

D.ª Margarita.—Demasiado de limpiamente habéis procedido; y aunque no lo hubiérades hecho ansí, estas noches de antruejo dan licencia para todo.

D. Diego.—Otro suceso como ese me ha venido á la memoria; pero antes de referirle, querría saber en qué paró esta maraña.

D.ª Petronila.—En que vino á morir el buen clérigo dentro de muy pocos días, porque era muy fatigado de achaque de quebrado en ambos lados, y sacándole las criadillas, acabó con sus trabajos.

Castañeda.—Cuerpo de tal con vos y con vuestras criadillas; llamaldas turmas, ó tal que cosa que conozcamos, que no nos entendemos con criadillas.

D.ª Margarita.—Ansí respondió Colmenares á su mujer un día que estaba enojado; y ella, por hablalle blanda y amorosamente, le dijo: «Válgate el dianche por hombre.» Respondió él: «Cuerpo de Dios con vos, ¿qué quiere decir

dianche? Decidme que me valga Dios ó el diablo, que los conozco; que al dianche no le conozco ni sé quién es.»

D.ª PETRONILA.—Pues más adelante pasó la historia; porque le preguntó á Colmenares un vecino que se halló presente, diciendo: «¿Tan valiente os parece que sois, que decís que os valga el diablo? Pues á fe que si una vez viene á vos, que no os valga la pobre espada que ceñís.» —«Si mi espada, respondió Colmenares, es pobre, ahí está la vuestra, que nunca lo fué.» Preguntóle el vecino por qué, y respondióle Colmenares: «Porque los pobres de ordinario andan desnudos, y vuestra espada, cuanto há que es vuestra, nunca se vió desnuda.»

FABRICIO.—Eso fué llamarle cobarde honradamente. Y no obstante que tiene don Diego prometida otra historia parecida á la del racionero, no dejemos la materia de cobardía. Un galán, menos valiente que otros, entró en cierta conversación, donde estaba una señora con dos ó tres doncellas, hijas suyas, y por mofar dellas dijo que por cada virgen que le señalasen dentro de la sala daría un doblón. Respondió la señora, que por lo menos le señalaría una; y preguntando el que cuál, le respondió ella: «Esa espada que ciñe vuestra merced.»

CASTAÑEDA.—¡Oh qué bizarro dicho os diré en esta materia, sino que tiene una puntilla de espeso! Unos caballeros portugueses cogieron en conversación á otro caballero castellano, y para picalle le dijeron, por menosprecio de Castilla, que el rey de Portugal tenía el retrato del rey de Castilla en el retrete ó cámara donde estaba el servicio, y como le preguntasen qué le parecía de aquello, respondió el castellano: «Si el rey de Portugal es estítico, digo que hace muy cuerdamente en tener el retrato de nuestro rey en su retrete.» Y preguntando los portugueses por qué, les dijo: «Porque cuando se ponga en el servicio, con sólo mirar el retrato del rey de Castilla le hará que haga de miedo lo que no hiciera de estítico.»

D.ª PETRONILA.—Bien puede pasar lo espeso del cuento

por lo gracioso que tiene. Encontróse de palabras Colmenares con un vecino suyo que no era tan valiente como el Cid, y con deseo de excusar la pendencia, le dijo á Colmenares: «Andad, señor, que no se puede reñir con vos, que sois muy libre.» Respondió Colmenares: «Ni con vos, que sois muy liebre.»

D.ª MARGARITA.—Hubo en esta ciudad un alguacil, llamado Jerónimo Gallo, y andando una noche la ronda, quiso prender tres ó cuatro galanes por cierto delito, y ellos echaron mano y se defendieron y escaparon, excepto uno, que por temor no hizo sino dejarse coger. Soltáronle en fiado el día siguiente; y como le preguntasen que se había hecho la noche pasada, dijo que le había prendido Jerónimo Gallo. Replicó uno dellos: «Juráralo yo, que si el gallo prendía, que había de prender gallina.».

D. DIEGO.—Otro me falta. Pidió prestadas unas espadas negras á un maestro de esgrima cierto galán, que no gustaba mucho de ver desnudas las blancas; y como viniese un caballero, y pidiese al maestro las espadas para jugar un poco, díjole cómo las había llevado prestadas Fulano, y no las acababa de volver. Respondió el caballero: «Á fe de hidalgo, que si, como son espadas, fueran espaldas, que él las volviera.»

CASTAÑEDA.—El dicho es galano; pero las espadas son bonísimas.

D. DIEGO.—¿Por qué dices que son las espadas buenas?

CASTAÑEDA.—Porque, como no las volvieron, son espadas sin vuelta. Mas ¿por qué digo de vuelta? Pues que ya la habemos dado en materia de cobardía, será bien que don Diego la dé á la historia que tiene ofrecida.

D. DIEGO.—La historia que prometí es casi de la mesma manera que la que refirió mi señora doña Petronila; porque, ansí como aquella trata de una ayuda mal lograda, y se remata dejando al enfermo levantado al servicio; ansí esta trata de otra ayuda, y se acaba dejando levantado al servicio el paciente.

CASTAÑEDA.—Según eso, ese cuento y el pasado son como los vasallos en Flandes y los falsos testimonios en Galicia, que siempre están de una manera.

D. DIEGO.—¿De qué manera?

CASTAÑEDA.—Levantados.

FABRICIO.—Bien dijiste; y ansí respondió Colmenares en otra ocasión á un gitano que llegó á su taberna con dos ó tres mochachuelos desnudillos (como suelen andar hijos de gitanos); y como los estuviese mirando con particular atención Colmenares, díjole el gitano que qué miraba, y respondióle Colmenares: «Miro que vuestros hijos y mi hacienda están de una mesma manera.» Preguntóle el gitano que cómo, y respondió: «En cueros.»

D.ª PETRONILA.—¡Oh, maldito sea el diablo, señor don Diego, que os vienen ya á llamar vuestros criados! No hay parar más aquí, que deben de haber venido el teniente y su mujer. Andad con Dios; y si los convidados se despidieren á hora que no lo sea de acostaros, podréis dar por acá la vuelta, y acabaréis de echar del cuerpo esa ayuda, que tanto há que la esperamos.

D. DIEGO.—Ea pues, adios, que luégo vengo, para que todos recibáis la dicha ayuda.

CASTAÑEDA.—Aquí no la habemos menester, que no estamos estíticos, y si no, probaldo.

D.ª MARGARITA.—Pruébalo tú, como sucio; adios, señores.

CAPITULO III.

De las ayudas de Benavides, y chistes de ingeniosas é donosas pullas, y otros.

D.ª MARGARITA.—Llamad, señor, á la puerta, y presto, que hace muy grande frío en la calle.

D. DIEGO.—Mas antes no es necesario llamar, que abier-

ta la tienen, como si fuera mediodía. ¡Ah, señores, los de casa! ¿cómo tenéis abierta la puerta? Es buen descuido este, señor Fabricio. ¿Queréis que digamos que se os ha pegado la cena en la cabeza á todos?

FABRICIO.—No ha sido descuido, sino sobra de cuidado; que acabamos de enviar en este punto un paje en casa del Conde para que llame á Castañeda, y le advertimos que dejase abierto, porque os conocimos venir desde el principio de la calle.

D. DIEGO.—Pues digo que hablé por boca de ganso.

D.ª MARGARITA.—Bien lo podéis decir agora, porque cierto que habéis bebido como un ganso en la cena.

D.ª PETRONILA.—Si había de hacer la razón á todos los brindis del teniente, no me espantaría que viniese borracho don Diego; porque, como el otro tiene ciertos costados de montañés, remoja razonablemente lo que come.

FABRICIO.—En esto de beber no me atrevo á cargar á nadie, porque me pueden responder lo que dijo el otro, á quien su mujer reprehendía que bebía cuatro veces á cada comida en una taza muy grande, y mohíno ya de tanto cuidado con su bebida, respondió: «Pregunto, señora, ¿vos habéis por ventura medido qué tanta sea la sed que yo tengo? Porque, si no lo sabéis, ¿cómo podréis saber si bebo mucho? Pues el mucho ó poco beber se mide al tamaño de la sed de cada uno.»

CASTAÑEDA.—Ganado me habéis la palmatoria, señores; mas, pues vengo ahora, no hago poco; que, porque me dejase el Conde me he fingido estar con calentura y dolor de cabeza; pero sano vengo como una manzana, y por toda la calle vengo con intento de acordarle á don Diego que acabe ya de recitaros ó recetaros aquella ayuda que nos quitó la venida de sus convidados.

D. DIEGO.—Por vida de Castañeda, que levantes otra liebre que sigamos; porque, como há tanto que traemos esta ayuda entre manos, estará fría y no será de provecho.

D.ª PETRONILA.—Eso será excusado, porque ya no

tendremos sosiego hasta oir vuestra prometida historia.

D. Diego.—Digo que me rindo, y va de cuento.

El comendador Ponte, natural de la ciudad de aquel tan conocido rollo que llaman de Écija (que también hay rollos famosos como famosos ladrones), era un hombre que, á ser atún, valía muy poco para cocido, porque las ijadas, que son el mejor bocado, las tenia muy llenas de males.

Un día que se sintió algo más apretado que otras veces, le ordenaron los médicos que recibiese una ayuda lo más presto que fuese posible, medicina ordinaria contra males de ijada. Encargóse de poner en ejecución esta receta la buena Benavides, que ansí se llamaba una buena vieja que le servía. Y como quedó tan encomendada la brevedad, aplicáronle mucha lumbre al cocimiento, y con toda diligencia se puso en orden la gaita; también se puso en orden el enfermo, que en esta ocasión la jeringa y el Comendador ambos eran de una mesma orden, no sólo porque ambos se ponían en orden para un mesmo fin, sino también porque ansí como el Comendador era de Calatrava, ansí la dicha jeringa era de culitrava, porque con la mucha prisa iba tan encendido y abrasante el cañoncillo, que mejor se pudiera dar con él un botón de fuego que abrocharle en ojales de carne viva.

Por donde, al punto que le comenzaron al Comendador á tocar la gaita, sin aguardar el segundo compás de su música, arrancó una y dos cabriolas en cuatro piés, como le había cogido el són, que, según los gritos con que las acompañó y la presteza con que saltó de la cama, no parecía sino que algún diablo bailador se le había metido en el cuerpo. «¡Ay de mí! decía, ¿á cuál demonio del infierno le han dado comisión para que me abrase en esta vida? Perra vieja de los diablos, por el hábito que traigo en los pechos, que te tengo de meter en una hoguera para que sepas á qué sabe la fruta que me has dado á comer. ¿Qué hice para que ansí me abrasases?»—«No le abrasaron, respondió Benavides, por lo que hizo, sino por lo que no hizo;

que si hiciera de su persona como los otros, no tuviera necesidad de ponerse en estas apreturas de recebir ayudas abrasando.»

Fuese poco á poco mitigando este fuego, y tornándose á la cama el Comendador con tanta necesidad de paciencia como de ayuda, dijo que sacasen al aire la jeringa para que templase el calor que tenía. Hízolo ansí Benavides, y en un tejadillo que alindaba con la ventana del retrete, la puso entre dos canales, y no advirtiendo en ello, la puso trastornado el cañoncillo abajo, de modo que ansí como el tejado estaba cuesta abajo, ó aguas vertientes que llaman, se fué vertiendo poco á poco todo el cocimiento, sin que quedase en la jeringa más que otro tanto aire como cabía en todo lo hueco della.

Sosegóse un rato el enfermo de la molestia que había padecido á traición, que en la guerra ni en la paz no hay hombre seguro de peligros de cañutería. Y pareciéndole que ya se le habría pasado el enojo á la jeringa, mandó á Benavides que la tentase, y si no quemaba, se la echase. Tentóla, y como vido que no podía dar molestia, dijo que ya se podía recebir. Recibióla sin pesadumbre; y no era mucho, pues le llenaron el vientre de todo el aire que tenía la jeringa. De modo que el buen Comendador quedó después hecho una odrina llena de viento.

«¡Bendito sea Dios, dijo Benavides, que habemos acabado con esta melecina, que tantos naufragios ha pasado!» (¡Quién le pudiera responder: No tan bendito!) Abríguese vuestra merced boca abajo, que no dejará de obrar y aliviarse de su dolor.

Y como el pobre caballero no había recebido jamás otra melecina de viento sino aquella, no cayó en la cuenta que tenía el vientre hecho un depósito de ventosidad. Pero como las cosas forzadas y violentas no pueden tener permanencia por mucho tiempo, empezó á cabo de rato á sentir algunas contradiciones de barriga, mensajeros que pensó ser de alguna provisión de cámara. Y saltando con toda

diligencia de la cama, sentado por tribunal en la silla papal de su servicio (extraño modo de tempestad), como si tuviera imperio sobre los vientos, y le hubiera desposeído dellos al ventífero y soplador Eolo para cerrallos en la juridición de su barriga, empezó á romper desde la región de su vientre, que era lo mesmo que la región del aire, una tan grande tempestad de truenos sin relámpagos ni rayos, que la buena Benavides y otras mujeres que estaban de guarda en la sala de afuera, atónitas del estruendo, y pensando, las unas que algún cuarto de la casa se iba desmoronando hacia el suelo, otras que algún trasgo echaba á rodar todo el vasar y vasijas que estaban en casa, y otras que en la calle se habían soltado algunos destos cohetes que se llaman troneros ó busca-ruido, tomaron resolución de correr por la puerta afuera, dejando al triste Comendador dando voces por arriba y por abajo; que, como estas eran tantas y tan sonoras, no daban lugar á que las otras se pudiesen oir.

Y desta suerte estuvo por grande espacio, que no se atrevieron á favorecerle de miedo. Quieren decir algunos que duró la tempestad hasta que se acabó aquella menguante de luna, que fueron cinco días (cosa maravillosa, que hasta en aquellas partes tiene la luna juridición; pero no me espanto, que en efeto son partes oviculares). Estas son las ayudas de la vieja Benavides, que mejor nos ayude Dios que ellas ayudaron al señor Comendador.

D.ª Margarita.—Y sepamos, ¿en qué paró el señor Comendador?

D. Diego.—Dicen que vino á morir de estítico, y pocos días antes que falleciese tomaba con gran ternura un crucifijo en la mano, y le decía: «Señor mío Jesucristo, ¿qué os va á vos en que no se provea el comendador Ponte?» Y como la vieja le veía con el Cristo en la mano, se arrodillaba bañada en lágrimas, y decía: *Crucifixus etiam pro nobis;* «Crucifijo santo, rogad por él.»

Fabricio.—Harto bien romanceaba la vieja el latín del

crucifijo; siempre tuvieron pasión las viejas de meterse latinas, y aun pienso que se debe de fundar en algo desto lo que suelen decir á las tales: «Perra vieja, ¿latín sabéis?»

CASTAÑEDA.—De veras lo diríades si hubiérades oído, como yo, alguna destas viejas rezadoras, que en las iglesias levantan la voz sobre todos los circunstantes, interpretando las palabras del oficio divino á su modo, que es para quitar la devoción al más espiritual y mover á risa al más melancólico.

D.ª MARGARITA.—Pues ¿cómo rezan, si te quedó en la memoria lo que oíste?

CASTAÑEDA.—Yo acerté á ponerme cerca de una destas viejas rezaderas un domingo, y como la sentí el estilo, tuve cuidado con ella y sus ceremonias en la misa que estábamos oyendo.

Persinóse, y componiendo su manto, enredó luégo las manos en el rosario, hozando la cruz dél cuatro ó cinco veces con los hocicos, y con un suspiro, que se oyera en la plaza, al tiempo que el preste dice *Confiteor Deo omnipotenti, beatæ Mariæ,* etc., dijo la vieja ansí: «Los confites de Dios, los canelones de la Virgen y la grajea de todos los santos me sustenten el alma.» Cuando se dice *Dominus vobiscum,* decía ella: «Los obispos y arzobispos, los papas y cardenales rueguen á Dios por mí.» Y cuando se dice *Gloria in excelsis Deo,* decía ella: «En la gloria está el incienso de Dios, y en la tierra pasan los hombres con buena voluntad.» Cuando se dice *Lectio libri Apocalypsis,* decía: «Líbrame de los apocados y avarientos, señor san Juan, apóstol de Cristo.» Cuando al cabo del Evangelio se dice *Laus tibi Christe,* decía ella: «Laúdes tiene Cristo, vigüelas tiene el Señor para la música de su gloria.» Cuando se dice en el Credo *Deum de Deo*, etc., decía ella: «De donde diere, y no me empezca.» Cuando se dice *Lavabo inter innocentes manus meas, et circumdabo,* etc., decía ella: «Las babas de los inocentes limpien y purifiquen mis ma-

nos pecadoras.» Cuando se dice *Orate, fratres, pro me*, decía: «Orates y más que orates somos en las vanidades desta vida.» Cuando se dice *Sursum corda,* decia: «Desata, Señor, la cuerda de mi corazón, que el enemigo malo me tiene puesta.» Cuando se dice *Cum thronis et dominationibus,* decía ella: «Con truenos y relámpagos, con granizo y tempestades castigará el Señor los malos.» Cuando se dice *Benedictus qui venit in nomine Domini: hosanna in excelsis*, decía: «Bendecidme, Señor, una nómina ó sanadme con el incienso de vuestra misericordia.» Cuando se alzaba la Hostia, decía ella: «Alzad, Señor, alzad el brazo de vuestra indinación, y sobre mí no caiga.» Cuando se dice en el *Pater noster, «Sicut in cœlo et in terra,»* se abajó ella á besar la tierra, diciendo: «Seco el cielo y seca la tierra, si mi Dios no lo remedia.»

D. Diego.—Espérate, que luégo proseguirás.

Castañeda.—Todo va al tenor desto; no tengo más que decir.

D. Diego.—Pues á ese propósito de besar la tierra, me acuerdo que ahí abajo, junto á Covarrubias, tiene la gente esa costumbre de besar la tierra cuando dice el preste en el *Pater noster*, *«Sicut in cœlo et in terra;»* y una buena vieja vió que por estar muy apretada la gente en la iglesia, no podía un hombre que estaba detrás de ella besar la tierra como los otros, y como no se pudo apartar la vieja para hacelle lugar, le dijo señalando con la mano sus propias asentaderas: «Aquí podréis besar, hermano, que todo es tierra, y aún peor.»

D.ª Petronila.—Esa es pulla, y buena; pero yo diré otra tal: Había un oficial andaluz que tenía mala costumbre de jurar, y para corregirse deste vicio estaba concertado con otro compañero suyo, gallego, que siempre que jurase le advirtiese que besase la tierra.

Un día los dos estaban altercando sobre cuál era mejor tierra, la de Andalucía ó Galicia; y como se acordase el andaluz que Galicia estaba tan llena de establos y sucie-

dad, dijo muy enojado al gallego: «¿Qué diablos alabáis la tierra de Galicia, que juro á Dios toda ella es tierra de mierda?» Respondió el gallego: «Mirad, Pedro, que jurastes besar la tierra.»

CASTAÑEDA.—Pues va de pullas, allá va la mía: Un caballero salió á correr la sortija, y llevaba por disfraz unos paños puestos á manera de quien se está haciendo la barba, y detrás de sí llevaba un barbero y delante de sí otro, y decía la letra ansí:

Ambos aderezan barbas;
las mías el delantero,
y las vuestras el trasero.

D.ª MARGARITA.—¿Quién deja de arrojar su pulla? Había una mujer que tenía especial gracia en curar mal de ojos lamiéndolos. Un vizcaíno muy lisiado de almorranas supo desta mujer, y dijo que se la llamasen. Ella vino, y al punto que entró delante del enfermo, preguntándole qué la quería, el vizcaíno, sin hablar palabra, levantó la ropa, y volviéndose de concha en la cama, hizo muestra de la parte donde tenía el mal, y dijo: «¿Ves ahí, mujer?» Ella, corrida del espetáculo, se salió fuera, sin aguardar más razones; y haciéndole cargo después al vizcaíno por qué había hecho aquello, dijo: «Juras á Dios; yo pensaba que lengua de mujer, que curabas ojos de arriba, también curabas ojo de abajo.»

FABRICIO.—La mía con más solenidad se ha de referir, porque es en verso, que hizo un caballero, en cuyo aposento había estado una noche aposentada una dama de la Reina, pasando por allí los reyes; dice ansí:

Echáronme una dama en mi aposento,
y pensé, vive Dios, que eran favores;
perfuméle tres días con olores,
y fuíme yo á un pajar con otros ciento.
Volví de allí á tres días muy contento,
por ver las colgaduras de colores,
y halléla como aquí diré, señores;

y por Dios, en quien creo, que no miento.
Cuatro rios sin truchas ni pescado,
dos buñuelos flamencos, tres tortillas
cubiertas con ceniza; ved qué capa.
En fin, quedé corrido y espantado,
y conocí por estas maravillas
que no es dama del Rey, sino del Papa.

D. Diego.—Bien puede pasar el soneto por donde quiera.

Castañeda.—Espesillós andáis esta noche, señores; y ansí, pues vais tomando licencia para hablar de materias necesarias, no quiero dejar en el tintero una historia, que contiene ciertas burlas que se hicieron un sacristán y su cura en una aldea, en que procuraré hablar con términos que ni obliguen á tapar las narices ni las orejas á los oyentes.

D.ª Petronila.—Va eso, que no puede dejar de ser de gusto.

CAPÍTULO IV.

De las burlas que se hicieron el sacristán y el cura de Ribilla, y chistes con que se motejan.

En un pueblo de Castilla la Vieja, llamado Ribilla, había un clérigo anciano, cura della, á quien por mal nombre llamaban el cura burlón, porque con el buen humor que gastaba, se entretenía lo más de la semana en hacer burlas á unos y á otros; pero particularmente con el sacristán del pueblo, que también era criado suyo. Tenía por estilo acudir á metelle el dedo en la boca todas las veces que la abría para bostezar, que eran muchas; porque tenía pasión desto el sacristán. Y todas las veces que el cura acudía á ponelle el dedo en la boca, le arrojaba el sacristán una dentellada para cogérsele, pero nunca pudo.

Un día determinó el cura viejo de cumplille á Bartolo

(que ansí se llamaba el mozo) el deseo que tenía de cogelle el dedo entre los dientes; y para esto mandóle una noche, á la hora de acostar, que tomase una luz y le alumbrase para buscar un papel en el escritorio.

Tomó Bartolo el candelero, y estando alumbrando á su amo, como ya era hora de dormir, un bostezo se le iba y otro se le venía, abriendo tanta boca como un lagarto. El viejo burlón, dejándole asegurar dos ó tres veces, una que le pareció tenía la boca bien abierta, coge de presto una vela de sebo, que para esto tenía con cuidado apercebida á un lado de la mesa, y con el mesmo ademán que solía acometer con el dedo, se la metió por la boca. Sentida que fué del medio dormido sacristán, como sabía la costumbre de su amo, persuadido á que era el dedo de la mano, hizo presa con grandes ansias en la pobre vela, de manera que la dentellada le llegó hasta el hueso, que es el pábilo. El solícito viejo, no perdiendo ocasión, como vió los dientes de su criado soterrados en la vela, tira fuertemente del pedazo que tenía en la mano, y desnudando el pábilo del sebo que le cubría, se lo dejó todo en la boca y entre dientes (¡cuánto diera algún portugués á quien le hiciera otra burla como esta!), con no pequeño gusto, vocería y risadas, á cuyo reclamo acudieron el ama y la moza, y aun algunos vecinos de pared en medio; que todos ayudaron á celebrar la boca ensebada de Bartolo, que no hacía sino escupir y estregarse los dientes con un paño; y el viejo, muy contento, se fué con las escorreduras de la gran risa que había tenido, á meter entre las mantas.

Ensebado quedó Bartolo; pero el sebo, que en otros ablanda, en él engendró un duro pensamiento de desagraviarse de la falsa dentellada que le hicieron ejecutar. Tenía por costumbre el viejo burlón de levantarse casi cada noche de la cama al servicio; y el ofendido Bartolo, que no ignoraba esta costumbre de su viejo, la noche siguiente, cuando le sacaba á la calle para limpialle, antes de acostarse el cura, en lugar de limpialle, como solía, le

puso toda la redondez esmaltada con el esmalte más fino que en su profundo se pudo hallar, y preparado desta manera, se le metió en la alcoba en su lugar acostumbrado.

Acostóse el viejo, bien ignorante de lo que Bartolo había hecho en su servicio, y después del primer sueño, tuvo necesidad de levantarse, como tenía de costumbre. Levantóse, y con el tino que ya tenía, halló, tentando con el pié, el traidor bote, y levantando la cortina de su cimborrio, reclinóse su merced muy á su gusto, ó por mejor decir, muy á gusto de su criado. (¡Oh dioses inmortales, no nos dejéis meter en peligros tan de asiento!) Verdad es que no se descalabró el cura, porque el escabelo en que se puso estaba algo blando y mullido; pero la margen del dicho (como tan llena de cotas) le imprimió y le señaló un círculo en el orbe del suyo, tan ancho y lleno de variedad, que parecía el zodíaco pintado en globo material. Considere el pío letor al buen cura lastando las risadas y chacota que tuvo á costa de Bartolo, la noche antes.

Finalmente, como sintió que en el asiento había más blandura y remisión de la que solía, no sintió bien de lo que sintió; y ansí, se tornó á levantar, y con la sospecha que luégo engendró de lo que podía ser (que quien á otros ofende siempre la venganza teme), acordó de certificarse con su propria maño, tentando con ella sus embalsamadas carnes. Tentóse, que tentación debió de ser, y como se cortase los dedos, afligido de verse á escuras y embargada la mano, quiso sacudirse los dedos; y como la turbación le había ya quitado el tino, por sacudillos con alguna fuerza, con la misma se dió un tan gran porrazo contra la pared en los artejos, que lastimado del golpe, acudió luégo con los dedos á la boca (como lo hace quien se lastima la mano). Si bien se cortó los dedos, mejor se cortó la boca; porque de manos á boca se llevó de acarreo otra tanta cera de trigo como sebo de vela en la boca de Bartolo la noche pasada.

De modo que los dedos que su criado no pudo alcanzar

á mordelle limpios, se los vino él mismo á morder no limpios. Convencido ya el confuso viejo de que no podía valerse sin el favor de los de su casa, porque había rato que tenía al aire el que le daba, llamó su gente, y venida el ama, encendióse luz, y visto el espetáculo, tratóse de limpialle y tornarle á la cama, con que tornó á sosegarse, y Bartolo, reventando de risa, en su cama haciéndose del dormido.

No dejó de engendrar alguna sospecha en el pecho del cura que aquella desgracia había sido gobernada por industria de su Bartolo en respuesta de la vela de sebo que le dejó entre los dientes; y ansí, andaba muy sobre aviso, buscando alguna ocasión en que desquitarse, lo que iba de más á más, de la burla que había recebido y la que había hecho.

Un día de fiesta, entrando en la sacristía á vestirse para decir misa al pueblo, halló que el buen Bartolo estaba tendido y durmiendo sobre un arquetón de sacrestía, y con toda sotileza, sin despertalle, le fué desatando la cinta con que tenía los zarafuelles atacados, que como no era más de una, y esa de adelante, pudo hacerlo presto y sin ser sentido. Desatacado Bartolo, se volvió á salir el viejo de la sacristía, como que tenía que hacer en la Iglesia, que ya estaba llena de gente que aguardaba la misa. Y con mucha priesa empieza el viejo á mandar á dos ó tres hombres que llamen corriendo á Bartolo, que está en la sacristía, y que vaya á la iglesia, que es menester deprisa; entráronle á llamar con todo este tropel, y como le cogieron dormido, sin reparar en más de la prisa con que le llamaban en la iglesia, salió corriendo de la sacristía, y como los señores zarafuelles no tenían cinta que los sustentase, determinaron de dejarse caer de su estado delante de toda la gente y en medio de la iglesia; y fué la desgracia de Bartolo que la su camisa tenía ciertas puertas y ventanas por delante y por detrás, por donde se pudieron certificar todos los de la iglesia que Bartolo de tal manera era mozo del cura, que no era moza de nadie.

Y aunque la burla le sucedió en camisa rota, no se la dejó caer en saco roto; porque luégo, el domingo siguiente, después de junto en la iglesia todo el pueblo, hizo que se le habia perdido la llave de la sacristía; y ansí, fué necesario que fuesen á la ermita del pueblo por el ornamento para decir la misa. Traído el ornamento, como la sacristía estaba cerrada, fué necesario vestirse el cura á un lado del mismo altar mayor, delante de la gente, y es de advertir aquí (y también lo advirtió Bartolo) que en todo el verano el cura viejo jamás traía zarafuelles, por andar más fresco y menos embarazado.

Ayudóle pues á vestir los ornamentos el solícito y mal intencionado Bartolo; y al tiempo que le ponía el alba (nota esto), tuvo cuidado el tacaño de prender dos ó tres alfileres en la parte trasera del alba por el ruedo adelante, de tal manera, que los alfileres prendían el alba, la sotanilla y la camisa juntamente. Dijo su misa el cura, bien descuidado de encomendar á Dios en ella la tribulación en que se había de ver, y en acabando su misa, para comenzar su miseria, comiénzase á desnudar sobre el mismo altar mayor, á la vista de toda la gente, y al punto de quitarse el alba (¡oh cielo, cuánto mal puede hacer un alfiler prendido!), que se la quitaba siempre tirándola por encima de la cabeza, como estaba cosida el alba con la sotana y camisa, levántalo todo junto, dejando al aire la porta-paz, que yo no beso; y pensando que tirando bien el alba se tornaría á caer la sotana, tiró cuanto pudo hacia arriba, de modo que hizo demonstración posteriorística, descubriendo á toda la gente no más de lo que se come de la rana, que son las piernas y las anquillas; que como se vió tan á la vergüenza, sin poderse remediar, determinó de sentarse en el suelo, teniendo por menos inconveniente arrastrar sus cuartos traseros que sacallos á la vergüenza, hasta tanto que llega Bartolo, haciendo muy del inocente, y descubriéndole la calva de arriba, le cubrió la de abajo, quitando disimuladamente los alfileres; compónese lo mejor

que pudo el viejo, y con no pequeño corrimiento se fué camino de su casa con intento de no tomarse otra vez con su criado, porque temía que á la otra vegada le pondría Bartolo delante del pueblo hecho un ánima de purgatorio. Quedó Bartolo muy contento, porque con lo sucedido no se acordaría ya el pueblo de su camisa rota; y el pueblo se fué á sus casas muy en paz, porque se la habían dado dos veces; una en misa con el porta-paz de la iglesia, y otra después de misa con el porta-paz del cura viejo.

FABRICIO.—Andaría el viejo burlón con temor de su criado de ahí adelante.

CASTAÑEDA.—Tanto, que dicen algunos que porque una noche sintió no sé qué ruido hacia los piés de la cama, no se atrevió á levantarse al servicio aquella noche, pensando que le había Bartolo armado algún lazo como la noche de marras; y á causa desto, no falta quien dice que dos ó tres noches, por desembarazar el vientre embarazó la cama; pero después se fué asegurando, y se ponía en su servicio como muy hombre honrado.

FABRICIO.—Ansí dijo la otra tarasca á su maridillo un día que se estaban diciendo los nombres de las pascuas, y de palabra en palabra le vino á decir el marido á la señora: «Callá, que sois una sucia, y os ensuciáis en la cama.» Respondió ella: «Mentís como sátiro, que yo me proveo en su debido lugar, como mujer de bien.»

D. DIEGO.—Muy escuro negocio va ese; otro cuento diré yo, donde se llaman por ese apellido más delgadamente: Estaban para merendar una tarde cierto letradillo y su mujer, que por parecerle poco pedazo de hombre, había ella buscado por la vecindad otro para sus necesidades. Tenían pues para merendar una empanada de venado con sus lonjillas y mechas de tocino por dedentro. En abriendo la empanada, luégo le dió antojo á la señora de entregarse en el tocino. Pidióselo al marido, que como no tuviese gana de dárselo, llevándola por lo filósofo, la dijo: «Mirad, señora, que no hay cosa más fea en la naturaleza que co-

mer un animal la carne de otro de su especie, quiero decir que el perro no come carne de otro perro ni el caballo de otro caballo; y así, no será bien que vos comáis carne de puerco, por lo que tenéis de puerca.» Respondió la mujer: «Á esa cuenta, señor, bien podéis dejar la empanada; que tampoco vos podéis comer carne de venado.»

D.ª MARGARITA.—Aún esos más á lo galano se daban de las astas. Reñían dos casados mal avenidos, y dijo el marido á la mujer: «Bien dicen, que cada cual se ha de casar con su semejante; y según esto, vos, dueña puerca, habiades de casar con un lechón.» Respondió la mujer: «Y vos, don cabrón, con una cabra.»

D. DIEGO.—Tenía necesidad un caballero de que le entretuviesen por dos horas un vecino suyo, por poder hablar entre tanto con su mujer; y para esto trató que le convidase á jugar á los naipes otro vecino amigo de ambos. Fuéronse éstos á su juego y el otro al suyo; y como después de levantados los unos y los otros, preguntase el caballero al marido desta mujer cómo le había ido de juego, le respondió: «Don Pedro me llamó á jugar; y para decir verdad, aunque hemos tenido ambos ventura, pero siempre tuvo don Pedro más ventura que yo.» Respondió el caballero: «Siempre este don Pedro tuvo más ventura que un cornudo.»

CASTAÑEDA.—Quiero rematar con lo que dijo un arriero que estaba altercando con un mesonero sobre unos fardos que le faltaban en el mesón, y díjole al mesonero: «Habéisme de dar, aunque os pese, dos fardos.» Dijo el mesonero: «Daréos dos cuernos.» Respondió el arriero: «Daréislos, porque los tenéis.»

D.ª PETRONILA.—Encontráronse malamente Colmenares y un hombrecillo de su barrio, de quien se decía que los consentía en su casa; y fué tan ocasionado el hombre, que le necesitó á Colmenares á que le llamase á voces por la calle consentidor infame cinco ó seis veces, y juntamente arremetió con él y le puso las manos, dándole muy buenos

golpes en la cabeza. Acabada esta pendencia, preguntó á Colmenares una amiga que cómo le había tratado tan mal al vecino, y que pues le había infamado tantas veces, que por qué le había puesto las manos con tanta cólera. Respondió Colmenares: «Pues diciéndole los evangelios, ¿cómo podía dejar de ponerle las manos en la cabeza?»

D. Diego.—Vamos de aquí; que como se ha levantado esta materia, no podemos parar los casados; que luégo nos vienen los colores al rostro.

D.ª Petronila.—Ya sabéis, señores, que mañana nos habéis de ayudar á cenar lo que hubiere.

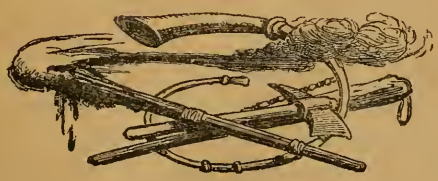
Castañeda.—Acá me tenéis; que con el Conde pienso cumplir en la comida, que se hace una máscara después de comer, y me despidiré como que no ando bueno.

Fabricio.—Yo lo juraré á Dios que nunca lo fuíste.

Castañeda.—No quiero ensuciar mi lengua en vuestra mercé, señor Dotor. Adios.

Fabricio.—Si no la quisieres ensuciar en mi merced, podrásla ensuciar en mi servicio. ¡Hola! pasen adelante con esas luces.

D.ª Margarita.—Vamos de aquí; que si más tardamos, más pullas llevaremos á cuestas; que se le ha calentado la boca al Dotor.



DIÁLOGO III

DEL MARTES EN LA NOCHE

(Interlocutores, los mesmos)

CAPÍTULO I

De una máscara y cuentos que motejan de vieja, y otros.

En buen hora sean venidos vuestras mercedes.

D. Diego.—Para servir á mi señor dotor.

Castañeda.—Y yo para servir á mi señora dotora.

D. Diego.—¿Por qué decís de dotora? ¿Dónde está mi señora doña Petronila?

Fabricio.—Luégo saldrá; que está allá dentro dando una vuelta, á ver si nos aderezan de cenar.

D. Diego.—Luego ¿de veras pensáis que habemos de quedar á cenar con vos?

Fabricio.—Pues ¿quién duda deso? Anoche lo prometistes delante doña Margarita y Castañeda.

D. Diego.—Yo prometí de venir á vuestra cena, pero no de quedar á cenar en ella.

Castañeda. —¡Gentil modo de promesa! Habéis de saber que llegó á Nuestra Señora de Monserrate un fidalgo portugués en un caballo muy bien tratado, y en apeándose, visitó al abad de la casa, y dijo cómo había tenido una muy grave enfermedad, que le movió á llamar el socorro de la Madre de Dios de Monserrate y que entonces prometió de traer á la casa aquel caballo en que venía. Después de haber estado un rato con el abad, ya que se quería despedir, mandó llamar el abad al mayordomo de la casa, y dijole que diese de comer y regalase aquel fidalgo, y recibiese el caballo que traía y le guardase, que le traía prometido á la casa. Dijo entonces el portugués: «Ollay, me meu padre, eu non prometí el miño cabalo para posar en la vosa casa, sino para chegar á ella no mais, e botar con el miño cabalo afora.

D.ª Petronila.—Buena bellaquería es, en buena fe, que se haya comenzado la conversación sin mí. Muchas y muy buenas noches hayan vuestras mercedes.

D.ª Margarita.—Ansí las tenga vuestra merced; vámonos á la lumbre, si os parece. Mirando estoy á doña Petronila, que parece que viene mascando el *Pater noster*.

Castañeda.—En menos tiempo me atrevo yo á hacer esa diligencia.

D.ª Margarita.—¿Cómo?

Castañeda. —Traedme una escopeta; que con ella y esa cuenta de perdones sacaré yo un alma en una *ave María*, sin rezarla.

D.ª Petronila.—Eso creo yo, que como los de tu oficio no tenéis alma, debéis de rezar vuestras devociones á tiro de escopeta.

FABRICIO.—Todo el mundo se precia de su oficio, y como el de Castañeda es ser mal cristiano, préciase de no rezar en toda la vida.

D. DIEGO.—Es tanta verdad el preciarse cada cual del oficio y estado que tiene, que un famoso verdugo, llamado Magán, para que un sobrino suyo aprendiese el oficio, le tenía aparejado en casa un hombre de paja, con su horca y escalera, en que se ensayase y tomase liciones. Un día que el muchacho estaba haciendo la figura en presencia de su tio, acertó á no repetir la lición tan solícitamente como era menester; por lo cual empieza Magán á reñirle fuertemente, diciendo: «Bellaco, ladrón, juro á Dios que no eres para oficio de honra; bájate desa escalera, que yo te voto á Dios que te tengo de poner con un zapatero, como á bellaco mal inclinado».

CASTAÑEDA.—Por nuestro señor el Obispo, que me habéis cogido en muy buena reputación, pues me tenéis por mal cristiano; pues no soy tan indevoto como me hacéis, que todos los viernes santos no entra en mi cuerpo cosa de grosura, y no hago más de dos comidas al día.

D.ª MARGARITA.—Pues los otros dias del año ¿cómo los pasas?

CASTAÑEDA.—Los otros viernes tengo devoción de comer cuatro veces al día, que son: almuerzo, comida, merienda y cena.

D.ª PETRONILA.—En verdad que estamos obligados á restituirte la honra, que demasiado de buena alma tienes. Dinos ahora: ¿qué ha pasado en casa del Conde acerca de las fiestas que dicen haberse hecho? ¿Hízose la máscara que dijiste tenían aprestada para hoy?

CASTAÑEDA.—Ya se hizo la máscara, y por Dios á mi gusto, y pienso que también á gusto de los demás señores y circunstantes que se allí hallaron presentes, porque tuvo muy graciosas figuras y letras harto ingeniosas; y ha sido ventura que os acordásedes de preguntármelo ahora, que tengo la memoria reciente.

D. Diego.—Si tuvieras la memoria de pan, había de enviar por un poco de manteca y azúcar.

Castañeda.—¿Qué queréis decir en ese disparate?

D. Diego.—Como dices que tienes la memoria reciente, digo que si fuera de pan, fuera pan reciente; y con manteca y azúcar no es tan gran disparate como dices.

Castañeda.—Mantecosillo tenéis el genio esta noche. Debéis de haber merendado de alguna buena ojaldre, que os ha comunicado la manteca en el entendimiento; pero no se nos vaya deslizando con tanta manteca la máscara de hoy; oídme, que pienso tiene algunas cosas de gusto, aunque es muy diferente el oirlo referir y el vello representar.

Hubo en la máscara diez y ocho figuras; porque salieron doce á danzar y seis á tañer con diversos instrumentos, por el orden siguiente:

Salieron de dos en dos, y con cada dos danzantes un músico tañendo un instrumento muy conforme á las figuras de los danzantes, como diremos. Y es de saber que ansí los danzantes como los músicos llevaban su letra á las espaldas, muy conformes á las figuras de cada uno.

De los doce danzantes, los seis eran hombres y los seis mujeres. Salieron pues los primeros dos caminantes vestidos de una mesma librea en todo, salvo que, aunque en las figuras eran uniformes, llevaban empero las letras de las espaldas diferentes. Llevaban estos su calzoncico de lienzo, juboncillo y cuera acuchillada, capotillo de dos haldas, media verde y alpargata de cáñamo, y al cuello una muy gentil bota de vino. El uno llevaba esta letra:

Al cuello traigo los piés;
digo piés, pues el camino
no se anda si no anda el vino.

El otro esta:

Ni embaraza ni me pesa,
y mucho menos pesara
si más llena la llevara.

Á estos dos caminantes les iba haciendo són un músico de sonajas, que llevaba esta letra:

Bien suena la sonajilla
al gastador pasajero,
que en fin le suena á dinero.

Dieron su vuelta con una bizarra mudanza, y apartáronse á un lado de la sala.

Tras estas figuras salieron luégo dos viejas, vestidas como tales, y la una llevaba esta letra:

No os espanten mis arrugas,
que el fuego en que un tiempo ardí
me arrugó la piel ansí.

La otra esta:

Olla fuí, y la mucha lumbre
que recebí siendo entera
me quebró, y dí en cobertera.

Á éstas les iba haciendo el són una figura con una escoba de palma, y con esta letra:

Bailad, viejas, á la escoba,
pues vuestra antigua hermosura
la trocastes en basura.

Dieron su vuelta por la sala, y arrimáronse junto á los caminantes.

Comenzaron luégo allí algunos caballeros de los circunstantes á hacer misterio destas figuras; y ansí, disputaban sobre el haber salido juntas las viejas con los caminantes. Unos decían que, como las viejas acabaron ya su camino, por eso se juntan á los caminantes. Replicaron otros que el caminante aún camina, que por eso es caminante; pero la vieja ya ha caminado, y ansí no es buena la razón. Puso fin y quito á esta cuestión el Conde, y dijo que, como los caminantes llevaban consigo muy gentiles botas de vino,

se llevaban las viejas tras sí, porque no hay mosca que ansí se vaya tras un melero, como una vieja tras una bota ó jarro.

En seguimiento destos entraron dos fregonas con sus garbinejos, una balona llana, juboncillo de lienzo, basquiña de paño traído, sus mandilejos y en mangas de camisa y arremangados los brazos, y la una con esta letra:

Quien me deja y busque reinas,
lleve sabida esta ley,
que ha de gastar como un rey.

La otra era:

Las fregonas y las damas
todas una cosa son,
pero no en la estimación.

Á estas fregonas les iba haciendo el són un tañedor de pandero, con esta letra:

Es el pandero un pellejo,
y á las mozas hace el són,
porque ellas pellejas son.

Dieron su vuelta con una mudanza, y apartáronse con los compañeros. Salieron luégo dos figuras de danzantes, vestidos todos de cuernos, que parecían á todos los diablos, aunque movieron harta risa, y el uno con esta letra:

Mondad los dientes, señores;
pero destos mondadientes
libre Dios á mis parientes.

El otro era:

Mujeriles liviandades,
si bien no las contradices,
engendran estas lombrices.

Á éstos les salía haciendo són un tañedor de corneta, con esta letra:

De cuerno son las libreas
y pues que de cuerno son,
de cuerno ha de ser el són.

Dieron su vuelta por la sala, y apartáronse á un lado. Luégo salieron tras éstos dos damas muy bizarras y compuestas al uso, y la una llevaba esta letra:

Ya no son las damas Eros,
ni los galanes Leandros,
si no dan como Alejandros.

La otra:

Roban ladrones y damas;
la bolsa roba el ladrón,
damas bolsa y corazón.

Á éstas les iba haciendo són un tañedor de vigüela, que llevaba esta letra:

Porque entre damas no falten,
con cuerdas les hago el són,
pues ellas jamás lo son.

Dieron su vuelta con una mudanza, y apartáronse junto á los de la cornamenta.

En conclusión se juntaron todas doce figuras, y hicieron tantas y varias mudanzas de cruzados, enredos y toqueados con las manos y piés, que entretuvieron al Conde y los otros caballeros por espacio de dos horas, con mucho gusto y entretenimiento.

D.ª Margarita.—Donaire tienen las figuras, y las letras son bien medidas con los personajes, y me parece á mí que podríamos aquí en buena conversación hacer esa máscara, mayormente que casi tenemos gente harta en casa para ella; porque de los tres pajes que hay, los dos harán los de la segunda figura, y el otro con Castañeda harán los embraguetados, y los sátiros harán el dotor y don Diego.

Fabricio.—Saco mi blanca, y si fuere pulla, que no valga. Desde aquí digo que protesto, que no me pare perjuicio la figura de sátiro.

D. Diego.—Pues que habéis repartido tan á vuestro gusto las figuras de los seis hombres, yo quiero repartir las demás mujeres. Paréceme que en casa hay dos mozas y dos amas; pues buscaremos dos señoras en el barrio que nos hagan las damas, y las criadas de casa harán las dos fregonas, porque queden doña Petronila y Margarita para hacer las dos viejas, que pues las hacen todo el año, mejor las harán esta noche.

Castañeda.—No hay plazo que no se llegue ni deuda que no se pague. No sé quiénes quedan más cargados, vosotros con las figuras de los sátiros, ó vosotras con los personajes de las viejas. Dificultad tiene; pero, pues se lo llamasteis á estas señoras, oíd cómo se lo llamaron á cierta señora que tenía ya el pié en el estribo de la edad arrugada.

Esta iba por una calle, y aunque hacía muy grande aire, que la daba de cara, se iba dando viento con su abanillo. Preguntóla un galán que la conocía, y á quien ella miraba con buenos ojos, que para qué se daba viento con el abanillo, pues el aire del tiempo era tanto. Y ella le respondió que para refrigerar aquella carne, abrasada por él. Replicó el galán: «Antes pienso que la saca al aire porque se va dañando.»

D.ª Petronila.—Dos damas, la una harto moza, pero que no le sabía mal lo que bebía, y la otra mayor de edad, iban desde su tierra al santo Crucifijo desta nuestra ciudad, y en el camino hubieron de pasar por un riachuelo que llaman Mataviejas, y como tropezasen los jumentos en que iban, hubiéronse las señoras dos damas de mojar muy bien en el dicho río. En llegando á la posada empezaron á darse la vaya una contra otra sobre el naufragio de Mataviejas, y de lance en lance dijo la dama mayor de edad á la más moza: «Esté vuestra merced cierta que si se ahogara en Mataviejas, aunque le quitara el nombre, no le quitara el agua.» Respondió la otra: «Y si vuestra merced se ahogara pudiera beberle el agua, pero no el nombre.»

D. Diego.—Sospecho que damos pesadumbre á estas

señoras con esta materia de viejas, pues no se ha de hacer mención de la soga en casa del ahorcado; tratemos de otra cosa.

FABRICIO.—De lo que podríamos tratar, es que sepan si está aderezado y nos dén de cenar.

D.ª PETRONILA.—Hola, pongan la mesa en tanto que se adereza.

CASTAÑEDA.—Bien estoy con que se ponga la mesa, pero esto y considerando cómo habéis dejado deslizar la plática de viejas, los unos por no picar á vuestras mujeres, y las otras por picar á vuestros maridos. Pues aquí estoy yo, que aunque me digan que nací entre las malvas, no me hará correr el mundo.

D.ª MARGARITA.—Con todo eso, cuando te llaman el nombre de las fiestas no gustas mucho de oílle.

D. DIEGO.—¿Cuál es nombre de las fiestas para Castañeda?

CASTAÑEDA.—Ya lo entiendo. Debéislo de decir, porque el otro día me llamaron buboso.

D. MARGARITA.—Y por muy galano estilo. Estaba Duarte, paje del Conde, recitando un dicho de no sé qué comedia, y decíale muy afetada y cansadamente; y como le pareciese á Castañeda que llevaba el tono muy pesado y moledor, le dijo: «Por Dios te ruego, Duarte, que acabes ya con ese dicho, que solamente de oírtele recitar me haces sudar la gota tan gorda.» Respondió el paje: «No entendí yo que os hacía poco servicio en haceros sudar, que con menos bubas que las vuestras sudan otros tan buenos como vos.»

CASTAÑEDA.—No me piqué yo porque me dijese que las tenía, sino porque me lo llamó un virginote, que ni sabe qué son bubas ni cosa buena. Y huélgome que está presente don Diego, que las conoce y le conocen, y así podrá decir si tuve razón de indignarme contra quien me llamó buboso por afrentarme, sabiendo que me honro yo con estas más que otro con su ejecutoria.

D. Diego.—Pues has movido esa plática, no puedo dejar de favorecer tu opinión, mayormente habiéndome señalado por tu padrino en defensa de las bubas.

CAPÍTULO II.

En que se prosigue la cena con chistes de graciosas y no maliciosas blasfemias, y otros diversos.

Castañeda.—Después de la escarola no se pueden dejar de tomar unos sorbos de vino como su madre lo parió.

D.ª Margarita.—Come primero destas alcaparras, y luégo beberás; que si tras cada plato has de visitar la bota, tendrá más visitas que un presidente de Castilla.

D.ª Petronila.—No son tantos los platos que tenéis de cena, que aunque se beba con cada uno no llegaremos al suelo de la bota; que si no es nuestro ordinario y un par de presentes que le hicieron al Dotor, no tenemos otra cosa que daros.

Castañeda.—Vengan los presentes, que más vale cenar de presentes que de pasados y por venir.

D.ª Petronila.—Dénme de beber antes de entrar en esta perdiz.

Castañeda.—Por vida del Dotor, que me digáis, pues sabéis de achaque de letras, qué beben los que están en el infierno.

Fabricio.—Beben pocas veces, y esas les dan á beber pez derretida.

Castañeda.—Desa manera, por Dios, que se hacen unos cueros, porque de la primera vez quedarán empegados. Buen provecho, Petronila, que parece que lo mamáis con buena gana.

D.ª Petronila.—¡Oh, qué buena está la bebida! Pero el vidrio con que bebí me ha caído en gusto, y quisiera harto que me le señalaran para beber siempre con él.

FABRICIO.—Pues por eso no quede, que si tuviéramos un diamante yo le señalara; don Diego me parece que le traía consigo ayer; si me le da, yo pondré vuestro nombre en el vaso.

D. DIEGO.—Si, como pedís un diamante, pidiérades una Margarita, aquí estaba mi mujer.

FABRICIO.—Acordado me habéis otro dicho como ese. Iba un capellán con cuatro ó cinco señoritos estudiantes, todos de manteo y bonete, que como era pedagogo dellos, los llevaba todos delante de sí. Llegóse á él un amigo suyo, y preguntándole si tenía trueco de una corona, le respondió: «Si me le pidiérades de un canónigo, aquí llevaba menudos.»

CASTAÑEDA.—Todo cuanto dijéredes me parecerá de oro, porque este perdigoncico me sazona el gusto de manera, que le hallo en todo.

D.ª PETRONILA.—Ya sabéis que la perdiz se quiere comer dos veces.

CASTAÑEDA.—Nunca he podido entender cómo se come dos veces una perdiz.

D. DIEGO.—Comiendo de una vez la carne y de otra los güesos.

CASTAÑEDA.—No me satisface esa dotrina. Mejor sería comer la una vez la perdiz, y la otra vez otra perdiz; y esto es lo que quiere decir comer dos veces la perdiz.

FABRICIO.—Esta noche ya sabes que tienes obligación á decir algo de repente; porque para mañana no daré por toda tu poesía una blanca.

CASTAÑEDA.—Bien está; déjanos agora hacer colación, que después nos veremos.

D. DIEGO.—Pues paréceme á mí que si haces colación, que ya vas perdiendo el ayuno.

CASTAÑEDA.— Como desos ayunos se pierden esta noche.

FABRICIO.—Ansí respondió, aunque en diferente sentido, un tahur que ya más dejaba los naipes, y ya más dejaba de

perder á ellos. Ayunaba un viernes de Cuaresma, y á la hora de la colación encomendóse á Dios, y concertóse con una libra de pescado frito su medio pan y media de vino. Díjole su mujer que con aquella colación perdía el ayuno. Y él respondió: «Como deso pierdo yo cada día con dos diferentes.»

D. Diego.—Tierno está el conejo, y habéisme dado todo el lomo; por vida de mi señora doña Petronila, que me ayudéis á dar cuenta dél; que mientras más ceno, más se me va quitando la gana de cenar.

Fabricio.—Por vida de Petronila, que es tanto como la mía, que os lo habéis de comer solo.

Castañeda.—Pensé que íbades á jurar como el otro que decía, cuando tenía gana que se le diese crédito á lo que afirmaba: «Juro á Dios, y el diablo me lleve, y por vida de doña Catalina, que es más que todo, que digo verdad.»

Fabricio.—Graciosa manera de jurar, aunque huele un poquillo á blasfemia, pero no es maliciosa; y ansí, no es de importancia.

D.ª Petronila.—Estaba un clérigo, no tan doto como santo Tomás, revestido para salir á decir misa; y como tuviese necesidad de reconciliarse, dijo á un sacerdote que estaba solo en la sacristía, que le oyese dos palabras; y como le respondiese que no era confesor, viendo que no había otro que le oyese de confesión, determina de salir á decir su misa. Preguntóle el otro clérigo que cómo iba sin confesarse primero. Y respondióle: «Ya lo veo; pero diré misa de *requiem*.»

Castañeda.—Hacían una procesión unos villanos, en que se juntaban dos aldeas, y cada sacristán traía un crucifijo grande de su pueblo; y como anduviesen altercando los sacristanes sobre cuál de los dos crucifijos se había de pasar á la mano derecha, dijo el alcalde del un pueblo, en defensa de su crucifijo, al que llevaba el otro: «Pero Núñez, tenéos allá con vuestro crucefijo, que todos ellos son hijos de un padre y de una madre.»

D. Diego.—Entrando un perro en una sacristía, halló á mal recado un bodigo, y echándole el diente, se iba con él; como le vió el sacristán, no halló otra cosa más á mano con que le tirar sino un hisopo de metal; y tirándosele, dijo: «Pues yo os juro á Dios, que si os alcanzara, que el diablo iba tras vos.»

D.ª Margarita.—Trataban dos villanos en buena conversación de los temores que tenía un enfermo peligroso, y dijo uno dellos: «Pardios, vecino, cuando un pobre enfermo ve venir á su casa el Santo Sacramento no puede tener contento.» Respondió el otro: «El Sacramento en salud se pergeña; la cruz me decid vos, que mete las cabras en el corral.» Replicó otro que los estaba oyendo: «Hola, hola, compadres; no os toméis con la Iglesia, que no sufre cosquillas.»

Fabricio.—Un estudiante portugués, muy satisfecho de sus estudios, llegó á un monasterio á pedir el hábito de religioso; y preguntándole el prelado de la casa si sabía latín, respondió que le dejasen hacer delante del convento una oración, y verían si sabía latín y griego, y aun hebreo. Replicó el prelado que si se atrevería á hacer una oración en griego y otra en hebreo. Y el respondió: «La orazaón en hebreo yo la faré con la ayuda de Deus; mays para facerlo en griego no es menester ayuda de Deus.»

D.ª Petronila.—Un villano entró en el claustro bajo del monasterio de Santo Domingo de Silos, diez leguas de esta ciudad, y vió una imagen de nuestra Señora hecha de una peña antiquísima, y admirándose mucho de verla, empieza á santiguarse, diciendo: «Dios te bendiga la huerte figura, y bien empleado el pan que comiste.»

Castañeda.—Dábanle el Sacramento á un judío que estaba enfermo, y como le fuese preguntando el preste si creía los cuatorce artículos de nuestra santa fe católica, á todos decía: «Sí creo;» pero cuando llegó el preste á preguntarle si creía que Cristo, Señor nuestro, había de venir á juzgar, etc., respondió: «Padre Cura, muy dificultoso se

me hace creer que Cristo volverá á juzgar; porque la primera vez que vino le fué tan mal con mis antecesores, que no merecieron segunda venida.»

D. Diego.—Bien sabe la cena con buena conversación, y podría Castañeda tomar la guitarra y hacer de las que suele, que há mucho que no trata deso, y se le podría olvidar.

Fabricio.—Bien creo que le importa la guitarra, que en efeto es su oficio; pero agora más le importa cenar de lo que tiene delante.

Castañeda.—De esa manera respondió un caballero, de cuya limpieza se estaba haciendo información para proveerle en cierta plaza de inquisición, y estando con algunos amigos suyos, apartóse de la conversación, quitándose las agujetas para acudir á su natural menester, y díjole uno dellos: «¿Pues agora que se trata de vuestra limpieza os vais á ensuciar?» Respondió él: «Aunque me importa que me provean, más me importa que me provea.»

D.ª Margarita.—¡Válame la Virgen, Castañeda hermano, y qué desnudo y claro que lo dices, para estar en la mesa!

Castañeda.—No entendí yo que les parecía tan mal lo desnudo á las damas, ya que lo claro sea el parlero de sus flaquezas.

D.ª Margarita.—No nos metamos agora cómo proceden las mujeres obrando; pero á lo menos en las palabras no son tan mal sonantes como las de tu cuento pasado.

Castañeda.—Á mi parecer lo que yo dije podrá oler mal, pero no sonar mal.

D.ª Margarita.—Á ti no te sonará mal, porque los truhanes sois todos sordos.

Castañeda.—Como las mujeres mudas.

D.ª Margarita.—No somos mudas, pero hablamos con vergüenza.

Castañeda.—Pardios, Margarita, si poca barba dice poca vergüenza, no sé yo con qué vergüenza podéis hablar las mujeres.

D.ª MARGARITA.—No consiste la barba en el pelo de afuera, sino en el miramiento y pundonor del ánimo.

D. DIEGO.—Esperad, señora, que vais muy devota con vuestras barbas de miramiento. Habéis de saber que un mancebo encogido y mortificado en su condición y palabras, tenía más de veinte y ocho años de edad y no descubría casi señal de barba, sino muy lampiña y poca, y como le diesen vaya sobre la barba, diciéndole que un hombre como él había ya de tener un bigotazo que le diera vuelta por las orejas, respondió muy á lo devoto: «Bigotes tengamos en el alma, que estotros no nos importan.»

CASTAÑEDA.—Bien dicho, por Dios. Y ansi veréis las mujeres que, como os dieron la cara sin barbas, no tenéis vergüenza en cara.

FABRICIO.—Mas valiera callar, señora; que os han dicho por lindo estilo que no tenéis vergüenza en cara.

D. DIEGO.—Mejor será dejallos; que se ha metido en fuga Castañeda con ellas.

D.ª PETRONILA.—No importa, señor; que ya sabéis que no puede Castañeda ni los de su oficio afrentar á nadie, porque son muy livianos, y ansí no hacen golpe sus injurias.

CASTAÑEDA.—Bien estáis en la materia de golpes; por el mesmo caso que son golpes de livianos quedáis más afrentada; porque el que quiere dar golpes de afrenta á su enemigo, no se los da con pesada espada, sino con caña liviana; y si es, como decís, que golpes de cosa liviana no hieren ni hacen injuria, nadie queda menos injuriado que yo, pues los golpes que recibo de vos son de mujer, que la más grave es más liviana que el hombre más liviano.

D.ª PETRONILA.—Parece que nos hemos metido en unas poquillas de veras, y tengo por locura querer nosotras defendernos á razones; y ansí, quiero preguntar al Dotor dos puntos en que habemos picado Castañeda y nosotras, para que, pues tiene letras, los resuelva sin pasión y con fundamento; y desto podremos tratar en tanto que acabamos de cenar.

FABRICIO.—Pues que tenéis gusto en un rato de veras, preguntad en buen hora lo que os pareciere; que lo que yo alcanzara y supiere, eso responderé; y cuanto á lo demás que no supiere diré que no lo he mirado.

CASTAÑEDA.—Preguntá cuanto quisiéredes; que lo que el Dotor no supiere resolver, aquí estoy yo, que no lo dejaré güeso sano.

CAPITULO III.

Que contiene algunos problemas ordinarios, con extraordinarias y donosas resoluciones y cuentos que motejan de loco, y otros diversos.

D.ª MARGARITA.—Lo primero que pregunto es, por lo que dijo Castañeda, que la mujer más grave es más liviana que el hombre más liviano, qué verdad tiene este dicho, ó si es falso.

FABRICIO.—No tenemos necesidad de muchas letras para responder á esa pregunta; que la mucha experiencia que el mundo tiene de mujeres, nos dice á voces que la más grave y más sólida de todas ellas es una pluma al aire respeto del hombre más de viento y menos fuerte de ánimo; hablo de mujer dejada á su naturaleza, sin los puntales y estribos de los sobrenaturales dones que algunas reciben del Autor de la gracia; y que las tales son mujeres, y más que mujeres.

D.ª MARGARITA.—No hablemos dellas sino dentro de los límites de naturaleza; y pruebo ser falso lo que habéis dicho, porque la experiencia está en contrario. Y si no, sepamos: en materia de liviandad ¿quién tiene más resistencia y menos arrojamiento que la mujer? ¿Quién procede más disolutamente que un hombre? Ellos ¿no las solicitan, no las ruegan y dan mil tientos? ¿No son ellas las rogadas? Y si alguno viene á decir de no, ¿no es siempre la mujer? Y finalmente, por la mayor parte, ó cuasi siempre, viene

á quedar por ellas el no tener efecto las liviandades, y por el hombre ya más quedo; que si hubo un Josefo en Egipto que no quiso, siendo rogado de su ama, consentir en una liviandad, no hay cada día un Josefo; fuera de que, si no le pusieran puntales de fuerzas del cielo, no sé cómo saliera de la fiesta. Luego, dado que ambos sean tocados de una raza de liviandad, el exceso y la demasía se halla de parte de los hombres; por donde se dice sin fundamiento que son las mujeres más livianas que los solicitadores y autores de la mesma liviandad, que son los hombres.

Fabricio.—Apretado habéis la llave á la dificultad con mucha fuerza; pero, como la verdad tiene para su defensa el peto fino de una concertada solución y respuesta, no nos dejaremos rendir de vuestra réplica sutil. Y para que nos entendamos, habéis de saber que para todas cuantas cosas hacemos y dejamos de hacer los humanos, el más fuerte motivo que tenemos es el apetito de la honra y reputación con las gentes, que los que sólo se mueven por interés no son gente, sino gentecilla. Esta reputación y honor no está de una propia manera situada en el hombre y en la mujer; porque el hombre puede fundar la honra en muchos y diversos títulos, y la mujer en sólo uno. Declárome. Puede un hombre situar su reputación en letras, en armas, en gobierno y en virtud. Pero la mujer en sola la virtud puede fundar su honor; porque ni ellas son menester para letras, ni para jugar las armas ni salir con ellas al enemigo, ni para gobierno que pase de remendar unas mantillas á sus criaturas y dar unas sopillas á los gatos de casa; y si más hacen, es meterse en la jurisdicción de sus maridos y dueños. De modo que sólo pueden conservar reputación y honra en la virtud; pero, como el honor y estimación con las gentes respeto de la mujer no consiste más de sólo en una virtud, que es la honestidad, y el ser prenda de un solo dueño, de aquí es que en tanto será una mujer tenida por virtuosa, y por consiguiente por honrada, en cuanto tuviere de honesta y fiel á su dueño.

Y no va el vulgo fuera de razón en hacer compromiso de toda la honra y virtud de las mujeres en sola la honestidad y fidelidad á sus dueños; porque si cada cosa se ha de medir con su fin, para que fué criada, y de allí se ha de coligir lo que tiene de bueno ó malo, el fin para que se dió la mujer á la naturaleza humana fué para compañera del hombre, de tal manera, que el varón sea su dueño y su cabeza; y como la naturaleza aborrece en cualquiera cosa más de un dueño y más de una cabeza, así parece de derecho natural que la mujer sea prenda de sólo un dueño y miembro de sola una cabeza, y hasta llegar á este estado de tener dueño, sea de ninguno, y esté guardada en la clausura del estado virginal y honesto. ¿Qué otra cosa nos quieren enseñar esos celos que tienen los brutos sobre que las hembras de su especie no tengan más que un dueño, sino que la opinión de las gentes acerca de tener una mujer por honrada le funda en sola la virtud de la honestidad y guarda de su entereza hasta tener dueño, y en teniéndole, la fidelidad y fe que le guardan, sin admitir otro dueño ni otra cabeza? Finalmente, si miramos en el retablo de todo este mundo antiguo, hallaremos que aunque con el hombre no siempre se reparó en que fuese cabeza y marido de muchas mujeres, como se usaba en el tiempo de la ley natural y escrita; pero con la mujer siempre se ha tenido por punta de honor que no lo sea de más de un marido. Y aun sin echar los ojos tan atrás, hallaremos en estos tiempos de agora que, aunque sea una mujer la más calificada del mundo en muchas y diversas prendas y gracias, si las gentes saben della que le falta el ser honesta y fiel á su marido, no tiene adarme de honra, sino siempre está en reputación de ruin mujer. Y ansi, es común lenguaje decir: «Doña Fulana es la más mala lengua y condición de mujer que tiene el mundo; vengativa, parlera, codiciosa y desamorada con cuantos la tratan; pero la verdad se ha dicho, que en lo que toca á ser mujer honrada, nadie puede decir otra cosa.» ¿Qué quiere decir hon-

rada, si tiene tantas faltas como decís? Quiere decir que, como la mujer tiene situada toda su honra en sola la honestidad, como esa se le conozca, aunque tenga otras muchas faltas, siempre la tiene y canoniza el vulgo por honrada y mujer de bien.

Pero el hombre no va por este camino; porque, como no fué el fin para que le criaron el ser marido de una mujer, ni sólo para ser compañero della en orden á la propagación de los hijos; sino otras muchas cosas, como son letras con que pueda enseñar las gentes, armas con que pueda defender su república, y gobierno con que pueda regilla y conservalla; de aquí es que el hombre que tuviere cualquiera destas partes, aunque no las tenga todas, tendrá bastante título para ser tenido por honrado; y así, veremos que si viene á vuestra casa un famoso capitán, y os dice alguno que no hagáis caso dél, porque es un hombre deshonesto y mujeriego, respondéis que por eso no deja de ser un hombre honrado por su persona y sus armas; y lo propio diréis de un letrado. De suerte que, lo que sacamos en limpio de todo este discurso es, que la honra toda de un hombre estriba, no en sola una cosa, sino en muchas, y cualquiera una dellas le basta; pero el honor de la mujer sólo está colgado de la honestidad y fidelidad á su dueño.

Pues viniendo ahora á nuestro intento, digo que cuando un hombre y una mujer están altercando en materia de liviandad y flaqueza, no corren las parejas, ni pelean con armas iguales; porque, como el hombre, aunque caiga en un barranco de flaqueza, no por eso envida todo el resto de su honor, sino que le quedan otras aldabas en que se tener y guardar honra con las gentes; solicita, ruega y persuade á la mujer, siendo el que levanta la liebre, y el que la sigue hasta cazarla si puede. Pero, como la mujer echa de ver que en sólo aquel embite pone su caudal, y que en soltando de las manos la prenda de la honestidad y fe que debe á su dueño, si le tiene, queda perdida, no se

atreve, teme, desvíase y dilata la cura cuanto sus pocas fuerzas alcanzan; el cual desvío y resistencia no es efecto de su fortaleza de ánimo, sino del apetito de honra, que, como sabe que en consentimiento de aquella obra lo pierde todo, sin que pueda haber reparo, no se arroja ni determina, sino que muchas veces acaba y alcanza el pundonor y vergüenza que tiene de ver que se queda sin reputación con las gentes; lo que no podría alcanzar ni acabar su ánimo y fortaleza, que no la tienen.

Pongamos un ejemplo en dos caminantes que van juntos un mesmo camino de cien leguas de jornada, y el uno dellos no tiene para todo el camino más de veinte reales, y el otro lleva muy buena bolsa de quinientos ó seiscientos reales. Ofrécese en la posada un hombre que vende un hermoso pavo real que vale cuarenta reales; ponen en plática que se compre aquel pavo para regalarse aquel día; claro está que de tan buena gana comería del pavo el que no tiene más de veinte reales como el que tiene seiscientos, y aun de mejor, porque no sabe de tanto regalo y tiene más agudo el apetito; pero si le dijese el de buena bolsa que compren á medias el pavo, poniendo cada uno sus veinte reales, ¿cuál sería más fácil de determinarse á compralle, el de los seiscientos, que aunque ponga veinte, le queda dinero harto para su viaje; ó el de los veinte, que si quiere pavo, se ha de quedar sin caudal para el resto de su camino? Cosa llana es esta, que andará mirando por sí, y un pensamiento se le irá y otro se le vendrá; y aunque tenga doblado apetito de comer del pavo, como ve que queda sin blanca, vencerá el deseo del regalo con el deseo de acabar su jornada. De mucho mejor gana comerían las mujeres del pavo de un deleite, que los hombres; que en fin son menos fuertes y más frágiles. ¿Quién hallará una mujer fuerte? pregunta uno que sabía que ninguna lo era de suyo; y sexo frágil llama la Iglesia á la mujer; pero, como el hombre, aunque escote los veinte reales de honesto, le queda caudal en la bolsa del honor para acabar

honradamente el camino desta vida, fácilmente se determina comprar un rato de deleite y gusto; pero, como la mujer (que juntamente camina con el hombre este viaje de nuestro destierro), si escota los veinte reales solos que tiene de honestidad, se queda sin un maravedí de honra y reputación para acabar el viaje de su vida honradamente, pone todas esas dificultades, dilaciones y excusas que habéis puesto en vuestra ingeniosa réplica. Esto es lo que siento en esta pregunta; remítome á cualquiera mejor parecer.

CASTAÑEDA.—La suerte de mujeres de quien habla Fabricio, no las conozco; pero las que yo he tratado, tengo para mí que todas sus hazañas en detenerse no consiste sino en que no las hablan con el dinero en la mano; que á fe de hombre de bien, que (como dice un poeta)

Si le dieran mil reales á Lucrecia,
ella fuera más llana y menos necia.

D.ª PETRONILA.—Yo satisfecha quedo con lo que el Dotor ha dicho; no sé si lo quedáis vos, señora doña Margarita.

D.ª MARGARITA.—También lo quedo yo; sino que este Castañeda es una bestia, que todo lo echa luégo por lo de pavía.

CASTAÑEDA.—Bestia me llamó; ¿no me llamáredes caballo, pues es todo uno, y no me afrentara dello?

D.ª PETRONILA.—Pues por vida mía, que pues que va de preguntas, que tengo de preguntar yo la mía, por lo que dijo agora Castañeda.

¿Qué es la causa que si á un hombre le dicen que es una bestia, se corre y afrenta dello, y si le dicen que es un caballo, no se corre?

FABRICIO.—Eso es fácil de responder, porque en esto de afrentarse un hombre con un apellido más que con otro consiste en el uso de los vocablos; que si un nombre se toma en mala parte, cualquiera se afrenta con él; y ansí, veremos que llamar á una mujer buena mujer es

afrenta, porque se toma en mala parte, y lo mismo es cuando á uno le llaman bestia, que ya está recebido este nombre por afrentoso.

D.ª Petronila.—Bien está eso; pero, supuesto que un caballo y una bestia son una misma cosa, pues no hay caballo que no sea bestia, ¿por qué nos afrentamos con lo uno, y no con lo otro?

Fabricio.—Mirad, señora, sabed que una mesma cosa mirada por diferentes lados descubre alguna perfección, y también alguna imperfección y menoscabo. Como el hombre, al cual, si le miramos por un lado, le hallaremos racional y entendido, que es cosa de suyo muy honrada; pero si le miramos por otra parte, le veremos mortal, frágil y corruptible, que es condición baja y menoscabo suyo; y con todo eso, ambas las dos cosas se hallan en el mesmo hombre; y á quién le llamamos racional y entendido se honrará con ello, porque es cosa hermosa y perfecta en el hombre; pero si llamamos á uno frágil y deleznable, maldito el gusto ni honra recibe dello el tal; porque es falta, imperfección y menoscabo no pequeño del hombre. Ansimesmo el ser bestia y el ser caballo se hallan en un mesmo caballo; pero el caballo es cosa honrosa en su sugeto, porque dice aquella hermosura y brío, gallardía y fortaleza, aquella lealtad al servicio de su amo, que son todas las perfecciones en el caballo; y ansí, sabido ser esto verdad, no hay razón ninguna para afrentarse nadie de le llamar en caballo. Pero el ser bestia dice y arguye una naturaleza menos que hombre, de menos quilates que la humana naturaleza; ansí es imperfección, porque toda inferioridad y toda memoria envuelve y dice imperfección y menoscabo; y de aquí es que á quien le llaman bestia le afrentan, porque le llaman menos que hombre.

Castañeda.—Muy delgado hiláis, señor dotor Fabricio, y sin tanta metafísica ni especulación se puede satisfacer á esta pregunta que se ha hecho, diciendo que el ser bestia es bajeza grande, y no lo es el ser caballo; y la razón des-

to, si saberla queréis, no es otra alguna sino porque las bestias nos las administran gente vil y muy baja, pues las acostumbran y suelen vender no otros sino los mulateros; y de la misma manera no las curan otros sino los albéitares. Pero los caballos es cosa cierta que pican más alto, porque nos los suelen y acostumbran vender las damas, que son gente subida, y los curan los cirujanos, que son gente levantada de sienes por lo que confinan con barberos.

D.ª MARGARITA.—No sé qué yerba has pisado, Castañeda, después que te pusiste á la mesa; que no haces sino perseguir las mujeres en todas tus razones.

D.ª PETRONILA.—Yo os diré la yerba que ha pisado: él se abrazó con la bota, como no halló hembra con quien acomodarse, y como se ha conglutinado con ella, la bota es de buena condición, que si la pide las entrañas, se las da; y ansí, el buen Castañeda está hecho una mona.

CASTAÑEDA.—Si están monas ó no están monas, no se meta nadie en eso. Pero, pues que me lo llamastes, quiero fundar mi pregunta en eso mesmo.

Dígame el Dotor, y también me lo diga don Diego. Supuesto que un borracho está tan torpe como le vemos, y una mona tan diligente y placentera, ¿por qué al que está borracho le dicen que está hecho una mona?

D. DIEGO.—Quiero decir mi parecer primero, para ser corregido después con el del Doctor. Paréceme que para llamar al borracho mona, que es bastante fundamento que se le parezca en alguna cosa notable.

CASTAÑEDA.—Bien vais; pero ¿en qué se parece el borracho á la mona, supuesta la disformidad de torpeza en el uno y diligencia en el otro?

D. DIEGO.—Parécense y son semejantes en que, ansi como la mona está puesta á la risa y mofa de la gente y los muchachos, ansí el borracho está sujeto á lo mismo, como una mona; por donde los que le llaman mona no atienden á la torpeza y diligencia en que difieren, sino á la mofa y risa que hace la gente de la una y del otro; que en esto convienen y se parecen.

Fabricio.—Harto congruencia tiene esa razón; pero si atendemos á la condición de la borrachez, hallaremos (á mi parecer) la razón perentoria de llamar al borracho mona. Porque el que se emborracha, primero que del todo esté privado del juicio, pasa por cierta disposición y estado que media entre borracho del todo y no borracho, conviene á saber, cuando un hombre comienza á pasar un poquito más adelante en el brindar de lo que su cabeza puede llevar, que llaman estar asomado; y los accidentes deste estado son alegría y mucho parlar y chacotear, andar de aquí para allí con una gustosa inquietud nacida de una alegre disposición, llena de risa y placer. Y al borracho que está en este estado le dicen propiamente que está hecho una mona; porque todos aquellos meneos y desgaires que hace, toda aquella chacota y ruido que mete, y también toda aquella alegría y placer que tray consigo es muy propio de las monas, como parece claro por experiencia. Pero al borracho que pasa de este estado y esta mediana disposición, de modo que ya pierde el tino y juicio, dando consigo en suelo, ya no le llaman mona, sino cuero y zaque, pues que se cay de su estado como el cuero lleno de vino. Otros le llaman X, porque cuando va andando, con las zancadillas que da, va formando con las piernas una X.

Castañeda.—También me parece que se puede llamar mona porque, así como la mona anda dos ó tres pasos en dos piés como persona, y luego se pone en cuatro piés como bestia; así el borracho, cuando mucho, forma tres ó cuatro pasos en dos piés como hombre, aunque no muy á compás; pero luégo se acoge á favorecerse de los piés y manos, dando de hocicos y andando á gatas como mona.

D. Diego.—Como el vino y el tocino son tan correlativos y parientes, que no sabe andar el uno sin el otro; porque apenas pondréis un bocado de tocino en el paladar, cuando luégo pregunta por el jarro y le da gritos, habéisme despertado con la memoria que acabáis de hacer del vino,

un deseo de preguntar qué es la razón que los moros no comen tocino, ni tampoco los judíos.

CASTAÑEDA.—Eso yo os lo diré mejor que el Doctor y que cien doctores. Como Dios echase de ver que cuando levantaron por ídolo los judíos una ternera la habían reverenciado como si fuera su dios, sabía cuánto mejor era un torrezno que diez terneras, y que si les dejaba comer tocino, pensarían que no había otro dios en el mundo sino el tocino; y ansí, se lo quitó de las garras. Y si no satisface esto, lo más cierto debe ser que en pago de la protervidad y rebeldía que aquella mala casta tuvo con su Dios, les quiso, entre otros castigos, privar del mejor bocado que tiene la naturaleza para plato de los hombres. Esto es lo que toca á los judíos. Pero la razón por donde los moros no lo comen no va por este camino, sino por cierta palabra mal entendida que oyeron los moros á Mahoma. Es el caso, que estando Mahoma escribiendo su ley, para tomar un poco de alivio se salió un día á pasear, acompañado de muchos caballeros moros, que todos iban á caballo, y Mahoma en un caballo nuevo, brioso. Sucedió que andando por una calle, vinieron de través ocho ó diez lechones, que se desmandaron de una manada dellos, y atravesando por entre los piés del caballo de Mahoma, le alborotaron de tal manera, que con los brincos que dió se le cayeron dos ó tres plumas de la rabadilla, y no hicieron tan pequeño ruido, que no las oyó el devoto Mahoma, y dijo: «De esos no como yo.» ¿Qué pensaron los que iban con él, sino que lo había dicho por los puercos de la manada? Y no lo dijo sino por el puerco de su caballo. Y luégo ellos hicieron ley y decreto de no comer tocino, fundados en esta palabra de Mahoma mal entendida.

D. DIEGO.—Muy donosos inconvenientes suelen causar palabras mal entendidas; y ansí, por no entender bien otra palabra un sacerdote hizo una cosa harto de risa. Cantaba misa nueva un extranjero, y era su padrino otro de su mesma nación; y cuando iba cantando el prefacio de la

misa, aquellas palabras que dicen: *Et ideo cum Angelis*, etc., estaban abreviadas en el misal con solas tres letras, que son I. D. O., que dicen *Ideo*. Y como el misacantano no supiese leer la tal abreviatura, acordó de cantar diciendo á voces en lugar del *Ideo*, una I y una D y una O. Y como el padrino le enmendase, diciendo: *Et ideo cum toto lo diabolo de Palermo,* obedeciendo el misacantano, tornó á repetir, cantando á voces, las mesmas palabras del padrino. conviene á saber: *Et ideo cum toto lo diabolo de Palermo, cum thronis et dominationibus.*

Fabricio.—Otro efeto de palabras mal entendidas me acuerdo que sucedió á unos mochachos de cierto barrio, que dieron en perseguir á un hombre llamado Ponce Manrique, llamándole Poncio Pilato por las calles; el cual, como se fuese á quejar al maestro en cuya escuela andaban los muchachos, el maestro los azotó muy bien, mandándoles que no dijesen más desde ahí adelante Poncio Pilato, sino Ponce Manrique. Á tiempo que ya los querían soltar del escuela, comenzaron á decir en voz la dotrina cristiana, y cuando en el credo llegaban á decir: Y padeció so el poder de Poncio Pilato, dijeron: «Y padeció so el poder de Poncio Manrique.»

Castañeda.—Veis aquí otro engaño de palabras mal entendidas: Estábase confesando una vieja, y en persinándose, le dijo al confesor: «Padre mío, ¿en qué veré yo si tengo pecados ó no?» Respondió el confesor, diciendo que si había guardado los mandamientos, no tenía pecado ninguno. Entonces la buena vieja, á vuelta de un gran sospiro le dijo: «Ay padre mío, que guardados y bien guardados los tenía yo en una alacena en mi casa; sino que el bellaco de mi Joanillo me pidió la cartilla para ir al escuela, y allá me la perdió, y los mandamientos en ella».

Fabricio.—Por lo que dijo don Diego del misacantano, me acuerdo que un caballero tenía de costumbre cuando oía la misa, de adelantarse en decir la gloria y el credo en alta voz, algo antes que el sacerdote, y un día feriado, que

no tiene credo la misa, ansí como el caballero comenzó á decir su credo á voces, vuélvese á él el sacerdote con mucha cólera, y dícele: «Téngase, cuerpo de Dios, que es misa de feria y no tiene credo.»

D.ª PETRONILA.—Por lo que dijo Castañeda de la vieja que se confesaba, me acuerdo de otra vieja que se estaba confesando, y preguntándola el confesor cuántas eran las personas de la Santísima Trinidad, respondió un poco tímida que tres. Y replicándola el confesor que mirase lo que decía, dijo la piadosa vieja: «Ay, señor mío, que más deben de ser de trescientas, sino que yo soy una pecadora.»

FABRICIO.—Hola, levanten esta mesa, que todo se nos ha ido en casar á estos señores con bachillerías, y no les habemos dado de cenar cosa buena.

D. DIEGO.—Paréceme que no os contentáis con habernos hecho banquete á los estómagos, sino que juntamente nos le habéis hecho al alma con tan sabrosos platos de donaires, como todos hemos gozado. Viváis mil años, para que nos digáis mucho.

FABRICIO.—Por ese favor que me dais, me quiero yo tomar otro, y es, recostarme en el regazo de mi señora doña Margarita.

CASTAÑEDA.—Si os ponéis en la falda de doña Margarita, pareceréis perrico de falda.

D.ª PETRONILA.—Mal apodo, como todos los diablos. Pues ¿tú no ves que el Dotor es hombre robusto y abultado, áspero de rostro y muy barbado? ¿Cómo dices que parece perrico de falda?

CASTAÑEDA.—Á lo dicho me atengo yo; pero hase de entender que parece el Dotor perrico de falda de monte, que son mastines en mi tierra.

FABRICIO.—¡Hola, don Diego! por vida vuestra, que le digáis á Castañeda que saque al aire aquella bota, pues que la ha sacado el vino; y entre tanto sacalde vos á él el aire de la cabeza, que se le menea al pobre aquí y allí, como veleta en caballete de tejado.

D. Diego.—Entendí que íbades á decir lo que dijo en otra ocasión Colmenares. Llevaba un vecino un cuero de vino á casa de Colmenares para que se vendiese en su taberna, y el mozo que le llevaba era algo barrigudo, craso de cuerpo, y al tiempo que se le quiso descargar de las espaldas, el pobre hombre se descuidó al abajarse, y con la fuerza que hizo fué fuerza despedírsele de la casa de su vientre dos criados que no tiran gajes; que como lo oyó Colmenares, dijo: «¡Hola, vecino! Otra vez, primero que entréis en mi taberna sacaréis el aire á ese cuero de vuestro mozo; que en mi taberna no se vende ni se bebe dese vino.»

Fabricio.—Más estimación hace Castañeda del viento, pues le tiene dado asiento en lo más alto de su persona, que es la cabeza.

Castañeda.—Bravo rancor habéis tomado conmigo de poco acá, que no hacéis sino dar tras mi cabeza; pero con todo eso, estoy satisfecho que si fuérades un hombre muy poderoso, no medrara poco Castañeda. Si fuérades papa, ¿qué me hiciérades, por vida del Doctor?

Fabricio.—Si fuera papa, te llevara conmigo á Roma, y si fuera nuncio te llevara conmigo á la casa de los orates.

D. Diego.—Dádole habéis en las mataduras, y á todos nos habéis dado materia; y prosiguiendo con ella adelante, habéis de saber que una señora, acababa de venir de misa con dos hijas suyas, que aunque eran hermanas, nunca tenían paz; y porque diciéndose el evangelio en la misa, no se había puesto en pié la mayor dellas, la estaba riñendo la madre con mucha cólera, y llamándola bellaca loca, tres ó cuatro veces, se levantó de su estrado la menor; y como la dijese su madre que no decía á ella, que por qué se levantaba, respondió: «Levántome porque dice vuestra merced el evangelio.»

D.ª Petronila.—También diré yo el mío: Estaba Colmenares un día en su calle, muy enojado y colérico, dando voces, y un caballero vecino y conocido suyo, que estaba

en opinión de hombre de poco casco, sintiendo desde su casa las voces de Colmenares, se asomó á la ventana, y le dijo, burlándose con él: «¡Ah! señor vecino, ¿quiere que le envíe una naranja para cortar esa cólera?» Respondió Colmenares: «Envíe vuestra merced el agrio, y guarde los cascos.»

Fabricio.—Un caballero quebrado de un lado, y que se corría mucho se lo dijesen delante de nadie, estando en una conversación de damas, entre las cuales había una con quien se picaba, pidió una vigüela, y dióles un rato de muy buena música, que lo sabía hacer por extremo; y una de las circunstantes, loando su destreza, se volvió á la dama del caballero, diciéndola que se podía preciar de tener por devoto á la prima del mundo en música. Respondió ella, diciendo: «No puede ser bueno para prima el señor don Fulano, porque sería prima quebrada.» Replicó el caballero: «Harto menos vale vuestra merced para prima, porque la prima ha de ser cuerda.»

D.ª Margarita.—Pocos habréis oído mejores que el mío: Cierto eclesiástico muy bien nacido y noble perdió muy buenas rentas eclesiásticas por ser incapaz de dignidades, á causa de ser algo atronado. Llegáronse él y otro amigo un día á una almoneda, donde compraron algunos lienzos de pintura, entre los cuales había uno del final juicio, muy extremado, pero de muy grande precio, el cual, como no pudiese comprar el dicho señor, por no tener caudal, dijo muy lastimado: «¡Oh cuerpo de Dios, qué juicio me pierdo por no tener dineros!» Respondió el amigo: «Mejor diréis: ¡Qué dineros me pierdo por no tener juicio!»

Castañeda.—Frecuentaba mucho cierto caballero entrar en una casa donde vivían muchas mujeres, y como se fuese engendrando un poquillo de invidia entre ellas, por ver que toda la conversación y trato del caballero era con sola una dellas, haciendo poco caso de las demás, por ser algo güecas de cocote; acertó á venir un día, estando au-

sente la querida, y como las envidiosas le tuviesen á solas, llevándolo por lo honrado, le dijeron: «Señor don Fulano, mire vuestra merced que da nota de su persona en esta casa, y que nos obliga á que todas andemos echando juicios.» Respondióles el caballero: «No echarán, que no los tienen.»

D. Diego.—Iban ciertos galanes por una calle, y el uno dellos tropezó de modo que, por favorecerse de la pared, se dió en ella un golpe con la cabeza; acudieron á ver si se había herido, y como dijese que no se había hecho mal, respondió uno dellos: «Luégo ví yo que no fué de pesadumbre el golpe.» Preguntáronle por qué, y dijo: «Porque se dió con los tercios vacíos.»

D.ª Petronila.—Encomendáronle un sermón á cierto predicador para un monasterio de monjas, y encomendáronsele muy tarde, que casi no tuvo lugar de estudialle; y cuando subió al púlpito, les entró diciendo con algún enfado á las señoras monjas: «Otra vez avisen con tiempo á los predicadores, y no nos hagan venir aquí á predicar á tontas y á locas.»

Castañeda.—Otro se me acuerda: Un caballero de poca edad y menos juicio acometió cierta pendencia de espadas desnudas, y alcanzáronle un gran revés en la coronilla, que le llevó buen pedazo del casco. Metiéronle á curar en una casa de un cirujano, y como el cirujano vió que le faltaba un pedazo de casco, dijo que era menester añadirle aquello de un casquillo de calabaza. Dijo entonces un amigo del herido: «Pues para eso búsquese el pedazo que le cortaron.»

Fabricio.—Como nos hemos metido en el calor de la conversación, nos hemos olvidado del calor de la chimenea. Lleguémonos á ella, y démonos una calda á los piés y manos y un buen filo á la lengua, y en siendo hora nos podremos ir á esperar el miércoles de Ceniza sobre las almohadas.

CAPÍTULO IV.

En que se moteja de ladrón, de pobre y de mala mujer, y se remata la conversación con un romance en que se hace relación de lo que pasa en unas Carnestolendas.

D. Diego.—Paréceme que tenéis temor de la lumbre; llegáos acá, Margarita, que se abren las tejas de frío.

D.ª Margarita.—No me atrevo; que me han dicho por una señal que tengo en el rostro, que tengo de temer peligros de fuego.

D. Diego.—No se yo cómo ha de ser eso; que para mí harto tibia sois en hivierno y verano.

Fabricio.—Oíd un dicho como ese: Casi en todas las religiones se acostumbra un castigo por culpas leves de los religiosos, que es quitarles el vino de las comidas. Á un fraile lego se lo quitaban por descuidos cuotidianos casi cada día; y como en cierta ocasión le mirase las rayas de las manos un amigo que conocía dellas, le dijo que mostraba por ellas haber tenido muchos peligros de agua. Respondió el fraile sonriéndose: «Por el hábito que tengo, que deben de estar las arrayas de mi mano erradas si dicen peligros de agua, porque en veinte años que há que soy fraile, no hago sino padecer peligros de vino á las horas del comer.»

D.ª Petronila.—Mirad que por atender á lo que se dice os llega la llama de los manojos á las cejas; salíos afuera, Fabricio.

Fabricio.—No importa; que eso queremos los friolentos.

D.ª Margarita.—De unos villanos he oído yo otro dicho como ese: Corríanse toros en cierta villa de España, y antojóseles á unos labradores que venían de cavar sus viñas pasar por medio del coso poco antes que soltasen el toro, caballeros en sus jumentillos y las azadas al hombro. En

esta sazón soltaron el toro, y como la gente les dijese á voces que se aparten á un lado porque estaba el toro fuera, uno dellos, muy tieso y haciendo piernas en su borriquillo, dijo: «Eso queremos los de á caballo.»

FABRICIO.—Aunque no viene á propósito, estoy con particular contento de ver que mañana entra la Cuaresma.

CASTAÑEDA.—¿Por qué?

FABRICIO.—Porque apartaremos cama doña Petronila y yo; que por Dios que es bravo censo traer todo el año una mujer cosida consigo.

D.ª PETRONILA.—Pues á fe que si va por ahí, que no es mucho descanso tener las mujeres todo el año los maridos á cuestas.

CASTAÑEDA.—En una procesión de disciplinantes iba uno de los que la gobernaban diciendo á voces: «Anden, anden, señores, que es tarde, y se van abriendo las espaldas estos hermanos de la disciplina.» En esto se paró uno que llevaba una gran cruz á cuestas, y dijo: «Pues por Dios que los de la madera no van muy descansados.»

D. DIEGO.—Dejando una materia por otra, hoy he oído en la calle que dice que ha salido premática en Madrid que no se puedan llamar don los caballeros hasta edad de treinta años, porque dicen que el don en los hombres es para denotar autoridad, y hasta los treinta años no la pueden tener. Item, que porque el don en las mujeres se les da, no á título de autoridad (que no se les pone bien), sino á título de damería y hermosura, mandan que á ninguna mujer de sesenta años arriba la llamen don.

CASTAÑEDA.—Por Dios que me pesa, porque ya no se lo podremos llamar á estas mis señoras.

D.ª MARGARITA.—Lleve el diablo tus muelas; ¿en qué viste que teníamos nosotras sesenta años para quitarnos el don?

D. DIEGO.—Ansí dijo nuestro Colmenares en otra ocasión. Estaba un sastre, vecino de Colmenares, alabando mucho al corregidor desta ciudad porque tenía grande

cuidado en limpiarla de los ladrones, y que esperaba en Dios que antes de acabar el oficio había de quedar la ciudad del todo barrida de gente de rapiña. Díjole Colmenares con gran tristeza: «Por Dios, vecino, que me pesa.» Preguntóle el sastre que por qué le pesaba de la limpieza de la ciudad; y respondió: «Porque pierdo en vos un honrado vecino y amigo.»

D.ª Petronila.—Á ese llamáronle ladrón con algún fundamento; que en fin era sastre. Otro día vió venir el mesmo Colmenares un escribano, que era su vecino, rezando un rosario; y preguntándole Colmenares que á cuya devoción rezaba aquellas avemarías, respondió el escribano que las rezaba al santo de su oficio, que era san Juan Evangelista. Replicó Colmenares: «Por Dios, vecino, que vais engañado, y que todos esos rosarios que rezáis se los quitáis á san Dimas, como quien los quita de sobre el altar.»

Fabricio.—Un mercader de Bilbao, que trataba en barras de hierro, tenía algunos indicios de un criado suyo que le hurtaba algunas barras del aposento donde tenía la mercadería. Un día pidióle á su amo la llave del aposento para sacar un juego de argolla, con que se entretenía las fiestas; y aunque de mala gana, se la dió su amo, diciendo: «Tomad, Sebastián, la llave; sacá el argollo, y por amor de mí que no hagáis tantos yerros jugando contra mí.» Haciéndose mucho de nuevas el bellaco del criado, dijo: «¿Por qué lo dice vuestra merced?» Y respondióle: «Porque juguéis limpio y sin daño de barras.»

D.ª Margarita.—Yo no me atrevo á proseguir la materia de ladrones; que como es después de cenar y casi hora de acostar, no pueden ocurrir los cuentos tan á propósito; y ansí, á trueco de que no cese la conversación, soy de parecer que digamos los cuentos cómo salieren, aunque no vengan tan á propósito; que todo es plata quebrada, y harto á propósito viene lo que entretiene.

Y ansí vendrá nuestra conversación á ser una pepitoria de diversas cosas.

D. Diego.—Y aun si viniese á noticia de alguno esa pepitoria, podría decir della lo que dijo el otro. Cierto estudiante, de quien se tenía poca satisfacción y menos estimación, compuso un libro de diversos y diferentes bocadillos de cosas naturales, por lo cual le intituló *Pepitoria de filosofía*. Llevando á ver este libro, para imprimille, á cierto letrado de buen gusto, leyó el título, y dijo: «Señor licenciado, lo primero que tengo de quitar deste su libro ha de ser el título que le pone, llamándole Pepitoria.» Preguntóle que por qué, y respondióle: «Porque la pepitoria lleva piés y cabeza; pero este su libro ni lleva piés ni cabeza.»

Fabricio.—Con todo eso, me quiero aprovechar de la licencia que nos da mi señora doña Margarita que digamos los cuentos cómo salieren. Yo soy testigo de oídas y vista de lo que agora contaré: Tenían los padres trinitarios en Salamanca un grande maestro teólogo de su orden, que se llamaba el padre Sepúlveda, de quien se hacía mucha estimación en su casa y en toda su orden. Leyendo un cierto catedrático en las escuelas la materia de *Trinitate*, le preguntó un oyente al poste (que llaman) que, supuesto que había tres personas distintas, que declarase cuál era la principal persona de la Trinidad. Respondióle el maestro: «El padre Sepúlveda.»

Castañeda.—Pues que todos vivís sin ley, no quiero ley. Estaba en una conversación de damas un caballero capitán, á quien ellas habían estrujado la bolsa largamente, que usaba muchas y muy grandes plumas en el chapeo. Llegó á este punto un capón, sacristán de la parroquia y conocido de todas aquellas damas; y como se metiese en conversación con ellas, díjole el capitán: «¿No echará de ver el muy capón, siquiera en las plumas de mi sombrero, que soy hombre que le daré una pisa de coces si delante de mí se mete en conversación con estas señoras?» Respondió el capón: «Si por plumas lleva el señor capitán, más pluma tengo que su merced, porque á mí,

con ser capón, no me han pelado estas señoras, y á él sí.»

D.ª PETRONILA.—Preguntóle un caballero á un criado de un clérigo que dónde estaba su amo, y respondióle que estaba diciendo misa, para partirse luégo diez leguas de allí á un negocio. El caballero, para saber si podría llegar á tiempo de oille la misa, le tornó á preguntar al mozo, diciendo: «¿En qué va vuestro amo, amigo?» Respondióle: «Señor, en una mula de alquiler.» Dijo el caballero: «No digo sino en la misa, señor, en qué va.» Respondió: «En la misa, señor, va á pié.» Concluyó el caballero, diciendo: «Por nuestro Señor, que si yo fuera vuestro amo, que nunca buscara otra bestia.»

D.ª MARGARITA.—Esta es mucha libertad; todo el mundo se aperciba, que á mí me cabe agora la vez; pero del manjar que saliere en este cuento que diré, se han de jugar las demás cartas: Vió un caballero desde una ventana que pasaba por la calle el padre (que llaman) de las buenas mujeres, y por su curiosidad le llamó que subiese arriba. Él subió, y el galán le empezó á hacer algunas preguntas tocantes á su oficio, pero tratándole con mucho respeto y llamándole de majestad. Una dama que estaba presente entre todas dió en enfadarse porque el caballero usaba tanta cortesía con aquel hombre, haciéndole cargo del respeto con que procedía con el padre de las mujeres públicas; á lo cual respondió el caballero: «Por cierto, señora, vuestra merced tiene mucha razón; que aquí nadie de nosotros está obligado á honrar á este hombre sino sólo vuestra merced.» Y preguntándole ella que por qué, respondió: «Porque en el mandamiento cuarto le mandan á vuestra merced que honre á su padre.»

CASTAÑEDA.—Según esto, la materia es motejar de mala mujer. Allá voy: Un galán harto discreto, aunque notado de cierta raza (que por la mayor parte hacen matrimonio los nietos de Jacob con la sutileza de ingenio), había puesto los ojos en cierta señora para su compañera conyugal; y como se determinase un día de manifestar su

pensamiento, fuése á la señora, y díjola que se tendría por muy venturoso de que le quisiese por su marido. Á lo cual con grande entonación y cólera respondió ella: «¡Jesús, Señor! ¿Eso me dice vuestra merced? Por el siglo de mi padre, que entiendo que si vuestra merced me cogiese en su juridición, que un día me vendiese por treinta reales, por parecerse á los suyos.» Respondió el galán: «No haría, desvergonzada; que lo que yo había de vender por treinta primero lo venderéis vos por medio.»

Fabricio.—Un casado muy celoso vió entrar á su mujer algunas veces en un locutorio de frailes á comunicar cosas de su conciencia con un religioso que tenía por apellido fray Fulano Luna; y como la dijese que no estaba bien con la conversación de aquel padre, dijo ella que no tenía que sospechar en el religioso, porque aunque ella quisiera ser ruín mujer, no lo consintiera él, porque era muy noble y de la casa de los Lunas. Respondió el marido: «Ya veo que es Luna; pero es luna con cerco, que es mala señal.»

D. Diego.—Una señora de mucho toldo, que le había alcanzado por su buena cara, no obstante que fué hija de padres zapateros, hubo palabras de pesadumbre con Colmenares, y como la fuese picando con algunas razones que daban á entender la humildad de sus principios y la bajeza de sus medios, dijo ella muy enojada: «El señor Colmenares no me debe de conocer bien; pues conózcame, y sabrá que soy noble hasta los tuétanos.» Respondió Colmenares: «Agora viene á mi noticia que tenga vuestra merced la nobleza en los tuétanos, porque siempre entendí que la tenía entre cuero y carne.»

Castañeda.—Enmendado nos habemos en hablar á propósito; y ansí, para no perder la honra, nos podríamos ir á acostar.

D. Diego.—¿Luego pensabas irte sin tomar un poco la guitarra y decir de repente alguna cosa?

D.ª Margarita.—Mirad, señor, que pienso que este loco

no hace eso sino es levantándole la vena con algunos realejos de á cuatro en la mano.

CASTAÑEDA.—Bien oigo lo que decís; pero si hubiese de guardar esa costumbre esta noche, por Dios que pienso que os quedábades esta noche sin coplas de repente.

D.ª MARGARITA.—¡Oh bellaco! eso es motejarnos de pobres. Pues mira que te lo rogamos doña Petronila y yo; que siquiera por lo que tienes de servidor de damas, lo hagas.

CASTAÑEDA.—Entreteneos en tanto que pongo una prima y tiemplo la guitarra.

FABRICIO.—Pues en el interín se me ofrece un chiste que moteja de pobre, como lo hizo Castañeda: Cierto galán, que gastaba más entonación de su persona que reales de su bolsa, porque no los alcanzaba ni aun para un vestido honrado, que el que traía era harto viejo y raído, iba un día muy tieso por la calle, y pasando junto á él unas damas, no las quitó la gorra. Díjole una dellas que por qué no se la quitaba y hacía algún movimiento de buena crianza; y él respondió que no hacía movimiento ni quitaba la gorra, porque era todo de una pieza. Dijo la dama: «Pues no es poco ser de una pieza, siendo, como es, de ropa vieja.»

D. DIEGO.—Un caballero harto alcanzado de moneda, y que lo procuraba disimular cuanto podía, estaba la noche de Navidad en conversación con otros amigos; y preguntándole uno dellos qué pensaba hacer aquella noche, respondió que había de comprar un mazo, como chico, y con él andarse dando de puerta en puerta. Díjole otro: «Mejor andaréis pidiendo de puerta en puerta.»

D.ª MARGARITA.—Iban juntos por la calle un carnicero rico y un hidalgo pobre, y preguntóle á Colmenares un amigo que quiénes eran aquellos hombres y de qué comían. Respondióle Colmenares: «El uno come de lo que pesa, y el otro no come de lo que le pesa.»

D.ª PETRONILA.—Paréceme que está ya acordada la gui-

tarra. Ea, Castañeda, no hay sino sangrar esas venas poéticas y arrojar versos de repente.

CASTAÑEDA. ¿Cómo queréis que hable en verso,
discretas y hermosas damas,
que se me han vuelto las musas
esta noche en musarañas?
Apenas abrí los ojos
hoy martes, por la mañana,
cuando pedí de almorzar,
sepultado entre las mantas.
Almorcé y bebí un polvillo;
vestime, y tomé la taza
para echar otro polvillo,
que un polvillo á otro llama.
Vinome á ver un amigo,
y como encontró las armas
del vaso y jarro del vino,
otro polvillo me encaja.
Comimos en cas del Conde,
donde polvillos no faltan;
pues habiendo merendado,
¿quién deja de hacer la salva
con otro par de polvillos
mientras que la cena llama?
Y como son tantos polvos,
tal polvoreda levantan
en la región de mis cascos
y de toda su comarca,
que me tienen aturdida
la fantasía y el habla.
Y ansí, tengo aquesta lengua
dura y gruesa como estaca;
ved qué gentil aparejo
para coplas no pensadas.

D.ª MARGARITA.—No es excusa esa, ni la tienes; porque, aunque hoy haya sido para ti martes de polvo, mañana será para todos miércoles de Ceniza; fuera de que antes el vino alegra el corazón, y nunca el poeta alegre tuvo excusa de no poetizar.

D.ª PETRONILA.—No hay sino paciencia y versos, hermano Castañeda; y entre tanto que viene Ceniza, con que echemos en colada todas las inmundicias del año, prosigue

y dinos en verso algo de lo que pasa en el mundo tales días como hoy, lunes de Antruejo.

D.ª MARGARITA.—Martes dirá vuestra merced, señora hermosa, que se pierde en los días de la semana.

D.ª PETRONILA.—Ya lo veo, que bien parece tiempo de perdidos y perdidas. Vaya deso.

CASTAÑEDA.

Martes era, que no lunes,
martes de Carnestolendas,
víspera de la Ceniza,
primer día de Cuaresma.
Ved qué martes y qué miércoles,
qué vísperas y qué fiesta;
el martes lleno de risa,
el miércoles de tristeza.
Martes, que con ser de Marte,
no se trata de pendencias;
que todas son amistades,
aunque no son todas buenas.
Martes, en que el cuerdo y loco
corren iguales parejas,
porque al que no las corre,
lo corren en casa y fuera.
Todo es buñuelos de viento,
no hay hombre que se sotenga;
que la mujer todo el año
la hallaréis de una manera.
Que para quien siempre es carne,
siempre son Carnestolendas,
y huesos no se atribuyen
á quien no tiene firmeza.
Y aunque se formó de un güeso
de Adán la mujer primera,
era una tuerta costilla,
y ansí no andan á derechas.
Pero pueden consolarse,
que hoy no se halla diferencia
de los viejos á los niños,
de los hombres á las hembras.
Todos tratan de su gusto,
á quien hoy sueltan la rienda;
unos se van á los bailes,
otros cantan, otros juegan.
Unos tratan de comidas,
otros tratan de comedias;
unas se caen de dormidas,
y algunas se caen despiertas;

en fin, casi todas caen,
que casi todas tropiezan.
La mujer se viste de hombre,
y el hombre se viste de hembra;
aquí se asan entre cuestos,
allí se asan entre cuestas.
Aquí va un perro acosado
de un cuerno que atrás le cuelga,
allí va un pobre casado
que lleva dos en la testa.
Los niños van á sus gallos,
los viejos á sus galletas,
las niñas á sus galanes,
los mozos á sus gallegas.
¡Qué de almuerzos y comidas
qué de cenas y meriendas,
donde tantas botas paren,
como devotas se empreñan!
¡Qué de abundancia de cosas,
qué de aparato de mesas,
capones, pavos, perdices,
conejos, gallinas tiernas,
cubiletes, manjar blanco,
cecina, empanada inglesa,
carnero, vaca, tocino,
chorizo, monjicazuela!
¡Qué de grita por las calles,
qué de burlas, qué de tretas,
qué de harina por el rostro,
qué de mazas que se cuelgan;
trapos, chapines, pellejos,
estopas, cuernos, braguetas,
sogas, papeles, andrajos,
zapatos y escobas viejas!
Y con ser tan grande el frío,
la gente se abrasa y quema
en un fuego que jamás
miró Nero de Tarpeya;
que si el hombre es pedernal
y la mujer tan de yesca,
no es mucho que el eslabón
de sus hierros fuego encienda.
¡Qué de aficiones dejadas
este martes se renuevan,
que se están nuevas flamantes
más de cinco y seis cuaresmas!
¡Qué de envites amenaza
el tahur de la primera,
en fe de los quieros que hace
su mujer mientras él juega!

¡Que de romero en perniles,
qué de pernil de rameras,
qué de mozas con mancebos,
qué de mozos con mancebas!
¡Que dellos que todo el año
oyeron su misa entera,
no acudieron hoy á misa
por acudir á miserias!
¡Qué de canónicas horas
en el Breviario se quedan;
unas porque no se acaban,
otras porque no se comienzan!
¡Qué de rezantes devotos
sus avemarías dejan
por aves y por Marías,
aunque no de gracia llenas!
¡Qué de honradas se han guardado,
que hasta hoy fueron doncellas,
y ya son dueñas de honor,
pero no de su honor dueñas!
Finalmente, hoy es el día
en que más de una Lucrecia
deja el hierro matador
y toma el de su flaqueza.
Mas no hay regla tan común
que alguna excepción no tenga;
y entre todas las que excepto,
vosotras sois las primeras,
Petronila y Margarita,
hembras por naturaleza,
y por vuestra gran virtud,
prudentes, nobles y honestas.

D. Diego.—Elegante has andado, y la noche ha tenido muy buen dejo; vámonos, que es media noche, y por consiguiente miércoles de Ceniza.

D.ª Petronila.—Pésame que se nos haya concluído la conversación.

Fabricio.—Tomen hachas, hola; y vuestras mercedes vayan á muy buenas noches.

D.ª Margarita.—¿Cuándo nos tornaremos á juntar á gozar destos tan agradables ratos, señor Fabricio?

Fabricio.—Ahora bien está, que si por la vecindad no se murmurare de nuestra conversación, y viéremos que se

recibe con gusto lo pasado en estas Carnestolendas, nos volveremos á juntar para las noches de Navidad, que son á propósito para formar segunda parte de nuestra conversación, con el favor del cielo.

D.ª PETRONILA.—¡Ah, pobre de Castañeda! ya de hoy más quedarás como ecétera en Cuaresma.

CASTAÑEDA.—Quedaré como vos y doña Margarita. Quedad buenas noches.

FIN DE LOS DIÁLOGOS DE APACIBLE ENTRETENIMIENTO.

CARTAS

DE

DON JUAN DE LA SAL

OBISPO DE BONA

AL DUQUE DE MEDINASIDONIA

CARTAS
DE DON JUAN DE LA SAL
OBISPO DE BONA
AL DUQUE DE MEDINASIDONIA

CARTA PRIMERA.

Excelentísimo Señor: Há mucho tiempo que en Sevilla hace notable ruido la santidad aparente y lucida en extremo de un sacerdote seglar, llamado el padre Méndez (1).

---

(1) En una relación de un *Auto de fe* celebrado en Sevilla en 1624, se lee: «La primera de las seis estatuas que acompañaban á los reos vivos era la del padre Francisco Méndez, de nación portugués, difunto, sacerdote. Salió en hábito de clérigo, como andaba por Sevilla, ceñida una soga en lugar de cíngulo. Fué condenado que era de la secta de los *alumbrados*, y tenia este modo de orar: *Dios, mi corazón, mi buena cara.* Tenia casa de recogimiento de mujeres, donde decia misa y las comulgaba todos los dias, y á las mas allegadas con muchas formas. Acabada la misa, desnudándose las vestiduras sacerdotales, en lugar de dar gracias á Dios, las mujeres cantaban, y él bailaba descompuestamente. Fingíase santo y tenia arrobos y éxtasis. Diciendo misa, se ponia en cruz y daba bramidos y se reia. Dijo una misa de veinte y seis horas. Tuvo muchas hipocresias y decia muchos desatinos, todo á fin de ganar opinión de santo, y que lo habian de canonizar muy presto. Dióse su doctrina por mala, y mandaron recoger sus reliquias.»

Su hábito, su rostro, sus ejercicios y empresas de virtud, siempre han tenido de peregrino y aun de extravagante en cuanto pone la mano, y lo que muestra la corteza debe ser sin duda lo interior, y aun por ventura mucho más; pues tiene fuerza para escupir afuera tal sarta de pensamientos piadosos, guiados siempre por sendas exquisitas, por donde nunca fué otro.

Ha finalmente querido, como me acaba de informar ahora persona fidedigna, rematar su carrera con la extrañeza siguiente:

Publica desde el primero día de julio, y somos hoy á los cuatro, siendo este día el postrero de su vida, que á los veinte pasará de este mundo al Padre eterno, y está Sevilla llena de esta profecía.

Quisiera yo ser tan bueno que la creyera, y estaría aguardando con devoción su cumplimiento, como harán otros muchos de mejor alma que la mía; pero fuí algún día (que no debiera) testigo de otra semejante, cuyo vanísimo suceso me está á las manos, y me obliga á no expresarlo muy en otra coyuntura.

Un fraile santo, cuyo hábito era como reliquia, pues que, besándolo todos, tocaban en él sus rosarios, como pudieran tocarlos á la capa que partió con el pobre san Martín, cayendo enfermo, dijo á algunos de innumerables devotos que tenía, dentro de su convento y fuera de él, que el domingo siguiente moriría al punto de la una, después de mediodía.

Fuése esta profecía resonando; y cuando dieron las doce del domingo ya estaba la iglesia llena de beatas y de señoras devotas que las beatas habían convidado, todas con velas encendidas como en la fiesta de la Ascensión. Era el convento un campanario con el mormullo de frailes que, á la mía sobre la tuya, tomaban puesto en la celda, para ver con sus ojos aquella maravilla.

Estaba el siervo de Dios tendido de largo á largo en su cama, boca arriba, con los brazos en cruz y con los ojos

cerrados, puesto en contemplación. Dió la una el reló sin que el bendito hiciese movimiento. Apelaron á otro los oyentes. Finalmente, dieron todos, y entonces, en lugar de espirar, dió un gran suspiro el enfermo, diciendo con voz muy flauteada: «¡Dios mío de mi alma! Abismos son tus juicios. Ya te entiendo: quieres que trabaje más en tu viña; cúmplase tu santa voluntad. Padres y señores míos, perdóneselo Dios; que con sus oraciones le han obligado á que me alargue la vida. Pero ¿qué se ha de hacer? El Esposo lo quiere, el Esposo lo manda; sea el Esposo bendito para siempre.»

El auditorio con esto fuése saliendo poco á poco, los frailes con la cara caída de vergüenza, y los seglares mirándose los unos á los otros. Y las beatas del orden estaban desojadas, con las orejas de un palmo, esperando para saltar de placer que les viniesen á decir que había espirado; pero cuando supieron el suceso, quisieran no haber nacido, y con los mantos echados sobre los ojos soplaron sus velas, y una en pos de otra desocuparon la iglesia.

El fraile se retiró á otro convento, menos tenido por santo y con menos estorbo para serlo. Hoy creo que es vivo, para cumplir más de espacio la voluntad del Esposo.

Nunca yo hubiera sabido esta desgracia, que su noticia me hace incrédulo hasta ver á los veinte de este mes en lo que pára esta preñez.

Una ventana he alquilado: veré desde ella la fiesta, y avisaré del suceso; si no es que Dios, como podría suceder, diese en llamarme de aquí allá, sin habérmelo antes revelado.

Nuestro profeta santo, muera ó no muera á los veinte, por lo menos se gana de antemano que está su casa hecha una aduana ó, por mejor decir, una probática piscina; tal es el concurso de preñadas, de ciegos, cojos y de enfermos de toda suerte de achaques, que corren desalados á que siquiera los toque la sombra de este Eliseo antes que

sea cumplida la profecía en el día dichoso de su tránsito.

Nuestro Señor guarde á vuestra excelencia muchos años. De Sevilla, 4 de julio de 1616.—Su más rendido y humilde capellán, *Juan de la Sal.*

CARTA II.

Prosigo en dar aviso á vuestra excelencia de nuestro clérigo difunto. Hase retirado al convento del Valle, de frailes franciscos, que á este solo nombre comienzan ya á recoger muy buena ganancia de concurso y ruido de cuantos hay en Sevilla que van á informarse y tratar de esta maravilla. Piense vuestra excelencia lo que será si de este parto sale algún ratón que nos provoque á risa, como lo temo grandemente.

Él pone piés en pared y dice á cuantos quieren oirle (y óyenlo hartos, por quien se deja visitar, y entre otros, estuvo con él hoy dos horas el conde de Palma), que ha de morir á los veinte de este mes, por revelación particular con que Dios se lo ha certificado.

Dicen que, entrando en más honduras, ha dicho en puridad á algunos que certifican haberlo oído, que sabe ya la silla que le está apercibida en el cielo, y que más de una vez le ha hecho merced nuestro Señor de haberle dejado estar en ella largos ratos, gozando de su visión beatifica.

Yo, señor, si he de decir lo que siento, pienso que este buen hombre no lo ha de los carcañales, como dicen, y que se le ha *desengastado* en la cabeza alguna rueda de reló, con que dispara á diestro y á siniestro. Y en sentir esto de él, pienso también que le hago honra; pues por lo menos, estando fuera de sí, no puede desmerecer en este frenesí ni atribuírsele á pecado; y si estuviese en su seso, sería muy culpable en ojos de Dios y de los hombres

por esta su profecía, si se resuelve en humo al cabo y á la postre.

Yo hago este discurso: Para afirmar lo que afirma ha de haber precedido revelación de Dios particular que le haya certificado, y dice que es así y que la ha tenido. Extra de esto, el mismo que le revela este suceso le ha de haber dado licencia y aun mandado que lo publique por las calles, como lo va haciendo; porque sin este precepto sería muy grande ofensa suya que este hombre se atreviese á pregonar este milagro, con riesgo manifiesto de ensoberbecerse con él. Pues pregunto yo, ¿qué fines razonables puede tener Dios, que es la misma sabiduría, para obrar juntas todas estas maravillas? ¿Qué misterios de nuestra santa fe? ¿Qué conversión ó beneficio de las almas? ¿Qué reformación de costumbre?... Más tiene Dios en qué entender que estarse regodeando con una beata ó con un clérigo, para venirles con chismes y avisos impertinentes de cuándo se han de morir, en tiempos en que ya su Iglesia no tiene necesidad de estos reparos. Despacio estaba Dios, si había de llamar á que gozasen en vida de su esencia y lo mirasen cara á cara tantos como han publicado que lo han visto y gozado de pocos años acá, no resolviéndose los santos en si la Virgen Santísima ó si san Pablo los vió.

Crea vuestra excelencia que, como hay hombres tentados de la carne, los hay también del espíritu, que se saborean y relamen en que los tengan por santos, en que les pida una enferma un evangelio, y otra que está para parir que se esté en oración junto á su cama hasta que Dios la haya alumbrado; y cuando se imaginan que una canilla ó mano de las suyas podrá estar algún día con unas andas dentro de un relicario, se les cae la baba de contento, y no hay enamorado que salte paredes con más ánimo que estos tales atrancan dificultades y barrancos por conseguir su estimación.

Díjome hoy el Guardián que está nuestro Difunto de noche y día en continua contemplación todas las horas que

lo dejan, y que á la noche sólo come un poquito de pescado con cuatro bocados de ensalada, y bebe una vez agua. Tanto podría no comer ni dormir, que con estas calores se le enjugase el celebro, de manera que tuviese antes de morirse otras nuevas revelaciones, y aun se muriese antes de lo que el Señor le tiene prometido. Comienza todas las mañanas á las cinco la misa, y acaba siempre entre la una y las dos, estando sin sentarse, cosa que las devotas comienzan á celebrar por uno de los muchos milagros que aguardan de aqueste cuerpo santo.

Confieso á vuestra excelencia que por no ver la mofa y el escándalo que, si no se muere, es fuerza que se siga, deseo de que se muera. De un fraile del Valle me han contado que dice: «Él trate de morirse cuando nos ha prometido; porque si no nos cumple la palabra, lo hemos de *achocar,* so pena de que nos silben por las calles.»

El caso es que el año no ha sido tan estéril de trigo cuanto va siendo fértil de estos *revelanderos.* Uno anda ahora corriendo por las calles, que dice en todo su seso que ha estado en el infierno, y ha visto en él á muchos de los que hoy viven y encuentra cada día. Y es lo peor que señala personas conocidas: á tal canónigo, á tal prelado, á tal *sastre,* á tal mercader. Cuentan que dijo el otro día á un oficial de barbero: «Yo os ví á vos en el infierno en una cama de fuego con vuestra amada, dándoos entrambos de azotazos;» y que al día siguiente el barbero se quedó muerto, estando en la cama con su amiga. Esta patraña, que yo la tengo por tal, lo ha acreditado en el vulgo de manera, que hombres con barbas y mujercillas á docenas lo buscan de secreto y le piden con lágrimas en los ojos que les diga por las entrañas de Dios si los ha visto en el infierno. Y no sólo el vulgo; que ayer me dijo la señora condesa de Palma que salía por verlo y conocerlo, con la señora marquesa de Tarifa. Otro avechucho ó tagarote de éstos se anda arrobando por las casas, y las señoras, á mía sobre tuya, lo llevan á la suya y lo convidan á comer, y sobre mesa

anda la fiesta. Ellas son de ordinario, créame vuestra excelencia, las que fomentan estas sabandijas. Ven que los creen y que los honran, y sin trabajar ganan con esto de comer; tráenlas con las bocas abiertas, ¿qué más quieren? Y supuesto que ellos en estas ficciones y embelecos ofenden á Dios mortalmente, sin género de duda, no sé cómo se pueden excusar de grande ofensa de Dios los que cooperan á esta vanidad, y dan color para ella con acoger y acariciar á esos tales, y con traer en palmas beatas mostrencas, que han hecho suerte de comer con esta mónita de vida.

De lo que fuere inquiriendo de nuestro clérigo iré avisando á vuestra excelencia, ya que he comenzado á hacerme cronista de esta historia.

Dios guarde á vuestra excelencia muchos años.—De Sevilla, 6 de julio de 1616.

CARTA III.

Excelentísimo Señor: Prosigue nuestro Difunto con su resolución de morir á los veinte de este mes. He mirado qué santo ocupa aquel día, temiendo de que no fuese embarazo para el nuestro, y ¡gloria á Dios! no es más que santa Margarita, cuyo rezado es de simple, y así dará lugar al doble y semidoble de nuestro Justo.

Á los poetas se les ha caído la sopa en la miel; porque, con achaque de que hay Margarita ó perla en aquel día, será rubí nuestro Santo, y no quedará diamante, topacio ni esmeralda de que no hagan sartas en sus versos y se las echen al cuello.

Dijo ayer Francisco González de Méndez que esta revelación de su muerte, del día en que ha de ser, no es merced fresca que le haya hecho nuestro Señor de poco acá, sino muy añeja, no menos que de veinticuatro años á esta

parte. Con todo eso, se queja de que el enemigo en este último trance le hace la guerra y andar á la melena muchos ratos; pero nuestro Señor tiene á su cargo el reparar este daño con nuevos favores que lo alientan y le redoblan las fuerzas.

Un fraile grave del Valle, que es otra alma bendita y que casi camina por las mismas pisadas, dicen que afirma que lo ha visto un día de estos levantado del suelo estando en oración. Yo dudo de que lo diga, y otros de que, aunque lo diga, sea ello así; porque el compañero del Difunto, que es un religioso del Tardón, que de día y noche no lo pierde de vista, observando sus dichos y sus hechos, para irlos refiriendo y dando ripio á la mano del licenciado Castillo, médico muy conocido por devoto, que va escribiendo con puntualidad la vida de este santo, dijo hoy, preguntado por cierta persona, que él no ha visto jamás que se haya el padre levantado del suelo, si bien lo ha visto en la misa, entre otros ademanes y movimientos que hace con la fuerza del espíritu, mientras está en contemplación, irse retirando poco á poco hasta ponerse sobre la punta de los piés; pero que luégo ha ido volviéndose á bajar, sin levantarse del suelo.

Ya he dicho á vuestra excelencia que ocupa en la misa toda la mañana. Desde las dos de la tarde hasta la noche da audiencia, y la dará hasta el sábado que viene, porque de allí adelante todo será vocar á sí y apercibirse al tránsito glorioso que lo aguarda.

Los más que libran con él y que le ocupan las tardes en la iglesia, son beatas, que á enjambres, como abejitas de Cristo, le cogen el rocío de su boca; y es tal su devoción, que arrimándose á él bonicamente sin que él lo eche de ver (¡guárdenos Dios, ni por imaginación!), con tijericas ó de la suerte que pueden, van arrancando reliquias hasta dejarle cortada la sotana por vergonzoso lugar; tal, que recogiéndose el Santo esotra noche, dijo, viéndose tal, con mucha sencillez, sin advertir de dónde venía aquel des-

trozo: «Necesidad tengo de que me remienden esta sotana.»

No anda el conde de Palma tras hilachas, que un muy gentil bonete viejo tiene cogido ya, á lo que hoy me han afirmado. Y otros, á mía sobre tuya, van recogiendo preseas, y de mí se ha dicho que tengo un cordón en mi poder, y no há seis horas que me han enviado ciertas señoras devotas á conjurar si es así, para que parta con ellas. Y dirá después vuestra excelencia que no doy crédito á esta revelación.

Volviendo á nuestras beatas, díjome hoy un hombre honrado que ayer tarde andaba en la iglesia el compañero del Tardón dándoles á besar un lienzo reborujado que traía en las manos, y que á su parecer tenía por cierto que eran calzoncillos blancos, pañetes del Santo; y que ellas, no contentándose con besarlos, se los ponían encima de los ojos y se los refregaban por la cara. Hízome venir á la memoria un donosísimo caso que me contó fray Luís de Rebolledo (téngalo Dios en su gloria) que diciendo misa, sintió que los pañetes se le iban escurriendo por las piernas, habiéndosele quebrado ó desatado la cinta. Llamó con disimulo al padre compañero, que le ayudaba á misa, y díjole: «Pasito, como que llega á componerme el alba, coja mis paños menores, que hallará entre mis piés, y métaselos bonicamente en la manga.»

Hízolo todo con muy buena gracia el compañero, y cuando vió que la misa llegaba al consumir, díjole al padre si quería dar la comunión á una señora. Respondió: «Sí, hermano, póngale el paño y diga la confesión.» Sacó la custodia del sagrario, y cuando se volvió con la hostia en la mano vió á la buena señora con sus paños menores al rededor del pescuezo, que se los puso el compañero, creyendo que le había dicho, póngale el paño que le mandé recoger. Certificóme Rebolledo que estuvo dos ó tres veces para volverse con la forma al altar, no pudiendo resistir la risa viendo aquel espectáculo.

Guarde Dios á vuestra excelencia muchos años, etc.—De Sevilla, 8 de julio de 1616.

CARTA IV.

Excelentísimo Señor: Acuérdome que en Salamanca me contó, ya há muchos años, el señor don Sancho de Ávila, obispo que es de Sigüenza, de una monja franciscana melindrosa, que, entre otras palabras que truncaba á menudo, llamaba paños *melonis* á los paños menores de sus perniles. Pues señor, ha de saber vuestra merced que lo que la escribí el otro día en duda de los paños *melonis* de nuestro bienaventurado, es cosa cierta; porque á vista de algunos que me lo han certificado, salió el compañero del Tardón con los pañetes del padre, y los fué refregando por las barbas á una multitud de beatas y mujeres, que no se hartaban de besarlos, con no estar nada limpios, para que fuese mayor el mérito; pero á la devoción no hay cosa sucia ni que haga asco á un verdadero devoto.

En prueba de esta verdad, un día después, no sé qué tantos caballeros, habiendo habido á las manos estos pañetes de mi clérigo, los repartieron entre sí como reliquia sacrosanta. Bien es verdad que uno de ellos, no menos sencillo que piadoso, habiéndole cabido en esta partición el cuadradillo de abajo, que era lo más embalsamado, si bien lo veneraba con el mismo respeto que si lo hubieran rociado con la sangre de las llagas del bienaventurado san Francisco, su devoción, con todo eso, no bastaba á vencer la repugnancia que naturalmente sentía de llegar á la boca aquella joya preciosa; y así repetía muchas veces: «Señores, dénme reliquia de mejor parte. Tome esa quien la quisiere, que yo la quiero de mejor parte.» Uno por uno reponía que era reliquia aprobada; sólo le hacía dificultad no verla con el aseo y olor de mosquetas que quisiera.

Ya ha puesto coto á las audiencias desde el domingo de

mañana, y despedídose con lágrimas y sentimientos notables de todas sus ovejitas, y hase retirado á bien morir en una celda. Dejólas consoladas con otra profecía, de que también debe tener revelación, de que en pos de él debe venir otro más santo y más perfecto, que ha de obrar mayores maravillas y consolarlas mucho más. Con esto se han alentado, y aguardan ahora boquiabiertas la muerte de su pastor con poco menos ahínco que aguardaban las tres Marías la resurrección de sú Maestro.

Díjome un fraile del Valle que estas noches pasadas se había alargado el padre en las cenas, y había brindado con nieve, diciendo que no quería que maliciasen algunos que había muerto de hambre. ¡Tanta es la gana que tiene de que se vea, para mayor gloria de Dios, que es milagrosa su muerte!

Vale revelando Dios, á vueltas de su tránsito, el de otros. Á una señora, muy dama, que tiene buenas ganas de vivir, le dijo el otro día que irá tras de él muy en breve; y está para echarse en un pozo, de tristeza.

Más alegre está otra, á quien ha descubierto que en el cielo le está aparejado un trono de gloria espaciosísimo.

Con esto se han andado mil almas embebecidas tras él, echándole manojos enteros de rosarios al cuello, por parecerles que no iban tan benditos si solamente tocaban á la ropa; y es tanta su caridad, que se los dejaba poner, y andaba cargado de ellos un gran rato, como si fuera buhonero.

Ahora desde el encierro duerme en su celda el provincial del Tardón, que es como si dijéramos el padre de la novia, y ya comienza á decirse que él y el guardián del convento se han de arañar las caras á carreras el día de la muerte sobre quién ha de llevar el cuerpo del Santo á la iglesia. El Guardián alegará que era tercero y que murió dentro de su casa. El Provincial, que lo ha criado á sus pechos y que era el archivo de sus más íntimos secretos; y en prueba de que es así, refiere en puridad que el padre

le ha descubierto que morirá á las cuatro en punto de la tarde, y habrá aquel día una espantosísima señal para castigo de Sevilla, habiendo dicho misa aquella misma mañana. Y en las que ahora dice, después de su retiramiento, es todo risa á borbollones y júbilos suavísimos de gloria.

Nuestro Señor guarde á vuestra excelencia muchos años. —De Sevilla, julio 12 de 1616.

CARTA V.

Mande vuestra excelencia á su paje que le vaya contando mis cartas por los dedos, y hallará que son cinco con esta, desde 4 de este mes, en que voy prosiguiendo por servir á vuestra excelencia la historia de nuestro clérigo santo. Es bien verdad que en estos días, por su retiramiento desde el domingo pasado, hay menos materia de que echar mano y son menos las cosas que se saben; que allá dentro deben pasar maravillas. Con todo eso, la luz por los resquicios se ha de comunicar, por más que la tengan encerrada.

Antes de ayer, poniéndose en el altar á las cuatro de la mañana, y comenzando á decir: *In nomine Patris*, etc., se quedó aquí sin otra palabra hasta que dieron las ocho.

Mientras le duran estos raptos ó suspensiones del alma, suelen leerle de ordinario algún libro espiritual, que es como hacerle el són para que dormite, ó como llevarle el canto llano para que él eche el contrapunto, si no es que, arrebatado de las bajezas de acá, es su conversación allá en los cielos y se pasea por ellos, y los mide, como suele decirse, á pulgadas.

No aguarde vuestra excelencia que le escriba las cosas cómo suceden, porque las voy escribiendo como me vienen á las manos, y unos me cuentan las que están corrriendo sangre de frescas, y otros las rancias de muchos días atrás.

Hoy me han certificado que el día que se hubo de retirar al convento del Valle llamó, como buen pastor, á su ganado, y estando todos juntos, devotos y devotas, se puso en medio de ellos y comenzó con muy gran fervor á hacerles muy larga exhortación, diciéndoles primero que, como al apóstol san Pablo le fué lícito dar cuenta á los fieles que estaban á su cargo de las persecuciones que había padecido, y de los muchos favores que merecía por honra de nuestro Señor, para poderlas llevar, así él había querido contar á los que bien lo querían y oían su doctrina los grandes trabajos y aflicciones con que el Señor lo había ejercitado, y los inmensos regalos con que lo había alentado y lo iba alentando cada hora. Aquí hizo un gran discurso de los sucesos de su vida, y refirió extraordinarias aventuras, de que la divina Providencia lo había sacado siempre con ganancia, dándole los consuelos de espíritu á dos manos, si lo afligía con una.

Dijo tras esto cómo dejaba escritos dos tratados. Uno del amor de Dios, y otro de las mercedes y favores con que el Señor lo había enriquecido. Concluyó al fin con anunciarles su tránsito á los veinte, y despedirse de todos con mil ternuras y arrullos, que enternecían las peñas.

Aquí fué el llanto y suspiros de todo el auditorio, y el arrojársele al cuello como los de Éfeso al Apóstol. Enternecióse con esto de manera, que arrebatado su espíritu, profetizó, para consuelo de las beatas que allí estaban deshaciéndose en lágrimas, la muerte de cuatro de ellas, señalándolas una por una con el dedo, y afirmando que lo acompañarían.

Dicen que en esta coyuntura fué el consolarlas con que vendría otro en pos de él, como escribí el otro día, á quien no merecía desatar las correas del zapato.

En el segundo tratado, de los dos que nos deja, me aseguran que se da larga noticia de los milagros que ha obrado en el discurso de su vida, con que se ahorrará de his-

toriadores, que no todas veces aciertan con la verdad puntual de lo que escriben.

Nuestro Señor guarde á vuestra excelencia muchos años, etc.—De Sevilla, 14 de julio de 1616.

CARTA VI.

Con ocasión de haber sido huésped antes de ayer, día de San Buenaventura, en el colegio de los padres franciscos de Sevilla, recogí muy gran cosecha de novedades nuevas de nuestro clérigo santo, que es estos días el único argumento de las conversaciones, y más cuando se va acercando el plazo de su muerte. Los originales fueron ciertos, porque comimos juntos aquel día el padre guardián de San Francisco, el del Valle, rector del colegio de la Compañía, con otros muchos padres de los más graves de ambas órdenes; y antes de mesa y sobre mesa se refirieron las cosas que se siguen.

De una señora que há pocos días que murió, dijo muy mesurado: «Penando está en el purgatorio, y estará allí hasta que yo muera y la saque.» Á otra que le contaba sus duelos, la consoló diciéndole: «Mire: aunque yo me muera, llámeme cuando se viere afligida, que yo la visitaré.» Y, porque ella parece que mostró algún temor de ver un difunto por su casa, añadió luégo: «No tenga miedo, que yo vendré de manera que antes se alegre de verme.»

Encareciéndole á otra los favores del cielo que sobre él llovían cada hora, le dijo que el Señor por privilegio especial le había dado licencia para poder repartir gracias y virtudes á las que de corazón se las viniesen á pedir.

Entre otros discursos que tuvo un día con el conde de Palma, vino á decirle, entre otras cosas: «Si vuestra señoría arranca de raíz algunas mocedades, será su salvación tan cierta como la mia.»

Ya dije á vuestra excelencia en otra carta, que tiene amenazada á Sevilla con un gran castigo que después de su muerte ha de enviar Dios sobre ella. Pues señor, del pan y del palo, como dicen, no ha de ser todo castigo; que á vueltas de él ha prometido que se han de ver prodigios espantosos de conversión de almas, nunca vistos.

Hacíale la barba esotro día un barbero, y dos ó tres que se hallaban presentes iban con gran reverencia cogiendo los pelos para guardarlos ó para repartirlos por reliquia; y el santo varón no se hartaba de reir de puro gusto de ver la devoción de aquellas almas. De pocos santos se sabe que hayan en vida disfrutado tan abundantemente la cosecha de sus merecimientos, antes de ser canonizados.

Desde el retiramiento en que se halla, ya que no deja comunicarse de todos como de antes, desfoga á ratos, llevado de su gran caridad, con escribir varios billetes á diversas señoras y devotas, y el provincial del Tardón los cierra y les pone los sobrescritos de su mano.

Ha hecho ya su testamento, y debe ser memorable, pues que lo tiene en su poder su cronista el doctor Castillo, con otros muchos papeles y tratados, para sacarlo todo á luz. No ha faltado un malicioso que haya dicho que si no ha hecho el testamento en la uña, lo hizo al menos con uñas; porque tratando de hacerlo con un hombre rico, su devoto, en deudas sueltas le declaró que debía hasta quinientos ducados, y el mercader tomó á su cargo la paga, y ha comenzado ya á pagarlos. No manda en su testamento ni una misa, porque supone, y aun hay quien diga, que no las ha menester.

Una persona principal me ha contado, á propósito de este testamento, que un día de estos, hablando con el padre en su aposento, presente el provincial del Tardón, le dijo el siervo de Dios estas palabras: «Viéndome cerca el día de mi muerte, le dije á Dios: Señor, bendito seáis vos, que no tengo sobre la haz de la tierra de qué testar, sino es solo de mi cuerpo; y respondióme el Señor:—Sí tienes

de qué testar. Testa de mis dones, que yo cumpliré las mandas que tú hicieres de ellos.—Conforme á esto, vea vuestra merced qué dón de nuestro Señor quiere que le mande en mi testamento. »

Esta persona, dijo que le mandase el dón de la sabiduría, y así han quedado de acuerdo; con que al punto que el testador haya espirado, se cumplirá un pié á la francesa aquesta manda, de que es fiador no menos que el mismo Dios, que le infundirá cien mil habilidades, y lo hará otro Salomón. Según está hecho el testamento, no hay mas que hacer sino morirse.

Pero á fe, señor, que como se va acortando el plazo en que se ha de probar su profecía, afirman hombres muy cuerdos que no las tiene todas consigo, y que comienza á blandear en lo que antes hablaba con denuedo, y al plazo de los veinte; duda si llegará á los veinticinco, día de Santiago, ó si se acortará á los diez y siete, que es mañana, día de domingo. Este plazo primero de mañana tiene por infalible el médico historiador, y afirma que morirá sin accidente ninguno y sin entrar en la cama; y esto muestra decirlo con cierta resolución, en fe de lo que el Justo le ha dicho.

También comienza á dudar, habiéndolo mil veces afirmado, si ha sido revelación de lo alto que le ha descubierto sobrenaturalmente el día de su muerte, ó si ha sido impulso ó movimiento interior que há muchos años le dice que ha de morirse en este tiempo, y le ha salido cierto en otros casos dudosos como en lo de Venecia, y en la otra señora que há poco que falleció, á quien los médicos todos aseguraban la vida; y él, por lo que acá dentro sentía, dijo siempre que había de morirse. Son estos tres los ejemplos que él mismo alega, en prueba de la esperanza que tiene de que le salen ciertos estos impulsos que siente interiormente.

Un religioso grave, viendo que andaba vacilando, le dió poco há una fraterna muy pesada, encareciéndole, entre

otras buenas razones, el escándalo y mofa que haría en los herejes extranjeros, que en Sevilla están ahora á la mira, cuando oyeren que sale vana aquesta su profecía, publicada con atabales y trompetas por toda esta ciudad. Púsose con esto pensativo, y dijo con muestras de haberse enternecido: «Padre, en ese caso esconderéme en un monte, en donde nadie me vea.» No me parece mal remedio; pero mejor hubiera sido no haberse hecho las cosas alborotando todo el mundo.

Otra persona principal, para animarlo en su trabajo por lo que pueda suceder, se resolvió cuerdamente en sacar un clavo con otro, como dicen. Afirmóle que, habiendo encomendado este negocio á un gran siervo de Dios, le había al fin respondido que nuestro Señor le había revelado que, para mayor servicio suyo, no moriría el padre de esta vez, sino que durándole la vida algunos años, la emplearía como antes y mejor, con muy mayor amor y estimación de todo este lugar. Dice esta persona que, cuando le oyó decir esto, se le alegró visiblemente, y respiró como si le quitaran de á cuestas un gran peso.

Al fin, él quiere, señor, como preñada, tomar entero su mes, y parir el día que quisiere; mas yo no vengo en aquesto. Desde el principio profetizó que á los veinte, y un día solo que se muera antes ó después es manifiesta engañifa.

Nuestro Señor guarde á vuestra excelencia, etc.—De Sevilla, 16 de julio de 1616.

CARTA VII.

Póngase vuestra excelencia á adivinar si se ha cumplido la profecía de nuestro clérigo Santo, de morirse á los veinte de este mes, que se cumplieron ayer, y era el plazo

infalible que señaló cuando se fué á retirar al convento del Valle, como muchos lo oyeron de su boca.

Pues señor mío, pídole á vuestra excelencia las albricias de que vive y vivirá, placiendo á Dios, muchos años para volver en ellos á recibir muchas veces de su divina mano el mismo favor que ahora ha recibido de revelarle el día de su muerte. Pasó puntualmente el caso de la manera que se sigue.

Él tuvo, á su parecer sin género de duda, esta semana pasada, nueva revelación de que el Señor le abreviaba el término de su muerte por tres ó cuatro días; porque el viernes en la noche, á los quince de julio, le dijo al padre Guardián que le diese licencia para ir á decir la última misa á casa de sus hijas (que es un retiramiento de doncellas pobres que él tiene recogidas) y que le hiciese merced en su entierro de honrarlo con sus frailes. Recibida la bendición del Guardián, y despedídose de él para morirse, salió del convento buen rato después de anochecido, y de camino quiso antes consolar á una señora principal, su hija de confesión, de las que más firmes estaban en la creencia de su muerte. Hallóla que estaba acostada; mas levantóse en los aires en oyendo decir que estaba allí el maestro, y después de los últimos abrazos, le pidió ahincadamente que, por la despedida, le dejase santificada su cama con acostarse un rato en ella. Él, como es un cordero sin mancilla y una paloma sin hiel, no tuvo corazón para negarlo. Acostóse en la cama como un ángel, y en habiéndola santificado, volvióse á levantar y prosiguió su camino, acompañándole siempre el provincial y tres religiosos del Tardón, el médico historiador y no sé qué tantos hijos suyos de los del corazón, que fueron los escogidos por él para testigos de su tránsito.

Púsose en el altar á las cuatro de la mañana del sábado, entreteniéndose en la misa tan despacio, que vino á alzar después de anochecido, y acabó el domingo á más de las tres de la mañana. Reconcilióse dos ó tres veces en la

misa, y juzgan todos que también rezó las horas canónicas del sábado. Hacia la media noche, viendo que se iba acercando la hora de su muerte, se despidió en el altar del provincial del Tardón, su confesor y padre de espíritu, con estas terminantes palabras: «Adios, padre mío.» El médico devoto le tomaba el pulso de cuando en cuando, por ver cuándo acababa, y con razón, porque de un hombre tan extenuado naturalmente se debía aguardar que acabaría en aquel acto, estando veinte y cuatro horas en el altar sin comer, y con ansias continuas de esfuerzos y visajes, que le deberían consumir los espíritus vitales. Y así en mis ojos el verdadero milagro no hubiera sido el morirse cumpliendo su profecía, sino el no haberse muerto haciendo lo que hizo. Pero Dios quiso hacer antes este milagro, que permitir que se le atribuyese el cumplimiento de la profecía vanísima de Méndez.

Y es señal evidente de que les había asegurado de nuevo á los devotos del alma que se hallaban presentes de que sería su tránsito en la misa, y en la misma hora que nuestro Señor Jesucristo resucitó, como uno de ellos es cierto que lo dijo tres días antes á un grande amigo suyo en puridad.

Pues cuando vieron que era pasada la hora y no se moría, todos, uno en pos de otro, se fueron cabizbajos á sus casas, dejándolo en el altar, donde acabada la misa, se halló solo en su cabo; y sin decir palabra ni despedirse de sus hijas, se fué á esconder á otro retiramiento de mujeres ruines, que llaman la Galera; de donde nunca saliera, de corrido, si el padre Guardián, de compasión, sabiendo lo que pasaba, no hubiera ido á buscarlo aquella tarde, animándolo y consolándolo tanto, que al fin el buen hombre le vino á preguntar: «Pues, padre, ¿qué he de hacer?» —«¿Qué? (le respondió el Guardián) Salirse como antes por Sevilla, pidiendo su limosna para estas buenas obras. La carne lo sentirá á los principios, pero al cabo de ocho días se habrá olvidado todo.» Tomó este santo consejo, y anda

por ahí, y á cuantos le preguntan por las calles, burlándose de él: «¿Cómo no se ha muerto, padre Méndez? ¿No decía que ayer había de morir?», responde con la boca llena de risa, fingida ó verdadera: «El demonio esta vez me ha dado un mal golpecito. Como esas locuras diré yo; soy un mentecato.» Y aunque él por humildad debe ponerse este nombre, no falta quien muchos días há, conociéndolo de trato, dice de él que es «un tonto bien inclinado.» Y así, no habrá persona cuerda que no juzgue de él que ha pretendido engañar con estas vanidades, pero ellas mismas pregonan que el pobre ha sido engañado, y desde el día primero se las habían de atajar, si hubiera habido quien se doliese de él y de lo mucho que pierde la virtud en estas ocasiones, escandalizándose los simples, y dando ocasión á los ruines que piensen y publiquen que todo lo bueno que ven es de esta casta; pero en Sevilla no ha habido quien le haya ido á la mano ni dicho una palabra, con haber tribunales á quien tocaba de derecho impedir ó examinar por lo menos las causas de tanta revolución como en este lugar se ha padecido en este mes.

Sus devotas ahora andan corridas más que él, aunque de tantos afirman que nunca puso el plazo señalado; y si lo puso ó dijo alguna vez que había de morir á los veinte, fué sólo de pura humildad por desacreditarse; porque viendo que todo el mundo lo traía en palmas como á santo, quiso atajar este aplauso, dando ocasión á que lo tengan con esto por un engañador.

Paréceme que á éstas, y aun á él, se les podría decir lo que Morales, un loco agraciadísimo que andaba predicando por Sevilla, dijo en las honras de un caballero principal, á quien el predicador, entre otras muchas virtudes que le faltaban al muerto, lo alabó de muy gran limosnero con los pobres. Estábale oyendo aqueste loco, y en su opinión era el difunto diferentísimo de lo que el predicador había dicho, y al punto que había acabado el sermón, se subió encima de un banco y comenzó á decir á voces á

cuanta gente honrada hay en Sevilla, que se hallaba en la iglesia: «Bellacos, de hoy más vivid como queráis; que no faltará otro mayor bellaco que vosotros que diga, cuando os muráis, que fuísteis unos santos.» La aplicación es fácil.

Pero, volviendo á nuestra historia, no hubo argumento para mí que me hiciera más fuerza para estar desde el primer día siempre firme en que esto era vanidad, como en mirar á ojos vistas que siendo Dios el que ponía la costa y el trabajo de toda esta sementera, no le tocaba un grano de honra ni de provecho en la cosecha, sino que solo Méndez se lo llevaba todo, y era el que hacía su agosto á manos llenas, y henchía sus trojes de estimación y regalos, con que, á mía sobre tuya, le traían todos envuelto en algodones. Unas señoras le enviaban la comida guisada de sus manos, otras las camisas, porque les diese la sucia; y todas besaban sus pañetes, y se tenían por dichosas en alcanzar una hilacha de su ropa. Tarde había que se mudaba cuatro ó cinco camisas, por irlas dando tocadas en sus carnes á diversas señoras que las pedían por reliquia, y no se daban lugar las unas y las otras para alcanzar la suya cada una. Y llegó á tal la devoción de una de ellas, que una camisa que ella había traído puesta muchas veces, quiso que en todo caso se la vistiese el Santo, y la trajese vestida algunas horas. Y él fué tan caritativo, que echó, como el apóstol san Pablo, todas las cosas á todos para ganarlos á Cristo. Se echó á cuestas aquel camisón, como una capa de asperges, y anduvo con él gran parte de una tarde.

Dicen por cierto (mentira debe de ser) que pidiéndole ó enviándole á pedir mi señora la marquesa de Tarifa alguna cosa suya, había respondido: «No tengo, cierto, qué enviarle á vuestra excelencia sino esta camisa; pero sudada la tengo.»

Otra señora trajo muchos días en la boca del estómago una servilleta sucia con que él se había limpiado.

La mujer de don Guillén de Casaus dicen que es sorda, y en especial de un oído, y que por devoción, para sanar de su mal, ha traído todos estos dias encasquetado un sombrero del bendito; pero dice un escudero de su casa que desde que se lo puso está de ambos oídos mucho más sorda que solía.

Podría decirle esta señora á su santo lo que don Tello á nuestra Señora de la Consolación, que habiendo ido á su casa el día de su fiesta, y untádose los dos ojos con cantidad de aceite de su lámpara, con deseo de ver con uno de ellos que tenía seco enteramente, probando abrirlos, y viendo que no veía con ninguno, comenzó á dar gritos: «¡Reina del cielo! No quiero más que el que me traje. ¡Con el que me veía me contento, virgen de Consolación!»

En fin, lo más de Sevilla y lo mejor ha andado estos dias de revuelta en pos del Santo con tan extraño concurso, que hubo mañana que se contaron veinte y ocho coches delante de la puerta del convento, y se ha salido con todo. No lo hubiera con nuestro padre santo Paulo V, que apenas hubo sabido que en Roma hacía ruido un ermitaño que se arrobaba y era tenido por santo, cuando llamó al gobernador, y le ordenó que le mandase de su parte que al punto se retirara á la ermita donde decía que había vivido muchos años haciendo penitencia, y que no saliese de allí sin su licencia expresa; porque si eran verdaderos los regalos que le hacía el Señor, allí los gozaría más despacio; y si eran fingidos, allí se curaría de ellos, como con la mano, faltándole el aplauso de los que lo traían desvanecido.

Y el mismo papa al mismo padre Méndez lo mosqueó de Roma, debe de haber seis años ó siete, ofendido de sus extravagancias. Y el cardenal de Guevara poco antes, por cosas mucho menores que las que ahora pasan, lo aventó de Sevilla, y si él hoy fuera vivo, no volvería á poner los piés acá. Santidad con pretales de cascabeles nunca duró

ni fué segura, sino la que á la sorda busca Dios. Declaraba esto una persona discreta con una comparación. Decía que hay en el fuego dos suertes de brasas; unas que con poquito calor saltan luégo, y convertidas en chispas, sólo sirven de pegar fuego á la casa, ó de quemar las ropas y las cosas á los que están al rededor; otras que, estándose quedas, se van poco á poco encendiendo, y mientras más se encienden, se cubren más de cenizas, hasta que al fin se consumen dentro de ellas.

Tales son y han sido siempre los verdaderos santos, que han puesto su verdadero estudio en encubrirse á los ojos de las hombres. Los que no siguen estos pasos sólo son chispas alaraquientas, que sólo sirven de escándalo á los simples que se les acercan y los creen, y el paradero que tienen, descubre bien lo que son. Y si quiere vuestra excelencia conocerlos, oiga dos casos sucedidos de pocos días acá, que son el verdadero retrato de este.

En Castro del Río, lugar del estado de Priego, del obispado de Córdoba, una beata, moza carmelita, fué en pocos días de hábito entrando con Dios nuestro Señor en tanta familiaridad que no había entre ellos cosa partida, como dicen. Conversaba con él como un amigo con otro, y como buena hija daba cuenta de todo su interior al fraile, su confesor, hasta que de lance en lance vino á certificarle en gran secreto de que había tenido expresa revelación de que á los diez días de marzo que pasó, en que la iglesia de Córdoba celebra la fiesta del santo Ángel de la Guarda, la llevaría el Esposo para sí, y que siete días antes puntualmente le daría un dolor de costado, de que al sexto, desahuciada de los médicos, la olearían, y al punto del amanecer de la mañana siguiente, que sería el seteno de su mal y el último de su vida, le saldrían á los piés y manos y costado visibles las llagas de Cristo crucificado, y no le saldrían antes por excusar que se viesen al tiempo de darle el santo óleo; y que serían tantos y tales los milagros que Dios obraría por medio de las reliquias de su

cuerpo, desde el momento que espirase, que no la enterrarían con el oficio ordinario de difuntos, y antes que el año se cumpliese la beatificaría el Padre Santo. Finalmente, que le decía el Señor que hiciese tres retratos suyos: el uno para enviar á su santidad, el otro para su majestad, y el tercero para poner en el altar de la iglesia donde estuviese su cuerpo.

El confesor, oyendo estas maravillas, entró en deseo de acompañar á la Santa; y pidióle encarecidamente que alcanzase de Dios que lo llevase consigo. Pidiólo, y tuvo revelación de que su padre espiritual la seguiría cinco días después de su muerte.

Él, lleno de alegría con esta buena nueva, repartió liberalísimamente cuanto tenía en su celda. Comenzó á predicar aquellos días con increíble fervor, y hacía extraordinarias penitencias por disponerse mejor.

Todo esto estuvo secreto entre los dos hasta que, llegado el día señalado, en que el dolor de costado había de darle á la beata, y dándole con efecto, le pareció al confesor que era bien, siendo el negocio ya seguro, dar parte á su provincial y á alguno de los más autorizados religiosos de su orden, y aun de otras que estaban en la comarca, para que todos viniesen, como vinieron, á ser testigos de aquesta maravilla. Dió también cuenta á los marqueses de Priego, que por su devoción, pagaron luégo al pintor para que hiciese los tres retratos; y la marquesa madre fué en persona á Castro del Río, desde Montilla, llevando el nietecito, heredero de su casa, que es también mudo, como el padre, con esperanza de que haría la Santa algún milagro.

No debió el padre confesor de dormir mucho aquella noche; y antes que Dios amaneciera fué en busca de las llagas, que era la señal que había dado la Santa. Pero no quiso Dios que las hallase, de que quedó medio atónito.

Juntó luégo á los padres, y dióles la negra nueva de que no había rastro ni pensamiento de llagas; con que comen-

zaron á entrar en sospecha de que podría todo no ser agua limpia.

Juntóse á esto que una persona grave, á quien la enferma había entregado gran cantidad de papeles cerrados y sellados, escritos de su mano, con orden de que en ninguna manera los abriese hasta después de su muerte, porque era esta la voluntad del Señor, entró en curiosidad de que por dicha estos papeles le darían luz de la verdad ó vanidad del negocio; y así, se encerró á solas, y abriéndolos, halló por cabeza de proceso que en tal día y á tal hora le había mandado el Señor que abriese aquellos papeles en manos de Fulano, que era gran siervo suyo, por su mucha virtud, muy agradable á su divina Majestad. No hubo leído estas palabras, cuando volvió como un rayo adonde estaban los demás, y habiéndoselas leído, les dijo, lleno de celo: «Padres míos, todo es vanidad; porque para mayor confusión mía, el día que dice ella que Dios le dijo que yo le era agradable, fué cierto que estaba en su desgracia, y lo había estado y lo estuve algunos días antes y después».

Acabaron con esto de persuadirse á que era ilusión ó fingimiento cuanto decía la beata; y así, acordaron prudentemente que luégo se le dijese, por el riesgo en que estaba de morirse, que si había engañado fingiendo todo lo dicho, pidiese perdón á Dios, y se confesase de todo con arrepentimiento; y si había sido engañada del demonio, también reconociese y confesase su culpa de haber sido frágil en creerlo.

La mujer se compungió grandemente; hizo una buena confesión, y quiso Dios darle la vida para que no quedase duda de la verdad del engaño. También vivió el confesor; y la marquesa y su nieto dieron la vuelta á sus casas, haciéndose cruces con asombro.

El otro caso es muy breve y más donoso. Iba cada mañana aquí en Sevilla una señora devota á encomendarse á Dios, y á oir misa á un convento de monjas descalzas, sus

vecinas. Encontrábase de ordinario en la iglesia con una beata muy espiritual, muy devota y tenida por santa. Pidióle algunas veces que la encomendase á Dios, y le suplicase de su parte que le enseñase su santa voluntad para acertarle á servir. No lo dijo á sorda, que la buena beata una mañana le dijo en gran puridad que ella había alcanzado de Dios lo que tantas veces le había encargado que le pidiese de su parte; porque al fin su divina Majestad, aquella misma mañana en la oración, le había dicho que era su voluntad determinada que se entrase á servir en aquel conventico con las demás religiosas. Oyóla, y respondióle muy luégo la señora: «Pues, madre, si el Señor le dijo eso, ¿por qué también no le dijo que tengo marido y soy casada?» Quedóse corrida la beata, y la señora riendo de ella.

Lo mismo con mucha más razón podemos hacer ahora de nuestro Méndez, reirnos como de un loco. Y es infalible; porque, si no es Dios, ni aun el diablo, quien le dice á la oreja tan grandes desatinos, y si él no tiene malicia ni habilidad para fingirlos, queda solo que se los representa su misma imaginación, que se apodera de él con tanta violencia, que le da á entender que es Dios quien le revela este secreto y esotro, con otros mil trampantojos, al modo que vemos cada día en la casa de los orates á uno que dice que es Dios Padre, y á otro que es el Gran Turco.

¿Qué duda hay en que este buen hombre es no menos loco que éstos? Si á las personas principales que hoy lo certifican les dijo en todo su seso estas palabras formales: «Los días pasados me retiré á una soledad, y después de muchos ayunos y oraciones, probé á resucitar á un hombre, y al fin, por más que hice, no pude resucitarlo.» Bien se le puede agradecer que no haya dicho que lo había resucitado; pues con el mismo frenesí con que aprendió el intentarlo, pudiera aprender que había salido con ello. Quédese pues para loco, y guárdenos Dios nuestro juicio

por su misericordia. Y saque vuestra excelencia, oyendo estos ejemplos, muy firmes propósitos de no creer en revelaciones semejantes, como temo que debe sacar de no mostrarme otra vez gusto de que se las refiera, por el cansancio que le cuesta con siete cartas mías, escritas á este propósito en pocos días, no siendo poco el provecho que vuestra excelencia habrá sacado de esta historia.

Nuestro Señor guarde á vuestra excelencia muchos años.—De Sevilla, 21 de julio de 1616.

FIN DE LAS CARTAS DE DON JUAN DE LA SAL.

TRACTADO

DE

LAS TRES GRANDES

CONVIENE SABER:

DE LA GRAN PARLERÍA, DE LA GRAN PORFÍA

Y DE LA GRAN RISA

POR EL DOCTOR

FRANCISCO DE VILLALOBOS

AL MUY ALTO Y MUY ESCLARECIDO PRÍNCIPE Y SEÑOR

El Sr. Infante D. Luís de Portugal, etc.

PRÓLOGO

En la obra pasada de *Las tres interrogaciones,* serenísimo Príncipe, se pusieron muchas artes y costumbres de la vida humana. Y verdaderamente, si yo tuviera la casa de mi entendimiento tan ancha y tan espaciosa, que cupieran en ella todas las cosas que he visto en esta Corte de Castilla, y en las que han pasado de cuarenta años á esta parte, yo hubiera emprendido, con el favor de vuestra alteza, de hacer un gran volumen, por estilo tan claro como el pasado, que fuera como un espejo en que se pudieran mirar todos los cortesanos, y conoscer cada uno por él sus fealdades y defectos, para que así vistos y reconoscidos, se enmendasen y curasen dellos. Mas la dicha casa es tan angosta, que apenas yo puedo caber dentro della para entenderme á mí mesmo y corregirme de tantos errores como las mundanas costumbres me han hecho adquerir, que florecen más en la Corte que en otras partes; y son tan pestilenciales y tan contagiosas, que con sola la habla se pegan de unos en otros, y no perdonan edades, ni hábitos, ni hombres, ni mujeres; todo lo mancillan y todo lo tiñen en su negra color. De manera, señor, que solamente escrebí para enviar á vuestra alteza lo que en mi proprio ejemplar y dechado hallé, para que otros lo vean, y escarmentados, no se descuiden, como yo, para alcanzar hasta la vejez con las ignorancias y delictos de la juventud. Después de haber escripto aquello, y puesto el diá-

logo para recreación de los leyentes, hallé dentro de mis envoltorios unos papeles de mi letra, que contenían este tractado que se sigue; y como me pareció del metal de todo lo otro, quíselo juntar con ella. Llámase el *Tractado de las tres grandes*, conviene saber: de la gran Parlería, de la gran Porfía y de la gran Risa; todas ellas son grandes, tomándolas cada una por sí; mas todas ellas no supe darles nombre apropriado, porque tienen parte de enfermedad, y parte de locura, y parte de necedad, y parte de liviandad, y de otras sabandijas y cojijos participan; de tal manera, que nombre apropriado que fuese común á todas tres no se hallaba; porque si las llamasen enfermedades, cierto es que se agraviaría totalmente la locura; si locuras, quejaríase la necedad; y si necedades, haríase injuria á la liviandad; y si liviandades, enojaríanse las otras. Aunque son compañeras, son tan mal avenidas, que á cada una dellas le pesa del bien de las otras. Llámanse pues *Las tres grandes*, porque quede comenzado el nombre para que lo acabe cada uno á su voluntad: tractado es de que algunos no se descontentan. Si á vuestra alteza no le paresce así, por eso es bien que vaya puesto en el cabo; mándelo quitar, pues que la obra es suya, y acá no la daremos á los impresores.—*Vale*.

TRACTADO DE LAS TRES GRANDES

CONVIENE SABER:

DE LA GRAN PARLERÍA, DE LA GRAN PORFÍA Y DE LA GRAN RISA

CAPÍTULO PRIMERO.

De la gran parlería.

Esta es una pasión de los grandes parleros, que se puede nombrar en nuestra lengua baltronería, y así estos se llaman en latín blaterones. É son unos hombres que nunca se hartan de hablar importunísimamente; y es tan grande su hervor y su pasión en ello, que matan á quien les está escuchando, y no le dan espacio para que responda siquiera un sí ó no, y con el temor que tienen que se les vaya, prenden una habla de otra, y otra de otra; de tal manera, que son mayores pendencias las que comienzan cuando acaban, que las que se proponen al principio; y si está en pié el que los escucha, y sienten que se quiere ir, pónense delante del paso, y ásenlo de la mano, y veces hay le aprietan los dedos hasta descoyuntárselos. La pasión ya está dicha, y muchos hay que la entenderán por la expe-

riencia, mejor que por la relación que aquí se pone. Y porque es enfermedad que participa de la mala complexión del cuerpo y de perversas costumbres en el alma, por tanto la determinación y remedios della tan bien pertenescen á los consejos de la filosofía moral, como á las receptas de la medicina.

CAPÍTULO II.

De las causas desta pasión, naturales y morales.

Las causas della se deben aquí declarar, pesquisando primeramente qué es esto que les está punzando y estimulando dentro del corazón para que nunca callen. Lo segundo es, qué placer y qué descanso es el que sienten en hablar tanto. Lo tercero es, qué pena es la que sienten cuando callan, porque en todos los vicios es cosa muy cierta dar con su presencia algún deleite ó provecho aparente, y con su ausencia dar pena. Lo cuarto es, cómo nunca se desengañan viendo que toda la gente anda huyendo dellos. Cuanto á lo primero, digo que el estímulo y aguijón que les está picando dentro del corazón es una locura mezclada con sotileza de ingenio, y hay en esta mezcla diversos grados, porque unas veces vence la locura, y otras vence el agudeza. Y por cuanto á la locura es cosa muy propia el hablar mucho y nunca tener freno en la boca, por eso en esta nuestra lengua castellana se le dió muy apropriado nombre, porque locos y locuazos viene de locuaces, que en lengua latina quiere decir parleros. El humor que hace este desconcierto es melancólico, hecho por adustión de sangre colérica dentro en las venas, y como llega al corazón, con su turbieza ofusca el espíritu vital que está dentro en él, y con este destemple apasiónase la virtud irascible y sale fuera de los términos de su concierto el armonía, y enójase de las cosas que no se

debe de enojar, y há miedo á las cosas que no debe de temer, y sospecha las cosas que no debe de sospechar. Y el mismo humor hace soberbia y vanagloria y ambición donde no la debe haber. Y así, se ve que los grandes parleros, por la mayor parte, hablan cosas de que ellos están quejosos y enojados, y de cosas de miedos y de sospechas, y de cosas en que quieren ganar honra, y dicen mal de los que gobiernan, y précianse de lo que hablan, y tienen por punto de honra que ellos solos hablen, y que todos los otros escuchen. Y cuando esto no pueden alcanzar por punto llano, conviene saber, diciendo verdades y hablando á la llana, usan de contrapunto, conviene saber, mintiendo y murmurando, y contando cosas de admiración, para hacer que los escuchen con mayor atención. Estos son los aguijones que los grandes parleros sienten dentro de sí, que los pican y punzan de manera que no los dejan callar. Y cada uno verá por sí cuando está enojado, cuánto más habla y menos acierta, y cuando está vanaglorioso, cuántas cosas cuenta de sí mismo, y cuando está medroso y sospechoso, cómo nunca calla. En la guerra se parescía esto muy claro, que el día que teníamos miedo eran tantos los corrillos de la gente y el hablar en público y á las orejas, que todos hablaban juntos, sin haber quien escuchase. É quitando el miedo, lo que hoy hablábamos no valía nada mañana, antes estábamos corridos los unos de los otros. Y por eso, cuando el hombre está con algún defecto destos debe callar ó mirar mucho lo que habla, porque más muchas veces acertará diciendo el contrario de lo que piensa. Item, cada uno verá por sí, cuando piensa que habla bien, cómo se deleita en el hablar y cómo se está escuchando y saboreando en todo lo que dice. Y esta es la vanagloria, hija de aquel humor que habemos dicho. De tal gente como esta deben guardarse las cosas secretas en que va algo, y no fiarlas del hermano ni del hijo, pues que es tanto el apetito que tienen de ser escuchados, que cuando por otra vía no lo puedan alcanzar, descubrirán los secre-

tos capitales con que se hagan los sacrificios del animal que se los confió.

Cuanto á lo segundo, digo que el placer y descanso que sienten en hablar tanto es, porque lanzan fuera de su concepto aquello que tanta congoja les da dentro dél, y esta es una pena espiritual que se puede comparar á otras penas corporales que son semejables á esta. Como los que tienen gran punción y gana de urinar sienten gran pena en detener la urina, y descanso cuando la echan, y los que tienen gana de vaciar el vientre sienten gran pena si lo detienen, y descansan echándolo fuera. Sino que los parleros siempre quedan con pujo y apetito de vaciar otros y otros conceptos, que siempre engendran de nuevo, y les baten en el corazón como las ondas del mar tempestuoso, que baten en la ribera con grande ímpetu y desorden, que á las veces la que viene detrás sobre la delantera llega primero que ella, echando en alto los espumajos y ruciadas, con que hacen sinsabor á los que están presentes. Así veréis que cuando les vienen las grandes crescientes y avenidas del hablar, van por su proceso adelante, y sale de través otra parlería que les pone furia, y acábanla primero que la que venía delantera, y no dejan muchos dellos de echar espumas por la boca y ruciar á los que alcanzan, como adelante se dirá. En las antiguas poesías se halla que los sacerdotes de los demonios, cuando tenían concebidos sus oráculos y profecías, era tanta la congoja que sentían en el corazón hasta manifestarlo todo, que echaban grandes espumas por la boca, y saliendo fuera de sí, cuando no hallaban hombres á quien descubriesen el secreto, lo cantaban en versos á las ovejas y á las vacas. Así, no es cosa nueva cuando los hombres ó las mujeres salen de sí, con la congoja del concepto y con los combates que les da en el corazón, tener gran descanso cuando lo echan fuera, y con esto queda respondido á la tercera pregunta.

Á la cuarta digo, no es gran maravilla no desengañarse los hombres de los vicios que tienen, antes nunca vemos

otra cosa, especialmente si la cualidad de sus humores les ayuda á su mala inclinación y costumbre. Desta manera no se desengañan los iracundos, ni los tristes, ni los invidiosos, ni los murmuradores, ni los vengativos, ni los ladrones, ni los lujuriosos, ni los otros viciosos que son de infinitos géneros, aunque haya quien los avise; pasan por los castigos y vuélvense á la costumbre; porque la inclinación que tienen ya con la costumbre convertida en otra naturaleza, está tan poderosa en ellos y contra ellos, que cada día les da mil veces la batalla más que cruel y más que civil. Porque en todas las cosas que tenemos mucha pasión, aunque algunas veces sea recebida y consentida la razón, luégo la olvidamos y la echamos detrás, y volvemos á lo que habemos gana y tenemos en uso. Por esto debemos con gran vigilancia huir de las grandes pasiones y de las perversas costumbres, porque no tomen tan gran posesión en el corazón, que con grandes títulos hagan á la razón perder la propriedad que allí tiene.

CAPÍTULO III.

De la cura desta pasión.

El remedio desta enfermedad no se debe procurar con jarabes ni purgas, ni otros artificios de yerbas ni de piedras, sino con industrias y ingenios, puestos en razón y consejo, desta manera, que si fuere niño le quiten de todo punto el vino y el regalo y la mucha libertad, y le amenacen y pongan temores sobre los excesos del hablar y el mentir. É cuando cayere en ello, le castiguen y le azoten hasta que le abran las carnes, y le quiten también el comer y las otras cosas con que él suele haber placer, porque le hagan corregir de aquel vicio, y le hagan rezar más horas de las que sufre su tierna edad. Y en éstos puede haber esperanza de salud, porque poniéndoles nueva costum-

bre, es darles nueva naturaleza, que será parte contra los perversos humores, y les hará sufrido y endurescido el corazón, para que no se deje así de ligero estimular y vencer de cualquier concepto que les venga. É si fueren los hombres adultos, pocas veces se pueden curar, especialmente si es algún rey ó gran príncipe, como algunos de los que se han visto en nuestra edad; porque no quieren obedecer á los consejos de la filosofía y medicina, que si los quisiesen obedescer, mandaríamos que rezasen cada día un salterio, porque se hartasen de hablar y escarmentasen de parlar. Y mandaríamos que guardasen silencio en una desas religiones, ó mandaríamos á la llana que no fuesen parleros, poniéndolos en razón y mostrándoles la fealdad del vicio. Pero, como esto no está en mano de la filosofal disciplina, porque los pacientes no se quieren someter al yugo de la razón, contaré aquí la industria que yo tuve con un estudiante, grande amigo mío, que estaba muy confirmado en este vicio, y sus deudos muy desesperados del remedio. Tomé conmigo dos compañeros, que también eran sus amigos, y díjeles todo mi propósito para que me ayudasen, y todos en buena amistad le llamamos para que una mañana se saliese con nosotros á una huerta solitaria que estaba en el campo entre Valladolid y Cigales, y determinamos de dejalle hablar hasta que se hartase. Después que le posimos en el regocijo de la conversación, él tomó la habla á las diez horas de la mañana, y habló sin parar hasta las tres horas de la tarde, y cierto es que él comenzaba á hordir otra tela, en que no acabara por toda aquella noche. É uno de los compañeros moríase de hambre, et dijo: «¿No sería bien que nos fuésemos á comer, pues que se va haciendo hora de cenar?» Respondió el que hablaba: «Hora mirad quien quiere comer, estando aquí en un lugar tan apacible y tan dulce conferencia; esperemos un poco, que luégo nos iremos.» Yo dije: «Esperemos cuanto mandáredes, mas ha de ser de manera que hablemos á veces.» Dice: «Sea así, y hablad luégo vos,

porque me dejéis después acabar mi razón.» Digo: «Con vuestra licencia yo tomaré la mano, mas habéisme de prometer todos de callar hasta que yo haga punto.» Y como todos me lo prometieron, volvíme para él, y díjele: «Estos dos compañeros míos y vuestros, et yo con ellos, acordamos de sacaros aquí para certificarnos de una fama que vos tenéis en esta villa, en que dicen que sois tan grandísimo parlero, que andan todos huyendo de topar con vos. Y la mayor burla que se puede hacer á uno de los novicios que aquí vienen, es echároslo en las manos, y ellos descabullirse con algún achaque. Y de los cuentos que hay de vos por las mesas de los señores y en la Corredera de San Pablo, andamos ya tan corridos los que aquí estamos, que por la amistad que con vos tenemos, os deseamos la muerte ó un gran destierro para alguna tierra ultramarina, donde no os entiendan á vos, ni vos á ellos, porque habléis por señas y la lengua esté queda. Y las coplas que se publicaron el otro dia, con que vos holgábades mucho, eran contra vos; y porque me creáis, esta noche las tornaréis á ver, y hallaréis que de cada pié dellas, tomando la letra primera y juntándolas todas, está escripto vuestro nombre. Y más dicen, parlero, incomportable, importuno, frío y pesado. Y porque no penséis que es invención mía, yo juraré donde vos quisiéredes que no sé quién las hizo, sino cuanto hay fama que fueron seis hombres de palacio en la burla.

»Vuestro padre, viendo que no le queréis creer, avisa á vuestro confesor para que os lo ponga en consciencia. Así que, agora hemos querido sacar á plaza este negocio, y tomaros con el hurto en las manos, para que no lo podáis negar, y para daros á entender la mala ventura que tenéis sin remediaros della, podiéndolo vos hacer. Agora todos los que aquí estamos, y vos mismo, somos testigos que comenzastes á hablar á las diez horas, y no habiades acabado á las tres, et si no atajáramos, ya comenzábades otras dependencias y filaterías, que no se acabaran de aquí á

mañana, y en todas las cinco horas que habéis hablado no habéis dicho cosa que valga un maravedí para vos ni para nosotros; porque ni eran cosas para reir, ni nuevas para holgar, ni cosas de admiración, ni doctrinas de edificación, ni avisos de provecho. ¿Qué se me da á mí de lo que pasábades con Velázquez, y de lo que acaeció en Pancorvo, camino de Burgos, y de lo que Lobos dijo al Condestable, y de las fuentes de Argales, y de los zurradores, y de otras quinientas frialdades y desvanecimientos de cabeza con que nos habéis tenido de comer hasta agora, y sin dejarnos hablar ninguna? De manera que aunque vos decís que es conversación, no lo es, porque la buena conversación es que hablen á veces, y que cada uno esté atento y guste de lo que el otro dijere. Nosotros ni habemos podido hablar, ni habemos tomado gusto de lo que vos habéis hablado. Si á esta vos llamáis comunicación, llámola yo descomunión. Y sí la llamáis conferencia, llámola yo pestilencia, porque todos se apartan de hablar con vos como con un descomulgado, y huyen de vos como de pestilencia. En una cosa os confieso que nos habéis dado gusto, y es en notar bien la trápala que tenéis en ese vuestro molinillo; y en cada cuento que mudábades nos mirábamos unos á otros y nos muríamos de risa, y vos estábades tan arrebatado en vuestra diablura, que no sentíades cómo, á ojos vistas, burlábamos de vos.» Á esto respondió él: «Yo no creo lo que vos me decis, porque si lo creyese, la primera cosa que haria, sería echarme en ese río con un canto al pescuezo.» Digo: «No os ahoguéis hasta que la gente vea que estáis emendado; porque, demás de ser la muerte muy infame, sería tras una vida muy infamada. É si á mí no creéis, que os desengaño como á buen amigo, creed á estos señores, que son venidos aquí para haceros esta buena obra. É si á ellos et á vuestro confesor ni á vuestro padre no queréis creer, á lo menos dad crédito á vos mismo. Yo os pregunto si es verdad que hoy en este día os oístes hablar cinco horas arreo. Y decidnos alguna cosa de las que

habéis dicho, que sea para holgar con ella ó para sacar della algún fruto. Item, so cargo del juramento, que digáis si en todas estas horas ha hablado alguno de nosotros siquiera dos palabras. É si vos oyérades á otro hacer lo que habéis hecho, ¿qué sentencia diérades contra él? Pues que el otro día hecistes tan grandes exclamaciones contra fray Juan de Hempudia porque se alargó en el sermón un poco más de lo que solía, siendo perlas todo cuanto echaba por la boca. Esto no lo hace sino que un gran parlero piensa que todo lo que otros hablan se lo roban á él. Pues yo os digo que no distes entonces pequeña materia de reir á los que os oyeron, considerando la severidad con que juzgastes contra el santo varón, y la clementísima indulgencia que usáis contra vos mesmo. Si en convite viésedes vos á uno que comiese todo cuanto viene á la mesa, sin dejar un solo bocado para todos los otros, ¿no os paresce que todos le abominarían? Pues lo mismo hacéis vos en las conversaciones, que todo lo habláis sin dejar una palabrita para que hablen los otros, y aun arrebatáisles de la boca lo que comienzan á hablar. Y es tanto el hervor que tenéis en vuestra parlería, que cortáis un cuento con otro, y este con otro. Y después olvidáisos de volver al primero, y preguntáis á los otros en qué hablábades, y no se lo dejáis decir, porque no os tomen la mano; nunca tal molino se vió de moler hombres. É sobre todo vuestro infortunio, escupís á todos cuantos hablan con vos, ó por mejor decir, vos con ellos, porque es mucha la saliva que apañáis en la boca, y dais con ella grandes ruciadas. Y ¿cómo no ha de ser mucha la saliva, nunca parando la bomba de la lengua? Que antes me maravillo cómo no escupís los hígados y los livianos, y cómo no se os desprende la lengua para irse dando saltos por esos tejados, como mona que se soltó de la maza. Y no está solamente en la lengua vuestra gran pesadumbre, mas también en los puños, porque son tantas las puñadas que dais al que tenéis más cerca, porque esté atento y porque no mire á otra parte, que cuando de

allí escapa, va por lo menos contrecho de un lado.» Á este punto él miró á los compañeros, que estaban muertos de risa, y dijo: «Por una parte me paresce que habla muy bien, y que es todo verisímile lo que dice, aunque verdaderamente este su sermón es duro como piedra. Por otra parte veo que este es un hombre que hace muchas burlas y muchos recaudos falsos, y podrá ser que me quiere hacer picar, y esta debe de ser la causa de vuestra risa. Yo no le tengo de responder hasta que vosotros me juréis en unos evangelios que esto va fuera de todo escarnio, y que se me dice con ánimo sincero y sin dobladura ninguna.» Entonces uno de ellos saco unas Horas que tenia en la manga, y puso la mano en el Evangelio de san Juan, et juró con toda solemnidad que á todo su juicio y según lo que él podia entender, que todo lo que yo le habia dicho era con limpieza de corazón, y con la mucha compasión que tenía dél en verle cómo se perdía por aquel vicio, y se divertía del estudio de las letras, en que él era habilísimo, y andaba infamado por la Corte y por toda la Villa; y que era poco lo que yo había dicho en comparación de lo que pasaba. Y otro tal juramento hizo el tercero. Á esto respondió llorando el pobre hombre: «No pensé que tanto caso se hacia de mí en el mundo, ni que tan adelante iba la cosa, y cuando mi padre me hablaba en ello, no le daba entera fe, porque le tengo por hombre muy rencilloso, y que todas las cosas de sus hijos (los que somos de la primera mujer) le parecen mal; y porque todo nascía de mi padre, perdía también comigo el crédito mi confesor. Mas ya agora me parece que la cosa va fuera de juego, y que yo tengo de pasar gran trabajo, no por cierto en dejar esta vanidad del hablar, que antes será para mi mayor descanso, porque nunca me voy á dormir, que no me arrepienta de todo cuanto he hablado aquel día, y siempre ando con sospecha, que la justicia ha de echarme la mano por una cosa que dije aquí y otra que dije allí; mas el trabajo no ha de ser sino en hacer que la gente me tenga en otra pose-

sión, y que sepan que no soy el que solía. Y para esto, visto lo que yo haré, me podréis vosotros ayudar mucho en publicar lo contrario de lo que hasta aquí se ha dicho.» En este artículo nosotros le dimos las manos de le ayudar por todas las vías que pudiésemos, haciendo él de manera que nos sacase la barba de vergüenza, y así nos partimos para nuestras posadas. De allí adelante fué tanto su callar, que ya pensaba la gente que andaba loco, y que era otra vena peor que la pasada. Y como le avisamos también desto que decían, retrájose á estudiar una repetición para hacerse licenciado en derecho civil, y los letrados que la oyeron, todos afirmaban que había sido cosa muy notable, porque se vea cómo la gran necesidad hace buen corazón y aviva mucho los ingenios que con el descuido estaban amortiguados. Acabando su repetición en las escuelas, en presencia de gran compañía de caballeros que allí estaba, y de hombres de toda orden, hizo una habla en romance, en que les pidió á todos por merced que no le tuviesen de allí adelante en posesión de parlero, como antes lo era, porque él se había ya despedido de aquel vicio y de aquella rapacería, y como hombre que lo conoscía, tenía ya tanta abominación y hastío del hablar, que tenía temor de hacer exceso en el callar, y que él se daría á las buenas letras y al recogimiento y moderación de tal manera, que los que fueron antes testigos de su vituperio, lo serían de su aprobación, ayudando Dios á su buen propósito y sus buenos comienzos. Todo esto agradó tanto á la gente, que cobró muy buena fama y alcanzó gran casamiento, y es hoy uno de los principales hombres de su profesión, y con su licencia se publica esta historia para edificación de los que tuvieren semejantes vicios.

CAPÍTULO IV.

De la gran porfía.

La segunda grande de las que en este tractado se hace mención, es la pasión de los grandes porfiados; que hay hombres tan confirmados en este vicio, que ninguna buena compañía ni conversación se puede tener con ellos, porque en todo lo que se habla, ellos han de defender la parte contraria con tanta pertinacia, que no bastan diez hombres contra uno dellos. Y porque se vea que no lo hacen con fundamentos de razón ni por el celo y patrocinio de la verdad, porfían hoy una cosa, y mañana la contraria della, con tantas voces y con tanta turbación de los que están presentes, que á las veces nascen grandes escándalos de cosas muy pequeñas. La causa natural que á esto les mueve, es humor melancólico quemado con mixtión de cólera quemada. Este humor los hace primeramente mal condicionados y enemigos de toda benivolencia y concordia, y paréceles mal todo lo que los otros dicen y hacen, y salen luégo al encuentro como buenos mantenedores, y con la pasión que tienen, nunca quieren apaciguarse ni tomar apuntamiento ninguno. Los que guarecen de graves enfermedades, en toda su convalescencia quedan con tan malas mañas, que son muy importunos y muy porfiados, y asimismo los cuartanarios. E si estos en su sanidad eran porfiados, quedan incomportables, y no hay carnero topador que se les pare delante, cuanto más los hombres mansos y acogidos á razón; finalmente, todos los hombres que fueren infectos de los humores susodichos, serán plagados desta lepra, y cuanto más van entrando adentro en la porfía, tanto más se encienden en ella, y van siempre pujando y haciendo mayores ventajas al otro porque no deje la empresa, y enójanse dél porque porfía, y pésales de muerte si deja de porfiar. Y cuando calla, échanle garrochas

porque salga, y provócanle á ira, et ríense dél porque lo porfió, mostrándole que era gran necedad y aun herejía, y que merecía que le quemasen. Esta es una mala burleta de que se aprovechan los teólogos cabezudos en sus disputaciones, y por eso nunca he gana de altercar con ellos. Así que, ellos andan hurgando al que se deja de la porfía de tal manera, que le hacen darse al diablo y salir otra vez á la tela para defender su causa. E si otra vez se cansa de dar cabezadas en la pared, otra y otra vez vuelven sobre él á echarle más leña y encenderle con más furiosa pólvora. Yo tracté un poco de tiempo con un señor muy porfiado, y hacía escrebir la sentencia que él defendía, y que la firmase de su nombre, y dende á dos ó tres días entraba con él en porfía, y hacíale decir lo contrario de lo que él tenía firmado, y hacíalo también escribir y firmar de su nombre, y después que tuve llenas seis hojas destas sus retractaciones, apartéme con él delante su secretario, y díjele: «Porque veáis, señor, que estas vuestras porfías es enfermedad de que habéis menester curaros, y que no tenéis siempre tanta razón como vos pensáis, quiero que veais cómo en diversos días habéis porfiado cosas muy contrarias unas de otras, y lo que hoy afirmáis que es blanco, mañana juráis que es prieto, y lo que habéis dicho que es caliente, volvéis á porfiar que es frío. De manera que no podemos escapar ni defendernos de ser vuestros contrarios. Mandad á vuestro secretario que lea estos capítulos firmados de vuestro nombre, que comienzan desde 10 de agosto, y veréis por el proceso de los días, cómo porfiáis contra vos mismo, hasta desmentiros veinte veces; y si esto no bastare para emendaros, habréisme por excusado si yo callare á todo lo que dijéredes de aquí adelante.» Él tomó los papeles y rompiólos en mil pedazos, y hízose después más incomportable que lo era antes, y en cada cosa que le hablaba me decía por grande injuria: «Esta será como las mentiras que poníades por escripto y me las haciades á mí firmar.»

CAPÍTULO V.

De las causas morales de la porfía.

Habemos pues dicho las causas naturales desta pasión; agora conviene que digamos las causas morales que tiene, las cuales comunmente son dos: la una es necedad, la otra es confianza que tienen de sí mismos. Los necios abrazánse mucho con lo que ellos alcanzan, porque si lo sueltan no les queda nada. Tienen los estómagos de la razón tan angostos, que no cabe dentro dellos sino aquello que dicen; aquello digieren y muelen, y con ello muelen á toda la compañía. Son tan cortos de vista, que no ven sino lo que tienen á par de sí; lo que estuviere detrás de aquello ó un paso más lejos no lo podrán devisar, y por eso traban de aquello que una vez asieron, que no se lo harán soltar cien hombres de armas. Mucha mayor torpedad es la del entendimiento que la de los ojos corporales, porque un hombre corto de vista conosce que lo es, y no traba porfía sobre las colores con otro que tenga clara la vista, antes se rendirá luégo á la primera contienda; y un necio nunca se rinde, porque el entendimiento que ha de conoscer que es necio, es él mismo necio. Y los que no conoscen la gran confianza que tienen de sí mismos, es una labor de jactancia bordada sobre campo de necedad, porque piensan que no se puede más saber de lo que ellos saben. Que por necios que ellos fuesen, verían lo que dejan de saber, y así estimarían en poco lo que saben. Que un hombre pesado cuando pusiere todas sus fuerzas y sudores en correr bien, conoscerá que es mucho más lo que deja de correr en comparación de otros hombres, que lo que ha corrido. Mas la gran presunción que estos tienen les hace que no vean lo que dejan de saber, y que no conozcan á los otros la ventaja que les tienen. Y por eso porfían con mucha soberbia, unas veces enojándose y otras muriéndose de risa

y de gran menosprecio. En la profesión de la medicina se pasa también gran trabajo con este género de monstros, porque hay hombres en ella que tienen en tanto precio lo que ellos saben, que piensan que no ha llegado allí sino Dios á ellos, y como les llega de nuevo cada cosa que entienden, piensan que la novedad está en la cosa, y que nunca fué vista hasta que ellos la hallaron, y no conoscen que aquella novedad está más cierta en tener el entendimiento novicio y espantadizo de cada cosa que alcanza; y así, lo que estos entienden, guárdanlo mucho y han celos dello, porque no se lo alcance otro ninguno. Estos tales, cuando toman el freno en la boca para porfiar, poco es para ellos aventurar la vida de un enfermo ni de dos, sino la de todos los enfermos de una otoñada, porque dejan el camino real, que está llano y patente para proceder en aquellas pasiones que curan, y caminan por unos recuestos y despeñaderos por do no vayan los otros, y van en busca de unas novedades exquisitas para hacer trastumbar con ellas á sí mismos y á los dolientes que llevan á sus cuestas; y si éstos topan con otros de su manera, hácense carne los unos á los otros sobre si serán veinte ó veinte et dos las lentejas.

CAPÍTULO VI.

De la cura y remedio de los porfiados.

La cura destos es no curar dellos ni porfiar con ellos, porque es un cáncer muy arraigado y endurecido, que es peor andarle hurgando. E por eso cuando todos dejaren de porfiar con ellos, ellos dejarán de porfiar, mal que les pese. Y cuando no curaren dellos, ellos abajarán las cabezas; cúrelos Dios, que los hizo. E si fueren incapaces, y no merescieren la cura de tan buena mano, cúrelos el diablo, que los lleve.

CAPÍTULO VII.

De la división de la risa, y de su difinición.

La risa se divide en dos partes, porque hay risa verdadera et risa falsa. La verdadera es una propriedad que tiene el hombre en cuanto es hombre, diferente de todos los otros animales, que ninguno dellos es risible sino el hombre; aunque á mi parecer más cierta propriedad del hombre es el llorar que el reir, porque lloran en nasciendo, y algunas veces dentro del vientre, y la risa comunmente no viene hasta los cuarenta días después del parto. En las causas naturales desta risa no me entremeto agora, porque sería menester declarar la hechura del corazón, y de las telas y cortinas de que está cercado, y declarar la substancia del espíritu vital que está aposentado en el seno izquierdo del corazón, y declarar la impresión que este hace en los miembros espirituales cuando con el súbito gozo sale á hacer cosquillas en ellos. Y como la materia destas cosas es muy larga, y há menester muchos principios y fundamentos para entendella, no es lugar este para tratar della; en otra parte tengo escripto lo que yo desto alcanzo, protestando que no he visto sobre ello escripta cosa que me satisfaga. La risa falsa es una simulación de risa y de gozo que fingen unos hombres para engañar á otros y para darles á entender lo que no es, y desta se hablará en el presente tractado.

CAPÍTULO VIII.

De la falsa risa.

Esta risa es pasión y propriedad de una alimaña que se llama la Corte. Este es un animal que siempre se anda riendo, sin haber gana de reir; tiene dos ó tres mil bocas,

todas muertas de risa, unas desdentadas como bocas de máscaras, otras colmilludas como de perros, otras grandes como calaveras, que descubren de oreja á oído, otras fruncidas como ojales de botones, otras barbudas y otras rasas, otras masculinas y otras femininas, otras vocingleras y otras roncas, otras gruñidoras y otras gomitonas, otras á boca cerrada y otras regañosas, otras enrubiadas y otras teñidas de negro. Cosa es cierto de ver, no considerando que son muchos hombres, sino muchos miembros de un animal.

CAPITULO IX.

De las causas desta pasión.

No tiene causas naturales ni procede de humor ninguno, antes es puramente pasión moral. Porque los hombres de corte, como son más conversables y más ociosos que la otra gente, tienen en gran precio ser donosos, y es lisonja entre ellos reirse los unos de lo que dicen los otros, con condición que se lo paguen en lo mismo. Y algunos hay que cuando no hallan quien acuda con la risa á lo que ellos dijeron, ríenselo ellos. Otros hay que antes que comiencen á contar el donaire se ríen antemano, y otros que en tanto que lo dicen se caen de risa. Esto es convidar á risa á los oyentes, como si dijesen yo bebo á vos, y para que sepan que es cosa de reir y que no sean necios. Y estos por la mayor parte quedan después del donaire tristes y fríos, salvo si son príncipes ó grandes privados; porque estos en comenzando á reir, hacen á todos los otros caerse de risa, unos sobre las arcas y otros sobre los bancos, otros sobre los hombros de sus compañeros, otros llorando de risa, que sus ojos se tornan fuentes perenales, otros juran que les duelen las arcas, otros se les desencasan las quijadas. Y créolo, porque las baten por fuerza y contra

su voluntad. Otros hay que ríen y paran, y después tornan á rehacer la risa con otro reventón, para dar á entender que la detuvieron por fuerza, y que se les tornó á soltar. Porque se vea cuántos brinquillos y cuántos joguezuelos tiene madama Lisonja.

CAPÍTULO X.

De las diversidades de hombres que se ríen.

Los sordos, cuando están en conversación y no oyen lo que les dicen, ríense para disimular el defecto del oir, porque presuponen que en reirse no pueden sino acertar, pues que los otros que hablan no quieren sacar otro fructo de las palabras que siembran sino la risa de los compañeros. Los negros también se ríen mucho unos con otros, mas esta no es falsa risa, sino de corazón, porque son innocentes y ríense como niños, que de una palmadica ó de un coquito ó de ponerles el dedo á la boca se rien como de un gran donaire. Los viejos también cuando se juntan unos con otros nunca están sino riendo, y aunque esta risa es de su natío falsa y contrahecha, porque no tienen ya tiempo de reir, sino de llorar; pero en alguna manera se ríen de placer, porque traen á la memoria los actos de la juventud, que les parece que fué ayer, y en verse tan súbitamente desviados y trocados de todo aquello, ríense, como si les hubiesen hecho una gran burleta. Porque el uno dice de cuando escalaba las paredes y torres, y el otro de cuando corría por un cerro arriba como un gamo. Y mirándose unos á otros, vista la disposición del escalante y del corriente, ¿quién no ha de morirse de risa? También, como se acuerdan de los gestos que ayer tuvieron, y se ven hoy con las mascaretas de la vejez, ríense, como si viesen un mancebito contrahacer el gesto y la habla de un viejo. También se podrían reir de las vanidades que ven

hacer á los mozos y del engaño que traen, y cuán presto se hallarán burlados; que para quien está sin pasión todas son cosas para reir. Y porque nuestro Señor Jesucristo vino á pagar las liviandades y placeres de los otros hombres, y le dolían sus engaños y sus perdiciones, y no era lisonjero ni admitía palabras ociosas, por tanto ninguna especie de risa cupo en su benditísima boca ni en su santísimo pecho. Á él sea dado honor y gloria para siempre jamás. *Amen.*

FIN DEL TRACTADO DE LAS TRES GRANDES.

Declaración

PUESTA Á LA POSTRERA CENA Y CAPÍTULO

DE

La comedia El Anfitrión

POR EL DOCTOR

FRANCISCO DE VILLALOBOS

PRÓLOGO

SOBRE CIERTAS SENTENCIAS DEL AUTOR

PARA declaración de la postrera cena y capítulo de la comedia *El Anfitrión,* el traslador della pone aquí ciertas sentencias provechosas para la doctrina y enseñamiento de los mancebos, por cuanto van allegados al estilo dellos y á su manera de vivir. Dellas son cogidas como flores de la escriptura de algunos santos y aprobados doctores, y dellas se sacan del propio juicio, fundadas por los cimientos de la razón y filosofía. É si algún malicioso dijere que al maestro mejor le estaría deprender que enseñar en semejantes materias, yo confieso que dice verdad. Mas quiero en servicio de la virtud hacer este tratado breve, como diezmo de otras escrituras que yo tengo hechas en servicio del mundo y de la vanagloria. Repartiré por capítulos lo que tengo de escrebir; porque de las partes venga mejor la noticia del todo.

DECLARACIÓN

PUESTA Á LA POSTRERA CENA Y CAPÍTULO

DE LA COMEDIA

EL ANFITRIÓN

CAPÍTULO PRIMERO.

De amor en general.

El amor es una donación que se da, porque á quien tú amas ofréscesle y dasle tu amor, y este daslo de tu voluntad, que ninguno ama por fuerza. La voluntad no tiene mayor cosa que pueda dar que el amor, porque es dar su querer y darse á sí misma. Síguese de aquí luégo que á quien tú amas dasle tu voluntad; y por cuanto tu voluntad es tu señora, á quien tú sirves y por quien te mueves y te riges, síguese que á quien das tu voluntad le das á ti mismo; pues luégo el amor es una donación que el amante hace á la cosa amada, en la qu'él te ofresce y traspasa su voluntad con todas las cosas que á la voluntad pertenescen.

CAPITULO II.

Cómo el amante se convierte y transforma en la cosa amada.

Cuando una cosa se da de grado y libremente, es que se quita del poder y facultad de aquel que la da, y se pasa al poder y señorío de aquel á quien se da; otramente no seria donación. De aquí se sigue que á quien tú amas de amor verdadero y no fingido y le das tu voluntad, que ge la das quitándola de ti, y pasándola á su poder y señorío. De manera que ya tú no te puedes mover ni gobernar por tu voluntad, pues no la tienes, ni puedes tener otra condición ni otro querer más del que tiene la cosa que amas, porque en ella lo enajenaste todo y eres miembro suyo; por esto dicen que el amante se transforma en el amado.

CAPITULO III.

De la división del amor.

El amor se divide en dos partes; que hay amor fingido y no fingido, ó hay amor falso y verdadero. Del falso no tractamos aquí, porque no es amor; así como el oro falso no es oro aunque lo paresce. Item, el amor verdadero se divide en dos partes, porque hay amor virtuoso y amor vicioso; estos dos comprehende la difinición susodicha. Hablaremos primero de las propriedades y pasiones del amor vicioso, y después trataremos del amor virtuoso; y como quiera que en razón de valor y dignidad, y también en orden de natura, el amor virtuoso precede y es primero que el vicioso; pero en orden de doctrina y para enseñar, primero se debe notar del vicioso, porque dél tenemos más experiencia y mayor noticia, y la orden de la doctrina es que vengamos en conoscimiento de lo que no sabemos

por lo que sabemos; pues el amor vicioso se divide en tantas partes cuantos vicios hay y deleites que tú puedes amar; que unos aman la honra, otros la hacienda, otros la gula, otros las mujeres, y así de todos los otros vicios, cuantos hay y se pueden pensar; y porque entre todos los amores viciosos, el amor del hombre á la mujer y de la mujer al hombre es el mayor y más famoso, porque es amor de cosa viva, en que el amante y el amado son conformes en una naturaleza, y cualquiera dellos puede dar y recebir del otro, y el un fuego con el otro se aviva y cresce; por tanto, trataremos solamente del amor de la mujer, y por este ligeramente tomarás noticia de los otros amores viciosos, que aquí no serán expresados.

CAPÍTULO IV.

De la gran perdición y total destruición del amante vicioso.

Mira que tan grande es tu pérdida en semejantes amores, que, como tu voluntad y lo que ella señorea posee la mujer que amas, y tú no, síguese que te perdiste á ti mismo y dejaste de ser. Así que, tú no eres quien eras, mas haste trocado por otra cosa muy desigual en valor y muy lejos de lo que antes eras, ca dejaste de ser hombre, y tornaste mujer; dejaste de ser hombre suelto y libre, y háceste mujer captiva y atada; dejaste de ser todo, y tórnaste parte. É ya sabes que toda mujer desea ser hombre, y todo esclavo desea ser libre, y la parte desea la perfección del todo; así que, tú desearás todas esas cosas; y como cualquiera bien que se desea es más fuerte y aquejosamente deseado si primero fué poseído y se perdió, síguese que tú ternás estos deseos de volverte á tu ser primero con gran hervor y tormento, y tu voluntad no consentirá, porque ya no es tuya ni quiere lo que tú deseas. Esta contradición tan grande y discordia tan íntima

dentro del alma, es un martirio y tristeza secreta que padesce el amador, sin saber dónde le viene. De aquí nasce el quejarse, y no saben de qué se quejan; piden satisfación, y no saben satisfacerse; y de aquí se complican dos mil desatinos, que no lo entiende el mismo que los padesce.

CAPÍTULO V.

Cómo el amante se torna de naturaleza de bestia.

Cosa muy notoria es que ninguno ama á su amiga sino por el deleite que espera haber con ella; de manera que lo que aquí principalmente se ama es el deleite. Probado está asimismo que el amante se convierte y transforma en la cosa amada; síguese que el amador se torna de la condición y naturaleza de aquel deleite que ama. Este no es deleite de hombre en cuanto es hombre, porque no consiste en la razón y entendimiento, que es lo que hace al hombre ser hombre diferente de los brutos, mas consiste en los sentidos corporales, que son dados principalmente á las bestias, porque su perfeción es el ánima sensitiva, por la cual son animales. De aquí se sigue que los deleites sensitivos pertenescen á las bestias por parte de bestias. Pues luego si el amante se transforma y se muda en la naturaleza del deleite sensitivo que ama, síguese que se torna de naturaleza de bestia. Así que, el amador parte por el camino de sus amores adelante, y en el medio camino se torna mujer, y en el término donde se apea se torna bestia.

CAPÍTULO VI.

Cómo el amador es loco de atar.

Para darte á entender este capítulo es menester enseñarte primero algunos principios y fundamentos de filosofía y de medicina. Has de saber que aquello que tú sientes bullir dentro del pulso cuando le tocas, es un cuerpo sotil y delgado que allí anda como aire ó vapor, al cual los naturales llaman espírito. Este mora dentro del corazón, y de allí parte y corre por todos los miembros del cuerpo; los caminos y sendas por donde va son los pulsos y las venas y los nervios. Este espírito reparte á los miembros todas las virtudes y potencias del ánimo y todo el calor que cada uno dellos há menester para sus obras. De manera que el miembro adó llega el espírito, luégo tiene aquella virtud y calor necesarios para poder usar del oficio que le es encomendado; que si el espírito que viene de corazón llega á la mano, luégo ella tiene virtud para tomar y apretar y soltar, abrir y cerrar, sentir lo caliente y lo frío y mantenerse, y todos los otros oficios para que la mano fué hecha. É si á la mano no llega el dicho espirito por parte de algún humor que se entrepone y le cierra el paso y ge la impide, entonces la mano se queda sin virtud ninguna, hecha paralítica, que no siente ni puede moverse, aunque en sí misma no tenga daño ni lesión alguna. Lo que te habemos dicho de la mano haslo así de entender de todos los miembros, cada uno en su oficio. Este espírito sube del corazón al celebro, y allí con la frialdad de los sesos desahúmase y témplase del ardor y humos que trae consigo de aquel horno donde partió, que es el corazón, y purificase para poder usar las obras sensitivas, porque alguna parte del dicho espírito va á los ojos y dales virtud para que vean y se muevan, y otra parte va á los oídos y hace que oyan, y lo mismo hace con todos los

otros miembros que sirven á los sentidos exteriores y á los sentidos interiores. Todo lo susodicho está largamente disputado y probado por mí en el libro de las *Congresiones,* que yo compuse, en el segundo tractado, en el tercero y cuarto principios del dicho libro. Entre las otras potencias y sentidos interiores hay una que se llama imaginativa; esta es el pensamiento con que pensamos y componemos todas las cosas, y fué llamada imaginativa, porque es maestra de hacer imágines y componerlas; ca en el espírito que está en aquella parte de los sesos que sirve á la imaginación, represéntanse las imágines de las cosas que se piensan, así como en un espejo claro se representan los bultos y figuras de las cosas que se ponen delante. Que si tú piensas en caballos, es porque en la imaginación tienes entonces formadas las imágines de aquellos caballos, et si piensas en la mar ó en la tierra, en las mercadurías ó en la guerra, allá tienes dentro plasmadas las imágines de todas estas cosas; y como allí están hechas las imágines, así las piensas; que si están al proprio de como acá son, la imaginación es verdadera, y si están compuestas ó falsas, tu pensamiento es vano y falso. Esta imaginativa adolesce algunas veces de un género de locura que se llama alienación, y es por parte de algún malo y rebelde humor que ofusca y enturbia el espírito do se hacen las imágines, fórmase allí la imagen falsa, causada según la hechura y fuerza del humor que allí se pone; así como algunas veces acaesce también á los ojos que vean falsas imágines con ciertos humos de candelas que les ponen delante, y les hacen ver serpientes y dragones que allí no están; y como los que están heridos de rabia, que ven dentro del agua la imagen, que allí no está, del perro que los mordió, así en la imaginativa, por parte del mal humor, y por hechura y molde que allí toma, se pueden causar tantas imágines cuantas la humana sabiduría no puede comprehender, y según es la imagen falsa que allí se pone, así le toma la tema y la aliena-

ción á este loco; porque has de saber que los ojos, para ver distintamente los colores, es menester que no tengan color dentro de sí, porque si la tienen miénteles la vista y enajénase; y por eso los que tienen ojos azafranados ó verdes en la tericia, cuanto ven les parece azafranado ó verde; y así la imaginativa, para pensar distintamente las cosas, es menester que no tenga imagen hecha y habituada dentro de sí, porque si la tiene, es mentirosa y enajenada la imaginación, y cuanto piensan, todo es del metal de aquella imagen que allí está, de aquello habla el alienado, y en ello está rebatado y transportado de tal manera, que ni oye ni ve ni entiende cosa que le digan, ni responde á propósito. Ríe y llora sin concierto de las cosas que pasan, respondiendo solamente á los ímpetos y movimientos y pasiones y afecciones de su imagen; estos se llaman alienados, en los cuales hay grados de más y menos, como en todas las disposiciones suele acaescer.

Los enamorados son desta materia: que la imagen de su amiga tienen siempre figurada y fija dentro de sus pensamientos, por donde no pueden ocupar jamás la imaginación en otra cosa; en esta imagen, y en las cosas anejas y tocantes á ella, están transportados y rebatados todas las horas; con ella hablan, della cantan y della lloran, con ella comen y duermen y despiertan, á ninguna cosa responden á propósito, ni piensan que puede hablar nadie en otra manera sino en aquella. Así que, todas las causas y señales tienen de alienación como las otras especies della, sino que están estos más presos y más ligados á su locura, por cuanto enajenaron su voluntad y la captivaron en poder ageno; de manera que los otros querrían sanar, y buscan remedios para ello, si no es extremada su locura; y éstos no quieren sanar ni lo pueden querer, antes procuran con todas sus fuerzas de meterse más adentro en la pasión, y confirmar su dolencia con mayores causas. Esto no lo hace, sino que en otras alienaciones sólo la imaginación está enajenada, y los enamorados tienen agena la imaginación,

y la voluntad con ella; y con todo esto, ha venido en costumbre de la gente que á los otros desvariados llaman locos, et á éstos no, sino galanes; y la causa de su manifiesto error nació y tuvo principio de ver que en los amores cada uno entra por su voluntad propria y por su proprio querer, y así á todos ellos parésceles que no es enfermedad la que se toma voluntariamente, sino la que viene por fuerza y violencia de causa que hace enfermar. Alguna razón tendrían si tuviesen los amores cuando tienen la voluntad para entrar en ellos, ó si tuviesen la voluntad cuando tienen los amores; mas el amador, si no tiene voluntad para dejar los amores, ni aun para querellos dejar, que si la tuviese, yo confieso que no es loco, sino muy gran burlador á maravilla; y no embargante que éntre por su propria voluntad, ya después que está dentro, enfermo está; que el dolor de cabeza que yo me tomo por mi voluntad dándome de cabezadas á una pared, no deja de ser dolor de cabeza tan bien como el que viene por pujanza de sangre; ni deja de ser llaga la que tú haces voluntariamente si te rascas mucho, tan bien como la que se hace cuando se abre una apostema; ni dejan de ser locuras las que hace el borracho, magüer que por su voluntad se emborrachase, antes todo el tiempo que estuviere borracho estará loco; también como el amador en cuanto duran sus amores, que dice dos mil locuras, y llámanlas gracias porque piensan que está burlando; y si supiesen cómo habla por fuerza, sin saber juzgar lo que dice, cualquier cuerdo juraría que aquel hombre está loco, y el mismo paciente lo jurara después que se viere sano. Tiene un bien esta locura, que hace sus locos tan mansos y tan bien condicionados, que osarás sin miedo ninguno llegarte á ellos, y aun á las veces holgarás y hallarás pasatiempo en tratar y hablar con ellos, y en ver los gestos y falsos visajes que están haciendo, mayormente si aciertan los amores en un portugués músico muy querelloso y pobre, ó en otros hombres sin cualidad graciosos, en verdad que te andes

todo el día sin comer tras ellos. Lo sobredicho se entiende de los verdaderos amores, como protestamos al comienzo, y son muy malos de examinar y conoscer, porque consisten en el pensamiento, de que sólo Dios es el sabidor; ni el mismo paciente los conoscerá, porque está sin conoscimiento; por conjecturas alcanzamos algo. Mas de los fingidos otra cosa sentimos; que ya hemos visto algunos grandes señores que toman los amores por su pasatiempo, y para disimular con ellos los grandes negocios que andan urdiendo, sábenlo tan bien hacer, que quien los viere jurara que están dentro; mas yo aviso á sus amigas que se guarden dellos, porque vienen á ellas en vestiduras de corderos, y ellos son lobos robadores; en lo que hacen por ellos lo verán, que al verdadero amador ningún servicio es trabajoso, ni hay cosa que le pidan dificultosa ó imposible.

CAPÍTULO VII.

De los celos.

La substancial perdición y daño del amador brevemente lo habemos mostrado. El remedio más cierto sería que se pusiese tierra y mares entre medias de sí y de su amiga, y se encomendasen á Dios y á los devotos templos para que le resusciten en su proprio sér y le libren de aquellas tan ásperas y tan escuras prisiones. Cuando esto no hiciere, sino que determinadamente ha de seguir por el proceso de sus amores, el mayor reparo que tiene es procurar con todas sus fuerzas y diligencia que su amada le ame otro tanto como él á ella, porque entonces cada cual dellos dará su voluntad al querer y voluntad del otro; de manera que juntas y pagadas entrambas voluntades, se haga dellas una voluntad común entre ellos, y cada uno goce de su meitad, y no que quede el uno dellos del todo perdido y

deshecho. Para las otras miserias y enfermedades susodichas es grande consuelo haber compañía que participe dellas y las ayude á llorar. Cuando esto tiene el amador alcanzado, harta mala ventura tiene y gran causa de sospirar y de llorar en todo tiempo, mas muy consolado y muy alegre se halla. En tal estado como éste son los finos y muy lastimeros celos; éstos derriban y minan todo el reparo. Allí son los sospiros arrancados de las profundas entrañas, con un hoyo y vaciamiento tan grande en el medio del pecho, que no le henchirán toda la tierra y la mar. Allí son los arroyos de lágrimas que revierten por encima de las presas, porque no lo pueden encubrir ni disimular; allí es el torcer del cuerpo y el apretar de los pechos, allí es el enclavijar de las manos y ponerlas á la rodilla, allí los gemidos al cielo con los ojos puestos en blanco, allí son las desordenadas vueltas y locos meneos de rostro y de manos, allí se aborrece la gente y se busca la soledad, allí van y vienen los pajes y las espías y nunca se acaban los mensajes, porque uno engendra diez, y diez paren ciento; allí son las bascas de esperar el mensajero, que nunca viene, por presto que venga; allí son las bravas ondas y la gran tempestad de los pensamientos con los vientos contrarios de la fortuna, que unas veces se trastumban en lo más hondo de la mar, y otras veces le ponen en la mayor altura de los montes; allí son los mortales escándalos y discordias del alma consigo misma, que se hiela y que se quema, que quiere lo que no quiere, que busca lo que deja perder, que pierde lo que anda buscando, que ama lo que aborresce, que aborresce lo que ama; donde está más, allí está menos, y allí está siempre donde nunca está. Es traido en la rueda de amor con tanta velocidad y presteza, que juntamente está alto y bajo, juntamente á la diestra y á la siniestra, enemigo rabioso y suave amigo, cruel y piadoso; muy fiero cuando muy manso; muy confiado cuando más desesperado; cuando más se encubre, se descubre más; cuando más se cierra, está más abierto; cuando más

se aparta, más cerca se pone; cuando más se despide, más quiere ser acogido; cuando más pide la muerte, más quiere vivir; cuando más amenaza, más suplica; donde más guerrea, allí se rinde; á quien ofende, defiende; á quien roba, da cuanto tiene; lo que da, no lo da; lo que dice, no lo dice; lo que siente, no lo siente; y otros bullicios y diferencias infinitas que nascen dentro de la opinión, conformes á la cualidad de los amores y celos y á la condición del paciente, que cada uno siente de su manera estas cosas; y por eso es infinito el número de los locos. Finalmente, podemos concluir, pues todas estas penas y descontentamientos se sienten dentro del alma sin que haya lisión en el cuerpo, que aquí debe estar figurada y plasmada la imagen y hechura del infierno espantoso y terrible. ¿Paréscete agora que es buena vida esta para procurarla con tanta diligencia? ¿Tienes este por buen pasatiempo, para perder por él el tiempo y la hacienda, y la honra y el cuerpo y el alma? Si preguntas al amador: «¿Qué has? qué te duele? ¿tómante algo de tu hacienda? ¿hácente alguna injuria á la honra? ¿niégate tu amiga la parte que te solía dar? ó ¿qué es esto que sientes?» dirá que no es nada deso, porque si á todo ello le satisfacen, él no queda satisfecho en tanto que ella diere parte á otro. Así que, la verdad es la que te habemos enseñado, que cuando estaban juntas las voluntades de entrambos él gozaba agora de su meitad; si ella agora despega y aparta su voluntad para darla y enajenarla en otro, este queda del todo perdido y vendido, puesta su libertad en poder de quien no tiene libertad para librarle, captivo en poder de captiva que no puede ahorrarle; queda con todas las pérdidas susodichas, y sin el reparo que para ellas le habíamos dado, y no sabe decir sino que le hizo traición su amiga y que le mintió malamente y le trincó la palabra, según que por sus cartas y firmas paresce muy patente.

CAPÍTULO VIII.

Cómo el celoso es loco de arte mayor.

El celoso enloquesce de tres temas muy grandes y muy desvariadas. La primera es de amor, que es gran locura, como habemos probado, y avívanse mucho las llamas del amor con el soplo de los celos, porque la cosa amada y preciada, en mayor grado se ama cuando se pierde. La segunda tema es el miedo y asombramiento que trae. Primera y principalmente teme de perder á su amiga, en quien está depositado todo su tesoro, su corazón, su voluntad. Deste gran temor nascen infinitos temores, ramos suyos; tiene miedo de cuantos hablan paso unos con otros, miedo de la tinta y del papel, miedo de los confesores et de los hombres de santa vida, miedo de las fiestas y regocijos, miedo de los sermones y misas y romerías, miedo de los sastres y chapineros y cocineros y aguaderos, y miedo de los pobres, y miedo de todos los hombres y mujeres y niños y niñas que hablan con su amiga ó pasan por su calle, y miedo de ventanas abiertas y entreabiertas, y de ropas y lienzos puestos en ella. En fin, que teme de palabras y de sombras, y de bultos y piedras, y otras cosas no pensadas jamás; los cuales temores, formados todos en su estimación, le hacen andar atónito y desemejado; y esta especie de locura se llama en la física temor y solicitud; los que tienen mirarquía van por este camino, y aunque no tienen tanto mal como éstos, sabrán decir que tan triste enfermedad es esta, y cuánto tormento secreto se pasa en ella. La tercera tema es la ira que concibe contra su amiga y contra el que la sigue, y contra todos los coadjutores y fautores desta scisma, y contra todo lo tocante y perteneciente á ello. En fin, que tiene ira contra todo lo que teme, y es una ira no ejecutable ni vengable, porque á la venganza no le ayuda su voluntad, que se le pasó á los enemi-

gos; así que, desea vengarse, y no tiene voluntad para ello, y también lo dejaría, porque es cosa que no se puede acabar, que son infinitos aquellos que es menester matar para satisfacerse y por no dar ocasión á su absencia y al apartamiento de aquella en quien él está transformado, que sería apartarse de sí mismo. Esta ira así furiosa y no vengable se llama en la física frenesís ó manía; no es loco manso ni de buena conversación como el amante; apártate dél cuanto pudieres, y si por caso hablares con él, sea muy sobre el aviso, porque esta locura ha hecho perder muchas vidas y destruído grandes ciudades y reinos, según que habrás visto y leído por las historias. Con lo susodicho entenderás el capítulo postrero de la comedia. Y pues que habemos ya definido y dividido por sus partes el amor vicioso, y te lo enseñamos según su naturaleza, agora conviene que hablemos un poco del amor virtuoso. É porque en el amor de Dios se contiene el amor de todas las virtudes, y las buenas labores dellas se sacan todas deste dechado, por tanto hablaremos solamente del amor de Dios, y daremos conclusión y fin á nuestra doctrina.

CAPÍTULO IX.

Del muy excelente y soberano amor.

Si el amor que tienes plantado en la mujer ó en las otras cosas mundanas le arrancas de allí y le trasplantas en Dios, tú granjearás un árbol de vida y de sabiduría, y gozarás de un fructo sin comparación deleitoso y provechoso. Este árbol cresce en tan grande altura, que no se puede alcanzar la fruta madura y sazonada dél hasta que el alma se pone en jubón y calzas y se despoja de toda su vestidura mortal; mas alguna della cogemos acá verde como se cae del árbol, y tiene tan suave olor y tantos buenos sabores, que si alguno la gusta con apetito sano y no

enfermo ni corrupto, ligeramente juzgará que pasa y sobrepuja sin proporción á todos los deleites desta vida. Primeramente sale desta fruta el suavísimo olor de la buena fama, con que trasciendes en toda la casa do estás, y en todo el lugar y por toda provincia y en toda la corte de España, y aun en la del cielo te alaban todos y dicen bien de ti; es este muy gran deleite, así como es gran pena ser un hombre infamado y maldito de todos. Tras esto, gustas el sabor del sosiego y seguridad de tu ánimo, que no has miedo que te venga cosa que te haga sobresalto, porque tienes dada y ofrescida tu voluntad y tu querer á quien tú amas; y así, todo lo que quiere, quieres tú, y con todas sus cosas te alegras y todas las amas; y este sosiego del ánimo es la paz que nuestro Señor trajo á la tierra á los hombres de buena voluntad, conviene saber, á los que ge la tienen ofrescida; desta paz gozan los justos; por eso dice el profeta que la justicia y la paz se besaron. Podemos juzgar cuán dulce sabor debe ser este, los que andamos metidos en los hervores y bullicios de la corte, en ver cuán amargo es el desasosiego et sobresaltos que aquí gustamos; por eso dice el Profeta que el corazón del malo es como la mar hirviente, que sosegar no puede. Gustas asimesmo el menospreciar de las prosperidades y favores, porque en verte bienquisto y favorido de tan gran rey, estimas en tanto el favor de los otros reyes como sus privados estimarían el favor de sus acemileros; aquí no has miedo que te muerdan ni te dañen los invidiosos, ni tienes temor de ser descubierto, porque no habrás miedo ni vergüenza aunque te tomen con Dios en escondido. Suelen ser las canas y la vejez estorbo en los otros amores, y en estos no, antes te paras con ellas más hermoso y más dispuesto. Este es muy gran descanso para tratar amores, que darían los otros cuanto tienen por tornarse atrás en la edad, y pelan con tenazuelas las canas que asoman, y guisan las barbas con pebrada como caracoles; ¿qué más quieres tú, sino que la dolencia te hace más gracioso, y la

muerte más lindo y más alegre, aunque la pintan triste y fea? Item, en estos amores no puedes padescer abscencia, que es una de las crueles penas de amor, ni te pueden apartar de quien bien quieres prisiones ni amenazas, ni fuerzas ni destierro ni otra violencia mundana, porque do quiera que fueres, allá lo llevas contigo, ni hay puerta cerrada para ti cada vez que quieres entrar, porque en buscando al que amas, le hallarás luégo, y en pulsando, luégo te abrirán. Gozas también de una buena confianza, que es el mayor sabor y más deleitoso de toda esta vida, pues que con las esperanzas dudosas y caducas della te alegras y te consuelas más que con lo que ya posees, y gozas de aquel contentamiento secreto y alegría escondida que siente tu alma cuando haces lo que debes. Aquí no receles de perder el sexo, porque en estos amores ninguna imagen ni fantasma tienes formada ni figurada en la imaginación ó fantasía, que no son amores sensuales estos ni se conciben en los sentidos, mas son amores intellectuales y puestos en razón, y el entendimiento no pierde sus fuerzas por ser alta ó descompasada la cosa que contempla, aunque no quepa en su capacidad, antes queda más vivo y más fuerte para el conoscimiento de las otras intelligencias menores, y esta es una de las ventajas que el entendimiento hace á los sentidos corporales, como se trata en el tercero *De Anima*. Así que, no enloquecerás ni perderás el juicio en estos amores, porque consisten en la razón y prudencia, y son proprios amores de hombre en cuanto es hombre, y no de hombre en cuanto es bestia; otrosí, no te disminuyes de tu valor natural para que te sometas á otra cosa que sea de menos condición que tú, antes honras y acrescientas tu naturaleza, que, como eras de condición mortal, te haces inmortal, y como eres humano, te haces divino; y en esto se debrían esmerar los generosos ánimos de los caballeros, que como procuran con tantos trabajos y peligros y aun hacienda lo que no deben, por conservar y acrescentar los estados que sus padres les dejaron, procu-

rasen con mayor diligencia y haciendo lo que deben, de guardar y acrescentar el valor y dignidad natural que en sus personas tienen; ca el estado de menos estima ha de ser que la persona, pues que fué para la persona, y no la persona para el estado. Item, en estos amores vivirás seguro de haber celos; que ya sabes que es inmudable quien tú amas, y que siempre te amará tanto como agora, y mucho más si tú quisieres, y sabes también que el amor que te tiene es mayor que el que tú le tienes; y bien se paresce en lo mucho que te da y en lo poco que tú le das. Cuantos más competidores tengas y cuanto mejor les fuere á ellos, tanto serás tú más preciado y más amado; porque aquí los unos no impiden á los otros, antes se ayudan en tanto grado, que después de Dios, no habrá cosa en el mundo que más ames que á tus competidores. Finalmente, te quiero comprehender en una excellencia de sabor, que tiene esta fruta todas cuantas dulzuras y deleites tú puedes pensar, y otras infinitas más de las que puedes entender, y es, que pues el amante se transforma en el amado, si tú amas á Dios, te transformas en él y te haces una cosa con Dios y hijo suyo; que así dice san Juan, que á todos los que le reciben en su amor y voluntad les dió poder para que fuesen hechos hijos de Dios, y no hechos de carne y de sangre, mas nascidos del mismo Dios. Y en otro lugar dice que quien está firme en el amor de Dios está en Dios, y Dios en él. Faltan en verdad vocablos y sobran conceptos, faltan conceptos y sobra lo que es infinita manera. Baste agora que sabemos por muy cierta experiencia que los que en este mundo caminan por las veredas y sendas de paraíso, en el mismo camino comienzan á oler y gustar los deleites d'allá, y los que tiran á man izquierda por el camino del infierno, acá hallan el rastro y las pisadas dél, y en lo que sienten se les trasluce lo d'allá. Muy dulces amores te habemos puesto delante, y muy ligeros de alcanzar, si tú los quieres; y si fueren menester medianeros para aliviarte de cuidado, hablarás con

su misma Madre, que, con ser honestísima y la más casta mujer que nunca fué ni será, tomará tanto cargo de tus amores como si le fuese la vida en ello; y si quisieres los mismos porteros y guardas de palacio, dilo á san Pedro y á sus compañeros; y si quieres de las dueñas de casa, viudas, de tocas largas y honestas, que no se guardan dellas, puedes fiarte de muchas que allí están, y encárgales tu negocio cada vez que quisieres; y si quieres damas y vírgines, en un rincón deste palacio hallarás más que en todo el mundo; y si quieres á sus mismos pajes, que nunca se le quitan delante, habla con san Miguel ó con cualquier de los otros. Allí hallarás confesores y religiosos que te ayuden, allí habrá caballeros esforzados con treinta cuchilladas por las caras, hechos arneros por amores, que te sabrán muy bien entender y holgarán de favorecerte. Toda esta gente deste palacio te mirará con ojos de amor, y te recibirá con los brazos abiertos y las bocas llenas de risa, y no les habrás dicho la cosa, cuando la tengan hecha, sin pedir interese ni traerte mentiras, y serás de toda la gente de palacio muy conoscido y muy bienquisto por el cabo; si te agradan estos amores, síguelos; y si no quieres sino mujer y dama hermosa, et á esta meterla en las entrañas y en los senos del corazón, y que se ande Dios por defuera, como si fuese una vieja que te ruega y te da cuanto tiene, puédeslo hacer. Empuércate bien en tus suciedades, y revuélcate mucho por tus cienos y chaparrales, y saldrás tal de allí, que no haya quien de asco pueda mirarte, sino el diablo, que te abrazará sin cosa y te meterá en aquella pocilga que tú buscabas; ella es tal, que en pensarla solamente, si bien la contemplas, te tomarán dos mil desmayos.

CAPITULO X.

Fin de la obra, y recomendación de las mujeres.

Habemos vituperado el amor vicioso del hombre á la mujer; lo mismo amonestamos á ellas que se guarden dellos, que mayor daño les viene, porque son más delicadas y concurren en ellas más circunstancias de perdición; mas de amor honesto y virtuoso, ellas son dignas y merescedoras de ser amadas, por muchas prerogativas y gracias de que fueron dotadas. Primeramente, porque son criaturas de Dios capaces de razón y de entendimiento como los hombres, hechas de su misma masa, á la imagen y semejanza de su Hacedor; otrosí, por la gran hermosura que les fué dada, que debajo del cielo no hay cosa tan deleitable para la vista de los ojos, y para dar gracias al Maestro de tales imágines, como es ver una mujer muy hermosa y bien apuesta, ca resplandesce más en ellas la belleza por su gran vergüenza y esquividad; porque las cosas vistas y comunicadas pocas veces, deleitan más la vista, por ser más nuevas, que se miran con mayor deseo, como dice el Aristote en el décimo de la *Ètica*. Tienen asimismo inclinación natural á las cosas de Dios, y ejercitan los oficios divinos sin cansancio ni fatiga, antes reciben en ello recreación y consuelo, y por eso las llamó la Iglesia linaje devoto. Tienen también mucha obediencia y mansedumbre, que donde son compañeras se hacen siervas compradas por precio, y sufren los insultos de los hombres y los de la fortuna con gran paciencia. Item, son muy moderadas en comer y beber, y sentirlo has si mantienes veinte hombres y veinte mujeres; no hay borracherías entr'ellas ni bodegones, no hay juegos ni blasfemias ni juramentos sacados de las entrañas y tuétanos de la fe católica, no hay homicidios ni robos ni otros enormes pecados que á cada paso cometen los hombres. Otrosí, la

castidad halló en ellas espaciosa morada, y conoscerlo has en una cosa, que si en una gran ciudad hay diez mujeres erradas, de aquellas se habla por los cantones, de aquellas se hacen los corros por las plazas, como de cosa nueva y monstruosa; mas de los hombres con quien erraron no dicen nada, siendo en ellos mayor la culpa, así como en cualquiera escándalo el agresor y acometedor tienen mayor culpa que el acometido y perseguido; y aun estas mujeres erradas, con toda su infamia, son más honestas y más recogidas que los hombres honestos del pueblo; y esto no lo hace sino que quisieron ellas tomar para sí la observancia y regla de la virtud tan estrecha, que los pecados que son veniales y livianos en los hombres, los hicieron en sí muy graves y muy mortales; y ellos tomaron la vida tan ancha, que un ladrón muy malvado y muy borracho osa decir en medio desa plaza que él no es hombre que ha de hacer cosa que no deba, y sobre esta razón no duda de matarse con otros dos, y dan con él en el infierno; y dicen luégo los que le llevan á enterrar, que juran á Dios que hizo bien, ¿para qué es la vida? y que dan al diablo la vida que no se pone al tablero por la honra; y sale otro más fiero de entre ellos, y dice: «No, no; esa raya se la dió Dios del casco, que hago voto á Dios, la vida y el alma pierda cien veces si me tocan en la honra en tanto como este pelito;» y saca el pelito de la capa, que apenas le halla, y sóplalo. ¿Paréscete agora que es bien ancha regla, destos bellacos, que piensan que hacen lo que deben en hurtar y en ser profanos y viciosos de todo género de pecado? Et si una mujer tuerce el ojo, ella misma há vergüenza de parescer entre las otras. Y no embargante todo lo susodicho, y mucho más que se podría decir, no ha faltado quien murmurase de todas las mujeres en general, y escribiese juicios y sentencias contra sus honras. En verdad me parescen sentencias vanas, sin fundamentos de razón, y de jueces apasionados, porque alguna dellas no respondió á sus desordenadas y torpes deman-

das; y no es de maravillar que aun á Dios reprehenden y maltratan, porque los tiempos y las otras cosas que crió no responden á sus locas voluntades para henchir sus hambrientas y tragonas avaricias; que la divina Providencia cura de nosotros como un padre muy piadoso cura de sus niños, cumpliendo con todas sus necesidades y no satisfaciendo á todas sus peticiones, porque son innocentes y no saben lo que piden; esto no les agrada á los que tienen mucha pasión de lo que desean y poco cuidado de la gobernación del mundo. Así que, á las mujeres entonces las maltratan más cuando menos culpa tienen, y la ponzoña que conciben de una sola derrámanla sobre todas. ¡Qué vileza tan grande ofender á quien no se defiende, y alargar mucho la lengua en injuriar á quien no responde por sí!

FIN.

LOS
TRES MARIDOS BURLADOS

POR EL MAESTRO

TIRSO DE MOLINA

LOS

TRES MARIDOS BURLADOS

POR EL MAESTRO

TIRSO DE MOLINA

En Madrid vivían pocos tiempos há tres mujeres hermosas, discretas y casadas: la primera con el cajero de un caudaloso ginovés, en cuyo servicio ocupado siempre, tenía lugar de asistir en su casa solamente los medios días á comer y las noches á dormir; la segunda tenía por marido á un pintor de nombre, que en fe del crédito de sus pinceles, trabajaba más había de un mes en el retablo de un monasterio de los más insignes de aquella corte, sin permitirle sus tareas más tiempo que al primero, pues las fiestas que daban treguas á sus estudios eran necesarias para divertir melancolías que la asistencia contemplativa deste ejercicio comunica á sus profesores; y la tercera padecía los celos y años de un marido que pasaba de los cincuenta, sin otra ocupación que la de martirizar á la pobre

inocente, sustentándose los dos de los alquileres de dos casas razonables, que por ocupar buenos sitios les rentaban lo suficiente para pasar, y con la labor de la afligida mujer, con mediana comodidad la vida.

Eran todas tres muy amigas, por haber antes vivido en una misma casa, aunque ahora habitaban barrios no poco distantes; y por el consiguiente, los maridos profesaban la amistad, comunicándose ellas algunas veces que iban á visitar á la mujer del celoso; porque á la pobre, si su marido no la llevaba consigo, era imposible poderles pagar las visitas; y ellos los días de fiesta, ó en la comedia, ó en la esgrima, ó en el juego de argolla, andaban de ordinario juntos.

Un día pues que estaban las tres amigas en casa del celoso, contándoles ella sus trabajos, la vigilancia impertinente de su marido, las pendencias que le costaba el día que salía á misa, que con ser al amanecer y en su compañía, aun de las puntas del manto, porque la llegaba á la cara, tenía celos; y ellas, compadeciéndose de sus persecuciones, la consolaban; habiendo venido los suyos, y estando merendando todos seis, concertaron para el día de San Blas, que se acercaba, salir al sol y á ver al Rey, que se decía iba á Nuestra Señora de Atocha aquella tarde; y por ser en día de jueves de compadres, llevar con qué celebrar en una huerta allí cercana la solemnidad de la fiesta, que, aunque no está en el Calendario, se solemniza mejor que las de Pascua, habiendo hecho no poco en alcanzar licencia para que la del celoso necio se hallase en ella.

Cumplióse el plazo y la merienda; después de la cual, asentadas ellas al sol, que le hacía apacible, oyendo muchas quejas de la mal maridada, y ellos jugando á los bolos en otra parte de la misma huerta, sucedió que, reparando en una cosa que relucía en un montoncillo de basura á un rincón della, dijese la mujer del celoso:

—¡Válgame Dios! ¿Qué será aquello que brilla tanto? Miráronlo las dos, y dijo la del cajero:

—Ya podría ser joya que se le hubiese perdido aquí á alguna de las muchas damas que se entretienen en aquesta huerta semejantes días.—Acudió solícita á examinar lo que era la pintora, y sacó en la mano una sortija de un diamante hermoso, y tan fino, que á los reflejos del sol parece que se transformaba en él.

Acodiciáronse las tres amigas al interés que prometía tan rico hallazgo, y alegando cada cual en su derecho, afirmaban que le pertenecía de justicia el anillo. La primera decía que, habiéndolo sido en verle, tenía más acción que las demás á poseerle; la segunda afirmaba que, adivinando ella lo que fué, no había razón de usurpársele; y la tercera replicaba á todos que, siendo ella quien le sacó de tan indecente lugar, hallando por experiencia lo que ellas se sospecharon en duda, merecia ser solamente señora de lo que le costó más trabajo que á las demás.

Pasara tan adelante esta porfía, que viniendo á noticia de sus maridos, pudiera ser ocasionara en ellos alguna pendencia sobre la acción que pretendía cada una dellas, si la del pintor, que era más cuerda, no las dijera:

—Señoras, la piedra, por ser tan pequeña y consistir su valor en conservarse entera, no consentirá partirse: el venderla es lo más seguro, y dividir el precio entre todas antes que venga á noticia de nuestros dueños y nos priven de su interés, ó sobre su posesión riñan, y sea esta sortija la manzana de la discordia. Pero ¿quién de nosotras será su fiel depositaria, sin que las demás se agravien, ó haya segura confianza de quien se tiene por legítima poseedora desta pieza? Allí está paseándose con otros caballeros el Conde mi vecino; comprometamos en él, llamándole aparte, nuestras diferencias, y pasemos todas por lo que sentenciare.

—Soy contenta, dijo la cajera; que ya le conozco, y fío de su buen juicio y mi derecho que saldré con el pleito.

—Y yo y todo, respondió la mal casada; pero ¿cómo me atreveré á informarle de mi justicia, estando á vista de mi

escrupuloso viejo, siendo el Conde mozo, y ciertos los celos, con el juego de manos tras ellos?

En esta confusa competencia estaban las tres amigas, cuando, diciendo que pasaba el Rey por la puerta, salieron corriendo los maridos entre la demás gente á verle; y aprovechándose ellas de la ocasión, llamaron al Conde y le propusieron el caso, pidiéndole la resolución dél antes que sus maridos volviesen, y el más celoso llevase qué reñir á casa; y pusiéronle la sortija en la mano, para que él la diese á quien juzgase merecerla.

Era el Conde de sutil entendimiento, y con la cortedad del término que le daban, respondió:

—Yo, señoras, no hallo tan declarada la justicia por ninguna de las litigantes, que me atreva á quitársela á las demás; pero pues habéis comprometido en mí, digo que sentencio y fallo que cada cual de vosotras dentro del término de mes y medio haga una burla á su marido (como no toque en su honra); y á la que en ella se mostrare más ingeniosa se le entregará el diamante, y más cincuenta escudos que ofrezco de mi parte, haciéndome entre tanto depositario dél. Y porque vuelven vuestros dueños, manos á la labor, y adios.

Fuése el Conde, cuya satisfacción abonó la seguridad de la joya, y su codicia les persuadió á cumplir lo sentenciado. Vinieron sus maridos; y porque ya la cortedad del dia daba muestras de recogerse, lo hicieron todos á sus casas, revolviendo cada cual de las competidoras las librerías de sus embelecos para estudiar por ellos uno que la sacase victoriosa en la agudeza y posesión del ocasionador diamante.

El deseo del interés, tan poderoso en las mujeres, que la primera por el de una manzana dió en tierra con lo más precioso de nuestra naturaleza, pudo tanto en la del codicioso cajero, que habiendo sacado por el alquitara de su ingenio la quinta esencia de las burlas, hizo á su marido la que sigue:

Vivía en su vecindad un astrólogo, grande hombre de sacar por figura los sucesos de las casas agenas, cuando quizá en la propia mientras él consultaba efemérides, su mujer formaba otras, que, criándose á su costa, le llamaban padre. Este pues tenía conocimiento en la de su vecino contador, y deseos no tan lícitos cuanto disimulados de ser su ayudante en la fábrica del matrimonio. Había la astuta cajera caládole los pensamientos; y aunque, por ser tan estimadora de su honra cuanto el amante entrado en días, se los rechazaba, quiso en la necesidad presente valerse de la ocasión y aprovecharse de sus estudios; para lo cual, mostrándosele menos intratable que otras veces, le dijo que para cierto fin ridículo con que quería regocijar aquellas Carnestolendas, le importaba hiciese creer á su marido que dentro de veinte y cuatro horas pasaría desta vida á dar cuenta á Dios de la que hasta entonces había él tan mal empleado.

Prometióselo, contento de tenerla gustosa, sin inquirir su pretensión; y mientras ella, llamando al pintor amigo, y celoso necio, concertó con ellos lo que habían de hacer para colorear este disparate, persuadiéndolos que era para regocijarse con semejante burla en días tan ocasionados para ellas, haciéndose el astrólogo encontradizo con el ignorante cajero, que, cansado de pagar letras, se venía á acostar, le dijo:

—Mal color traéis, vecino: ¿sentís alguna mala disposición en vos?

—Gracias al cielo, le respondió, sino es el enfado de haber contado hoy más de seis mil reales en vellón, no me he sentido más bueno en mi vida.

—La color á lo menos, replicó el astrólogo, no conforma con vuestra satisfación: dadme acá ese pulso.—Diósele turbado el ignorante cajero; y arqueando las cejas con muestras de sentimiento amigable, el cauteloso embelecador le dijo:

—Vecino mío, cuando yo no haya sacado otro fruto del co-

nocimiento de los cursos celestiales sino el que se me sigue de avisaros de vuestro peligro, doy por bien empleados mis desvelos: para estas ocasiones son los amigos; no lo fuera vuestro si no os avisara de lo que os conviene y menos cuidado os da: disponed de vuestra hacienda y casa, ó lo que importa más, de vuestra alma; porque yo os digo por cosa infalible que mañana á estas horas habréis experimentado en la otra vida cuánto mejor os hubiera estado el haber tenido más estrechas cuentas con vuestra conciencia que con los libros de caja de vuestro dueño.

Entre turbado y burlón le respondió el moscatel:

—Si ese juicio que hacéis sale tan verdadero como el pronóstico que del año pasado hicisteis, todo al revés de cómo sucedieron sus temperamentos, más larga vida me prometo de lo que yo imaginaba.

—Ahora bien, replicó el astrólogo, yo he cumplido en esto con las leyes de cristiano y amigo: haced vos lo que mejor os estuviere; que yo sé que no llevaréis queja de mí al otro mundo de que no os lo avisé pudiendo.

Y dejándole con la palabra en la boca, echó á grande priesa por la calle arriba.

Turbado y confuso guió á su casa el amenazado cajero, tentándose por el camino los pulsos y más partes de donde podía temer algún asalto repentino y mortal; pero hallándolo todo en su debida disposición, y no siendo el crédito del adivinante muy abonado, medio burlándose dél y medio temeroso, entró en su casa, y sin decir nada á su esposa, por no darla pena, pidió de cenar, que le trujo ella muy diligente, habiendo conjeturado de sus acciones que ya se había dado principio á aquel estratagema.

Comió poco y mal; y diciendo le hiciesen la cama, se comenzó á desnudar, suspirando de cuando en cuando. Preguntóle lo que tenía, fingiendo sentimientos amorosos, la codiciosa burladora, á que satisfizo fingiendo disgustos con el ginovés, que le habían desazonado. Consolóle ella lo mejor que supo; acostáronse, y fué aún menos el sueño

que la cena, notando ella, aunque fingía dormir, cuán buenas disposiciones se iban introduciendo para el fin de sus deseos. Madrugó más de lo ordinario, algo descolorido; y acudiendo á su ejercicio acostumbrado, fueron de suerte las ocupaciones de aquel día, que no pudo ir á comer á su casa, dándoselo en la del ginovés su amo.

Al anochecer, cuando se tornaba á su posada, estaban á la esquina de una calle por donde forzosamente había de pasar, el teniente de su parroquia y otro clérigo, con dos ó tres hombres prevenidos por el pintor á instancia de la cajera, diciendo cuando llegaba cerca dellos, fingiendo no verle y de modo que pudiese oirlos:

—Lastimosa muerte por cierto ha sido la del malogrado Lucas Moreno (que así se llamaba el escuchante).

—Lastimosa, respondió el otro clérigo, pues sin sacramentos ni otra prevención cristiana le hallaron muerto en su cama esta mañana, estando su mujer, que le amaba tiernamente, de puro dolor cerca de hacerle compañía.

—Lo peor es, dijo otro del corrillo, que el astrólogo su vecino afirma que se lo avisó ayer, y haciendo burla de su pronóstico, sin desmarañar las trampas que los de su oficio traen entre manos, se dejó morir como una bestia.

—Dios tenga misericordia de su alma, replicó el cuarto, que es de quien podemos tener compasión; que la viuda con dote queda de lo que quizá él ganó mal, con que asegundar el matrimonio; y vámonos á acostar, que hace mucho frío.

Iba el pobre Lucas Moreno á satisfacerse dellos y saber si había otro de su nombre que se hubiese muerto aquel día; pero ellos, de industria, dándose las buenas noches, se fueron todos, dejándole con la turbación que bien claramente se puede imaginar.

Caminó confuso adelante, y en una calle antes de la suya halló al astrólogo hablando con el pintor, que en

viéndole venir dijo (como que proseguían la plática de su muerte):

—No quiso creerme á mí cuando ayer le dije que se había de morir dentro de veinte y cuatro horas: hacen burla los ignorantes mentecatos de la evidencia de la astrología: tómese lo que le vino; que yo sé que esta es la hora en que está bien arrepentido de no haberme dado crédito.—Respondió el pintor:

—Era notablemente cabezudo el malogrado de Lucas Moreno, y no poco glotón: debió de comer alguna fiambre ginovesa y daríale alguna apoplejía: Dios le tenga en su gloria y consuele á su afligida mujer; que cierto que hemos perdido un buen amigo.

No pudo sufrirlo el confuso cajero; y llegándose á ellos, les dijo:

—Señores, ¿qué es esto? ¿Quién me hace las honras en vida, ó tomando mi forma, se ha muerto por mí? Que yo bueno me siento, gracias á Dios.

Echaron á huir entonces todos, fingiendo espantos y diciendo asombros á voces:

—¡Jesús sea conmigo! Jesús mil veces! El alma de Lucas Moreno anda en pena; alguna restitución pide que hagamos de su hacienda, por la que debe haber mal ganado: conjúrote de parte de Dios, ánima cristiana, que no me sigas, sino que desde donde estás me digas qué quieres;—dejándole con esto á pique de sacarlos verdaderos, según el sobresalto que le causó tan apoyada mentira.

Prosiguió medio desmayado y sin pulsos hasta cerca de su casa, y junto á ella vió al amigo celoso, que fingía salir della y le estaba esperando para acabar de desatinarle. Hízosele encontradizo, y al emparejar con él, volvió dos pasos atrás, y haciéndose mil cruces, dijo:

—Ánimas benditas del purgatorio, ¿es ilusión la que veo ó es Lucas Moreno difunto?—Lucas Moreno soy; pero no esotro, amigo Santillana, dijo el asombrado mentecato: ¿de qué os santiguáis? ¿Ó cuándo me he muerto yo para

hacer tantos aspavientos? Asióle entonces de la capa porque no huyese; y él, dejándosela en las manos, se fué dando gritos, santiguándose y diciendo:

—Abrenuncio, espíritu maligno; no debo á Lucas Moreno sino seis reales que me ganó á los bolos el otro día; pero *quod non ponitur non solvitur:* si vienes por ellos, vende esa capa; que no quiero trabacuentas con gente del otro mundo.

Fuése huyendo con esto, quedando nuestro Moreno tan pasmado, que faltó poco para no dar consigo en tierra.

—Alto, no hay más, yo debo de haberme muerto (decía entre sí muchas veces); Dios debe de enviarme á esta vida en espíritu para que disponga de mi hacienda y haga testamento; pero ¡válgame Dios! si me morí de repente, ¿cómo no ví á la hora postrera al demonio, ni me han llamado á juicio, ni puedo dar señal alguna del otro mundo? Y si soy alma, y el cuerpo quedó en la sepultura, ¿cómo estoy vestido, veo y toco, y uso de los sentidos corporales? ¿Si he resucitado? Pero si fuera así, ¿no hubiera visto ú oído algún ángel que de parte de Dios me lo mandara? Mas ¿qué sé yo de lo que se usa en el otro mundo? Puede ser que me hayan otra vez revestido de mi primera carne, y no sea costumbre allá hablar con escribanos; y como mi oficio es de pluma, tendrán por caso de menos valer tratar con gente de trabacuentas. Lo que yo veo es que todos huyen de mí y me tienen por muerto, hasta los que son mis mayores amigos, y según esto, debe de ser verdad; pero si dicen que el más amargo trago es el de la muerte, ¿cómo no la he sentido ni me ha dolido nada? Las muertes repentinas deben de entrarse sin duda por una puerta y salirse por otra, sin dar lugar al dolor para hacer su oficio; pero ¿si será por ventura alguna burla de mis amigos? Que el tiempo es acomodado para ellas, y hasta ahora ninguno de los que me encuentran por la calle hace aspavientos ni se asombra de verme, sino ellos. ¡Válgate Dios por muerte, que veniste tan á poca costa!

Haciendo estos discursos desvariados llegó á su casa, y hallándola cerrada, llamó con golpes recios: la noche entraba muy fría y escura, y ya la cavilosa mujer estaba prevenida de lo que había de hacer y avisada de todo cuánto hasta allí había pasado. Tenía sola una criada en casa, habiendo de industria enviado dos leguas de allí con un recado fingido á dos mancebos que vivían en ella, que servían de hacerle las cobranzas de caja. La moza era tan gran bellaca como su señora; y en oyendo llamar, respondió con una muy quebrantada y lastimosa voz:

—¿Quién está ahí?

—Ábreme, Casilda (respondió el difunto vivo), ábreme, que yo soy.

—¿Quién llama, replicó, á esta hora en esta triste casa, donde sólo vive el sentimiento, la tristeza y la viudez?

—Acaba ya, necia, volvió á decir, que soy tu señor; ¿no me conoces? Ábreme apriesa, que llovizna y hace más frío del que permite este lugar.

—¿Mi señor? (replicó ella) ¡Pluguiera á Dios que lo fuera! Ya le pudre la tierra; ya está en parte donde, por lo que sabía de cuentas, le habrán hecho cajero mayor del infierno; que allí todas se pagan á letra vista, si Dios no ha tenido misericordia de su ánima.

No pudo entonces, impaciente, sufrir tantas verificaciones de su muerte; y así, dando un puntapié al postigo, que no estaba para aguardar otro, quebrando la aldaba, le abrió, huyendo la criada y dando las voces de los demás que por la calle había encontrado. Á los gritos de la criada salió la mujer en hábito de viuda recoleta, fingiéndose alborotada, y en viéndole se cayó desmayada, diciendo:

—¡Jesús, qué veo! Faltó poco para no hacer lo mismo el asombrado marido, y tuvo por infalible que estaba muerto. Con todo eso, en pago de las muestras de sentimiento que en su mujer había visto, la llevó en brazos á la cama, desnudándola y echándola en ella; que aunque lo sentía todo,

se daba por medio difunta. La moza se cerró en otro aposento, disimulando la risa y vendiendo miedos que no tenía. En fin, el pobre ánima en pena, sin averiguar si comían ó no los del otro mundo, abrió un escritorio, y dió tras una gaveta de bocados de mermelada, acompañándola con bizcochos y ciruelas de Génova, que ayudó á pasar con los empellones de una bota, cuya alma le había infundido la Membrilla, pareciéndole que no era tan trabajosa la otra vida, pues hallaban tal ayuda de costa los que caminaban por ella.

Dióse tan buena maña nuestro Lucas Moreno en fortalecer su corazón, desfallecido con el cordial remedio, que cogiéndole algo flaco y desvanecido con las ilusiones burlescas, y subiéndosele el licor de Noé, si no á las barbas, á la cabeza, se halló en la gloria de Baco, desnudándose á zancadillas, y acostándose al lado de la que todavía disimulaba su desmayo y se tragaba la risa, con no poca resistencia della, que reventaba por salir. En fin, él se acostó entre desmayado y lo otro, embistiendo el sueño con aceros vinosos; que no hay tal jarabe de adormideras como el que se saca de un lagar. Él durmió hasta la mañana, soñando infiernos, purgatorios y glorias, y entre tanto vinieron los burlones amigos á informarse de la criada de lo que pasaba, y celebrando la buena elección que el difunto había hecho de haberse amortajado por de dentro de piés á cabeza con las telas que teje Baco.

Amaneció, y viendo la cautelosa cajera que todavía estaba durmiendo su marido, se levantó y vistió de gala, enviando fuera de casa el monjil viudo y las hipócritas tocas: compuso la cara de fiesta, y volviendo á la cama, despertó al aparente finado, diciéndole:

—¿Hasta cuándo habéis de dormir, marido mío? ¿Aún no se han digerido los humos con que anoche os acostasteis?

Estremecióle los brazos, tirándole de las narices, con que dando bostezos volvió en sí; y viendo á su mujer tan

compuesta, la casa de regocijo y sin los lutos y llanto de la noche pasada, admirado de nuevo, dijo:

—Polonia, ¿adónde estoy? ¿Haste tú también muerto como yo, y en fe del amor que me tenías en el siglo, y te he sacado dél, vienes á celebrar en este mundo nuevo segundas bodas? ¿De qué enfermedad ó cómo salí de la otra vida? Que vive Dios (si en esta se puede jurar), que no sé cómo me he muerto ni á qué partes me ha echado el cielo. ¿Hay camas y aposentos acá? ¿Véndese vino y bizcochos? ¿Qué arriero me trujo á mi escritorio, que yo anoche saqué dél provisión bastante á consolar la soledad que sin ti sentía por estos países no conocidos?

—Buen humor, respondió la astuta fisgona, crían en vos, marido mío, las Carnestolendas. ¿Qué chilindrinas son esas? Acabad, levantaos; que ha enviado á llamaros el ginovés dos veces.

—¿Luego no estoy muerto ni me enterraron ayer? replicó él.

—En vos á lo menos (respondió entonces ella) debió de enterrarse anoche el alma de nuestra bota, según está de macilenta, pues decís esos disparates.

—Si las almas se entierran, Polonia de mi vida (volvió á decir), es verdad que anoche las hice las honras; pero ya yo lo estaba en la parroquia, lastimado el teniente, tristes nuestros amigos, llorando Casilda y enlutada vos.

—Acabad ahora de ensartar chanzas, replicó ella; que os llama nuestro ginovés.

—¿Luego también los hay acá? preguntó él. No debo yo estar en carrera de salvación, pues puedo ir donde habitan cambios y se hospedan trampistas.

—Dejémonos de pullas, dijo Polonia, y levantaos de ahí; que parece que habláis de veras, y estáis echando bernardinas.

—Mujer, por nuestro Señor, respondió Lucas Moreno, que há veinte y cuatro horas que estoy muerto y no sé cuántas enterrado: preguntádselo á Casilda, al teniente

cura de nuestra parroquia, al pintor nuestro amigo, á Santillana el celoso, al astrólogo nuestro vecino, y á vos misma, viuda anoche y enlutada, y ahora, á lo que imagino, muerta como yo; que si no me acuerdo mal, anoche os llevé sin pulsos ni aliento á la cama, y os debió de costar el espanto de verme, la vida, y sin saber cómo, de la suerte que yo, estáis en ésta y no lo acabáis de creer.

—¿Qué tropelías son estas, marido mío? dijo la fingida turbada. ¿Anoche no nos acostamos buenos y sanos? ¿Qué entierros, difuntos, ú otros mundos son estos? Casilda, llámame al astrólogo nuestro vecino, que también es médico, y nos dirá lo que le ha dado á mi buen Lucas Moreno; que estas mujercillas con quien trata le deben de haber trastornado el seso.

No sabía qué se decir el atronado marido, ni si estaba loco, muerto ó vivo, ni la mujer podía sacarle de que era espíritu que volvía á poner orden en su hacienda.

En esto entraron los dos ayudantes de la burla, y ella refiriendo lo que pasaba, le afirmaron (no sin reirse) de que estaba no sólo en este mundo, pero en Madrid y en su casa; y si duraba todavía en su tema, pararía en la del Nuncio.

Vino luégo el astrólogo, llamado de la criada, y le afirmó que el desvanecimiento de sus libros de caja y cuentas le tenían barrenado el cerebro; con lo cual él ya consolado de que vivía, y airado de que lo tuviesen por loco, les dijo:

—Pues si es verdad que no estoy muerto, ¿de qué sirvieron los espantos y conjuros con que ayer huísteis de mí, haciéndoos más cruces que tiene una procesión de penitentes?

—¿Vos me visteis á mí? dijo el astrólogo.

—Sí, ayer estuve con vos, dijo Lucas.

—¿Cómo puede eso ser, replicó, si estuve todo el día metido en casa y encerrado en mi estudio, levantando figura sobre el descubrimiento de unos ladrones que han hurtado una joya de diamantes?

—Yo á lo menos, dijo el pintor, no he salido del monasterio donde trabajo hasta las once de la noche.

—Pues yo, acudió el viejo, tampoco ví ayer la calle, porque estuve despachando un propio á la montaña, mi tierra.

—Peor está que estaba (dijo el casi loco de veras): vos, señor vecino, ¿no me dijisteis antes de ayer por la noche que, según la mala color, los índices del pulso y pronóstico de vuestras figuras, había de morirme dentro de veinte y cuatro horas?

—¿Yo? replicó él; pues há más de cuatro días que no nos vemos, ¿y ahora salís con eso? Volved en vos, señor Lucas Moreno; que lo debéis de haber soñado esta noche.

—Como ello sea sueño, y no pura verdad, replicó, yo haré la costa del martes de Carnestolendas en albricias de la vida que no sé si tengo.

—Aceptamos la fiesta, respondieron todos; y para que os acabéis de desengañar, vestíos y vamos á oir misa á la parroquia; veréis lo que puede en vos la imaginación vehemente.

Hízolo así el incrédulo finado, y le sucedió lo mismo con los clérigos que vió el día pasado tratar de su entierro, que con los demás amigos.

Riéronse y diéronle picones, que por no hallarse con caudal para sufrirlos, le obligaron, después de haber cumplido con el convite, á que se ausentase de Madrid á negocios del ginovés por quince días, dando en ellos lugar al olvido, que en la corte sepulta brevemente todos los sucesos, por peregrinos que sean, dejando concertado su mujer con todos los participantes en la burla no dijesen el misterio della á su marido, sino que le persuadiesen á que fué sueño, temerosa de que no hiciesen sus espaldas la costa della.

Entre tanto que nuestro cajero experimentaba ausente que estaba vivo, y se moría la fama de su entierro en sue-

ños, no se descuidó la mujer del pintor de ejecutar la burla que tenía imaginada, envidiosa de la buena sa'' que había tenido la de su competidora; para lo cual concertándose con un hermano suyo, amigo de entretenerse á costa agena, le envió el jueves siguiente á la plazuela de la Cebada á que comprase una puerta de las muchas que tales días traen á vender allí, que fuese á medida de la que en su casa salía á la calle y por vieja pedía la jubilasen. Trújola con todo secreto de noche, y escondida donde el pintor no pudiese verla, avisó al burlón hermano de lo que había dè hacer, y le encerró con otros dos amigos en el sótano.

Vino dos horas después su marido, quedándose en el monasterio donde pintaba los aprendices que tenía, moliendo colores, porque se había de acabar el retablo para la Pascua, y era necesario darse priesa.

Recibióle Mari-Pérez (que así se llamaba la codiciosa pintora) con todo cariño y amor. Acostáronse temprano, porque le importaba madrugar, y durmieron hasta la media noche, digo, el descuidado marido; que ella mal pudiera dormir, preñado el entendimiento con tantas arquitecturas burlescas; y llegada aquella hora, comenzó la engañosa casada á dar grandes voces y quejarse á gritos, y revolcándose en la cama, decía:

—¡Jesús, que me muero! Mi hora es llegada, marido mío: !ay! ay! Tráiganme confesión presto, presto, que me muero; y otros extremos semejantes, que saben muy bien hacer las mujeres en antojándoseles.

Despertó el marido, y compasivo la preguntaba qué tenía, respondiendo:

—¡Jesús! ¡Madre de Dios! ¡Ay! ay! ¡Que perezco! ¡Confesión, sacramentos, que me muero, esposo mío!

Levantóse á las voces una sobrina que tenía en casa á suplir los ministerios de una criada, y era también partícipe en el engaño; la cual, llorando de verla así, aplicándola paños calientes al vientre, dándola tostadas en vino y

canela, y haciendo otros remedios semejantes, sin que el tenor cesase, porque la enferma no quería, hubo de obligar al desvelado Morales (que este era el nombre del pintor) á que se levantase harto contra su voluntad, coligiendo de la complexión que en su mujer conocía, y afirmándolo ella y la sobrina, que aquel accidente era de mal de madre, ocasionado de una ensalada que había cenado, cuyo vinagre recio y una rebanada de queso otras veces la habían puesto en el último peligro de la vida.

Riñóla de que no escarmentase de tales excesos; y ella le dijo medio ahogada:

—No es hora, Morales, ahora de reprender lo que no se puede remediar; vayan á llamar la comadre Castejona, que sabe mi complexión, y ella me aplicará con qué se me alivie este mal rabioso, ó si no, ábranme la sepultura.

—Mujer, respondió el afligido esposo, la Castejona se ha mudado á la puerta de Fuencarral, este es el Lavapiés, la noche es de invierno, y si no mienten las goteras, ó llueve ó nieva, y aunque yo vaya con todas estas descomodidades, ¿cómo sabremos si querrá levantarse? La otra vez que os apretó ese achaque me acuerdo que se os quitó con dos onzas de triaca de esmeralda caliente en la cáscara de media naranja, y puesta en la boca del estómago; yo iré á la botica por ella: por amor de Dios sosegaos y no me consintáis hacer tan larga diligencia, pues será en balde, y yo tengo de volver con otro mal de madre peor que el vuestro.

Comenzóse á quejar entonces más recio y á decir:

—Bendito sea Dios, que tan buen compañero me dió: ¡miren qué imposible le pido! ¡Qué sangre de sus venas! ¡Qué desperdicio de su hacienda, sino que me llame una comadre á costa de mojarse un par de zapatos! Ya yo sé que deseáis vos renovar matrimonio, y que á cada grito que yo doy, dais vos una cabriola en el corazón; por eso excusáis las diligencias de mi alivio. Volved á acostaros, so-

segad y dormid; que si me muriere, declarado dejaré que me echasteis solimán en la ensalada de anoche.

—Mujer, mujer, respondió él, menos libertades; porque aunque tengas mal de madre, podrá ser que con un palo os trasiegue el dolor desde las tripas á las espaldas.

—¿Palos á mi señora tía? dijo la sobrina taimada; malos años para vuesa merced y para quien no le sacara primero los ojos con estas uñas.

Iba el pintor á sacudirle no sé cuántos pretinazos á la moza, que ella los huyó; mas la mujer con mayores gritos volvió á pedirle confesión, comadre y sacramentos.

—¡Ay! decía, ¡ay, que me han dado rejalgar! ¡Jesús! No, no es este mal de madre, sino de marido.

Temió alguna burla más pesada que la que sin saberlo él habían comenzado, y que si se moría dejando fama de que él era el causante, era echar la soga tras el caldero; y hubo de apaciguarla con caricias, y encendiendo una linterna bien necesaria para la oscuridad y lodos, poniéndose unas botas, capa aguadera y la capilla sobre el sombrero, salió en busca de la Castejona, registrándole las goteras que llovían á cántaros.

Sabía el buen Morales que se había pasado la dicha comadre á la calle de Fuencarral, pero no á qué parte della; y lloviendo, como os he dicho, sin hallar persona en la larga distancia que hay desde Lavapiés á aquel barrio, la noche como boca de lobo, y él renegando de su matrimonio, juzgad vosotros ahora si se tardaría muy buen espacio de tiempo en hallar lo que buscaba y no había menester; que entre tanto que él se va echando en remojo, volveré yo á la fingida enferma; la cual en viendo fuera de casa á su buscón marido, llamó al hermano, que estaba escondido en la cueva con otros dos amigos, y en un instante quitaron la puerta antigua de la calle, y pusieron la nueva, que ya tenía su cerradura y aldaba y se había ajustado á los quicios de suerte, que sin ruido se asentó como

de molde. Encima della, en el frontispicio clavaron una tabla mediana que decía:

Casa de posadas.

Hecho esto, trujo una caterva de amigos que vivían cerca de allí, con sus mujeres, dos mastines gruñidores, guitarras y castañetas, y de casa de un figón cena y gira, acomodada con el tiempo, celebrando con bailes y borracheras el naufragio del pobre busca-comadres, que sin hallar la Castejona, no hizo más que importunar aldabas y despertar vecinos.

Con el agua á media pierna y la poca paciencia al gollete llegó nuestro pintor á su casa, y oyendo desde la puerta las voces, bailes y grita que dentro había, pensando que la había errado, levantó la linterna, y reconociéndola, vió la puerta nueva y la tablilla de posadas sobre ella, que le desatinó sobremanera. Volvió á examinar la calle, y halló que era la de Lavapiés. Recorrió las casas de los lados y de enfrente, y halló las propias que siempre. Volvió á la suya, y desconocióla, y también el título della.

—¡Válgame Dios! dice haciéndose cruces, hora y media há que salí de mi casa, donde estaba mi mujer más para llantos que para bailes; en ella sólo vivimos los dos y su sobrina; las puertas, aunque menesterosas de reformación, eran las mismas cuando salí que los otros días, casas de posadas en esta calle no las ví en mi vida; y cuando las hubiera, ¿quién puede de noche y en tan breve tiempo haberle dado á la mía este ventero privilegio? Decir que lo sueño no es posible; que tengo los ojos abiertos y los oídos examinadores deste encantamiento; echar la culpa al vino en tiempo de tanta agua, es obligarme á la restitución de su honra. Pues ¿qué puede ser esto?

Tornó á tentar y ver y oir puertas, tablilla y bailes, sin saber á qué atribuir tan repentina transformación; y asiendo de la aldaba, dió golpes con ella bastantes á

dispertar los vecinos, que no oyeron ó no quisieron oir los bailadores huéspedes. Asegundó aldabadas mayores; y después de haberle tenido á curar como lienzo de Galicia un buen rato á las goteras, abrió un mozo la ventana de arriba con un candil encendido en la mano y un tocador en la cabeza entre sucio y roto, diciendo:

—No hay posada, hermano; vaya con Dios, y menos golpes; que le coronará por necio un orinal de seis días.

—Yo no busco posada que no sea mía, dijo el pintor, sino que me dejen entrar en mi casa, y me diga el que se hace mandón en ella quién en hora y media la ha dado el nuevo oficio de hostería, habiéndole costado su dinero á Diego de Morales.

—De Parras debía de ser, respondió el mozo, el que os gobierna la lengua: hermano mío, para quien tan aforrado viene, poco daño le hará el agua de las goteras: váyase noramala, y no me toque otra vez á la puerta; que le echaré un mastín que le abra media docena de botanas.

Cerró con esto de golpe la ventana, prosiguió dentro la gira y el bureo, y el pobre pintor, dándose á los diablos, imaginaba que alguna hechicera le hacía estos trampantojos: menudeaba el cielo cántaros de agua y nieve á vueltas de un cierzo que le desembarazaba el celebro: la vela de la linterna se había acabado, y con ella la paciencia de su portador; y así, volviendo á dar mayores golpes á la aldaba, oyó que respondía dentro uno:

—Mozo, daca un palo, suelta esos mastines, sal allá fuera, y hazle á ese borracho una fricación de espaldas con que se le desembarace la cabeza.

Abrióse la puerta entonces, y salieron dos perros, que á no detenerlos el mozo y cerrar tras sí, hicieran que llorara el confuso pintor la burla de veras.

—Hombre del diablo, dijo el ministro, ¿qué nos queréis aquí con tantos golpes? ¿No os han dicho que no hay posada?

—Hermano, esta es la mía, respondió él; ¿quién diablos la ha convertido en mesón, siendo ella desde mis padres acá de Diego de Morales?

—¿Qué decís, hermano? replicó, ¿qué Morales ó azufaifas son esos?

—Yo lo soy, dijo, por la gracia de Dios, pintor conocido en esta corte, estimado en este barrio y habitador desta casa más há de veinte años. Llamad á mi mujer Mari-Pérez, si no es que también se ha transformado en mesonera, y sacaráme deste laberinto.

—¿Cómo puede ser eso, prosiguió el mozo, si há más de seis años que esta es hospedería de las más conocidas de cuantos forasteros vienen á Madrid, su dueño Pedro Carrasco, su mujer Mari-Molino, y yo soy su criado? Andad con Dios; que á no teneros lástima, yo os curara por el ensalmo deste garrote la enfermedad vinosa que os deslumbra.

Volvió á cerrar la puerta, entrándose dentro; y el expelido amo de su casa, atarantado, sin saber qué se decir ni hacer, á escuras y atrancando lodos se fué á la del celoso Santillana.

Llamó á ella, y haciéndole levantar casi á las cuatro de la mañana, encendió luz, creyendo le había sucedido algún desastre ó pendencia. Preguntóselo: él, informado de lo que pasaba, hizo levantar á su mujer; y aunque ella sabía el fin á que tiraba la burla, la hizo en compañía de su marido del aguado pintor, atribuyéndolo á los hechizos y tropelías que Yepes y San Martín (de quien no era poco devoto) suele hacer en tales noches y tiempos. Encendieron lumbre, en que se calentó; pusieron á enjugar su ropa, limpiáronle las botas, y dándole matraca sobre el fieltro, que resistió mejor el agua que sus fisgas, le acostaron en una cama que le hicieron, porfiando él en acreditar lo que había visto, y ellos en afirmar que venía, como suelen decir, calamocano.

Luégo pues que la buena Mari-Pérez supo por sus es-

pías que se había ausentado su enlodado esposo, asentó la primera puerta con ayuda de sus convidados como estaba de antes, quitó la tablilla, y haciendo que se llevasen lo uno y otro consigo, los despidió á todos, conjurándolos guardasen secreto ; y quedándose con su sobrina sola, se acostaron, cansados los piés de bailes, las manos de castañetas, los estómagos de comer y las bocas de reir, durmiendo á satisfación de la cena y entretenimiento hasta la mañana, que volvió nuestro pintor medio enjuto en compañía del viejo Santillana, que casi persuadido con la porfía de nuestro Morales, oyéndole afirmar lo mismo por la mañana que por la noche, deseaba ver esta nueva maravilla.

Llegaron en fin á vista de la casa encantada, y hallándola con su puerta antigua, sin tablilla sobre ella, quieta y cerrada, comenzó el viejo á dar cordelejo de nuevo al pobre Morales, y él de nuevo también á desbautizarse, jurando y perjurando que era verdad cuanto le había referido, y alguna arte del demonio aquella con que pretendía se desesperase.

Llamaron, y salió á medio vestir la sobrina, abriendo la embustera puerta, y en viendo á su casi padrastro, le dijo:

—¿Con qué cara viene vuesamerced, señor tío, á ver á su mujer? ¿Ni qué cuenta dará de sí quien, dejándola casi á la muerte á las doce de la noche, y enviándole por una comadre, viene á las ocho de la mañana sin ella y con esa flema?

—Si tú supieras, Brígida, respondió él, en lo que por tu tía me he visto esta noche, más lástima tuvieras de mí que quejas. Mañana nos hemos de mudar desta casa, que andan en ella enjambres de demonios.

Oyóle en esto la prevenida enferma, y levantándose como una onza de la cama, en sólo manteo salió dando gritos y diciendo:

—¡Oh qué solícito marido de la salud de su mujer!

Para frío de cuartana valéis lo que pesáis, Morales mío, que no volveréis en toda la vida. ¿Hízoos mal el sereno de anoche? ¿Venís acatarrado? ¡Qué enjuto que os dejó la tempestad pasada! Cerca vivía la piadosa Marta que os hospedó: bien creísteis vos hallarme muerta cuando volviésedes con la Castejona, y entraros por mi dote y hacienda como por viña vendimiada; pero malos años para vos y para quien tal me desea. ¿Á qué viene vuesamerced con ese perdido, señor Santillana? Si es á disculparle conmigo, no tiene para qué, que por el siglo de mi madre, que he de irme luego al vicario y pedir divorcio: no quiero aguardar otra ensalada cuya sal maliciosa ponga á pique mi vida: dame de vestir, Brígida, toma tu manto, huye deste busca-comadres.

—Sosiéguese vuesamerced, señora Mari-Pérez, dijo el amigo; que el señor Morales no tiene la culpa, sino alguna hechicera que por malos medios quiere hacerlos mal casados.

—Mujer, acudió el afligido pintor, puesto que os parezca tenéis razón en quejaros de mí, escuchad las mías y hablad menos libre; que me falta paciencia para sufriros, gastada la que tenía en los embelecos desta noche.

Contóle en esto todo lo que ella mejor se sabía; con que fingiendo alborotos nuevos, volvió á decir:

—¿Á mí con papeles? ¿No ven vuesas mercedes que soy cabos negros y boquiancha? ¿Hay más lindas papandujas que las que me venden? ¿Casa de posadas la mía? ¿Mastines y bureo, bailes y fiestas aquí anoche? Aun si dijeran quejas, maldiciones, suspiros y males, acertaran: no lo hubiera hecho mejor conmigo media azumbre del santo y dos mostachones acompañados de seis bizcochos, que desterraron el mal de madre, que mi cuidadoso marido, que ya mascara tierra la pobre de su mujer.

—Hágaos muy buen provecho, esposa mía, respondió él, y no permitáis que me éntre en malo á mí, dándome tras de una noche penosa un dia tan pendenciero. Juro á todo

lo que se puede jurar que cuanto os he contado me sucedió. En esta casa debe de haber duendes: con venderla ó alquilarla, pasándonos á otra, se remediará todo.

—¿Y cómo que hay duendes, señor tío? acudió la taimada Brígida; las más noches me pellizcan y dan de azotes, aunque blandos, y se ríen á carcajadas.

—¿Pues cómo nunca me lo has dicho? dijo la disimulada tía.

—Porque no imaginasen vuesasmercedes, respondió, que era otra persona, en discrédito de mi opinión y casa de mis señores tíos.

—Alto; eso debe ser sin duda, dijo Santillana: no hay sino perdonarse unos á otros, y entrar con buen pié en la cuaresma, que es mañana.

Hízose así, quedando en ojeriza con los duendes el encantado pintor, y su mujer con esperanza de que premiase su burla el diamante pretendido.

No desmayó la bella mal maridada por ver la prosperidad y sutileza de las burlas de sus dos opositoras; antes de un camino satisfizo dos necesidades: el premio de la burla el uno, y el otro la cura de su celoso compañero, que la dispuso así.

Acababa de llegar á Madrid un religioso hermano suyo, por prelado de uno de los monasterios que fuera de la corte con la recolección de su vida apuntalan lo que los vicios tienen á pique de arruinar. No sabía su venida el celoso Santillana; y su mujer, cuando ausente, por cartas, y ahora presente por papeles y una visita que él la hizo, se le había quejado de la mala vida que sus impertinentes sospechas la daban, y dicho que si no fuera por su respeto, y lo que menoscababa la opinión de las mujeres el poner pleitos á sus maridos y pedir divorcios, se hubiera apartado dél por el vicario.

Estaba informado el prudente religioso de los vecinos y de los amigos del mal acondicionado viejo, de la razón que tenía su hermana de aborrecerle y vivir desconsola-

da; deseando hallar un medio con que alumbrarle el entendimiento, y sin romper con el yugo conyugal, persuadirle cuánta satisfación era justo tuviese de su esposa, y que celos sin ocasión no suelen servir sino de dispertar á quien duerme; pero por más que estudió sobre ello, nunca atinó traza suficiente que venciese la pertinaz malicia, que, ya vuelta en costumbre, era casi imposible de desarraigar su sospechosa vejez.

Habíale escrito que mirase ella qué medio le parecía más á propósito para que, sin llegar á dar cuenta de sus quebrantos á tribunales causídicos, ella estuviese viviendo descansada y su marido con sosiego; que por difícil que fuese el medio que discurriese, él pondría toda la diligencia imaginable en su ejecución. Ahora pues que halló ocasión para ejecutarle en estas promesas, curar al viejo Santillana, y de camino llevarse el diamante, una mañana que él se fué á oir misa y sermón, por ser principio de cuaresma, envió á llamar al bien intencionado fraile; y después de haberse consolado con él llorándole sus martirios y pesadumbres, le dijo que no hallaba otra traza más á propósito para sacarle de su pestilencial y desaforada cabeza el infernal veneno de sus celos, sino era uno que le propuso y después sabréis.

Refirióselo con toda la elocuencia que dió el artificio persuasivo á las mujeres, con lágrimas, suspiros y encarecimientos, concluyendo en que si no le ejecutaba, sería imposible no acabar ó con sus trabajos descasándose, ó con su vida rematándola infelizmente en una viga de su casa por medio de un cordel.

El remedio que la mal casada representó al santo varón tenía una infinidad de inconvenientes; pero en fin atropelló con todos el amor de hermano, la piedad de religioso y el deseo de impedir alguna desesperación, que fuera ciertamente creíble según la mucha angustia y sentimiento que nuestra Hipólita (que este era su nombre) mostraba. Prometióla llevar al cabo lo que le pedía; señalaron el día,

despidióse, llegó á su convento, y propuso el caso á sus súbditos: queríanle mucho, y conociendo el daño que se quitaba y el provecho que se esperaba de que el caso se efectuase, para la quietud de los dos casados, le ofrecieron hacer cuánto les mandase, y le animaron á concluirle.

Alentado con esto, envió para el plazo concertado dos onzas de unos polvos eficacísimos para dormir, quien los bebiese, cuatro ó cinco horas con tanta enagenación de los sentidos, que sólo se diferenciaban de la muerte en la breve distancia con que aquellos restituían el alma á sus vitales ejercicios. Recibiólos contenta la astuta Hipólita, sentándose á cenar con su marido y mezclándolos con el vino, apetitoso á sus años: entre bocado y bocado la daba una reprensión, y entre trago y trago bebía su sueño. Al último, en fin, sin aguardar á que se levantasen los manteles, cayó como piedra en pozo, siendo tan eficaz la polvareda boticaria, que á no estar sobre el caso la aplicante y la moza, creyeran (y no les pesara) que había Santillana desembarazado con la muerte el matrimonio.

Desnudáronle, y echándole en la cama, aguardaron que viniese por él el religioso hermano, que no tardó mucho, pues á las nueve (suficiente hora y quietud para aquel tiempo frío y de invierno) con dos legos y un coche se apearon á su puerta, y entrando dentro, mandó á uno de sus compañeros que venía prevenido de tijeras y navaja, que le quitase toda la barba y le abriese con brevedad una corona de fraile.

No se mostró perezoso el obediente barbero, pues sin bañarle nada el rostro ni la cabeza, porque la frialdad del agua no aguase ni desvaneciese la eficacísima virtud de los polvos, en breve tiempo le convirtió, siendo montañés, en Recaredo cenobita.

Era cerrado de cabellos como de mollera; y así, salió la corona con toda perfección venerable, autorizándola las canas, que se entretejían todo lo posible, y despachada la barba, no pudo dejar de causarle risa á su mujer, viendo

vuelto á su marido de viejo en vieja. Vistiéronle un hábito como el de su hermano, sin sentirlo él más que si esto aconteciera con el conde Partinoples; y metiéndole en el coche, encargó el prelado á Hipólita encomendase á Dios el próspero fin de aquel buen principio.

Llegó con él á su monasterio, y desembarazando una celda, le desnudaron, acostándole en una cama penitente, dejándole los hábitos sobre una silla, y un candil encendido: juntaron la puerta y se fueron á dormir.

Dos horas había que duraba el éxtasis del ignorante novicio, y dos prosiguió en su dormilona embriaguez, que era el término puesto á la virtud de los polvos con jurisdicción de solas cuatro horas; y habiéndola comenzado á las ocho, síguese que á las doce fenecería su operación.

Tocaron á maitines, como se acostumbra en todos los monasterios, á media noche, y tras la campana las matracas, con las cuales despiertan á los que han de levantarse, que es un instrumento cuadrado de tablas huecas llenas de eslabones de hierro, que cayendo sobre clavos gruesos y meneándolos apriesa, hace un són desapacible para los que despiertan y le conocen, y espantoso para los que coge desapercibidos y bisoños en tan gruñidora música. Así le sucedió al nuevo padre Santillana, pues despertando despavorido y creyendo que estaba al lado de su mujer y en su casa, con un grito tremendísimo dijo:

—¡Jesús! ¿Qué es esto, Hipólita? ¿Se cae la casa? ¿Hay tormenta de truenos, ó vienen por mí los diablos?

—Como no le respondió, atentó á los lados buscando á su mujer, y no hallándola, lleno de malicias é imaginando que estaba haciéndole fayancas y con el ruido pasado querían echarle el aposento á cuestas, se levantó furioso, diciendo á voces:

—¿Dónde estás, adúltera? Mala hembra, no dirás tú ahora que son vanas ilusiones y vejeces las mías. ¿Á media noche fuera de mi casa y mi aposento, recibiendo por el techo el adúltero? Más leales que tú son para mí las tejas,

pues cayéndose me han despertado. Daca, daca mis vestidos; muchacha, venga la espada; que yo, yo lavaré mi afrenta en sangre destos infames traidores, quedando vengado.

Esto y buscar los vestidos, hallando en vez dellos los hábitos de fraile, fué todo uno. La novedad de la celda, ó sin saber cómo ó quién le había traído á ella, le tuvo como cada cual podrá juzgar por sí: ni sabía si diese voces ni si era arte aquella de encantamiento, si dormía ó velaba. Fué á abrir la puerta, y estaba sobre ella una calavera, que cayendo sobre la suya los dos huesos de las canillas, le resfriaron la cólera de los celos, con la flema del miedo que le causó verse acometido de *requiem*. Juzgándolo á mal pronóstico, tomó el candil para registrar á qué calle ó campo caía aquel aposento encantado, ó en qué parte estaba, y vió un tan largo dormitorio, que le cansó la vista, todo lleno de celdas, con una lámpara en medio.

—¡Válgame Dios! ¿Qué es esto? dijo, (y volvióse á entrar temblando). ¿No me dormí yo en acabando de cenar anoche en mi casa? ¿Quién pues me trajo aquí ahora, trocando mis vestidos en hábitos? ¡Si estoy en el hospital! Que esta más parece enfermería que habitación política. ¡Si mis celos me han vuelto loco, y para curarme me han traído al Nuncio de Toledo! Que la estrechez deste aposento más parece una jaula que hospedería. No sé lo que imagine, aunque esto último bien puede ser, pues si mal no me acuerdo, ya andaba mi seso dando zancadillas de puro imaginativo sobre la conservación de mi honra; y no será mucho que haya algunos dos ó tres años que me estén curando en este hospital, y ahora vuelto en mi juicio, me parezca que fué anoche cuando estuve quieto y seguro en mi casa y con mi mujer. Si fuera esto como imagino, pues que á navaja quitan los cabellos y barbas á los locos y á los galeotes, la mía me sacará deste temor.

Echó mano á la suya, y hallóla hecha tiple, habiéndola él criado con trabajo. Tentóse la cabeza, y hallóse coronado

por rey de los celosos maridos. Lloró su juicio rematado, teniéndose por conventual del Nuncio, creyendo que por burlarse dél, como suele hacerse con los de su profesión, le habían afeitado y puesto la cabeza de aquella suerte. Con todo eso, se consolaba, pareciéndole que pues echaba de ver entonces el estado en que estaba, había ya vuelto en su juicio, y según esto, saldría muy presto de aquel colegio desacreditado. Es verdad que le desatinaban los hábitos, que le disuadían aquestas imaginaciones, porque los locos que él había visto en Toledo andaban vestidos de ropas burieladas, pero no de hábitos religiosos.

Entre estas confusiones ridículas estaba en su celda desnudo, sin haberle acordado que se vistiese el frío, ni saber él por dónde ó cómo acomodar la diversidad de pliegues y confusión del hábito, que en su vida se había puesto, cuando entrando el compañero que daba luz á los demás frailes, le dijo:

—¿Cómo no se viste, padre Rebolledo, si ha de ir á maitines?

—Dígame, hermano mío, ¿quién es aquí Rebolledo? ¿Qué maitines ó vísperas son estas que me desatinan? respondió el cansado fraile. Si sois loco, como yo lo he sido, y es ese el tema de vuestra enfermedad, ya yo estoy sano por la misericordia de Dios, y no para oir disparates: decidme dónde hallaré al Rector, y dejad de rebollearme.

—Con buen humor se levanta, padre Rebolledo, dijo el religioso; vístase, que hace frío, y mire que voy á tocar segundo, y que es mal acondicionado el Superior.

Fuése con esto, dejándole metido en mayores confusiones.

—¿Yo Rebolledo? decía. Yo fraile y maitines, no habiendo seis horas que al lado de mi Hipólita trataba más en pedirla celos que en entonar salmos? ¿Qué es esto, ánimas benditas del purgatorio? Si duermo, quitadme esta penosa pesadilla; y si estoy despierto, reveladme este misterio ó restituídme el juicio que sin duda he perdido.

Pasmado se estaba sin acertar á vestirse, obligándole el frío á rebozarse con las frazadas de la cama, cuando vino otro fraile y le dijo:

—Padre Rebolledo, el vicario de coro dice que por qué no va á maitines; que son cantados, y vuesa reverencia es semanero.

—¡Válgame la corte celestial! ¿Yo soy fraile? replicó el pobrete. ¿Yo reverencia y padre Rebolledo? ¿Ya yo no soy Santillana? Dígame, religioso, si es que lo es, ó hermano loco, si, como imagino, estamos en algún hospital dellos, ¿quién me ha puesto en este estado? ¿Cómo ó por qué me han quitado mi casa, mi mujer, mis vestidos y mis barbas? ¿Ó qué Urganda la Desconocida ó Artus el encantador anda por aquí y ha rematado con mi seso?

—Buena está la flema y disparate, respondió el corista, para la priesa con que vengo á llamarle. Delantero debió de cargar anoche en el refectorio, padre Rebolledo, pues aún no se han despedido los arrobos de Baco: vístase, y si no acierta yo le vestiré.

Echóle entonces el hábito encima, y al ponerle la capilla, como era estrecha, creyendo que era algún espíritu malo que quería ahogarle, comenzó á dar gritos:

—Arredro vayas, Satanás; déjame aquí, ángel maldito; ¡ánimas del purgatorio, santa Margarita, san Bartolomé, san Miguel, todos abogados contra los demonios, ayuda y favor, que me ahoga este diablo capilludo!

Y escabulléndosele de las manos, rota la capilla y arañado el fraile, echó á correr por el dormitorio adelante sin detenerse en nada.

Atentos y escondidos habían estado oyendo la escarapela ridícula el prelado y súbditos, reventando la risa por romper los límites de la disimulación y silencio que este caso requería; pero saliendo juntos con las velas encendidas que habían prevenido para el coro, le dijo severo el disimulado Superior:

—Padre Rebolledo, ¿qué escándalo y desenvoltura es

esta? ¿Al fraile que yo envío para que le llame al coro trata desa suerte? ¿Las manos pone en un ordenado de grados y corona, y á la culpa de no venir en fiesta doble á hacer su oficio añade el descomulgarse? Aparéjese luégo; que con un *Miserere mei* se le aplacarán esos bríos.

—¿Qué es aparejar? respondió el colérico montañés; ¿soy yo bestia? Ya estoy por defenderme de vuestras ilusiones, espíritus condenados. Cata la cruz, no tenéis parte en mí, que soy cristiano viejo de la montaña, bautizado y con crisma: *Fugite, partes adversæ.*

Estos y otros desatinos comenzó á ensartar, con no poco tormento de la risa de los circunstantes, que se malograba puertas adentro de la boca; pero haciéndole agarrar á dos donados, y diciéndoles el prelado:

—Este fraile está loco, mas la pena le hará cuerdo; le asentaron en las espaldas de par en par una colación de canelones, que pagó con más cardenales que tiene Roma. Daba gritos que los ponía en el cielo, diciendo:

—Señores, ó frailes, ó diablos, ó lo que sois, ¿qué os ha hecho el pobre Santillana para tratarle con tanta riguridad? Si sois hombres, doléos de otro de vuestra especie, que jamás hizo mal á una mosca, ni tiene de qué acusarse sino de la mala vida que sus celos han dado á su mujer; si sois religiosos, baste la penitencia, pues no cae sobre culpa que yo sepa; si sois demonios, decidme, ¿por qué pecados os permite Dios que me desolléis desta suerte?

Menudeaba el padre disciplinante azotazos en esto, diciendo:

—¿Todavía da en su tema? Pues veamos quien se cansa.

—Ya lo estoy, padre de mi alma, respondió el penitente por fuerza; por la sangre de Jesucristo que tenga lástima de mí.

—¿Pues se enmendará de aquí adelante?

—Sí, padre mío, yo me enmendaré, aunque no sé de qué.

—¿Cómo que no sabe de qué? replicó el cascante; mire qué gentil modo de conocer su culpa: aún no está como ha de estar; aguarde un poco.

Y diciendo esto le taraceaba las espaldas.

—Padre de mi corazón, dijo entonces echándose en el suelo, confieso que yo soy el hombre más malo que pisa la tierra; tenga misericordia de mis carnes, pues Dios la tiene de mi alma; que yo me enmendaré.

—¿Sabe, le replicó, que es fraile, y que en los que lo son las culpas veniales son de más escándalo que las mortales del seglar?

—Sí, padre, fraile soy, aunque indigno.

—¿Sabe la regla que profesa? le decía.

Y él proseguía también en responderle y decir:

—Sí, padre, sí, padre, sí, padre.

—¿Qué regla es? le dijo.

Y respondió:

—Cualquiera, la que quisiere vuestra paternidad; no se detenga en eso, que será la que fuere servido; déjeme, y no repare en reglas, aunque éntre en la del gran Sofí.

—¿Será, le decía, desde aquí adelante humilde y cuidadoso en su oficio, padre Rebolledo?

—Seré Rebolledo, respondía, y todo lo que quisieren.

—Pues bese, le dijo, bese los piés á ese religioso maltratado por él, y pídale venia.

Besóle los piés, y dijo, llorando más de dolor que de arrepentimiento:

—Padre mío, pídole brevas, ó lo que es esto que me mandan le pida.

Soltaron la risa todos entonces, que no pudieron sufrirla. El prelado los reprendió, diciendo:

—¿De qué se ríen, padres, habiendo de llorar la pérdida del juicio de un fraile, el mejor que teníamos, y que ha servido quince años en este monasterio con la mayor puntualidad que ha visto la religión?

—¿Quince años yo? decía entre sí el pobre Santillana,

¿quince años yo en aqueste convento? ¿Hay encantamiento semejante en cuantos libros de caballería desvanecen mocedades? Alto pues; que supuesto que tantos lo dicen, verdad debe de ser, aunque yo no sé el cómo; porque á no ser así, ¿que les importaba á estos benditos el maltratarme y afirmarlo?

—Véngase al coro con nosotros, le dijo el cuñado, que no conocia; y obedecióle el celoso por su daño.

Comenzaron los maitines, y le mandó el prelado que entonase en medio la primer antífona. Sabía él de música lo que de vainicas; pero no osando replicar, temeroso de otra tunda, la cantó regañando, de suerte que, prosiguiendo la risa de todo el coro, y no pudiéndola disimular el Superior, le mandó llevar al cepo, donde le tuvo tres días tan fuera de sí, que faltó poco para no renunciar con el siglo el seso.

Al cabo dellos le sacaron, y mandó el prelado fuése con un compañero á pedir el pan de la limosna que se acostumbra los sábados. Diéronle su talega, y sin replicar palabra, como una oveja cumplió la obediencia.

Llevóle de industria el que le acompañaba á la calle donde vivía su mujer; y reconociendo la casa, alentado y con nuevo espíritu, dijo entre sí:

—Aquí de Dios, ¿esta no es mi casa? ¿Yo no estoy casado con Hipólita? ¿Quién diablos me ha metido á mí en frailías que no apetecí en vida? Matrimonio me llamo.

Entróse con esto en el portal, y hallando á su mujer allí, abrazándose con ella, comenzó á decir:

—Esposa de mis ojos, castigo del cielo fué el mío por la mala vida que te he dado: fraile me han hecho sin saber cómo ó por qué; pero desde hoy más buscarán talegueros; que yo matrimonio me llamo.

—¿Qué descompostura es esta? dijo á voces la mal casada. Aquí de la vecindad; que este loco atrevido ofende mi honra.

Acudió el compañero y parte de los vecinos, que le des-

conocieron (por faltarle la longitud de la barba, y estar en tan desusado traje, y tan macilento con las penitencias pasadas, que pudiera vender flaqueza á los padres del yermo), y le apartaron á empellones, diciéndole oprobios satíricos.

—Déjenle vuesas mercedes, acudió el compañero, y no se espanten de lo que hace; que ha estado seis meses loco, y su tema principal es decir á cualquiera mujer que ve, que es su esposa; hémosle tenido en una cadena, y habiendo más há de dos meses que mostraba tener salud, á falta de frailes, que han ido á predicar por las aldeas esta cuaresma, me mandaron le trujese conmigo á pedir hoy la limosna, bien contra mi voluntad.

Diéronle todos crédito, lastimados de su desgracia; que cuanto más gritaba afirmando era el marido de Hipólita, más la acreditaba.

Lleváronle medio loco de veras y en són de atado á su convento: volviéronle á disciplinar y meter en el cepo, donde después que purgó más de otro mes los malos días que había dado á su mujer, al cabo dellos y á la media noche le despertó una voz que decía en tono triste:

Hipólita está inocente
de tus maliciosos celos,
y así te han hecho los cielos
de ese cepo penitente:
por necio é impertinente
en ti su venganza funda
el que te ha dado esta tunda;
por eso, si sales fuera,
escarmienta en la primera.
y no aguardes la segunda.

Repitió esto tres veces la fúnebre voz, y él puestas las manos, llorando amargamente, con la mayor devoción que pudo, respondió:

—Oráculo divino ó humano, quien quiera que seas, sácame de aquí; que yo prometo verdaderamente la enmienda en un todo.

Diéronle después desto de cenar, y la bebida fué de vino, que no lo había probado desde el primer día de su transformación; que fué una penitencia para él más cruda, más cruel y más áspera que todas las demás. Bebiólo, y con él dos veces más cantidad de los mismos polvos que primero. Durmióse como antes; y como ya le había crecido el cabello y barba suficientemente, le afeitaron, dejándole lo uno y lo otro en la disposición antigua, y llevándole á su casa en otro coche, se despidió el religioso, médico de los celos, de su hermana, dándole esperanzas de que cuando dispertase hallaría sano á su marido y enmendado. Púsole los vestidos seglares sobre una arca cerca de su cabecera, y acostóse á su lado. Acabó el sueño, junto con la operación de los polvos, al amanecer, por haberlos él tomado á las diez de la noche. Despertó en fin, y creyendo hallarse en el cepo, vió que estaba en la cama y á oscuras. No lo acababa de creer. Tentó si eran colchones ó madera, y topando á su mujer á su lado, imaginó que era algún espíritu maligno que proseguía en tentarle, y comenzó á dar voces descompasadas y á ensartar letanías.

Estaba velando Hipólita, aunque parecía que dormía, aguardando el fin de aquel suceso, y fingiendo que despertaba, dijo:

—¿Qué es esto, marido mío? ¿Qué tenéis? ¿háos dado el mal de ijada como suele?

—¿Quién eres tú, que me lo preguntas? dijo el ya sano celoso todo despavorido; que yo no tengo mal de ijada; que el mal que tengo es de frailía.

—¿Quién ha de ser la que duerme con vos, respondió, sino vuestra mujer Hipólita?

—¡Jesús sea conmigo! replicó él. ¿Cómo entraste en el convento, mujer de mi vida? ¿No ves que estás excomulgada, y que si lo sabe nuestro mayoral ó superior te acanelonará las espaldas, dejándotelas como ruedas de salmón?

—¿Qué convento ó qué chanzas son esas, Santillana? respondió ella; ¿dormís todavía, ó qué locura es esta?

—¿Luego no soy fraile yo de quince años há, preguntó él, y el entonador de antífonas?

—Yo no sé lo que os decís con esos latines, replicó ella: levantaos, que es medio día, si habéis de traer qué comamos.

Más asombrado que nunca, se tentó la barba, y hallóla cumplida y la cabeza descoronada: mandó abrir la ventana, y se vió en su cama y aposento, los vestidos á su lado, sin rastro de cepo ni de hábitos: pidió un espejo, y vió otra cara diferente de la que los días pasados le enseñó el de la sacristía. Hacíase cruces, acabando de creer el oráculo coplista. Preguntábale disimulada su mujer que de dónde procedían aquellos espantos. Contóselo todo, concluyendo en que debía haber soñado aquella noche, y Dios le debía de mandar se enmendase y tuviese la satisfación que era justo de su mujer.

Apoyó ella esta quimera diciendo que había prometido nueve misas á las ánimas si le alumbraban á su marido el entendimiento; y que si no, había determinado echarse en el pozo.

—No lo permita el cielo, Hipólita de las Hipólitas, respondió él.

Pidióla perdón, jurando no creer aun lo que viese por sus mismos ojos de allí adelante; con que dándola libertad para salir de casa, hubo de ir con las otras dos amigas á la del Conde, alegando cada cual su burla, y quedando tan satisfecho él de todas, que por no agraviar á ninguna, les dijo:

—El diamante, ocasión de sutilizar, señoras, vuestros ingenios, se me había perdido á mí el día de su hallazgo: él vale doscientos escudos; cincuenta prometí de añadidura á la vencedora; pero todas merecéis la corona de sutiles en el mundo; y así, ya que no puedo premiaros como merecéis, doy á ustedes estos trescientos escudos, que tengo por los más bien empleados de cuantos me han granjeado amigos, y quedaré yo muy satisfecho si os servís desta casa como vuestra.

Encarecieron todas su liberalidad, y volviéndose más amigas que antes, hallaron al cajero vuelto ya de su viaje, y en todo olvidada la burla de su fingida muerte y penoso fallecimiento; al pintor que ya había vendido su casa y hecho las escrituras, y aun comprado otra, y otorgados los instrumentos, escrituras y papeles de saneamiento, mudándose de aquel barrio por evitar bellaquerías de duendes; y á Santillana tan satisfecho y enmendado de la importunación de sus celos, que desde allí adelante veneró á su mujer como á merecedora de oráculos protectores de su buena vida.

FIN DE LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

HISTORIA
DEL ABENCERRAJE
Y LA HERMOSA JARIFA

POR

ANTONIO DE VILLEGAS

HISTORIA
DEL ABENCERRAJE
Y LA HERMOSA JARIFA

Dice el cuento, que en tiempo del infante don Fernando, que ganó á Antequera, fué un caballero que se llamó Rodrigo de Narváez, notable en virtud y hechos de armas. Éste, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo, y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria; sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo (por serle tan natural y ordinario) que le parece, que cuanto se puede hacer es poco: no como aquellos romanos y griegos, que al hombre que se aventuraba á morir una vez en toda la vida, le hacían en sus escritos inmortal, y le trasladaban á las estrellas. Hizo pues este caballero tanto en servicio de su ley y de su rey, que des-

pués de ganada la villa, le hizo alcaide della, para que, pues había sido tanta parte en ganalla, lo fuese en defendella. Hízole también alcaide de Alora; de suerte que tenía á cargo ambas fuerzas, repartiendo el tiempo en ambas partes, y acudiendo siempre á la mayor necesidad. Lo más ordinario residía en Alora, y allí tenía cincuenta escuderos hijos-dalgo, á los gajes del rey, para la defensa y seguridad de la fuerza; y este número nunca faltaba como los inmortales del rey Darío, que en muriendo uno ponía otro en su lugar. Tenían todos ellos tanta fe y fuerza en la virtud de su capitán, que ninguna empresa se les hacía difícil; y así no dejaban de ofender á sus enemigos y defenderse dellos, y en todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, en lo cual ganaban honra y provecho, de que andaban siempre ricos. Pues una noche acabando de cenar, que hacía el tiempo muy sosegado, el alcaide dijo á todos ellos estas palabras:

—Paréceme, hijos-dalgo, señores y hermanos míos, que ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres, como el continuo ejercicio de las armas, porque con él se cobra experiencia en las propias, y se pierde miedo á las ajenas. Y desto no hay para que yo traiga testigos de fuera; porque vosotros sois verdaderos testimonios. Digo esto, porque han pasado muchos días que no hemos hecho cosa que nuestros nombres acreciente, y sería yo de dar mala cuenta de mí y de mi oficio, si teniendo á cargo tan virtuosa gente y valiente compañía dejase pasar el tiempo en balde. Paréceme (si os parece), pues la claridad y seguridad de la noche nos convida, que será bien dar á entender á nuestros enemigos, que los valedores de Alora no duermen. Yo os he dicho mi voluntad; hágase lo que os pareciere.

Ellos respondieron que ordenase, que todos le seguirían. Y nombrando nueve dellos los hizo armar: y siendo armados, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenía, por no ser sentidos, y porque la fortaleza quedase á buen

recaudo. Y yendo por su camino adelante, hallaron otro que se dividía en dos. El alcaide les dijo:

—Ya podría ser que yendo todos por este camino se nos fuese la caza por este otro. Vosotros cinco os id por el uno, yo con estos cuatro me iré por el otro; y si acaso los unos toparen enemigos que no basten á vencer, toque uno su cuerno, y á la señal acudirán los otros en su ayuda.

Yendo los cinco escuderos por su camino adelante, hablando en diversas cosas, el uno dellos dijo:

—Tenéos, compañeros, que ó yo me engaño, ó viene gente.

Y metiéndose entre una arboleda que junto al camino se hacía, oyeron ruido; y mirando con más atención vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano: él era grande de cuerpo, y hermoso de rostro, y parecía muy bien á caballo. Traía vestida una marlota de carmesí, y un albornoz de damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traía el brazo derecho regazado, y labrado en él una hermosa dama, y en la mano una gruesa lanza de dos hierros. Traía una adarga y cimitarra, y en la cabeza una toca tunecí, que dándole muchas vueltas por ella, le servía de hermosura y de defensa de su persona.

En este hábito venía el moro, mostrando gentil continente, y cantando un cantar que él compuso en la dulce membranza de sus amores, que decía:

Nascido en Granada,
criado en Cartama,
enamorado en Coin,
frontero de Alora.

Aunque á la música faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento; y como traía el corazón enamorado, á todo lo que decía daba buena gracia.

Los escuderos, transportados en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta que dieron sobre él. Él viéndose salteado, con ánimo gentil volvió por sí, y estuvo por ver lo que harían. Luego, de los cinco escuderos los cuatro se apartaron, y el uno le acometió; mas, como el moro sabía más de aquel menester, de una lanzada dió con él y con su caballo en el suelo. Visto esto de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, pareciéndoles muy fuerte: de manera que ya contra el moro eran tres cristianos que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podían con este solo. Allí se vió en gran peligro, porque se le quebró la lanza, y los escuderos le daban mucha priesa; mas fingiendo que huía, puso las piernas á su caballo, y arremetió al escudero que derribara; y como una ave se colgó de la silla, y le tomó su lanza, con la cual volvió á hacer rostro á sus enemigos, que le iban siguiendo pensando que huía, y dióse tan buena maña, que á poco rato tenía de los tres los dos en el suelo. El otro que quedaba, viendo la necesidad de sus compañeros, tocó el cuerno, y fué á ayudarlos.

Aquí se trabó fuertemente la escaramuza, porque ellos estaban afrontados de ver que un caballero les duraba tanto, y á él le iba más que la vida en defenderse dellos. Á esta hora le dió uno de los dos escuderos una lanzada en un muslo, que á no ser el golpe en soslayo se le pasara todo. Èl con rabia de verse herido, volvió por sí, y dióle una lanzada que dió con él y con su caballo muy mal herido en tierra.

Rodrigo de Narváez, barruntando la necesidad en que sus compañeros estaban, atravesó el camino, y como traía mejor caballo se adelantó; y viendo la valentía del moro quedó espantado, porque de los cinco escuderos tenía á los cuatro en el suelo, y el otro casi al mismo punto.

Él le dijo:

—Moro, vente á mí, y si tú me vences, yo te aseguro de lo demás.

Y comenzaron á trabar brava escaramuza; mas como el alcaide venía de refresco, y el moro y su caballo estaban heridos, dábale tanta priesa, que no podía mantenerse; mas, viendo que en sola esta batalla le iba la vida y contentamiento, dió una lanzada á Rodrigo de Narváez, que á no tomar el golpe en su adarga le hubiera muerto. Él, en recebiendo el golpe arremetió á él, y dióle una herida en el brazo derecho, y cerrando luego con él le trabó á brazos, y sacándole de la silla, dió con él en el suelo. Y yendo sobre él, le dijo:

—Caballero, date por vencido, si no, matarte he.

—Matarme bien podrás—dijo el moro—que en tu poder me tienes; mas no podrá vencerme sino quien una vez me venció.

El alcaide no paró en el misterio con que se decían estas palabras, y usando en aquel punto de su acostumbrada virtud, le ayudó á levantar, porque de la herida que le dió el escudero en el muslo, y de la del brazo, aunque no eran grandes, y del gran cansancio y caída quedó quebrantado; y tomando de los escuderos aparejo, le ligó las heridas; y hecho esto, le hizo subir en un caballo de un escudero, porque el suyo estaba herido, y volvieron el camino de Alora.

Y yendo por él adelante hablando en la buena disposición y valentía del moro, él dió un grande y profundo suspiro, y habló algunas palabras en algarabía que ninguno entendió.

Rodrigo de Narváez iba mirando su buen talle y disposición: acordábase de lo que le vió hacer; y parecíale que tan gran tristeza en ánimo tan fuerte no podía proceder de sola la causa que allí parecía. Y por informarse dél, le dijo:

—Caballero, mirad que el prisionero que en la prisión pierde el ánimo, aventura el derecho de la libertad. Mirad que en la guerra los caballeros han de ganar y perder; porque los más de sus trances están sujetos á la fortuna; y

parece flaqueza que quien hasta aquí ha dado tan buena muestra de su esfuerzo, la dé agora tan mala. Si sospirais del dolor de las llagas, á lugar vais do sereis bien curado; si os duele la prisión, jornadas son de guerra á que están sujetos cuantos las siguen. Y si teneis otro dolor secreto, fiadle de mí, que yo os prometo como hijo-dalgo de hacer, por remediarle, lo que en mí fuere.

El moro, levantando el rostro, que en el suelo tenía, le dijo:

—¿Cómo os llamais, caballero, que tanto sentimiento mostrais de mi mal?

Él le dijo:

—Á mí llaman Rodrigo de Narváez, soy alcaide de Antequera y Alora.

El moro, tornando el semblante algo alegre, le dijo:

—Por cierto agora pierdo parte de mi queja; pues ya que mi fortuna me fué adversa, me puso en vuestras manos, que aunque nunca os ví sino agora, gran noticia tengo de vuestra virtud, y experiencia de vuestro esfuerzo; y porque no os parezca que el dolor de las heridas me hace sospirar, y también porque me parece que en vos cabe cualquier secreto, mandad apartar vuestros escuderos, y hablaros he dos palabras.

El alcaide los hizo apartar, y quedando solos, el moro, arrancando un gran sospiro, le dijo:

—Rodrigo de Narváez, alcaide tan nombrado de Alora, está atento á lo que te dijere, y verás si bastan los casos de mi fortuna á derribar un corazón de un hombre cautivo: á mí llaman Abindarráez el mozo, á diferencia de un tío mío, hermano de mi padre, que tiene el mismo nombre. Soy de los Abencerrajes de Granada, de los cuales muchas veces habrás oído decir; y aunque me bastaba la lástima presente, sin acordar las pasadas, todavía te quiero contar esto:

« Hubo en Granada un linaje de caballeros, que llamaban los Abencerrajes, que eran la flor de todo aquel reino;

porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposición y gran esfuerzo, hacían ventaja á todos los demás; eran muy estimados del rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos de la gente común. En todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, y en todos los regocijos de caballería se señalaban. Ellos inventaban las galas y los trajes; de manera que se podía bien decir, que en ejercicio de paz y de guerra eran ley de todo el reino. Dícese que nunca hubo Abencerraje escaso ni cobarde, ni de mala disposición: no se tenía por Abencerraje el que no servía dama, ni se tenía por dama la que no tenía Abencerraje por servidor. Quiso la fortuna enemiga de su bien, que desta excelencia cayesen de la manera que oirás. El rey de Granada hizo á dos destos caballeros, los que más valían, un notable é injusto agravio, movido de falsa información que contra ellos tuvo, y quísose decir, aunque yo no lo creo, que estos dos y á su instancia otros diez, se conjuraron de matar al rey, y dividir el reino entre sí, vengando su injuria. Esta conjuración, siendo verdadera ó falsa, fué descubierta; y por no escandalizar el rey al reino, que tanto los amaba, los hizo á todos una noche degollar; porque á dilatar la injusticia, no fuera poderoso de hacella. Ofreciéronse al rey grandes rescates por sus vidas; mas él aun escuchallo no quiso. Cuando la gente se vió sin esperanza de sus vidas, comenzó de nuevo á llorarlos: llorábanlos los padres que los engendraron y las madres que los parieron; llorábanlos las damas á quien servían y los caballeros con quienes se acompañaban; y toda la gente común alzaba un tan grande y continuo alarido, como si la ciudad se entrara de enemigos; de manera que si á precio de lágrimas se hubieran de comprar sus vidas, no murieran los Abencerrajes tan miserablemente. ¡Ves aquí en lo que acabó tan esclarecido linaje, tan principales caballeros como en él había! ¡Considera cuánto tarda la fortuna en subir un hombre, y cuán presto le derriba! ¡Cuánto tarda en crecer un árbol, y cuán presto va

al fuego! ¡Con cuánta dificultad se edifica una casa, y con cuánta brevedad se quema! ¡Cuántos podrían escarmentar en las cabezas destos desdichados, pues tan sin culpa padecieron con público pregón, siendo tantos y tales, y estando en el favor del mismo rey! Sus casas fueron derribadas, sus heredades enajenadas, y su nombre dado en el reino por traidor. Resultó deste infelice caso que ningún Abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre y un tío mío, que hallaron inocentes deste delito, á condición que los hijos que les naciesen enviasen á criar fuera de la ciudad, para que no volviesen á ella, y las hijas casasen fuera del reino.»

Rodrigo de Narváez, que estaba mirando con cuánta pasión le contaba su desdicha, le dijo:

—Por cierto, caballero, vuestro cuento es extraño, y la sinrazón que á los Abencerrajes se hizo fué grande; porque no es de creer que siendo ellos tales cometiesen traición.

—Es como yo lo digo—dijo él,—y aguardad más, y vereis cómo desde allí todos los Abencerrajes deprendimos á ser desdichados. Yo salí al mundo del vientre de mi madre, y por cumplir mi padre el mandamiento del rey, envióme á Cartama, al alcaide que en ella estaba, con quien tenía estrecha amistad. Éste tenía una hija, casi de mi edad, á quien amaba más que á sí; porque, allende de ser sola y hermosísima, le costó la mujer, que murió de su parto. Ésta y yo en nuestra niñez siempre nos tuvimos por hermanos, porque así nos oíamos llamar: nunca me acuerdo haber pasado hora que no estuviésemos juntos: juntos nos criaron, juntos andábamos, juntos comíamos y bebíamos. Naciónos desta conformidad un natural amor, que fué siempre creciendo con nuestras edades. Acuérdome que, entrando una siesta en la huerta que dicen de los Jazmines, la hallé sentada junto á la fuente, componiendo su hermosa cabeza: miréla vencido de su hermosura, y parecióme á Salmacis, y dije entre mí: ¡Oh, quien fuera Trocho para parecer ante esta hermosa diosa!

¡No sé cómo me pesó de que fuese mi hermana! Y no aguardando más fuíme á ella; y cuando me vió, con los brazos abiertos me salió á recebir, y sentándome junto á sí me dijo:

—Hermano, ¿cómo me dejaste tanto tiempo sola?

Yo la respondí:

—Señora mía, porque ha gran rato que os busco: nunca hallé quien me dijesé do estábades, hasta que mi corazón me lo dijo; mas decidme ahora: ¿qué certenidad teneis vos de que seamos hermanos?

—Yo—dijo ella—no otra más del grande amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos.

—Y si no lo fuéramos—dije yo—¿quisiérasme tanto?

—¿No ves—dijo ella—que á no serlo, no nos dejara mi padre andar siempre juntos y solos?

—Pues si ese bien me habían de quitar—dije yo—más quiero el mal que tengo.

Entonces ella encendiendo su hermoso rostro en color, me dijo:

—¿Y qué pierdes tú en que seamos hermanos?

—Pierdo á mí y á vos—dije yo.

—Yo no te entiendo—dijo ella—mas á mí me parece que sólo serlo nos obliga á amarnos naturalmente.

—Á mí, sola vuestra hermosura me obliga, que antes esa hermandad parece que me resfría algunas veces.

Y con esto bajando mis ojos, de empacho de lo que la dije, víla en las aguas de la fuente al proprio, como ella era; de suerte que donde quiera que volvía la cabeza hallaba su imagen, y en mis entrañas la más verdadera. Y decíame yo á mí mismo: y (pesárame que alguno me lo oyera) si yo me anegase agora en esta fuente donde veo á mi señora, ¡cuánto más disculpado moriría yo que Narciso! Y si ella me amase como yo la amo, ¡qué dichoso sería yo! Y si la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos, ¡qué sabrosa vida sería la mía! Diciendo esto, levantéme, y volviendo las manos á unos jazmines, de que la

fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayán, hice una hermosa guirnalda, y poniéndola sobre mi cabeza me volví á ella coronado y vencido.

Ella puso los ojos en mí (á mi parecer) más dulcemente que solía, y quitándomela, la puso sobre su cabeza. Parecióme en aquel punto más hermosa que Venus cuando salió al juicio de la manzana, y volviendo el rostro á mí, me dijo:

—¿Qué te parece agora de mí, Abindarráez?

Yo la dije:

—Paréceme que acabais de vencer al mundo y que os coronan por reina y señora dél.

Levantándose, me tomó por la mano y me dijo:

—Si eso fuera, hermano, no perdiérades vos nada.

Yo sin la responder la seguí hasta que salimos de la huerta.

Esta engañosa vida trujimos mucho tiempo, hasta que ya el amor, por vengarse de nosotros, nos descubrió la cautela; que como fuímos creciendo en edad, ambos acabamos de entender que no éramos hermanos. Ella no sé lo que sintió al principio de saberlo; mas yo nunca mayor contentamiento recebí, aunque después acá lo he pagado bien. En el mismo punto que fuimos certificados de esto, aquel amor limpio y sano que nos teníamos se comenzó á dañar, y se convirtió en una rabiosa enfermedad, que nos durará hasta la muerte. Aquí no hubo primeros movimientos que excusar; porque el principio destos amores fué un gusto y deleite fundado sobre bien; mas después no vino el mal por principios, sino de golpe y todo junto. Ya yo tenía mi contentamiento puesto en ella, y mi alma hecha á medida de la suya. Todo lo que no vía en ella me parecía feo, excusado, y sin provecho en el mundo. Todo mi pensamiento era en ella. Ya en este tiempo nuestros pasatiempos eran diferentes; ya yo la miraba con recelo de ser sentido; ya tenía envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida, y su ausencia me enfla-

quecía el corazón. Y de todo esto creo que no me debía nada, porque me pagaba en la misma moneda. Quiso la fortuna, envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento, en la manera que oirás.

El rey de Granada, por mejorar en cargo al alcaide de Cartama, envióle á mandar que luego dejase aquella fuerza, y se fuese á Coin (que es aquel lugar frontero del vuestro) y que me dejase á mí en Cartama en poder del alcaide que á ella viniese.

Sabida esta desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos (si algún tiempo fuísteis enamorado) lo que podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto á llorar nuestro apartamiento. Yo la llamaba señora mía, alma mía, solo bien mío, y otros dulces nombres que el amor me enseñaba; apartándose vuestra hermosura de mí, ¿terneis alguna vez memoria deste vuestro captivo? Aquí las lágrimas y sospiros atajaban las palabras. Yo, esforzándome para decir más, malparía algunas razones turbadas, de que no me acuerdo, porque mi señora llevó mi memoria consigo. ¡Pues quien os contase las lástimas que ella hacía, aunque á mi siempre me parecían pocas! Decíame mil dulces palabras, que hasta agora me suenan en las orejas; y al fin, porque no nos sintiesen, despedímonos con muchas lágrimas y sollozos, dejando cada uno al otro por prenda un abrazo, con un sospiro arrancado de las entrañas. Y porque ella me vió en tanta necesidad y con señales de muerto, me dijo:

—Abindarráez, á mí se me sale el alma en apartándome de ti; y porque siento de ti lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte: tuyo es mi corazón, tuya es mi vida, mi honra y mi hacienda; y en testimonio desto, llegada á Coin, donde agora voy con mi padre, en teniendo lugar de hablarte, por ausencia ó por indisposición suya (que ya deseo) yo te avisaré: irás donde yo estuviere, y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo, debajo de nombre de esposo, que de otra suerte ni tu lealtad ni mi ser lo

consentirían; que todo lo demás muchos días há que es tuyo.

Con esta promesa mi corazón se sosegó algo y beséla las manos por la merced que me prometía.

Ellos se partieron otro día, yo quedé como quien caminando por unas fragosas y ásperas montañas se le eclipsa el sol: comencé á sentir su ausencia ásperamente buscando falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas do se solía poner, las aguas do se bañaba, la cámara en que se dormía, el jardín do reposaba la siesta. Andaba todas sus estaciones y en todas ellas hallaba representación de mi fatiga. Verdad es que la esperanza, que me dió de llamarme, me sostenía, y con ella engañaba parte de mis trabajos; aunque algunas veces, de verla alargar tanto, me causaba mayor pena, y holgara que me dejara del todo desesperado, porque la desesperación fatiga hasta que se tiene por cierta, y la esperanza hasta que se cumple el deseo.

Quiso mi ventura, que esta mañana mi señora me cumplió su palabra, enviándome á llamar con una criada suya, de quien se fiaba; porque su padre era partido para Granada, llamado del rey para volver luego. Yo, resucitado con esta buena nueva, apercebíme; y dejando venir la noche por salir más secreto, púseme en el hábito que me encontrastes, por mostrar á mi señora el alegría de mi corazón; y por cierto no creyera yo que bastaran cien caballeros juntos á tenerme campo, porque traía mi señora conmigo; y si tú me venciste, no fué por esfuerzo (que no es posible), sino porque mi suerte, ó la determinación del cielo quisieron atajarme tanto bien. Así que, considera tú ahora, en el fin de mis palabras, el bien que perdí, y el mal que tengo. Yo iba de Cartama á Coin, breve jornada (aunque el deseo la alargaba mucho), el más ufano Abencerraje que nunca se vió: iba llamado de mi señora á ver á mi señora, á gozar de mi señora y á casarme con mi señora. Véome ahora herido, cautivo y vencido, y lo que más siento que el término y coyuntura de mi bien

se acaba esta noche. Déjame, pues cristiano, consolar entre mis sospiros, y no los juzgues á flaqueza; pues lo fuera muy mayor tener ánimo para sufrir tan riguroso trance.

Rodrigo de Narváez quedó espantado y apiadado del extraño acontecimiento del moro; y pareciéndole que para su negocio ninguna cosa le podría dañar más que la dilación, le dijo:

—Abindarráez, quiero que veas que puede más mi virtud que tu ruín fortuna: si tú me prometes como caballero de volver á mi prisión dentro de tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu camino; porque me pesaría de atajarte tan buena empresa.

El moro, cuando lo oyó, se quiso de contento echar á sus piés, y le dijo:

—Rodrigo de Narváez, si vos esto haceis, habreis hecho la mayor gentileza de corazón que nunca hombre hizo, y á mí me dareis la vida; y para lo que pedís, tomad de mí la seguridad que quisiéredes, que yo lo cumpliré.

El alcaide llamó á sus escuderos, y les dijo:

—Señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate.

Ellos dijeron que ordenase á su voluntad; y tomando la mano derecha entre las dos suyas al moro, le dijo:

—¿Vos prometéisme como caballero de volver á mi castillo de Alora á ser mi prisionero dentro de tercero dia?

Èl le dijo:

—Sí prometo.

—Pues id con la buenaventura, y si para vuestro negocio teneis necesidad de mi persona, ó de otra cosa alguna, también se hará.

Y diciendo que se lo agradecía, se fué camino de Coin á mucha priesa.

Rodrigo de Narváez y sus escuderos se volvieron á Alora, hablando en la valentía y buena manera del moro. Y con la priesa que el Abencerraje llevaba, no tardó mucho en llegar á Coin. Yéndose derecho á la fortaleza, como le

era mandado, no paró hasta que halló una puerta que en ella había, y deteniéndose allí, comenzó á reconocer el campo, por ver si había algo de que guardarse, y viendo que estaba todo seguro, tocó en ella con el cuento de la lanza, que ésta era la señal que le había dado la dueña. Luego ella misma le abrió, y le dijo:

—¿En qué os habeis detenido, señor mío, que vuestra tardanza nos ha puesto en gran confusión? Mi señora há rato que os espera: apeaos, y subireis donde está.

Él se apeó, y puso su caballo en lugar secreto, que allí halló; y dejando la lanza con su adarga y cimitarra, llevándole la dueña por la mano, lo más paso que pudo, por no ser sentido de la gente del castillo, subió por una escalera hasta llegar al aposento de la hermosa Jarifa (que así se llamaba la dama). Ella, que ya había sentido su venida, con los brazos abiertos le salió á recebir; ambos se abrazaron sin hablarse palabra del sobrado contentamiento. Y la dama le dijo:

—¿En qué os habeis detenido, señor mío, que vuestra tardanza me ha puesto en gran congoja y sobresalto?

—Mi señora—dijo él—vos sabeis bien que por mi negligencia no habrá sido; mas no siempre suceden las cosas como los hombres desean.

Ella le tomó por la mano, y le metió en una cámara secreta, y sentándose sobre una cama que en ella había, le dijo:

—¿He querido, Abindarráez, que veais en cuál manera cumplen las cautivas de amor sus palabras; porque, desde el día que os la dí por prenda de mi corazón. he buscado aparejos para quitárosla: yo os mandé venir á este mi castillo á ser mi prisionero, como yo lo soy vuestra, y haceros señor de mi persona, y de la hacienda de mi padre, debajo del nombre de esposo, aunque esto según entiendo, será muy contra su voluntad; que como no tiene tanto conocimiento de vuestro valor, y experiencia de vuestra virtud como yo, quisiera darme marido más rico; mas yo,

vuestra persona y mi contentamiento tengo por la mayor riqueza del mundo.

Y diciendo esto bajó la cabeza, mostrando un cierto empacho de haberse descubierto tanto.

El moro la tomó entre sus brazos, y besándola muchas veces las manos por la merced que le hacía, la dijo:

—Señora mía, en pago de tanto bien como me habeis ofrecido, no tengo que daros, que no sea vuestro, sino sola esta prenda, en señal de que os recibo por mi señora y esposa.

Y llamando á la dueña se desposaron. Y siendo desposados se acostaron en su cama, donde con la nueva experiencia encendieron más el fuego de sus corazones. En esta conquista pasaron muy amorosas obras y palabras, que son más para contemplación que para escritura. Tras esto al moro vino un profundo pensamiento, y dejando llevarse dél dió un gran sospiro.

La dama, no pudiendo sufrir tan grande ofensa de su hermosura y voluntad, con gran fuerza de amor le volvió á sí, y le dijo:

—¿Qué es esto, Abindarráez? Parece que te has entristecido con mi alegría; yo te oigo sospirar revolviendo el cuerpo á todas partes, pues si yo soy todo tu bien y contentamiento, como me decías, ¿por quién sospiras? Y si no lo soy, ¿por qué me engañaste? Si has hallado alguna falta en mi persona, pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas; y si sirves otra dama, díme quién es para que la sirva yo; y si tienes otro dolor secreto de que yo no soy ofendida, dímelo, que ó yo moriré ó te libraré dél.

El Abencerraje, corrido de lo que había hecho, y pareciéndole que no declararse era ocasión de gran sospecha, con un apasionado sospiro dijo.

—Señora mía, si yo no os quisiera más que á mí, no hubiera hecho este sentimiento; porque el pesar que conmigo traía, sufríale con buen ánimo cuando iba por mí solo; mas ahora, que me obliga á apartarme de vos, no tengo

fuerzas para sufrirle; y así entendereis que mis sospiros se causan más de sobra de lealtad que de falta della; y porque no esteis más suspensa sin saber de qué, quiero deciros lo que pasa.

Luégo le contó todo lo que habia sucedido; y al cabo la dijo:

—De suerte, señora, que vuestro cautivo lo es también del alcaide de Alora; yo no siento la pena de la prisión, que vos enseñasteis mi corazón á sufrir; mas vivir sin vos tendria por la misma muerte.

La dama con buen semblante le dijo:

—No te congojes, Abindarráez, que yo tomo el remedio de tu rescate á mi cargo; porque á mí me cumple más; yo digo así, que cualquier caballero que diere la palabra de volver á la prisión, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir; y para esto ponedle vos mismo el nombre que quisiéredes, que yo tengo las llaves de la riqueza de mi padre, yo os las pondré en vuestro poder: enviad de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narváez es buen caballero, y os dió una vez libertad, y le fiastes este negocio, que le obliga ahora á usar de mayor virtud; yo creo que se contentará con esto, pues teniéndoos en su poder ha de hacer lo mismo.

El Abencerraje la respondió:

—Bien parece, señora mía, que lo mucho que me quereis no os deja que me aconsejeis bien: por cierto no caeré yo en tan gran yerro, porque, si cuando venía á verme con vos, que iba por mí solo, estaba obligado á cumplir mi palabra, ahora que soy vuestro se me ha doblado la obligación. Yo volveré á Alora y me porné en las manos del alcaide della, y tras hacer yo lo que debo, haga él lo que quisiere.

—Pues nunca Dios quiera—dijo Jarifa—que yendo vos á ser preso quede yo libre: pues no lo soy yo, quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo,

ni el miedo que he cobrado á mi padre de haberle ofendido, me consentirán hacer otra cosa.

El moro llorando de contentamiento la abrazó y le dijo:

—Siempre vais, señora mía, acrecentándome las mercedes; hágase lo que vos quisiéredes, que así lo quiero yo.

Y con este acuerdo, aparejando lo necesario, otro día de mañana se partieron, llevando la dama el rostro cubierto por no ser conocida. Pues yendo por su camino adelante hablando de diversas cosas, toparon un hombre viejo; la dama le preguntó dónde iba, él la dijo:

—Voy á Alora á negocios que tengo con el alcaide della, que es el más honrado y virtuoso caballero que yo jamás ví.

Jarifa se holgó mucho de oir esto, pareciéndole que pues todos hallaban tanta virtud en este caballero, que también la hallarían ellos, que tan necesitados estaban della. Y volviendo al caminante, le dijo:

—Decid, hermano, ¿sabeis vos dese caballero alguna cosa que haya hecho notable?

—Muchas sé—dijo él—mas contaros he una por donde entendereis todas las demás. Este caballero fué primero alcaide de Antequera, y allí anduvo mucho tiempo enamorado de una dama muy hermosa, en cuyo servicio hizo mil gentilezas, que son largas de contar; y aunque ella conocía el valor deste caballero, amaba á su marido tanto, que hacía poco caso dél. Aconteció así, que un día de verano, acabando de comer, ella y su marido se bajaron á una huerta que tenían dentro de casa, y él llevaba un gavilán en la mano, y lanzándole á unos pájaros, ellos huyeron, y fuéronse á acoger á una zarza; y el gavilán como astuto, tirando el cuerpo afuera, metió la mano y sacó y mató muchos dellos. El caballero le cebó y volvió á la dama, y la dijo:

—¿Qué os parece, señora, de la astucia con que el gavilán encerró los pájaros y los mató? Pues hágoos saber,

que cuando el alcaide de Alora escaramuza con los moros, así los sigue, y así los mata.

Ella fingiendo no le conocer, le preguntó quién era.

—Es el más valiente y virtuoso caballero que yo hasta hoy ví.

Y comenzó hablar dél muy altamente, tanto que á la dama le vino un cierto arrepentimiento, y dijo:

—¡Pues cómo, los hombres están enamorados deste caballero, y que no lo esté yo dél, estándolo él de mí! Por cierto yo estaré bien disculpada de lo que por él hiciere, pues mi marido me ha informado de su derecho.

Otro día adelante se ofreció que el marido fué fuera de la ciudad, y no pudiendo la dama sufrirse en sí, envióle á llamar con una criada suya. Rodrigo de Narváez estuvo en poco de tornarse loco de placer aunque no dió crédito á ello, acordándose de la aspereza con que siempre le había tratado; mas con todo eso, á la hora concertada, muy á recaudo, fué á ver á la dama que le estaba esperando en un lugar secreto; y allí ella echó de ver el yerro que había hecho, y la vergüenza que pasaba en requerir á aquel de quien tanto tiempo había sido requerida. Pensaba también en la forma que descubre todas las cosas; temía la inconstancia de los hombres, y la ofensa del marido; y todos estos inconvenientes, como suelen, aprovecharon para vencerla más, y pasando por todos ellos le recebió dulcemente y le metió en su cámara, donde pasaron muy dulces palabras; y en fin dellas le dijo:

—Señor Rodrigo de Narváez, yo soy vuestra de aquí adelante, sin que en mi poder quede cosa que no lo sea; y esto no lo agradezcais á mí; que todas vuestras pasiones y diligencias, falsas ó verdaderas, os aprovecharan poco conmigo; mas agradecedlo á mi marido, que tales cosas me dijo de vos, que me han puesto en el estado que agora estoy.

Tras esto le contó cuanto con su marido había pasado, y al cabo le dijo:

—Y cierto, señor, vos debeis á mi marido más que él á vos.

Pudieron tanto estas palabras con Rodrigo de Narváez, que le causaron confusión y arrepentimiento del mal que hacía á quien dél decía tantos bienes; y apartándose afuera, dijo:

—Por cierto, señora, yo os quiero mucho, y os querré de aquí adelante; mas nunca Dios quiera que á hombre, que tan aficionadamente ha hablado de mí, haga yo tan cruel daño; antes de hoy más he de procurar la honra de vuestro marido, como la mía propia, pues en ninguna cosa le puedo pagar mejor el bien que de mí dijo.

Y sin aguardar más, se volvió por donde había venido. La dama debió de quedar burlada; y cierto, señores, el caballero, á mi parecer, usó de gran virtud y valentía, pues venció su misma voluntad.

El Abencerraje y su dama quedaron admirados del cuento; y alabándole mucho, él dijo, que nunca mayor virtud había visto de hombre. Ella respondió:

—Por Dios, señor, yo no quisiera servidor tan virtuoso; mas él debía estar poco enamorado, pues tan presto se salió afuera y pudo más con él la honra del marido, que la hermosura de la mujer.

Y sobre esto dijo otras muy graciosas palabras.

Luego llegaron á la fortaleza, y llamando á la puerta, fué abierta por los guardas, que ya tenían noticia de lo pasado; y yendo un hombre corriendo á llamar al alcaide, le dijo:

—Señor, en el castillo está el moro que venciste, y trae consigo una gentil dama.

Al alcaide le dió el corazón lo que podía ser, y bajó abajo. El Abencerraje, tomando á su esposa de la mano, se fué á él, y le dijo:

—Rodrigo de Narváez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí traer un preso, y te traigo dos, que el uno basta para vencer otros muchos; ves aquí mi se-

ñora; juzga si he padecido con justa causa; recíbenos por tuyos, que yo fío mi señora y mi honra de ti.

Rodrigo de Narváez holgó mucho de verlos, y dijo á la dama:

—Yo no sé cuál de vosotros debe más al otro, mas yo debo mucho á á los dos. Entrad y reposareis en esta vuestra casa, y tenedla de aquí adelante por tal, pues lo es su dueño.

Y con esto fueron á un aposento que les estaba aparejado, y de ahí á poco comieron, porque venían cansados del camino. Y el alcaide preguntó al Abencerraje:

—Señor, ¿qué tal venís de las heridas?

—Paréceme, señor, que con el camino las traigo enconadas, y con algún dolor.

La hermosa Jarifa, muy alterada, dijo:

—¿Qué es esto, señor? ¿heridas teneis vos de que yo no sepa?

—Señora, quien escapó de las vuestras, en poco terná otras; verdad es que de la escaramuza de la otra noche saqué dos pequeñas heridas, y el camino y no haberme curado me habrán hecho algún daño.

—Bien será—dijo el alcaide—que os acosteis, y verná un zurujano que hay en el castillo.

Luego la hermosa Jarifa le comenzó á desnudar con grande alteración, y viniendo el maestro y viéndole, dijo que no era nada, y con ungüento que le puso le quitó el dolor; y de ahí á tres días estuvo sano.

Un día acaeció que acabando de comer el Abencerraje, dijo estas palabras:

—Rodrigo de Narváez, según eres discreto, en la manera de nuestra venida entenderás lo demás; yo tengo esperanza que este negocio, que está tan dañado, se ha de remediar por tus manos. Esta dueña es la hermosa Jarifa, de quien te hube dicho es mi señora y mi esposa; no quiso quedar en Coin, de miedo de haber ofendido á su padre; todavía se teme deste caso; bien sé que por tu virtud te

ama el rey, aunque eres cristiano; suplícote alcances dél que nos perdone su padre, por haber hecho esto sin que él lo supiese, pues la fortuna lo trajo por este camino.

El alcaide les dijo:

—Consolaos, que yo os prometo de hacer en ello cuanto pudiere.

Y tomando tinta y papel escribió una carta al rey, que decía así:

Carta de Rodrigo de Narváez, alcaide de Alora, para el rey de Granada.

«Muy alto y muy poderoso rey de Granada: Rodrigo de Narváez, alcaide de Alora, tu servidor, beso tus reales manos, y digo así: que el Abencerraje Abindarráez el mozo, que nació en Granada, y se crió en Cartama en poder del alcaide della, se enamoró de la hermosa Jarifa, su hija; después tú, por hacer merced al alcaide, le pasaste á Coin; los enamorados, por asegurarse, se desposaron entre sí, y llamado él por ausencia del padre, que contigo tienes, yendo á su fortaleza, yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con él tuve, en que se mostró muy valiente, le gané por mi prisionero; y contándome su caso, apiadándome dél le hice libre por dos días. Él se fué á ver con su esposa, de suerte que en la jornada perdió la libertad y ganó el amiga. Viendo ella que el Abencerraje volvía á mi prisión, se vino con él, y así están agora los dos en mi poder. Suplícote que no te ofenda el nombre de Abencerraje, que yo sé que éste y su padre fueron sin culpa en la conjuración que contra tu real persona se hizo; y en testimonio dello viven. Suplico á tu real Alteza, que el remedio de estos tristes se reparta entre ti y mí: yo les

perdonaré el rescate y los soltaré graciosamente; sólo harás tú que el padre della los perdone y reciba en su gracia; y en esto cumplirás con tu grandeza, y harás lo que della siempre esperé.»

Escripta la carta, despachó un escudero con ella, que llegado ante el rey se la dió: el cual, sabiendo cuya era, se holgó mucho, que á este solo cristiano amaba por su virtud y buenas maneras. Y como la leyó, volvió el rostro al alcaide de Coin, que allí estaba, y llamándole aparte le dijo:

—Lee esta carta, que es del alcaide de Alora.

Y leyéndola recebió grande alteración. El rey le dijo:

—No te congojes, aunque tengas por qué; sábete que ninguna cosa me pedirá el alcaide de Alora que yo no lo haga; y así te mando que vayas luego á Alora y te veas con él, y perdones tus hijos, y los lleves á tu casa, que en pago de este servicio, á ellos y á ti haré siempre merced.

El moro lo sintió en el alma; mas viendo que no podía pasar el mandato del rey, volvió de buen continente, y dijo que así lo haría como su Alteza lo mandaba; y luego se partió á Alora, donde ya sabían del escudero todo lo que había pasado, y fué de todos recebido con mucho regocijo y alegría.

El Abencerraje y su hija parecieron ante él con harta vergüenza, y le besaron las manos. Él los recibió muy bien, y les dijo:

—No se trata aquí de cosas pasadas; yo os perdono haberos casado sin mi voluntad, que en lo demás, vos, hija, escogisteis mejor marido que yo os pudiera dar.

El alcaide todos aquellos días les hacía muchas fiestas; y una noche, acabando de cenar en un jardín, les dijo:

—Yo tengo en tanto haber sido parte para que este negocio haya venido á tan buen estado, que ninguna cosa me pudiera hacer más contento; y así digo, que sólo la honra de haberos tenido por mis prisioneros quiero por

rescate de la prisión. De hoy más, vos, señor Abindarráez, sois libre de mí para hacer de vos lo que quisiéredes.

Ellos le besaron las manos por la merced y bien que les hacía, y otro día por la mañana partieron de la fortaleza, acompañándolos el alcaide parte del camino.

Estando ya en Coin gozando sosegada y seguramente el bien que tanto habían deseado, el padre les dijo:

—Hijos, agora, que con mi voluntad sois señores de mi hacienda, es justo que mostréis el agradecimiento que á Rodrigo de Narváez se debe por la buena obra que os hizo; que por haber usado con vosotros de tanta gentileza no ha de perder su rescate, antes le merece muy mayor; yo os quiero dar seis mil doblas zahenes; enviádselas, y tenedle de aquí adelante por amigo, aunque las leyes sean diferentes.

Abindarráez le besó las manos; y tomándolas, con cuatro muy hermosos caballos y cuatro lanzas con los hierros y cuentos de oro, y otras cuatro adargas, las envió al alcaide de Alora, y le escribió así:

Carta del Abencerraje Abindarráez al alcaide de Alora.

«Si piensas, Rodrigo de Narváez, que con darme libertad en tu castillo para venirme al mio me dejaste libre, engáñaste; que cuando libertaste mi cuerpo, prendiste mi corazón. Las buenas obras prisiones son de los nobles corazones; y si tú por alcanzar honra y fama acostumbras hacer bien á los que podrías destruir, yo por parecer á aquellos donde vengo, y no degenerar de la alta sangre de los Abencerrajes, antes coger y meter en mis venas toda la que dellos se vertió, estoy obligado á agradecerlo y servirlo; recebirás en ese breve presente la voluntad de quien le envía, que es muy grande, y de mi Jarifa otra tan limpia y leal, que me contento yo della.»

El alcaide tuvo en mucho la grandeza y curiosidad del presente, y recebiendo dél los caballos, lanzas y adargas, escribió á Jarifa así:

Carta del alcaide de Alora á la hermosa Jarifa.

«Hermosa Jarifa: no ha querido Abindarráez dejarme gozar del verdadero triunfo de su prisión, que consiste en perdonar y hacer bien; y como á mí en esta tierra nunca se me ofreció empresa tan generosa, ni tan digna de capitán español, quisiera gozarla toda y labrar della una estatua para mi posteridad y descendencia. Los caballos y armas recibo yo, para ayudarle á defender de sus enemigos; y si en enviarme el oro se mostró caballero generoso, en recebirlo yo pareciera cobdicioso mercader. Yo os sirvo con ello en pago de la merced que me hecistes en serviros de mí en mi castillo; y también, señora, yo no acostumbro á robar damas, sino servirlas y honrarlas.»

Y con esto les volvió á enviar las doblas. Jarifa las recebió y dijo:

—Quien pensare vencer á Rodrigo de Narváez en armas y cortesía, pensará mal.

Desta manera quedaron los unos de los otros muy satisfechos y contentos, y trabados con estrecha amistad, que les duró toda la vida.

FIN DE LA HISTORIA DEL ABENCERRAJE Y LA HERMOSA JARIFA

ÍNDICE

	PÁG.
ADVERTENCIA PRELIMINAR.	V
Diálogos de apacible entretenimiento.	9
Cartas de D. Juan de la Sal.	131
Tractado de las tres grandes.	161
Declaración puesta á la postrera cena y capítulo de la comedia el Anfitrión.	185
Los tres maridos burlados.	209
Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa. . .	247

LS.C.
E967
201123
Author
Title Extravagantes, opusculos amenos y curiosos de ilustres autores.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU